

C. MARTÍNEZ UBERO



JUSTO
COMO A MI



ME
GUSTA



Justo como a mí me gusta

C. Martínez Ubero



Primera edición en digital: febrero 2018
Título Original: Justo como a mí me gusta
©C. Martínez Ubero 2018
©Editorial Romantic Ediciones, 2018
www.romantic-ediciones.com
Imagen de portada ©Slava_14
Diseño de portada: Isla Books
ISBN: 978-84-16927-91-3

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[PRÓLOGO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Nota de la autora](#)

Gracias a mis amores por estar siempre a mi lado.

PRÓLOGO

¡Qué día más largo! Hoy ha sido de locos, no ha dejado de llover, en el taller todo ha sido un caos, además, los niños con un resfriado de campeonato... ¡Gracias a Dios, por fin en casa! Una buena ducha, mi pijama calentito, unos suaves calcetines y una sopa maravillosa. No veía el momento de sentarme un rato y descansar. Miro mi libro, que está sobre la mesita al lado del sillón, el marcador lleva en la misma página desde hace una eternidad, pero hasta la vista la tengo cansada de nuevo. Cojo mi portátil, tal y como estoy tumbada en el sillón lo pongo sobre mis piernas, repaso mi correo por si hoy hubiese llegado el email que llevo tanto tiempo esperando, y... no está. Sabía que no llegaría, pero es esa pequeña ilusión con la que cada noche hago la misma operación. Entro en algunas páginas de internet, algo aburrida, se me ocurre la “genial” idea de entrar en la de su bufete. Busco la fotografía de su equipo y mis ojos van directamente hacia él. ¡Míralo! Si pudiese imaginar cuánto lo añoro.

—... ¡Ya se han dormido! ¡He tenido que contarles tres cuentos esta noche!

Cerré la pantalla de mi portátil disimuladamente y levanté los ojos buscando la voz de mi chico.

—¿Has comprobado si vuelven a tener fiebre?

—Sí, pero no tienen. Tenías razón, están mucho mejor. —Él, muy “sutilmente” abrió el portátil—. ¿Qué estabas mirando? —Leyó el enunciado del despacho de abogados, sin llamarle la atención la foto de la portada—. ¿Tan malo soy que estás buscando ayuda legal?

Le sonreí, dejé el portátil sobre la mesita.

—No, tú eres un cielo.

—Y esta noche, si me dejas, voy a hacer que veas todas las estrellas de mi firmamento.

Sonreí cuando comenzó a subir sus labios por mi hombro, hasta llegar a mi cuello.

—Cariño, estoy muy cansada.

—Pues relájate, piensa que estás lejos, muy lejos de aquí.

Cerré los ojos, quise abandonarme a sus caricias y le hice caso, mi mente voló en el tiempo y a la vez lejos, muy lejos. Pero de él.

1

Raquel

¡Treinta y dos “añazos”! ¡Uff! ¡Estaba llegando a esa edad en la que empezaba a no gustarme demasiado que llegase otro cumpleaños más!

Por eso, en vez de estar feliz recibiendo besos y felicitaciones, aquí estoy, casi escondida en el único lugar del mundo donde me siento realmente bien. En pleno centro de Madrid, en la esquina de la calle Cavanilles, mi padre me había enseñado a buscar refugio, para poder centrar mis pensamientos, en la tranquilidad y la paz de la azotea de nuestra casa de diseño. Poco a poco y a lo largo del tiempo, conseguimos crear aquí arriba un precioso jardín solo para los dos. Por el trabajo de modelo de mi madre no podíamos estar mucho tiempo la familia reunida y de este modo, él había ideado la forma para que yo, durante mi niñez, no la echase mucho en falta, pasando así juntos horas y horas. Aunque ya siendo muy pequeña, comprendí que no solo lo hacía por mí, sabía que, si él subía con su block de diseño, era porque se había bloqueado en algunas de sus creaciones o bien simplemente para dejar volar su imaginación, era entonces cuando se sentaba en su enorme sillón de mimbre, a mí me hacía un sitio a su lado y me pedía que dibujara lo primero que se me ocurriese. Y aunque aquellos dibujos fueron siempre intentando imitar sus maniqués, casi todos mis vestidos de entonces eran unos garabatos queriendo parecer princesas, pero él me animaba diciendo que se inspiraba mucho en ellos e incluso siempre que pintaba figuras femeninas estando conmigo, les ponía un precioso pelo largo y rubio y unos enormes ojos verdes, convenciéndome que siempre era yo la que aparecía en sus dibujos.

Antes de su fallecimiento, mi padre había conseguido que nuestra prestigiosa firma: “*Wilson Lebrón*”, se hiciese un buen hueco en el mundo de la moda. Hacía años había llegado a España desde Estados Unidos, dejando atrás un ya fructuoso negocio de moda para volver a fundar aquí otra empresa de la nada. Pero él era así, e hizo florecer de nuevo su magia no atribuyéndose nunca su triunfo, al contrario, como tantas veces decía: “*Todo mi éxito se lo debo a mi preciosa musa, mi mujer*”. No es que no me quisiera a mí, al contrario, sé que me adoraba, pero él se enamoró de mi madre nada más verla, tuve la suerte de vivir un amor como jamás vi otro a su lado y así fue hasta el fin de sus días. Ella era, y es un bellezón, y cuando los años la

retiraron de las pasarelas, encontró refugio en nuestra empresa de diseño, aportando toda su experiencia en moda, aunque ese trabajo, definitivamente, no era lo suyo y cuando menos lo esperábamos recibíamos un mensaje diciendo que estaba grabando un reportaje en París, en Berlín o ve tú a saber dónde. A mi padre, sus pequeños arranques no le importaban, la amaba tanto que sabía que el único modo para tenerla siempre a su lado era dejándole su espacio, su libertad. La conocía lo suficiente para saber que ella así era feliz.

—Señorita, ¿qué hace usted aquí sola y tan temprano? Va a coger una pulmonía con este frío.

Una voz muy conocida me sacó de mis pensamientos:

—Buenos días, Mario, estoy revisando los documentos para la reunión de esta mañana, el frío me despeja la mente y me ayuda a pensar. ¿Y a usted, qué le hace seguir levantándose a esta hora?

—Desde que su padre no está con nosotros, me gusta venir bien temprano para arreglar todo esto un poco, uno ya está bastante viejo y al parecer la falta de sueño va en relación con la cantidad de años vividos. —Mario había sido nuestro hombre de mantenimiento desde que mi padre fundó la empresa y a pesar de los muchos años juntos, su relación no había sido nunca como la de un jefe y su subordinado. Entre ellos existía ese lazo de unión que solo crecen en algunas exclusivas relaciones: la de la sinceridad y el apoyo sin condiciones. Y a pesar de haberse jubilado, ni un solo día había dejado de acudir a arreglar nuestro pequeño paraíso del Edén, era el homenaje a su compañero de camino—. Yo tengo mi excusa, ¿cuál es la suya?

—¡Ah, Mario, a usted no puedo engañarlo! Las cosas no van tan bien como quiero aparentar, si eso fuese poco, mi vida es una pura ruina.

—No diga eso, Raquel, usted ha sacado la astucia de su padre para los negocios, la belleza de su madre y su don para afrontarlo todo, ¿cómo pueden irle tan mal las cosas?

—¿De verdad quiere que le cuente? Será mejor que no, prefiero no agobiarlo con mis problemas.

—Puede hacer lo que desee, pero su padre siempre decía: *“Que el hombre, por muy bien o por muy mal que esté, siempre necesita ser escuchado, aunque eso no signifique ser entendido”*.

Sonreí al escucharlo, esa era una frase “muy de mi padre”. Él tenía su propio libro de filosofía de la vida, sabía elegir las palabras adecuadas para

cada momento adecuado. Resoplé y pensé por dónde empezar a contarle:

—Amigo, es que desde que mi padre nos dejó, la empresa se ha resentido y no estamos pasando precisamente por el mejor momento, esta maldita crisis está acabando con nosotros. ¡Me lo he jugado a una carta, he invertido todo lo que tengo en el desfile que hemos preparado para la *Semana de la Moda* de Nueva York, los mejores tejidos, los más complicados patronajes, pero esta maldita suerte mía me la ha vuelto a jugar, una vez que ya creía tenerlo todo listo para empezar a recoger los frutos, nos ha surgido otro problema y quizás no podamos desfilar! ¡Para colmo de males, mi poca paciencia me ha llevado a terminar mi relación con Álvaro! ¡Dígame, ¿no cree que tenga motivos para estar preocupada?!

—Si me permite un consejo, ese Álvaro era un hombre muy “especial”. Los hombres deben ser cabales, desde luego, pero tienen que saber hacer reír y feliz a una mujer y a usted no la hacía, así que, por ese lado, no ha perdido demasiado. Y... ese otro problema del que me habla, ¿ese, tiene arreglo?

—La verdad, no lo sabré hasta que no esté en Nueva York, y los abogados me expongan los acuerdos que han tomado.

—Pues como su padre diría: “*Si los problemas tienen arreglo, “pa” qué preocuparse y si no los tienen, “pa” qué te vas a preocupar*”. —Me arrancó una carcajada escucharlo. Él, con toda su parsimonia continuó hablando—: Así es como debería usted reír cuando esté con el hombre de su vida. El amor llega, señorita, no se preocupe por eso, una mirada, una atención, una caricia, y de pronto sabe que ese es el suyo para siempre. Y, por lo referente a esta casa, sé que usted haría cualquier cosa por sacarla adelante, aunque solo fuese por conservar la memoria de mi amigo, pero tenga algo bien claro, él se entregó porque era su sueño, ahora es cuando le toca a usted luchar por los suyos propios, debe preguntarse si es el mismo que él tenía o no. —Me quedé mirándolo, comprendí de un plumazo su relación con mi padre. Al volver escucharle hablar, obtuvo de nuevo mi atención—: Ya me voy y usted debería de hacer lo mismo, he visto llegar los coches de su “consejo de sabias”, como usted las llama, y seguramente andarán como locas buscándola.

Sonreí y le contesté:

—Déjelas que me esperen algo más, necesito pensar otro poquito las cosas antes de bajar, quizás mi perspectiva haya cambiado un poco.

Apoyó su mano en mi hombro y me dio un beso en la frente.

—Sé qué hará lo correcto, su padre tenía toda la confianza del mundo en

usted y yo también. Además, hoy no es día para estar preocupada, él no querría verla así en su cumpleaños, usted fue su mayor regalo y orgullo.

Acaricié, su vieja mano encallecida, con ternura. Sonrió, a la vez que respondió mi gesto apretando la mía con la suya, entonces lo vi salir, con sus doloridos pasos, de la azotea. El sonido del teléfono recibiendo un mensaje de mi vecino y amigo Diego felicitándome, me distanció de la conversación que acababa de mantener. Él me había enviado uno de esos mensajes con muchos besos y tartas de cumpleaños.

Sonreí al verlo, pero mi cabeza volvió a mi anterior estado de ánimo, me quedé pensando: “*Eres mi mayor orgullo*”, esas fueron realmente las últimas palabras de mi padre. Por eso yo deseaba tanto tener un hijo que me hiciese sentir ese amor del que él tanto presumía. Pero otro año más pasaba y era incapaz de tener una pareja estable para poder formar mi propia familia, así que no lo dudé y en un segundo me reafirmé en otra de las importantes decisiones que tanto había meditado.

Bajé hasta la sala de reuniones, como cada viernes teníamos consejo y cuando entré, mis “sabias” me tenían preparada una fiesta por todo lo alto.

—¡Sorpresa!

—¡Pero, bueno! ¿Se puede saber qué es todo esto?

¡Me quedé perpleja, no esperaba nada parecido! Todas comenzaron a abrazarme y a felicitarme, habían preparado un desayuno a lo grande con cartel de *Feliz Cumpleaños* incluido.

Después de un buen rato de celebración, conseguimos centrarnos en el único punto del día, aunque la loca de Francis, nuestra más que reputada fotógrafa, aún seguía con su gorrito en la cabeza. M^a José, la jefa de contabilidad, comenzó dándonos el último estado financiero. Mientras ella hablaba me quedé mirándolas, no llegué a darme cuenta hasta que no las vi allí sentadas, que había ido cambiando al antiguo equipo de mi padre, formado solo por rudos hombres de negocios, por un grupo de colaboradoras de dirección totalmente diferente, había elegido rodearme de verdaderas amigas. Cada una con sus problemas e inquietudes, pero todas maravillosas. Había conseguido fichar a una de las mejores diseñadoras del mundo, Lola Dámper. Como relaciones públicas, a Ana Soler, que había trabajado para las mejores cadenas de televisión y a su lado, mi mano derecha, Yolanda Gallardo, nuestro “pepito grillo” particular y encargada de intentar cuadrar

todas mis desastrosas decisiones. Miré a Zuque, la creadora de las mejores magias de estilismo en todos mis desfiles y a Marta, toda una erudita en la preparación de maravillosos catering y eventos, que en ese momento entraba dando órdenes, con la mayor eficacia a su equipo, para que todo volviese a estar impoluto de aquella pequeña fiesta improvisada. Nunca me creí sexista, pero me pregunté: ¿cómo había podido llegar a formar un equipo de trabajo exclusivamente con mujeres? La voz de la jefa de contabilidad me sacó de mis pensamientos.

—... y no hay nada más que explicaros, si este año no conseguimos desfilas en Nueva York, vamos directamente a la quiebra.

—¿Puede alguien volver a explicarme cuál es el impedimento que tenemos para el dichoso desfile?! Tenemos los permisos, los contratos, los modelos, la ropa... No puedo creerme que por una servilleta de papel con un garabato no nos permitan seguir adelante —dijo Ana.

Había estado escuchando todos los informes financieros y las explicaciones que Yoli, como a mí me gustaba llamar a mi amiga en los momentos íntimos, nos habían ofrecido. Yo, mejor que nadie sabía cómo estaban las cosas y era mi momento de dar explicaciones, sería mi casa de moda, pero eran sus puestos de trabajo los que estaban en juego. Adelanté mi cuerpo y me apoyé sobre la mesa:

—Ana, hasta ahora no quise profundizar contándoos lo ocurrido, es que pensé que nada de esto procedería, nunca creí que la familia de un amigo tan cercanos a nosotros nos haría esta encerrona. Dejadme que os explique cómo son las cosas: Mirad, cuando mi padre decidió marcharse de Nueva York para casarse, vendió la parte de la empresa que había fundado allí a su socio, juntos fueron a celebrarlo con una noche de copas y en medio de una buena borrachera los dos firmaron en unas servilletas de papel, en la que escribieron que la ya compañía de Larry no trabajaría en España y que la que él fundaría no lo haría en América. No fue más que una broma, mi padre ni siquiera guardó ese papel, pero se ve que su socio sí lo hizo. Ahora su empresa se ha negado a que desfilamos de nuevo este año allí, por las ventas que “probablemente” haremos en su país y han llevado a los tribunales la dichosa “servilletita” para impedirnoslo, alegando que tenemos un contrato firmado de renuncia para hacerles la competencia, todo está en manos de los abogados. Como bien acaba de explicar Yolanda, sabéis la enorme inversión que nuestra empresa ha hecho este año, no tenemos más remedio que seguir adelante, por mi parte no veo otra salida, tendremos que arriesgarlo todo. La

decisión está tomada, nos vamos y que sea lo que Dios quiera.

—¡Pero es que no lo comprendo, no es el primer año que desfilamos, ya estamos haciéndonos un nombre allí! ¿Por qué ahora?

Yolanda respondió a Lola sin alterarse:

—Tú misma te estás contestando, mientras no teníamos un nombre a nadie le importaba que desfilásemos o no, pero ahora somos alguien, el año pasado doblamos sus ventas y por eso están dando brazadas a diestro y siniestro buscando el modo de no tenernos como competencia. Incluso este año nos ha asignado la organización uno de los mejores espacios de la semana, relegándonos a ellos a un puesto bastante inferior, si siguen así quizás en próximos años no puedan ni desfilan.

Intervine de nuevo en la conversación:

—Bueno, sea como sea, mi abogado está intentando retrasar lo máximo posible la vista, incluso ha arreglado una reunión de conciliación. Si lográsemos que el juicio no quedara listo para sentencia hasta después del desfile no tendríamos problema, ya nos preocuparíamos para el año próximo y lograríamos salvar este. Solo nos faltaría rogar para que las ventas sean tan buenas como esperamos, y así podríamos sacar la empresa adelante.

Francis sopló con fuerza el matasuegras que tenía en su boca, todas dimos un salto al escuchar el pitido.

—¡Pues preparad el equipaje, nos vamos y esta noche nos espera la gran juerga! ¡Manhattan tiembla, el mejor grupo del mundo va a celebrar el cumpleaños de su presidenta!

Nos miramos todas, el ambiente no estaba para mucha juerga que dijésemos, pero una sonrisa comenzó a dibujársenos en los labios, tampoco era tan mala idea, las ocho sueltas en Nueva York sin maridos, novios, ni hijos. Yo también pensé: ¡Tiembla Manhattan!

Al salir de la sala de reuniones, mientras caminábamos por el pasillo, Yolanda llegó a mi altura, bajó tanto el tono de su voz que me costó trabajo escucharla.

—Ha llamado tu médico, ha dicho que ya puedes pasarte por la consulta para ponerte el tratamiento. Raquel, ¿estás segura de que quieres seguir adelante con eso?

Por la expresión de su cara parecía que estaba en plena misión secreta. Sonreí al escucharla, me agarré con complicidad de su brazo y continuamos caminando hasta mi despacho.

—Yoli, quiero tener un hijo y lo quiero ya. Si sigo esperando a encontrar un hombre que esté de acuerdo conmigo, con mi trabajo y con mi madre, créeme que se me va a terminar “pasando el arroz”. Además, no quiero ser una madre mayor, ahora tengo la mejor edad, por eso no quiero seguir pensándomelo. En cuanto vuelva del viaje me voy a someter a una inseminación.

—¡Pero todavía eres muy joven y muy bonita, no te costará mucho encontrar pareja! Es verdad que las cosas no te han ido bien con tu ex, pero ¿qué me dices de Jaime?, o de ese otro... tu vecino el guaperas, el actor... ¡Diego, ese siempre te está llamando! —Se detuvo y me miró—. Te lo puedo asegurar por propia experiencia, criar un hijo no es nada fácil, y yo tengo a Juan. Te juro que si tuviese que hacerlo sola me volvería loca. Además, ¿y si mañana conoces a alguien que te interese y tú ya has hecho tu “encargo”?

—Me conoces desde hace años, sabes de sobra que mi problema no es conseguir a ese “alguien”, sino mantenerlo. ¡Y ahora venga, no quiero más reproches! ¡Bastantes me va a hacer mi madre cuando se entere que a la vuelta de nuestro viaje va a ser abuela! Vamos a prepararnos, voy a pasarme por la consulta del doctor y luego terminaré de hacer el equipaje, nos vemos más tarde.

Salí directa hacia la consulta del médico decidida a llevar a cabo mis planes, me inyectaron la última dosis de hormonas con vistas a hacer más certera la inseminación y de allí a casa. El avión salía a las cuatro de la tarde, venía riéndome de la ocurrencia de Francis, decía que el vuelo tardaba siete horas y por la diferencia horaria de seis, llegábamos allí a las cinco de la tarde, era como si solo tardásemos una hora en llegar, así que llegábamos justo para irnos de cena. En el mismo portal de mi casa me crucé con Diego que salía.

—¿Tan viejecita estamos que la demencia te hace ya ir riéndote sola?

Al escucharlo le dije sin parar de sonreír:

—¡Idiota! No te había visto. —Le di un empujón en su hombro, él se lamentó como si lo hubiese machacado.

—¡Felicidades abuela, dame un beso! —Me dio un par de besos y me preguntó—: ¿Vas a salir a celebrarlo con las chicas?

—Se puede decir que sí, nos vamos hoy mismo a Nueva York.

—¡Joder, eso sí es saber montar una fiesta! Y yo que quería invitarte a una cerveza.

—Te prometo que nos la tomaremos a mi vuelta, ¿de acuerdo?

—Pues tendremos que esperar un poco, el lunes empiezo a grabar y hasta dentro de unos meses no vuelvo.

—¿Otra película? Al final te vas a hacer super famoso.

Él se tocó el pelo un poco avergonzado y con una sonrisa modesta me contó:

—No hago de protagonista, pero esta vez tengo un buen papel.

—Me alegro mucho por ti. ¡Bueno, pues queda pendiente esa cervecita!

—Seguro.

Volvió a darme un par de besos y nos despedimos. Yolanda tenía en parte algo de razón, Diego siempre había estado a mi lado desde que me había ido a vivir a mi apartamento, de hecho, lo conocí cuando intentó ligar conmigo mientras estaba haciendo la mudanza. Se estaba haciendo un nombre como actor en el cine español, desde luego tenía porte, era guapetón, deportista, y muy simpático, pero enseguida nos dimos cuenta de que no había demasiada tensión sexual (por lo menos por mi parte) y que solo seríamos amigos. ¡Además, encontrarlo sin pareja era algo más que un milagro!

Entré en casa, pero me detuve en la misma puerta cuando escuché ruidos procedentes de una de las habitaciones:

—¡Hola!... Mamá, ¿estás aquí?

—¡Estoy en el dormitorio, Raquel! Terminando de preparar la maleta.

Dejé mi bolso y mientras llegaba iba pensando: ¿En qué momento había terminado mi madre viviendo conmigo? Ella había tenido una fructuosa carrera como *top-model* que le había dejado una abundante cuenta bancaria y mi padre, afortunadamente, también nos había dejado en muy buena posición económica, varias casas en diferentes puntos del mundo y acciones en compañías petrolíferas. (Creo que por eso me sentía tan frustrada, no quería tocar nada de lo que él había logrado con tanto esfuerzo y yo podía perderlo por ser incapaz sacar a flote de nuevo una empresa que tan solo unos años atrás había sido la envidia de las mejores casas de moda del mundo). Como iba contando, con toda esa pequeña fortuna y distintos lugares donde vivir, mi madre había decidido pasar una temporada conmigo después de la muerte de mi padre para recuperarse y, aunque es verdad que su repentina muerte nos hundió a todos los que le queríamos, ella parecía haberse negado a volver a su casa, y se instaló conmigo, sin al parecer tener ningunas ganas de marcharse. Al entrar en su dormitorio vi todo un muestrario de invierno sobre su cama.

—¡Pero bueno! ¿Al final te vienes con nosotras? ¿No dijiste que no te apetecía nada hacer este viaje?

—Pero eso fue antes de que ese sinvergüenza de McLine nos hiciera esta putada, se va a enterar ese cuando yo lo pille, tan amigo que decía ser de tu padre y ahora nos sale con esto.

Me senté al filo de su cama mientras observaba cómo ella metía dentro de la maleta unos vestidos de fiesta, nada recomendables para las reuniones de negocios y de trabajo para las que yo me estaba preparando. Con un solo dedo levanté un tirante de un delicadísimo camisón de seda y le dije:

—¿Y qué piensas, convencer a Larry a polvazos? Porque no pareces ir muy preparada para el despacho de los abogados.

Dio un tirón de su camisón y lo introdujo en la maleta.

—¿A ese viejo mal mañoso? ¿Te has vuelto loca? No sabe ese bien con quién ha topado, a malas no me gana nadie, pero él no es quien me interesa, mi objetivo es su hijo.

Me eché a reír al escucharla:

—Entonces, ¿qué pretendes liarte con su hijo?

—¡Hombre, liarme, liarme, no! Pero desde que despuntaba como hombre siempre estuvo encandilado de mí y tampoco me conservo tan mal, ¿no te parece?

—Mamá, estás preciosa y lo sabes, pero Herman tiene mi edad o un poco más solamente y las cosas ya no se arreglan con un dulce pestañeo, estamos hablando de mucho dinero. Antes había “pastel” para todos, pero ahora esto se ha resumido a un “cupcake” y somos muchas bocas para morder, no están defendiendo nada más que lo que creen que es suyo, es verdad que con muy malas artes, pero están haciendo lo que piensan que es mejor para ellos.

—¡Pues no lo voy a permitir y si lo tengo que convencer a... polvazos, como tú dices, lo haré! —Me miró, yo tenía mis ojos agachados intentando blandir una sonrisa, pero era tanto el miedo que tenía que no podía disimularlo. Se sentó a mi lado y cogió mis manos—. Sé que me has dicho mil veces que no quieres tocar la herencia de papá, pero sabes que tienes el dinero de las acciones, y si no vendemos cualquiera de las casas que apenas usamos y que realmente nos están costando dinero mantenerlas... —Levantó mi barbilla y continuó diciéndome—: Pero no quiero verte preocupada por nada más que el dinero, sabes de sobra que solo con las rentas podemos vivir tranquilamente las dos sin dar un palo al agua, viajando y de fiesta en fiesta.

—Lo sé, mamá, pero eso no es lo que quiero, papá me enseñó todo lo que

sé, esa fue la mayor de sus herencias y me dolería tener que vender su marca por cuatro “*perras*”, ya es cuestión de amor propio, quisiera poder enseñar alguna vez a mis hijos a amar esto tanto como vosotros me habéis enseñado a mí a hacerlo.

Ella sonrió al escucharme hablar:

—Bueno, eres tan cabezota como él, sé que lograrás lo que te propongas. —Se levantó y continuó haciendo su maleta—. Por cierto, cuando vaya a nacer mi nieto dímelo con antelación para reservar esa fecha y que no me pille viajando por ahí.

¡Qué graciosa mi madre, solo cumplía treinta y dos años y no tenía pareja! Pero que hubiese perdido la esperanza de que pudiera tener un hijo en el tiempo que estamos no era ninguna locura, así que sonreí pensando que, si todo salía bien, sería antes de lo que ella pensaba.

Puntuales como un reloj, mi equipo y yo nos encontramos en el aeropuerto y de allí directamente a una de las citas más importantes de nuestras carreras y “de mi vida”.

2

Llegamos a buena hora al hotel y, una vez bien maqueadas y preparadas, nos dispusimos a divertirnos. No quería pensar en lo que podría pasar el lunes, que tendría la reunión con los abogados, quería olvidarme de todo y pasar un buen rato. La cena fue estupenda, nos reímos de lo lindo, no hay mejor compañía que la de unas buenas amigas cuando se está de bajón, y de allí, todas juntas, con madre incluida, nos fuimos a bailar al *Coronas*, uno de los mejores clubs de moda. Ana seguía teniendo buena mano en todos esos asuntos, nos consiguió una buena mesa y, antes de quince minutos ya había encontrado a un grupo de antiguos amigos que parecían sacados del anuncio de un gimnasio. Bailé durante un rato y bebí bastante, pero lejos de subir mi ánimo, me fui sintiendo cada vez más apocada. Mientras todas seguían bailando me senté, estaba entretenida viéndolas divertirse, cuando una voz muy masculina acaparó toda mi atención:

—¿No tienes más ganas de bailar?

Negué intentando sonreír, levanté mi cabeza pensando que era uno de los muchachos, pero no era del grupo, sino un desconocido, no lo había visto antes.

—Perdona, ¿te conozco?

Señalando hacia mis amigas y sus acompañantes me contestó:

—Soy amigo de uno de los musculitos que están con las chicas, aunque como ves, acabo de llegar y me he perdido las presentaciones, pero desde el minuto cero no he podido dejar de mirarte, eres una preciosidad.

Le eché un buen vistazo, aquel morenazo merecía la pena unos minutos de atención.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Guapa y además inteligente. —Sonreí al escucharlo, no era más que un caradura, pero uno bien atractivo—. Te he visto bailar y lo haces de maravilla, ¿te atreves a probar conmigo?

—No tengo muchos ánimos, estoy bastante cansada, gracias, otra vez será.

Cogió mi mano y galantemente la besó. Un escalofrío me recorrió entera con el solo roce de sus labios y con un gesto de su cabeza insistió:

—No hay nada mejor para los males que ahuyentarlos con el baile. —Sonó en ese momento *Marc Anthony* y su "*Vivir mi vida*", me miró y dijo—: ¿Sabes bailar salsa? —Asentí con la cabeza—. ¡Venga, dame este capricho!

Me miró con unos preciosos ojos azules y una sonrisa espectacular, me hice un poquito de rogar, pero accedí.

Bailaba de maravilla, era fácil seguirlo, con un ritmo increíble, su pelo moreno, un cuerpo espectacular, ¡madre mía lo tenía todo!

Cuando nos quisimos dar cuenta, teníamos una legión de admiradores aplaudiéndonos.

—¡Guau! ¿Pero dónde aprendiste a bailar así?

Reí con ganas, ahogada por el esfuerzo.

—¿Y tú? ¡A eso se llama bailar, no hay nada que me guste más en un hombre que sepa hacerlo en condiciones! —Sonrió de una manera ladina, intentando dar un doble sentido a mi frase, yo lo empujé tonteando siguiéndole la broma, fue entonces cuando quiso comenzar a contarme algo sobre él.

—Bueno, yo tengo sangre... —Pero los demás nos interrumpieron, llevándonos casi a rastras hasta nuestra mesa, corrió el champán celebrando mi cumpleaños. Al final estaba pasando una noche genial. La que no se cortó ni un pelo fue mi madre, que después de mi improvisada actuación ligó con un maromo de dos metros, por lo menos veinte años menor que ella y había desaparecido.

Pero yo esa noche no tenía ojos nada más que para mi compañero de baile, me gustaba ese pelo, cuidadosamente despeinado, dándole a su varonil aspecto un aire algo aniñado; vestido de oscuro con un ceñido jersey que marcaba con claridad aquel cuerpo escultural; pero, sobre todo, me gustaban las atenciones que a lo largo de la noche tenía conmigo, por fin hubo un momento que nos quedamos solos. Lejos de seguir con el ambiente de risas que se había creado, él se acercó “peligrosamente” muy cerca de mi espacio vital y con una voz que me hizo temblar por dentro, rozó mis hombros con las yemas de sus dedos.

—¡No tenía ganas de venir, menos mal que mis amigos me convencieron!

—¿Lo estás pasando bien?

Se acercó a mí hasta poner su cara justo frente a la mía.

—¿Acaso lo has dudado? —Cogió mi cara con sus dos manos y me susurró—: Solo me faltaría una cosa. Déjame besarte.

Lo miré a los ojos y le contesté:

—¿No has escuchado esa canción que dice, “*que en un beso va el alma*”? Los besos no se pueden ir regalando, así como así.

Él rozó mis labios e insistió de nuevo:

—¿De verdad no me vas a dejar besarte? —Rocé mis labios con los suyos, estaba deseando hacerlo, pero no era lo lógico, acabábamos de conocernos, él cerró sus ojos, susurrándome me dijo—: ¡Hazlo!

Lo besé, y dejé que me besara. Se ve que yo había ganado un año, pero había perdido la vergüenza en el camino. Y es que aquel hombre me gustaba, su amplia sonrisa parecía ser perpetua, sus ojos eran ardientes y sus manos aún más, no conocíamos nuestros nombres y al cabo de un par de horas nos estábamos comiendo a besos como dos adolescentes. El ambiente se iba calentando cada vez más allí dentro, cogió mi mano y sin apartar sus ojos de los míos, me pidió que saliésemos fuera.

Con la voz entrecortada por la excitación no quería parecer una “ligerilla” aunque me apetecía muchísimo irme con él.

—¿No crees que vas muy rápido?

Con sus labios pegados a los míos acarició mi cara y me contestó:

—Te juro que no sé lo que me ha pasado contigo, es como si me hubieses embrujado, me gusta todo de ti, nunca me había sentido así.

Sonreí y miré sus ojos.

—Pues vas a tener que serenarte, es muy tarde, tengo que irme, mis amigas llevan un rato haciéndome señas para que nos vayamos.

—¡Diles que se vayan, yo te acompañaré! —Negué con la cabeza sin hablarle, aunque intentando no perder la sonrisa, no solía someterme a la voluntad de nadie y que me diesen una orden, del modo que fuese, era mi alarma para hacer todo lo contrario, estaba acostumbrada a tomar mis propias decisiones y no me gustaba en absoluto que nadie me dijese lo que debía hacer. Me levanté y cogí mi bolso, pero él no soltaba mi mano. Su tono imperativo de voz se suavizó radicalmente, entonces mi estado de ánimo se calmó—. Por lo menos dime que vamos a comer juntos.

—No puedo, mañana son las pruebas para el desfile.

—¡Eres modelo, lo sabía, tienes un cuerpo impresionante!

Hice una simpática mueca con mi boca, ¿para qué desmentirlo?, a decir verdad, había llenado bastante mi ego, entonces le contesté:

—No vas desencaminado, ando en ese mundo.

La voz de mis amigas llamándome obtuvo por completo mi atención, e hice el intento de volver a marcharme, pero él se levantó y sin soltarme volvió a decirme:

—Por favor, una cena, dime tu número y te llamo.

Hice un gesto de duda, pero ¿a quién quería engañar? yo tenía más ganas

que él, cogí mi lápiz de labios y se lo escribí en su mano.

Sonrió, y antes de que me alejara me atrajo de nuevo, me besó y, con una voz tan profunda como la noche, me dijo:

—¿Sabes que no me has dicho tu nombre?

—Tampoco yo sé el tuyo, si me llamas mañana te lo digo, si no lo haces no habrá valido la pena saberlo.

Le divertí aquella especie de juego, aceptando el reto con un movimiento de su cabeza mientras miraba cómo me marchaba. Me volví antes de salir para echarle un último vistazo, lo vi de pie con las manos en sus bolsillos, esa impresionante presencia y una preciosa sonrisa en su cara.

Al llegar junto a mis amigas, me regañaron, me felicitaron, me... me... ¡Yo no las escuchaba, estaba en una nube! Le pregunté a Ana:

—¡Bueno, dime quién es! ¿Cómo se llama? ¿Lo conoces?

—No le pregunté a los chicos, lo siento. Vi que se conocían porque estuvieron hablando, pero pensé que os habían presentado, como estabais tan acaramelados.

—No, no nos dio tiempo —le dije un poco avergonzada, jamás había hecho algo así, pero aquel hombre había sido algo especial, es más, si hubiese tenido que elegir entre un millón, creo que lo habría elegido a él.

La mañana pasó rápida, Lola y yo empezamos con las pruebas a las modelos mientras las demás se dedicaban cada una a su cometido. Había mirado un millón de veces el teléfono durante aquella mañana, pero ni rastro, él no me llamaba. Cuando por fin sonó ya después de las doce de la mañana, lo cogí con ansias:

- 📞 Sí, dígame.
- 📞 Raquel, soy Adrián.
- 📞 ¿Adrián?
- 📞 Sí, su abogado.

Mis amigas estaban alrededor de mí expectantes, yo les hice un gesto con mi mano haciéndolas saber que no era él, me aparté del grupo y continué con la conversación.

- 📞 Dígame, ¿ha conseguido solucionar algo?
- 📞 No, están cerrados en banda, creo que vamos a tener que esperar el veredicto de un juez. De todos modos, tenemos la reunión de reconciliación del lunes, quizás con ustedes allí, logremos llegar a algún tipo de acuerdo.

- ④ Está la cosa muy difícil, ¿verdad?
- ④ ¿Para qué la voy a engañar? No está fácil, pero todavía no está todo perdido, depende de lo que ellos puedan averiguar de su situación económica.
- ④ De acuerdo, pues no nos queda otra que esperar a esa dichosa reunión.
- ④ Relájese y disfrute este fin de semana, nos vemos el lunes a primera hora.
- ④ De acuerdo, gracias por todo.

Colgué el teléfono totalmente abatida, no podía hacer otra cosa que seguir esperando, de pronto escuché cómo sonaba de nuevo. Era un número desconocido y a pesar de la noticia que acababa de recibir, una sonrisa se dibujó en mis labios. En medio de toda aquella tragedia, necesitaba sacar los problemas de mi cabeza.

- ④ ¡Hola!
- ④ No estaba seguro de que me hubieses dado tu número de verdad, pero por esa preciosa voz veo que eres tú.
- ④ ¿Acaso estás acostumbrado a que no lo hagan?
- ④ Dejémoslo ahí mejor. Bueno, ¿qué hay de esa cena? ¿A qué hora paso a recogerte y dónde?
- ④ Es que las cosas no han mejorado mucho y no tengo demasiadas ganas de salir.
- ④ No voy a admitir un no como respuesta y voy a seguir insistiendo durante todo el día hasta que digas que sí.
- ④ ¿Sabes que si desconecto el teléfono, me importará un pimiento las veces que llames, verdad?
- ④ No, no, por favor, no lo hagas, quiero volver a verte. Si estás mal puedo hacer que pases un buen rato, dame una oportunidad. —Todas mis amigas estaban pendiente de la conversación, haciéndome señas para que aceptara y de nuevo escuché su voz—. Dime que sí.
- ④ De acuerdo, pero solo una copa, de verdad, que no tengo ánimos.

Se escucharon gritos en el salón y a través del teléfono, me reí con ganas, le di la dirección de mi hotel, para después quedar sobre las siete de la tarde.

Nerviosa como una niña, no sabía qué ponerme, un hombre como él debía conocer mujeres de toda clase, ¿o no? Tampoco sabía a qué “clase”

conocería. Al final me decidí por uno de los vestidos de mi marca de la línea joven, lo estaba reservando para el desfile, pero la ocasión merecía la pena. Estaba enamorada de ese conjunto, con una voluminosa falda de gasa y un ceñido top, que resaltaba bastante mi “ya resultante” delantera. Al verme en el espejo decidí ponerme el *cárdigan* para “taparme” un poco, me hubiese gustado ir así vestida solamente, pero el frío de la noche en Nueva York no es para tomárselo a broma, así que no me “quedó más remedio” que estrenar la preciosa capa de ante negra que cogí del cuarto, de mi aún desaparecida madre, de la que tan solo había recibido algunos mensajes diciéndome que se lo estaba pasando de “miedo”. Al escuchar sonar el móvil, mis amigas, que al final habían terminado todas dentro de mi habitación dándome cada una un consejo diferente, saltamos al escucharlo, provocándonos una tonta risa nerviosa.

- 📍 ¿Diga?
- 📍 Hola, soy tu cita. ¿Bajas o subo?
- 📍 Ya bajo, dame solo unos minutos.
- 📍 Solo uno, me muero por verte.

La cara de boba que puse debía de ser épica, porque comenzaron todas de nuevo con las “bromitas” y a reírse de mí.

Bajé en el ascensor llena de ilusión, era increíble volver a sentirme de aquel modo. Nada más llegar a recepción lo vi. Estaba distraído mirando una exposición de pistolas antiguas. Tuve que pararme y tomar aire, no lo recordaba demasiado bien, la bebida y la poca luz, me habían llevado a pensar que me había hecho una imagen suya idealizada en mi cabeza, pero para nada, era un hombre regio, alto, fuerte, de pelo y piel morena, bien vestido y... ¡madre mía qué... qué culo más bien puesto se le veía desde allí!

Seguía parada embelesada mirándolo cuando se dio la vuelta. ¡Joder, si de frente era aún más guapo! Y como una boba se escapó una sonrisa de mis labios al encontrar su mirada. Se acercó hasta mí con unos elegantes pasos, dejándome que lo admirara.

—Buenas noches, ¿señor...?

—¡Tss! De eso nada, no hasta que no sepa primero el tuyo.

—Pues yo no pienso ser la primera, los retos parecen gustarte tanto como a mí.

Él dio una carcajada y me respondió:

—Bueno, veo que eres bastante cabezona, pero me gusta jugar y aunque sé que al final de la noche lo sabré todo de ti, ahora me conformo solo con tu

nombre de pila, ¿te parece bien una pregunta cada uno? —Asentí y él continuó—: Soy Nick.

—¿Nick? Tienes nombre americano, pensé que eras latino.

Hizo un gesto con su boca.

—En parte, ya te dije que tenía sangre caliente; ahora me toca a mí y no te desvíes del tema, ¿me vas a decir de una vez tu nombre?

Extendí mi mano y le contesté:

—Hola, Nick, yo soy Raquel.

Él la estrechó con fuerza y me dijo:

—Hasta el nombre lo tienes bonito.

A pesar de no tener la intención de soltar mi mano, yo muy sutilmente la separé de la suya, realmente estaba algo avergonzada por lo ocurrido entre nosotros la noche anterior, pero toda aquella vergüenza desapareció, desinhibiéndome por completo de golpe cuando al salir a la calle juntos, me vi frente a su precioso *Ferrari 250 p5* negro.

—¡Vaya! ¡Es impresionante! Sigamos con el juego: ¿Es tuyo? —Asintió con la cabeza sin dejar de sonreír, apretó el botón de apertura, nos montamos y quise continuar con mi interrogatorio, pero él me puso su dedo en los labios.

—El juego era una pregunta cada uno, ¿recuerdas? ¿Carne o pescado?

Lo miré sorprendida:

—¿Perdón?

—Si prefieres carne o pescado.

—Te dije que solo una copa.

—Y te prometo que durante la cena solo te dejaré tomar una.

—No es en lo que quedamos.

—Pero sería una pena no poder presumir de ti, ¿te he dicho ya que estás preciosa? No sabía si lo había imaginado ayudado por las muchas copas de anoche o es que eras así de bonita.

Agaché la cabeza un poco avergonzada de nuevo, yo había pensado lo mismo de él. Al final comenzamos una animada charla, ante tanta insistencia, terminé aceptando su invitación, y aunque no había contestado a su pregunta, llegamos hasta la bahía y aparcó su coche.

—¿No decías que íbamos a cenar?

—¡Y eso vamos a hacer! Estuve buscando el escenario más romántico para recordar en nuestra primera cita y pensé en esto.

—¿Nuestra primera cita? ¿Piensas que haya más? Y, ¿de verdad, te

funciona esto con tus chicas?

Subió a la pasarela, cogió mi mano y me contestó:

—¿Recuerdas? Una sola pregunta cada vez.

Solamente había una mesa puesta en la popa del barco, uno de los marineros nos acompañó hasta ella y tomamos asiento. Abrió una botella de champán y me propuso un brindis, antes de que hablara lo interrumpí:

—Piensa bien por lo que vas a brindar, nada de lo que digamos o hagamos esta noche será lo suficientemente trascendente para que nos ate, recuerda, yo solo estoy de paso en Nueva York y en tu vida.

—Entonces, ¿qué tal por una buena amistad?

Alcé mi copa y brindé con él.

—Por el tiempo que dure.

La noche transcurría bajo una deliciosa velada, risas, champán, canapés y el maravilloso e inigualable paisaje de la ciudad más impresionante del mundo como marco a algo ideal, aquel hombre era impresionante; pero extrañamente mi estúpida cabeza, lejos de intentar disfrutar ese momento, no hacía nada más que darle vueltas a mi última obsesión, ¿cómo sería un hijo nuestro? Sí, es verdad que podía llegar a ser cabezota y cuando algo me obsesionaba era muy difícil que me olvidara, así como así. Lo escuchaba hablar, pero era como si mi mente no entendiese una sola de sus palabras, aunque tampoco me interesaba demasiado, a decir verdad. Yo seguía en mi mundo pensando: ¿El bebé tendría su pelo moreno o sus ojos azules?, ¿quizás la mezcla de su piel tostada y mis ojos verdes? ¡Yo quería tener un hijo y ese hombre se estaba convirtiendo en el candidato ideal! Había tomado la decisión de la inseminación, pero sin duda alguna con él aquello sería mucho más divertido. Mi mente sopesaba los pros y contras, si todo salía mal, en una semana habría terminado todo, yo estaría de vuelta en casa sin quedarme embarazada y él nunca sabría nada de mis planes, y, por otro lado, si salía bien, después de esa semana tampoco lo volvería a ver y tendría un precioso bebé como regalo extra. Desde luego no podía decirle ni una palabra de mis “maléficos” planes, si no, todo se iría al traste, calculaba mentalmente el día de mi última regla, cuando escuché su voz insistente.

—Veo que te estoy aburriendo de lo lindo, no consigo captar tu atención para nada.

Di un sorbo de mi copa y sonreí, si él supiera lo mucho que había logrado captarla...

—Perdóname, te dije que esta noche no era la mejor de las compañías,

tengo muchos problemas y eso no es una buena combinación para una cita.

Uno de los marineros nos trajo una enorme lubina a cada uno, yo no era mucho de pescado, pero supongo que era lo que más pegaba en aquel barco, pero si quería seguir adelante, oler a pescado no iba a ser para nada lo más excitante.

—He vuelto a fallar, ¿no te gusta el pescado

Volví a sonreírle y le dije:

—No era en cenar precisamente en lo que yo estaba pensando hacer contigo esta noche. —Él bebía de su copa cuando se le escapó de inmediato el sorbo que estaba dando—. Mira, no me voy a andar con tonterías, tengo un millón de cosas en la cabeza y si todo este cortejo tiene el final de llevarme a la cama, ¿para qué vamos a seguir perdiendo el tiempo?

Se volvió hacia el marinero y casi le gritó:

—Por favor, dígame al capitán que volvemos a tierra.

Llegamos hasta mi hotel, no esperamos ni a entrar en el ascensor, nuestras manos eran impacientes y nuestras bocas aún más. No sé si eran las hormonas o la atracción sexual que él me producía, pero era tanto el deseo en ese momento, que sentía cómo mis fluidos se preparaban para él, aunque desafortunadamente un par de parejas llegó hasta la puerta y tuvimos que contenernos, el ascensor tardaba un siglo en bajar. Acercándose a mi oído, a la vez que paseó su mano por toda mi espalda, me preguntó:

—¿En qué planta estás?

—En la segunda.

—¡Subamos por las escaleras!

Sin pensarlo, cogió mi mano y me arrastró hasta ellas. Nos besamos en cada escalón, fuimos abriendo uno a uno los botones de nuestra ropa; cuando llegamos hasta la puerta de mi habitación ya estábamos prácticamente preparados para nuestro objetivo final. Sobre la misma puerta del dormitorio ya podía sentir sus manos subiendo por mis muslos (por un momento me sentí un poco culpable por utilizarlo), pero no es que el muchacho se hubiese hecho mucho de rogar tampoco. Así que decidí seguir adelante con mi plan. Saqué su camisa bajándola por sus brazos, ¡madre mía, “peazo” de bíceps! Si todo iba a juego, aquello sería el “despiporre final”, así que me decidí por completo a ver el resto del material, desabroché la correa de su pantalón y

antes de darme cuenta él ya había bajado mis bragas. Se detuvo un momento, antes de bajar su pantalón comenzó a buscar algo en su bolsillo.

Con la voz totalmente entrecortada le pregunté:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te detienes?

—Estoy buscando los preservativos que tengo en la cartera.

Cogí su cara con mis dos manos haciéndole un interrogatorio en toda regla:

—¿Tienes o crees poder tener alguna enfermedad?

Algo sorprendido me contestó:

—No.

—¿En tu familia hay o ha habido algún caso de síndromes o enfermedades raras?

Me miró con los ojos abiertos como platos y volvió a responderme:

—No, que yo sepa.

—¿Tus padres viven?

—Sí, pero... ¿a qué viene todo esto?

—Solo una pregunta más: ¿Te pusieron corrector dental de pequeño?

—No, pero no entiendo... —Lo interrumpí de nuevo y le dije:

—¡Olvídate del preservativo, yo ya tomo todas las precauciones que necesito!

Nos tumbamos en el suelo con tanta fuerza que hasta me di un buen coscorrón en la cabeza, pero eran tantas las ganas de los dos, que ni le presté atención, toda ella estaba concentrada en sus labios, suaves, calientes, que buscaban con desesperación mis pechos; arqueé todo mi cuerpo al sentir su lengua rozando mi pezón y cómo aquellos perfectos dientes lo atrapaban con el suficiente cuidado de solo hacerme sentir placer, bajé mi mano hasta su sexo. ¡Oh! Estaba aún más preparado que yo para ese momento, lo atrapé y apreté con fuerza, un gemido desde su garganta hizo que aún me excitase más.

—¡Te necesito ya!

—Entonces, ¿a qué esperas? —le dije con tal excitación que me costó hablarle.

Mirándome directamente a los ojos, sentí cómo sin más preámbulos metió su mano entre mis piernas y hábilmente abrió camino. Pude sentir cada centímetro de su piel. Un gemido se escapó de mi garganta a la vez que él me susurraba suaves palabras al oído. Mis movimientos fueron cada vez más y más rápidos, su boca y su lengua, antes calientes, parecían hacer arder cada

trozo de mi piel por el que pasaba, sus pequeños mordiscos se conectaban directamente con mi sexo, que cada vez lo necesitaba más. ¡Me habían hecho muchas veces el amor, pero aquel hombre no era “eso” lo que hacía, lo que él estaba haciendo era, follarme! ¡Follarme como nadie lo había hecho antes! Necesitaba liberarme y me olvidé de sus caricias y de sus besos, me moví buscando mi placer, lo comprendió enseguida, se dio la vuelta y me colocó encima de él, clavándose hasta el fondo en mí y volviéndome loca al sentirlo tan dentro como mi cuerpo podía admitir. Atrapó mis caderas y con unos certeros movimientos llegué a ver el cielo en la tierra entre sus brazos, el calor me inundó por completo y un sensual gemido de placer que salió desde su garganta me hizo comprender que también él había llegado al clímax.

¡Madre mía, aquello no acabó allí, la noche fue intensa, sin duda pasaría a mi historia como el “polvazo” más espectacular de mi vida! Su boca, su lengua, sus manos no había tenido forma de resistirme a cada uno de sus caprichos, lo había sentido en mi espalda, sobre y debajo de mí, lo hicimos en todas las posiciones humanamente posibles, había oído hablar de los orgasmos múltiples, para mí que solo eran una leyenda urbana, pero esa noche comprobé en mis propias carnes, que realmente se podía llegar a sentir una vez tras otra.

Al final, con tanto ajetreo, y juro que no recuerdo en qué momento exacto fue, terminamos en la cama, caímos exhaustos, sin poder movernos apenas e intentando recuperar nuestros alientos.

—¡Oh, Dios mío, ha sido increíble! —Apartó el pelo de mi cara, yo seguía intentando recuperar mi aliento—. ¿Te encuentras bien?

Asentí con la cabeza, sin poder hablar aún, respiré y le contesté:

—¡Ha sido brutal! Ni en mis más calenturientos sueños había pensado que algo así se podía llegar a sentir.

Él se echó a reír, se incorporó un poco y me dijo:

—¿Te das cuenta de que apenas sabemos nada el uno del otro? Y mira todo lo que acabamos de sentir juntos.

Lo miré y sonreí.

—¿Qué más da? En unos días yo habré vuelto a mi país y no nos volveremos a ver.

Vi en su cara un asomo de preocupación, acarició mi cara y me dijo:

—No digas eso, yo viajo mucho, quizás podamos seguir viéndonos. —No me hicieron mucha gracia sus palabras, si conseguía quedarme embarazada no creí que él se sintiese muy feliz de ver la trampa que le había hecho, pero

detuve por un momento mis pensamientos para observarlo, lo miré, era un hombre guapísimo, parecía buena persona y como siempre fuese igual en la cama, era un tipo bastante completo, quizás no sería tan mala idea intentar tener una relación con él. De nuevo su conversación me devolvió a la realidad—. Me dijiste que eras modelo, ¿no?

Negué a la vez que sonreí al escucharlo, a pesar de medir casi un metro setenta y estar bastante delgada, al lado de mi madre siempre me había sentido un “patito feo”.

—No, te dije que estaba en ese mundo, pero no soy modelo, soy diseñadora. —Me sentí mal al recordar mi problema, cerré los ojos como queriendo olvidar mis pensamientos—. Aunque discúlpame, ahora no quiero ni pensar en eso, mejor cuéntame algo sobre ti, ¿de dónde eres? Cuando te vi pensé que eras un actor latino de telenovelas.

Dio una carcajada y me contestó:

—No, soy neoyorquino hasta los huesos. Mi madre es de Puerto Rico, por eso hablo español y supongo que esos mismos genes me han hecho ser tan moreno, pero mi padre es norteamericano.

—Pues tienes unos rasgos que te hacen muy interesante. —Acaricié su cara recreándome en lo endiabladamente guapo que era—. Aunque tienes razón, el azul de tus ojos delatan tus raíces gringas, como les dicen por allí, ¿no?

Me dio un rápido beso sin dejar de sonreír y me dijo:

—Estoy bastante intrigado contigo, ¿tan grande es tu problema como para hacerte sentir tan mal en un momento como este? —Asentí con la cabeza, aparté mis ojos de él, e hice un mohín con mi boca, pero él cogió mi barbilla y buscó mi mirada—. Cuéntamelo, seguramente no podré ayudarte, pero quizás hablando te tranquilices.

—No es nada complicado de explicar, al contrario, es tan fácil como que, si las cosas no se solucionan el lunes, prácticamente estaré en la quiebra. — Se incorporó un poco para escucharme con cara de preocupación; aunque su torso desnudo me desvió de nuevo de mis problemas y del tema que estábamos tratando. Lo iba descubriendo poco a poco, cada vez me gustaba más lo que veía, tuve que carraspear mi garganta para centrarme y continuar contándole—: He invertido todo el capital de mi empresa en la colección de este año que he creado casi en exclusiva para el desfile, pero uno de mis más directos competidores ha encontrado el modo de evitar que la muestre, si no lo consigo lo habré perdido todo, y...

Su cara se tornó algo nervioso y me interrumpió:

—Cuéntame tu problema, quizás sí pueda ayudarte.

Le conté con pelos y señales todo lo que me estaba sucediendo, necesitaba desahogarme y no omití ningún detalle. Cuando terminé mi historia, Nick me miró y me dijo:

—No me has dicho tu apellido.

Lo miré sin saber el porqué de su pregunta en ese momento y le contesté:

—Lebrón, soy Raquel Lebrón, mi firma es *Wilson Lebrón*. —Nick se levantó, buscando su ropa por toda la habitación, me quedé mirándolo anonadada por cómo se vestía a toda prisa—. ¿Te vas?

—Sí, mañana tengo algo importante que hacer y no me puedo quedar.

—¿Mañana domingo?

Terminó de vestirse, sin contestarme, me miró y me dijo:

—¡Te juro que hasta ahora no sabía quién eras!

—Nick, explícate, de verdad que no entiendo qué ha sucedido.

—Hoy no puedo decirte nada, pero ya te llamaré, ¿de acuerdo?

Yo no comprendía lo que estaba ocurriendo, él hizo ademán de acercarse para despedirse con un beso, pero de inmediato se arrepintió, hizo un gesto de adiós y salió de la habitación sin mirar atrás. Cuando salió por la puerta me di la vuelta y puse mis piernas en alto apoyadas en el cabecero de la cama, estiré mis brazos y solté una carcajada. Era guapísimo, pero solo había sido un “polvo” de una noche, y desde luego para nada aquella inseminación había sido lo traumática que me imaginé que sería en una fría clínica... ¡¿Mira si además había acertado?!

Pero enseguida me intrigó su reacción, tampoco yo sabía su apellido, ni quién era, estaba segura de que no era el hijo del exsocio de mi padre, yo lo conocía, ¿pero entonces a qué venía toda esa intriga? Había salido como alma que lleva el diablo al contarle mi historia, qué mal presentimiento me estaba dando todo eso, y yo que hasta pensé en la posibilidad de una relación con él. Intenté convencerme de que solo era un cazafortunas y al enterarse de que estaba prácticamente en la ruina, había salido por patas.

Por la mañana no quería levantarme, después de su salida me había costado muchísimo dormirme, pensaba en cuál podía ser el motivo que le había llevado a ese comportamiento tan extraño. Los dichosos WhatsApp de mis compañeras no dejaban de sonar preguntándose qué había sucedido aquella

noche, así que decidí cogerlo y les eché un vistazo:

Ana

\ *Donde stas?????*

Yolanda

\ *Cómo fue todo????*

Lola

\ *Cuéntanos!!!!*

Zuque

\ *Stá contigo????*

No quise preocupar más a nadie, así que contesté:

\ *Todo fue fenomenal!!!!!!!*

Todas contestaban, con risas y emoticonos sonrientes, aunque en realidad yo no me quedé bien del todo, sabía que aquello no había sido muy normal.

Pero era hora de levantarse, a pesar de ser domingo teníamos muchas cosas pendientes aún, si conseguíamos desfilas, había mil cosas por hacer.

Era febrero y hacía un frío brutal, decidí ponerme uno de los abrigos de *mohair* de mi colección para invierno y un sencillo pero elegante vestido blanco y negro, unas buenas botas altas, recogí mi pelo con un moño, un poco de maquillaje y ya estaba lista, pero al darme el último retoque me miré en el espejo, toqué mi vientre, a pesar de todo me sentía feliz. ¿Y si fuese verdad que había quedado embarazada? Sería un sueño hecho realidad. Salí de la habitación con una sonrisa pintada en mis labios. Entré en el ascensor para dirigirme al *Lincoln Center*, el lugar donde se celebrarían los pases de modelos, saludé indiferentemente al hombre que había dentro y al que apenas presté atención, pero él se dirigió a mí:

—Me encantan los abrigos blancos y ese en particular tiene unas hechuras preciosas.

Lo miré, queriendo agradecerle con una sonrisa su atención, y para mi sorpresa enseguida lo reconocí:

—¿Aunque en Brasil no se utilicen demasiado?

Me miró y sonrió:

—Soy...

—Sé quién es usted, permítame decirle que admiro muchísimo su trabajo, señor Castro.

—¿Modelo?

—Diseñadora, como usted. —Se abrió la puerta del ascensor y antes de salir me volví hacia él y le dije—: ¡Ojalá alguna vez usted también llegue a reconocermme al verme!

Se quedó mirándome mientras me alejaba. Fui directa hacia mi coche alquilado, casi me dolió un poco que él no supiese quién era yo, pero es verdad que nosotros solo éramos en ese momento una gota de agua, pero gota a gota se forma un océano, ¿verdad?

El domingo pasó rápido, nadie quería hablar de la posibilidad de que no pudiésemos realizar el desfile y todas continuábamos trabajando, aunque algo desganadas, en los preparativos para nuestro gran momento. La que no había aparecido por ningún lado era mi madre, aunque con ella no había cuidado, sabía cuidarse de sobra, conocía esa ciudad como la palma de su mano y tenía tantos conocidos viviendo allí, que si no había conseguido su propósito con el joven McLine, podía estar entretenida con cualquiera de sus amigos durante meses. Ya terminada la jornada y durante la hora de la cena volvimos a reunirnos y claro, el tema principal de nuestra conversación era sobre mi “noche loca”.

—Bueno, ¿vas a contarnos de una vez lo que sucedió anoche?

Miré a Ana y sonreí, sabía que, si les contaba mi comportamiento, sobre todo Yolanda me la liaría, así que decidí omitir algunos datos:

—¿Qué queréis que os cuente? Pues que fue todo un caballero conmigo, cenamos en un barco y luego me acompañó hasta el hotel, ¡ya está!

—¿Cómo que ya está?

—¡No, señorita, de ya está nada! ¡Sabes de sobra que hubo algo más, ¿recuerdas? yo duermo en la habitación de al lado tuya!

Me eché a reír un poco avergonzada, sabía que Lola estaba justo a mi lado y nos habría escuchado seguro.

—También me acompañó a mi habitación.

— ¿... Y?

—¡Y... fue genial chicas, el tío estuvo increíble!

Todas nos pusimos a reír escandalosamente, ellas comentaban lo guapo y espectacular que era, parecía uno de los modelos de pasarela que andaban aquella semana por cualquier rincón de Nueva York, pero yo miré por centésima vez mi teléfono y no me había mandado ni un solo mensaje en el día, todo había terminado en esa noche, no sabía por qué me entristecía

pensarlo, al fin y al cabo, ese era mi plan inicial, una inseminación limpia y rápida, más barata y mejor imposible. Miré a mis amigas, las dejé que siguieran hablando, el tema las había tenido entretenida de nuestro problema, y no quería amargar más la situación de lo que ya estaba.

Si poco había conseguido dormir la noche anterior, menos lo hice esta, aunque desde luego por muy diferentes motivos. La pasé pensando en la dichosa reunión del lunes, a las cinco y media de la mañana ya se me hacía imposible seguir acostada, apoyada en el quicio de mi ventana del “*Andaz Wall Street*”, vi cómo la esplendorosa ciudad de Nueva York despertaba, se veían algunas personas por las calles, y yo, lejos de pensar en el problema que me acaecía, no dejaba de ilusionarme con la idea de haber quedado embarazada, mi niñez había sido tan bonita... Busqué con la mirada si desde allí se veía el apartamento que había sido de mi padre, recordé los días por aquellas calles de su mano, él amaba esa ciudad casi tanto como amó a mi madre. Cuando la conoció tenía aquí su casa de diseño ya en alza, pero no dudó un segundo en abandonarlo todo: su trabajo, a sus padres, su socio y por entonces su amigo, todo por correr detrás del futuro incierto que le proporcionaba el inestable amor de esa alocada mujer. Recuerdo que cuando yo le preguntaba: ¿cómo podía haberlo abandonado todo por ella?, él repetía una frase de San Mateo: “*Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón*”. Esa sí fue una verdadera muestra de amor. Yo ahora quería revivir con un hijo un poquito de la felicidad que una vez viví allí en familia. ¿Me estaría volviendo una loca obsesiva? No, la verdad es que recordar tantos momentos felices era el único modo de no pensar en que algo malo podía ocurrir con el sueño que mi padre había creado, yo misma me convencí de que todo aquello no era más que una ilusión, por muchas hormonas que me hubiese inyectado sería mucha casualidad quedar en estado a la primera, eso solo solía pasar en las novelas.

El timbre de mi móvil me sobresaltó. Miré el reloj, apenas había pasado media hora desde que me había levantado. Miré la pantalla, era el número de mi abogado.

—Raquel, buenos días, siento despertarla tan pronto.

—No se preocupe, no he podido dormir nada esta noche esperando la dichosa reunión.

—Ese es precisamente el motivo de mi llamada, el abogado de la parte

contraria se ha puesto en contacto conmigo y me ha dicho que es muy urgente que nos reuniésemos a las siete, pero ha insistido que en este primer encuentro necesita que nos veamos a solas.

—Demasiado temprano para una reunión y, ¿solos? ¿Qué raro parece todo esto, no cree?

—Seguramente. Aunque me lo ha pedido con tanta insistencia que no he visto el modo de negarme, me ha asegurado que es de suma importancia que nos veamos de este modo.

—¿Sabe? Casi lo prefiero, cuanto antes acabemos con esto mejor será.

Me dio la dirección del despacho y no dudé un segundo en ponerme manos a la obra y arreglarme, tenía razón; cuanto antes terminara aquella maldita reunión antes volvería a mi vida. Terminé rápido, bajé, busqué un taxi para llegar más rápido y me dirigí hacia el enorme edificio que albergaban los despachos del bufete. Nada más salir del ascensor vi a Adrián con unas carpetas en su mano esperándome, las instalaciones estaban vacías, apenas las primeras luces del amanecer iluminaban la estancia, se acercó hasta mí:

—Buenos días, Raquel, siento haberla hecho venir tan temprano, pero como le dije por teléfono, el abogado de los McLine ha insistido mucho en vernos a esta hora.

—No importa, ya le dije que apenas he podido dormir en varias semanas, casi lo agradezco, se lo aseguro.

Adrián había trabajado para nuestra compañía desde que decidimos expandirnos por Norteamérica y, a pesar de su juventud, era un hombre muy astuto, había sabido llevar de maravilla todos nuestros negocios.

Me llevó hasta un enorme despacho. Se me cayó el alma al suelo al ver quién estaba dentro.

—Raquel, le presento a Nicholas Harrison, es el abogado de la parte contraria.

Se volvió y, antes de abrir mi boca, él se dirigió a mí:

—¡Te lo juro, Raquel, no sabía que tú eras la firma W. Lebrón! Solo cuando me contaste lo que te pasaba lo supe, ¡créeme!

Miré a Adrián, totalmente venida abajo:

—Puedo ir haciendo las maletas, este hombre hará lo necesario para que no desfilemos, gracias a él, sus clientes ya estarán informados de que estamos prácticamente en la quiebra, ellos tienen el campo libre para comenzar a trabajar en España, muerta mi empresa ya no hay nada que les detengan.

Nick se puso frente a mí, cogiéndome con fuerza por los brazos.

—Raquel, esa era la idea. Aunque no habíamos podido averiguar la situación económica real de vuestra empresa, comenzamos todo esto como un tanteo para ver cuál era vuestra respuesta. Pero tienes razón, en cuanto mis clientes lo sepan seguirán adelante con sus planes, los conozco bien, soy amigo de Herman desde que éramos niños y sé de primera mano los métodos de su padre, por favor, créeme, llevo desde ayer intentando averiguar el modo de evitarlo.

—¡Un momento, por favor! —nos interrumpió Adrián—. ¿Queréis decirme con esto que vosotros ya os conocéis? ¿Y que habéis hablado sobre el tema?

Totalmente abatida me senté en la silla y le contesté a mi abogado:

—No solo eso, sino que como una idiota le conté a este hombre la situación real de mi empresa, sin saber que él era su abogado.

—¡Te repito que yo tampoco sabía que eras tú contra quien estaba puesta la demanda! Por favor, tienes que creerme, jamás habría incurrido en algo así. —Miró a mi abogado y continuó—: Adrián, tú me conoces, sabes que no soy ese tipo de persona.

Creo que él estaba tan aturdido como yo y le contestó:

—No sé qué decir, por favor, explícame, ¿qué nos propones?

Él tomó asiento enfrente de mí y nos pasó unos documentos:

—¡Os tienen bien pillados! ¿Sabías que la tercera firma del dichoso papel era la de un notario amigo suyo? A tu padre lo engañaron, para él quizás aquello no tuvo importancia, porque así se lo quisieron hacer creer, pero Larry sabía bien lo que hacía. Aunque mirad, os he redactado esta proposición como si fuese vuestra, sé de sobra el interés que mis clientes tienen en el mercado español, todo esto no tiene otro fin que introducirse en él, pero tienen el problema de darse a conocer allí, tal y como está ahora la economía todo supondría un esfuerzo por el elevado coste en publicidad e instalaciones, etc.; vosotros ya tenéis abiertos todos esos frentes, si les proponéis asociaros con ellos, podrías trabajar aquí y ellos empezarían bajo el amparo de vuestra empresa allí, sería una simbiosis perfecta.

—Es una tontería lo que nos propones, su firma es tan conocida en España como la nuestra, tan solo tendrían que mover algunos hilos para comenzar allí bajo su propio nombre, ¿qué interés tendrían en asociarse con nosotros?

—¡Tú lo has dicho! Allí tendrían que “comenzar”, su economía no es tan boyante como quieren haceros creer, mientras que si se asocian con vosotros

sería comenzar sin ningún riesgo y continuar con todo vuestro prestigio aquí. Me duele decírtelo, pero de otro modo lo tenéis todo perdido, es la única forma de no acabar de inmediato en la calle, esta es una buena oportunidad para los dos, sé que a ellos le interesa y mucho, aunque os quieran hacer creer todo lo contrario, no arriesgan nada y vosotros podíais acordar un tiempo hasta poder ganar el que necesitáis para preparar una separación que no sea traumática para ninguna de las dos empresas.

Adrián miró el contrato y lo revisó punto por punto; los ojos de Nick no se separaban de mí, yo no quería volver a mirarlo, esperaba que mi abogado me dijera en cualquier momento que todo aquello no era más que otra trampa como la que le habían tendido a mi padre, se detuvo y miró a Nick.

—¿Sabes que si se descubre lo que has hecho sería el fin de tu carrera?

Sin dejar de mirarme me dijo:

—Lo sé, conozco el riesgo que corro y si quieres puedes denunciarme, pero este es el único modo de demostrarte que no tuve ninguna mala intención cuando estuve contigo. —Recogió sus cosas y nos dijo—: Os voy a dejar a solas para que lo discutáis, si no aceptáis el contrato y decidís denunciarme para ganar tiempo y que investiguen mi comportamiento, estáis en vuestro derecho, a las nueve he quedado aquí con mis clientes y entonces ya nos informaréis de vuestra decisión.

Rozó mi mano al coger los documentos intentando acariciarla, pero yo la aparté, fue entonces cuando salió del despacho.

—¿Qué hacemos, Adrián?

Él seguía leyendo el documento que Nick nos había dejado.

—La decisión es solo tuya, lo sabes, pero mirándolo por donde quieras, esta es la mejor alternativa que veo posible. —Dejó los documentos sobre la mesa y me miró—. Podemos denunciarlo, tal y como él mismo ha dicho, terminaríamos con su carrera, pero nos serviría para ganar algo de tiempo y eso te permitiría hacer el pase de vuestra colección este año, o... intentar exponerles esta idea y defenderla con uñas y dientes como la única alternativa posible para salvar ambas empresas.

Di un largo suspiro, era una decisión que había que tomar ya, y me decidí a hacerla:

—Pues sigamos adelante, no quiero perjudicar a Nick, algo me dice que de verdad no ha tenido mala intención en sus actos conmigo, si no, no nos habría

servido en bandeja una solución pudiendo haber ganado este caso sin ningún esfuerzo, ¿te parece que lo intentemos?

Él asintió, dándome la razón así a la decisión de seguir adelante.

De inmediato llamé a Yolanda y a M^a José, junto con Adrián nos pusimos a repasar el contrato que Nick nos había dejado, cambiamos algunas cláusulas y pusimos un par de ellas más; al llegar la hora de la reunión, estaba aún más nerviosa que cuando llegué allí aquella mañana. Vi entrar a McLine padre e hijo, me entraron ganas de morderlos, pero mantuve las formas intentando aparentar calma y detrás de ellos su “espectacular abogado”, apenas levantó sus ojos para mirarme, quizás algo intrigado por saber cuál había sido mi decisión. Nada más tomar asiento sin haber pasado de unos cortos, pero educados saludos, sentimos cómo la puerta de la sala de reuniones se abrió de nuevo. Las miradas de todos se volvieron y mi rimbombante madre apareció en ella con un ostentoso abrigo de pieles, dejándolos a todos boquiabiertos.

—Por favor, disculpen mi tardanza, estuve esperando a mi hija para venir juntas, pero por lo visto ella olvidó avisarme de que saldría mucho antes.

¡Me pareció increíble, ¿qué hacía allí?! Me levanté de mi asiento y fui hacia ella.

—Por favor, ¿pueden disculparme un segundo? Tengo que comentar una cosa con mi madre.

La saqué casi a empujones de la sala, pero antes de llegar al pasillo, entre susurros, ella ya me estaba regañando:

—¡Me parece mentira que no contases conmigo para la reunión! Señorita, esta empresa es tan tuya como mía.

—¡Escúchame mamá, han surgido unos cambios de planes en el último momento, olvídate ahora si la empresa es tuya o mía, necesito tu apoyo en la decisión que he tomado, aunque sé que no te va a gustar, creo que es la mejor salida que podemos tomar si no queremos cerrar hoy mismo! —Le expliqué lo más rápido que pude lo de la fusión, como imaginé, no le hizo ninguna gracia, casi suplicándole, cogí sus manos con fuerza y proseguí—: ¡Necesito que estés conmigo, mamá, va a ser esto o perderlo todo!

Ella apretó las mías y asintió. Suspiramos las dos a la vez e intentando aparentar una calma que no teníamos volvimos a entrar. A pesar de mi malestar no pude disimular una sonrisa al ver la cara de “corderito *degollao*” del joven McLine al ver a mi madre cuando se deshizo de su abrigo, cerré los

ojos pensando: ¡Y lo que le gustaba a ella dar el espectáculo!

Nick comenzó a hablar como si fuese la primera vez que nos encontrábamos, mi madre lo había visto de pasada cuando bailó conmigo la noche en que nos conocimos, aunque desconocía lo que había ocurrido entre nosotros después. Se acercó hasta mi oído y susurrando me dijo:

—Me suena la cara de este muchacho, ¿lo conocemos?

Negué con la cabeza, invitándola a guardar silencio.

Él expuso concienzudamente cada detalle por el cual no podíamos desfilas y todo eso sin apenas mirarme. Cuando Nick terminó, Adrián comenzó con nuestra propuesta, al principio la parte contraria se negó en redondo, el viejo señor McLine repetía una y otra vez que no era una opción.

Mi madre se levantó y se sentó al lado de Herman, mientras los demás nos enredamos en una larga discusión, ella comenzó a hablarle muy cerca de su oído y de pronto la situación dio un giro imprevisto cuando Herman se hizo notar:

—¿Pueden prestarme atención durante un momento?! —El silencio se hizo en aquella sala. Cuando vio que había obtenido la atención de todos continuó—: La idea no es tan descabellada, a nosotros nos facilitaría mucho la venta de nuestros productos y, con algunos retoques en los porcentajes, creo que todos podríamos salir beneficiados.

Su padre cogió por primera vez los documentos que le ofrecimos y comenzó a leerlos, pero yo miré de arriba abajo a mi madre, ¿qué se le habría ocurrido decirle para hacerle cambiar de opinión con aquella rapidez?

Larry apartó los ojos de los documentos y le contestó algo asombrado:

—Perdona, hijo, pero creí que habíamos dejado acordado en firme nuestra postura con la firma Lebrón.

—Así era, papá, pero he escuchado la proposición de nuestros amigos —dijo mirando a mi madre—, y creo que esta nueva situación realmente nos puede favorecer a ambos, sé que deberías pensarlo más detenidamente y no negarte a discutirlo.

Entrecerré los ojos echándole una mirada asesina a ella, pero la muy... ignoró por completo mi reproche.

El señor McLine me sorprendió, Nick tenía razón, al viejo zorro no se le escapaba una en los negocios y enseguida entendió que aquel era el mejor camino a seguir. Con una sonrisa en su cara se dirigió a mí y me dijo:

—Bueno, a fin de cuentas, todos somos empresarios y por supuesto viejos amigos, desde luego no es una mala proposición, quizás ajustando algunas

cláusulas lleguemos a un acuerdo.

Entonces Herman se levantó a la par que abrochaba su chaqueta, invitó a mi madre a hacerlo, ella cogió su abrigo y se cogió a su brazo, entonces él continuó hablando:

—Dejemos que los abogados den los últimos toques a nuestros negocios, ya nos volveremos a reunir cuando todo esté listo para la firma y ahora... ¿Qué les parece si vamos a celebrar nuestra nueva sociedad, acercando así un poco más... nuestra renovada amistad?

Su padre me miró, yo le ofrecí mi mano a modo de acuerdo, dio un suspiro y el esbozo de una sonrisa hizo un pequeño asomo en la fina línea de sus labios. Aquel hombre se había salido en parte con la suya, sellando una asociación con mi empresa para introducirse en mi país sin demasiado esfuerzo, pero la victoria no había sido solo suya, yo sentía que estaba a punto de salvar mi empresa.

—¿De acuerdo?

Sin querer expresar mi alivio le contesté muy seria:

—No me queda otra. De acuerdo.

Salieron de la sala, miré a Nick, él sonrió al mirarme, yo no sabía si saltar de alegría o echarme a llorar, pero cerré mi carpeta y manteniendo la misma frialdad con respecto a él que durante la reunión, le dije a Adrián:

—Te dejo a cargo de todo, no te fíes demasiado de tu colega, en cualquier momento puede darnos una puñalada.

No había salido aún del edificio cuando ya estaba recibiendo una llamada suya. Dudé en cogerla, me sentía nerviosa, no sabía si me encontraba bien o mal, el teléfono no dejaba de sonar y por fin me decidí a cogerlo:

📞 Dime.

📞 Quiero verte.

📞 Escúchame, sabes mejor que yo que no debemos, te estoy muy agradecida por lo que has hecho, has salvado mi negocio, pero con esta actitud te juegas que todo se descubra y tu trabajo y mi futuro se vayan a hacer gárgaras.

📞 ¡Es que no me importa! Quiero volver a verte, ¿me escuchas? He tenido que sujetarme para no besarte en medio de la reunión, sé que no es lógico, pero he perdido por completo la cabeza por ti.

Cerré los ojos al escucharlo, tenía que ser sensata e intentando aparentar indiferencia, le contesté:

📞 No digas tonterías, lo nuestro solo ha sido cosa de una noche, no

le des más importancia de la que tiene, lo mejor para los dos es que no volvamos a vernos.

📍 Raquel, me voy a volver loco si creo que lo que me dices es la verdad de lo que piensas.

📍 ¿No lo entiendes? Regreso a mi casa en unos días, si volviésemos a vernos sería peor, no quiero empezar algo que no vamos a poder seguir. Tú tienes aquí tu trabajo, tu vida, nos separa un mundo entero. No quiero volver a verte y te agradecería que cualquier tema referente a los negocios lo trates con mi abogado para evitar volver a vernos.

📍 Raquel, escúchame, escúchame...

Colgué el teléfono, era lo mejor que podía hacer, en ese mismo momento rogué a Dios para que me hubiese quedado embarazada de ese hombre, me daba cuenta de que era la mejor persona que había conocido y maldije al mismo diablo por haberlo encontrado tan lejos de mi vida.

Mandé un mensaje a mis compañeras, afortunadamente no escuché sino suspiros de alivio, de allí me fui directamente para prepararlo todo para nuestro desfile, tenía que tener la cabeza ocupada en mil cosas para evitar volver a pensar en él.

A lo largo de la semana recibí la documentación de la asociación de nuestra empresa, mi madre había comenzado su particular “idilio” con Herman, juntos parecía habérselos tragado la tierra, pero tuve que reconocer que esa situación nos había beneficiado al extremo en las condiciones de nuestro contrato y por fin llegó la tarde de nuestro desfile, todo estaba preparado y los nervios a flor de piel, estaba dando los últimos retoques a uno de los modelos, cuando ocurrió lo que más había estado temiendo durante toda la semana.

Lo vi acercarse a mí con sus elegantes pasos, serio, sin rastro de una sonrisa en sus perfilados y carnosos labios. Agaché los ojos intentando evitar su mirada, seguí atareada con el traje cuando su boca pronunció mi nombre:

—Raquel, ¿ni siquiera te vas a molestar en mirarme?

No quise hacerlo, seguí dando las últimas puntadas, pero le contesté con otra pregunta:

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que traerte estos documentos para que los firmaras.

—Te dije que cualquier cosa lo hicieras a través de mi abogado.

Me cogió por los brazos y me levantó, obligándome a mirarlo frente a frente, cuando deslizó sus manos por ellos de nuevo un escalofrío me recorrió entera al sentir su calor.

—¡Te juro que no comprendo tu actitud, te dije que no sabías quién eras, sabes de sobra que no me acerqué a ti para sonsacarte información, lo hice porque me volviste loco desde el primer momento que te vi!

Lo miré intentando no arrojarme a sus brazos y besarlo.

—El que parece no entenderlo eres tú, no tiene nada que ver con la reunión, entendí perfectamente que no sabías nada. El motivo de no querer volver a verte es bien diferente, voy a explicarte con toda claridad lo que necesito y tú me respondes si es posible o no. ¿De acuerdo? —Él asintió con su cabeza y yo continué—: Quiero una relación totalmente plena, vivir día a día y con el tiempo saber que podemos comenzar una vida juntos, quiero acostarme y levantarme con la persona que sea mi pareja, necesito que ahora mismo me digas que tienes una solución, algo que me dé esperanzas que podrás darme lo que quiero. Si tienes la forma de hacerlo, en este mismo momento comenzamos. Pero con todas las dificultades que supone vivir tan lejos el uno del otro, necesito saber: ¿Qué estarías dispuesto a hacer para dármelo?

Sus palabras sonaron dubitativas:

—No lo sé, yo no puedo dejar mi trabajo, muchas cosas me atan aquí... es todo muy precipitado.

—Pues entonces, ¿por qué sigues insistiendo? —Acaricié su cara y le dije —: ¿Comprendes ahora mi actitud? ¿De qué nos hubiese servido haber estado juntos esta semana? Solamente para habernos echado de menos cada día de nuestra vida, seguramente no volveremos a vernos nunca, mi actitud ha sido sencillamente buscando el no quererte, enamorarme de ti hubiese sido lo más fácil, porque no me hizo falta nada más verte para saber que eso era lo que más probablemente me ocurriría si volvía a estar contigo una sola vez más. Por eso no he contestado ninguna de tus llamadas y no he querido volver a tener nada contigo. Pero te juro que todo ese esfuerzo no ha servido de nada. Cuando apenas hace unos segundos te he visto, mi corazón ha saltado al tenerte frente a mí, por eso sé que a pesar de todo me va a doler en el alma cuando coja ese avión y sepa que jamás nos volveremos a encontrar.

Él apretó con fuerza sus ojos cerrándolos, comprendió entonces el porqué

de mi negativa, me miró de nuevo y me dio un suave beso en los labios.

—Lo peor de todo es que tienes razón, será más fácil así, aunque no creo que pueda olvidarte nunca.

—Yo tampoco podré hacerlo, ojalá pudieses formar parte de mi vida, pero como no puede ser, borra mi número y mi nombre de tu memoria.

Suspiró y se marchó por donde había venido, pero en su camino se llevó un trozo de mi alma.

3

Afortunadamente nuestra colección fue de nuevo un éxito. Ya en casa, los pedidos nos llegaban a diario, todas nuestras máquinas estaban a pleno funcionamiento. Por otro lado, la asociación con los McLine no había sido tan mala como en un principio había pensado, muy al contrario, ellos habían comenzado bajo nuestra firma en España, pero en vez de hacerlo con su colección de ropa, lo hicieron con una gran variedad de complementos de moda, que gracias a su marca y a nuestros contactos habían entrado con mucha fuerza en el mercado, y con la ayuda de una buena inversión y sobre todo una buena campaña de publicidad, estaban siendo todo un éxito. Durante los locos días de trabajo desde mi vuelta, había intentado borrar por completo de mi cabeza el pensamiento de que hubiese quedado embarazada, pero ya hacía varios días que debía haberme bajado la regla y a esa altura ni rastro de ella. Escuché cómo llamaban a mi puerta mientras yo le daba los últimos retoques a un diseño.

—¿Estás sola?

—Pasa Ana, ¡pasa, pasa! ¿Lo has traído?

—Sí, pero no sé por qué he tenido que ir a comprarlo yo. La de la farmacia me ha mirado con una cara, con lo chismosa que es, mañana sabe toda la oficina que he comprado un “cacharrito de estos”.

—Pues por eso mismo te he mandado a ti, tú estás casada, si llego a ir yo lo hubiesen sacado hasta en los periódicos.

Se echó a reír al escucharme.

—¡Bueno, ¿a qué esperas?! ¡Ve a hacerte la prueba!

—¿Te ha explicado cómo funciona?

—¡Chica, no creo que haya que ser una ingeniera química para entenderlo, haz pis encima y ya está!

Le hice un mohín y entré en el aseo de mi oficina, mojé el dichoso “cacharrito” lo acababa de dejar sobre el lavabo, cuando escuché a alguien hablando con Ana. Me puse tan nerviosa que salí de allí de inmediato, cerrando la puerta para que no lo viese nadie. Como si nada me dirigí a mi amiga:

—Dime Yolanda, ¿necesitas algo?

Ana me hizo un gesto con su cara para saber si ya sabía algo, pero hice una negativa con mi cabeza, había que esperar unos minutos para saber el

resultado.

—¡Mira el pedido que nos acaban de enviar!

Respiré intentando tranquilizarme y revisé la increíble hoja de pedido que acabábamos de recibir; en ese momento, Lola entró con unos patrones para unos retoques que había que hacer, todas empezaron a hablar entre ellas, yo no hacía nada más que pensar en el resultado que más había esperado en toda mi vida. ¡Aquello era el camarote de los hermanos *Max*, cada vez había más gente dentro y parecían no querer marcharse de allí! Sin saber en qué momento, Francis salió del baño con el “palito” en la mano.

—¡Malas pécoras! ¿Quién de vosotras está preñada y no ha dicho nada?

Todas quedaron en silencio, pero a mí se me escapó un grito que no dejó duda alguna quién era la embarazada.

Como en cualquiera de nuestras reuniones, todo fueron “síes y noes” y, como siempre, hubo felicitaciones y reproches para todos los gustos, pero yo no me había sentido más feliz en toda mi vida. Lo peor venía ahora, contarle a mi “*envejecible*” madre que iba a ser abuela.

Llegué a casa, esperando encontrarla allí y así fue, estaba dándose los últimos toques, Herman McLine había venido a Madrid “por asuntos de trabajo” y ella estaba aquella tarde impresionante, aunque aquello no era ninguna novedad.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué tardes llegas, no?

—Es que he ido con las chicas a tomar algo al salir del trabajo. ¿Tú dónde vas?

—He quedado.

—Eso ya lo veo, mi pregunta por si no la has comprendido es, ¿con quién? Ella me miró reflejada en el espejo y sonrió.

—Pues con un amigo, algo que debías de hacer tú más a menudo, desde luego. Quizás salga de viaje en un par de días, si todo sale bien, ¡claro!

—¡Mamá, no me hace ninguna gracia que sigas saliendo con Herman! Esa tontería te va a dar más de un dolor de cabeza. —Ella se dirigió hacia la puerta sin hacerme el más mínimo caso, yo la seguí—. ¿No me vas a decir nada?

—Raquel, quise con locura a tu padre y ningún hombre ocupará nunca su

lugar, si es eso lo que te preocupa y si lo que te tiene tan mal es la diferencia de edad entre Herman y yo, olvídate, ese no es ningún problema, sabes que controlo cada una de las cosas que pasa en mi vida.

En el mismo umbral, me dio un beso, casi como si fuese una pequeña venganza por su comportamiento, pensé, ¿estás segura que lo tienes todo controlado?, así que la miré y le dije:

—Pues si no me vas a hacer ningún caso, por lo menos, pásatelo bien. ¡Ah, y recuerda reservar noviembre para mí!

Ella se dio la vuelta y me preguntó:

—¿Para qué?

—Me dijiste que te avisara con antelación cuando naciera tu nieto o... nieta. —Pensé, o gemelos, con el superpolvazo y las hormonas, ¿quién sabe?, me reí para mis adentros, continué diciéndole—: Más que nada es para que no te pille fuera de casa.

Se quedó atónita mirándome, yo con una sonrisa en la cara cerré la puerta muy despacio diciéndole adiós con mi mano.

Ni tres segundos habían pasado, cuando ya estaba dentro de casa de nuevo, justo el tiempo que había tardado en reaccionar.

Los días fueron pasando y con ellos las semanas, al principio no todo era tan maravilloso como lo pintan en las películas, en más de una ocasión tuve que salir corriendo de alguna reunión, las náuseas no solo eran “mañaneras”, sino de mediodía, tarde y noche, pero conforme el tiempo iba pasando mi vida corría a su par, las cosas se iban normalizando y todo parecía ir mejorando y adaptándome a mi nueva situación, las ecografías eran algo emocionante, aunque verlas en compañía de mi madre o de alguna de mis amigas no era lo idóneo, también había otros momentos un poco complicados, como cuando salía con las chicas y sus parejas, eran esos instantes cuando me sentía sola e incluso lo echaba de menos, pero entre nosotros no había surgido nada realmente, ni siquiera intentó ponerse en contacto conmigo ni una sola vez, así que intenté borrarlo de mi mente por completo, quise conocer gente nueva, aunque cuando descubren que vienes con sorpresa como los “huevos de chocolate” todos tendían a desaparecer.

Aquella mañana de mi más que avanzado octavo mes de embarazo, me

levanté pronto, tenía una importante reunión con mi abogado para cerrar las condiciones para el desfile de la nueva colección del próximo año, intenté ponerme algo que me quedara bien, pero a esa altura ya era misión imposible, me estaba dando por vencida algo irritada, cuando me miré en el espejo de cuerpo entero de mi habitación, y no me quedó más remedio que reírme, para nada mi cuerpo era lo que siempre había sido, no es que se pareciera mucho al de mi madre, pero mis cincuenta... y pocos kilos (digamos), eran ya parte del pasado, mi cara era ahora totalmente redonda, esos últimos meses parecía haber necesitado comer más que en toda mi vida junta, y a pesar del millón de consejos recibidos, había hecho caso omiso a todos y disfrutaba cada uno de los segundos vividos durante mi embarazo. Acaricié mi vientre y sonreí, estaría gordita, torpe y mis cambios de humor podían llegar a ser inaguantables, pero jamás había sido más feliz en toda mi vida.

Al final decidí ponerme uno de los pocos vestidos que aún me cabían y me dirigí a la oficina totalmente resplandeciente, nada más llegar ya me esperaban dentro mi junta y nuestro abogado de Estados Unidos, que se había desplazado hasta España para poder ultimar unos contratos en persona.

—¡Oh, siento llegar tan tarde! ¡Os juro que en la próxima colección incluimos ropa premamá! Es algo horrible poder vestirse por la mañana.

Las demás sonrieron al escucharme, pero Yolanda me reprochó:

—¿No tenías tantas ganas de ser mamá? Pues eso no es nada para lo que te queda por venir.

Le hice burlas, sin poder dejar de sonreír, Adrián llegó hasta mi altura y me besó a modo de saludo, a la vez que estrechaba con fuerza mi mano.

—Es un placer volver a verla, aunque desconocía que se hubiese casado.

Me eché a reír, y antes de que le contestara, Ana ya lo hacía por mí:

—No, si la “muchacha” no se ha casado, eso sería demasiado normal para ella.

—No le hagas ningún caso, menuda pandilla de chismosas tengo a mi alrededor. Por favor, toma asiento, ¿traes la documentación?

—Sí, de todos modos, permíteme decirte que sea como sea, estás preciosa.

—Sonreí de nuevo al escucharlo y de pronto algo me sacó de mi maravillosa nube de aquella mañana—. Vamos a ir discutiendo todos los puntos para la reunión, quiero que lo tengamos claro para la videoconferencia de esta tarde.

¡¡¿La video, quéééé?!!

—Un momento, ¿cómo que la videoconferencia?

—Sí, sus socios querían estar presentes y decidir sobre las decisiones a tomar para la presentación de este año, pero con la diferencia horaria tenemos toda la mañana para prepararla antes de discutirla con ellos.

Algo nerviosa le pregunté:

—¿Quién estará presente?

—Pues no lo sé, los McLine y su junta, lo normal. —Suspiré al escucharlo y él continuó—: Y su abogado, claro. Había unos puntos que querían cambiar en el contrato y tenemos que ponernos de acuerdo ambas partes.

¡Mierda, mierda! ¡Cómo me vea con esta pinta se va a oler la posibilidad que el bebé puede ser suyo! Le había rogado a mi madre que no le contase a Herman nada sobre el origen de mi embarazo y menos mal que por una vez me hizo caso, sobre todo porque después de casi siete meses de idas y venidas al final los dos habían terminado como “el rosario de la aurora” y habían acabado de mala manera. Mis amigas sabían por mi cara de pánico justo lo que estaba pensando, así que en nuestra reunión estaba más pendiente de pensar en la postura en la que me pondría frente a la dichosa cámara para que no se me viese la barriga que en lo que estábamos discutiendo.

Después de comer volvimos a la sala de junta, me senté en una de las sillas más alejadas de la pantalla, ¡pero qué idiota! Si por ahí no me veían, por donde yo hablaba era a través del portátil, en cuanto nos dimos cuenta, me levanté corriendo, volviendo loco a mi abogado intentando centrar la pantalla conmigo y antes de que los McLine conectaran, le comenté:

—No hace falta que me vean solo a mí, preferiría que fuese algo más para toda la junta, con lo susceptibles que son no quiero ni pensar en lo que opinarán si saben que estoy embarazada sin haberme casado.

Lola se acercó al oído de Adrián.

—Es simplemente vanidad femenina.

Él sonrió y apartó delicadamente el ordenador de delante de mí.

—Buenas tardes, señores, ya estamos todos.

—*Good morning, here Nueva York.* Buenos días, aquí Nueva York.

¡Madre mía, qué guapo estaba! Sentado en medio de todos aquellos

hombres, sobresalía con ventaja de los demás. Traje oscuro, camisa clara. Las caras de todas se volvieron hacia mí cuando se me escapó un suspiro al verlo.

Como si no le recordara, cordialmente comenzamos con la reunión, él hizo exactamente lo mismo que yo, sin parecer mostrar ningún interés por mí. Comenzaron exponiendo algunas reformas que querían hacer en la presentación de la nueva temporada y de ahí pasamos directamente a discutir unos con otros.

En medio de mi frustración con las exigencias de aquel año de los McLine, sentí un dolor agudo en mi vientre. ¡Ay, madre mía! ¿Me estaba poniendo de parto? Ana se volvió hacia mí:

— ¿Te encuentras bien?

Hice un gesto negando con la cabeza y apreté su mano con fuerza. Herman seguía discutiendo y los dolores cada vez se hacían más agudos. Ana comprendió lo que me estaba ocurriendo e intentó acabar con la reunión. En uno de los dolores fuertes me doblé del dolor, Lola movió la pantalla hacia ella para que mis interlocutores no me viesan, pero era obvio que algo estaba pasando. Se escuchó la voz de Nick nervioso preguntándonos:

— ¿Qué ocurre? Raquel, ¿se puede saber qué te pasa?

Aquello era un escándalo, mis amigas me intentaban sacar del salón, sin que los del otro lado del Atlántico se diesen cuenta de que estaba a punto de traer un bebé al mundo, así que Lola y Ana junto a Adrián se hicieron cargo de la reunión y nosotras salimos volando de allí intentando poner la primera excusa que se nos vino a la cabeza.

En medio de griteríos, soplos y de un ambiente de histeria se realizó mi traslado al hospital. Pero yo, como una tonta, no podía dejar de reírme, pensando que intenté ocultarle mi embarazo al padre de mi hijo y por poco lo presenciaba en directo.

— ¿Dónde está mi hija? ¿Dónde?

Mi madre corría por los pasillos de maternidad preguntando a todo el que se cruzaba a su paso.

Yolanda la vio llegar y corrió a su encuentro.

— ¡Ya está dentro en la sala de parto, ha pedido que entres cuando llegues! Una enfermera la ayudó a vestirse y la acompañó hasta la sala de parto.

— ¿Cómo te encuentras, cariño?

El parto se había presentado tan rápido que no había dado tiempo a que me

pusieran la epidural y aquello estaba siendo bastante peor de lo que había imaginado, pero al fin y al cabo, millones de mujeres habían tenido a sus hijos de parto natural, aunque dolía con ganas, solo al ver a mi madre a mi lado sentí que nada podía ir mal, hasta ese mismo instante no me había dado cuenta cuánto la quería y necesitaba.

Abatida por el dolor le rogué:

—¡Mamá, menos mal que has venido, diles que me den algo por favor, me duele muchísimo!

—No puede ser, cariño, el médico me ha dicho que ya estás lista para la expulsión.

—¡Esto está siendo horrible, todas las demás mujeres están acompañadas, jamás me había sentido tan sola!

Ella acarició mi cara y me besó en la frente.

—En tu primera petición no te puedo ayudar, pero en la segunda todavía estamos a tiempo, ¿quieres que llame a Nick y se lo diga?

—¡Ojalá estuviese aquí, mamá! ¡No puedes ni imaginar cuánto me gustaría! Pero no, no sería justo para él hacerle esto.

—Piénsalo bien, no vengas luego con reproches, has sido tú quien ha querido que las cosas sucedan así. Cariño, a pesar de todo, respeto tu decisión y no tienes por qué preocuparte más por el hecho de sentirte sola, dentro de nada tendrás un poquito de él junto a ti para siempre.

Mi madre apretó con fuerza mi mano al sentir cómo aquel dolor me atravesaba el alma y de pronto un soplo de vida se adueñó por completo de todo, un dulce llanto envolvió aquella habitación y desde ese mismo instante ese pequeño ser se apoderó de mi corazón.

Hay sensaciones en la vida, alegres y tristes, hay sensaciones que te dan y que te quitan, pero la primera vez que ves la carita del fruto de tu vientre, esa sensación es indescriptible. Es la mezcla exacta de amor y de protección. Es algo tan grande, que tu vida deja de pertenecerte y pasa a ser por completo de esa personita para el resto de tus días.

Ya en mi habitación no podía dejar de mirar la perfección de la carita de mi niño, era una preciosidad, su pelo moreno, desde el principio pensé que sus ojos iban a ser claros, aunque unos y otros me decían que todos los bebés los

tenían así de recién nacidos, pero yo estaba segura que serían tan azules como los de su padre, era clavado a él, ojalá las cosas hubiesen sido diferentes y él hubiese estado a mi lado, pero no lo podía tener todo en la vida y estaba claro que eso me faltaría siempre.

Sonó el teléfono de mi móvil, dudé en cogerlo, llevaba todo el día sin parar y ese número no lo tenía memorizado, pero me decidí a hablar, seguro que sería una nueva felicitación:

- 📞 Sí, dígame.
- 📞 Raquel, ¿cómo te encuentras?
- 📞 Bien, gracias, perdona, ¿quién eres?
- 📞 Soy Nicolas Harrison.

Me tapé la boca con mi mano para no gritar y miré al bebé que seguía dormido.

📞 ¡Hola! ¿Ha surgido algún problema con la reunión? Me extraña tu llamada.

📞 No, todo ha ido bien, pero tus compañeras dijeron que te habías sentido mal y por eso tuviste que irte.

📞 ¡Bueno, sí, ha sido... el... el apéndice! Me han tenido que operar de pronto de apendicitis.

📞 Pero ¿ya estás bien?

📞 Sí, no te preocupes, todo ha salido bien. Nick, ¿cómo tienes mi teléfono?

📞 Tú misma me lo diste, ¿no lo recuerdas?

Sonreí al recordar aquel día y sobre todo aquella noche que me había dado algo tan maravilloso como el bebé que estaba a mi lado.

📞 Sí, y también recuerdo que te dije que te olvidaras de mí y borraras mi número, que estábamos muy lejos el uno del otro.

📞 Pero eso ha sido imposible, pienso en ti continuamente, de hecho, cuento los días para que comience la semana de la moda para poder volver a verte.

📞 Yo... yo no creo que pueda ir este año —cogí la manita de mi pequeño y la acaricié—, ya sabes, la operación.

📞 Pero aún quedan unos tres meses, para entonces ya estarás recuperada. Raquel, ¿solo ha sido una operación de apéndice, verdad? ¿No estarás enferma y no me lo dices?

Al sentir su preocupación lo pensé un instante, ¿y si le dijese la verdad? Pero el pánico se apoderó de mí, si al enterarse él decidiera pedir la custodia

del niño y quisiera quitármelo me moriría. Así que no dudé y le contesté:

☺ Sí, sí, solo es eso, no estoy enferma, y lo del viaje ya veremos, aunque creo que este año irá mi madre en mi lugar. Nick, no creo que debas volver a llamarme, nuestra vida no la vamos a hacer con la esperanza de vernos una vez al año, y yo ya tengo a alguien, siempre he sabido que era una tontería el intentar mantener una relación a tanta distancia, por eso no quise hacerlo.

☺ Entonces, ¿este es un adiós definitivo?

☺ Ya tuvimos un adiós definitivo, pero Nick... no puedes imaginar lo que me ha alegrado volver a escuchar tu voz, sobre todo, hoy.

☺ A mí también la tuya, Raquel, ¿entonces adiós?

☺ Adiós, Nick.

Colgué el teléfono y lo apoyé en mi pecho, qué lástima que nuestra historia no tuviese ningún futuro, pero ahora tenía alguien por quién luchar y por quién seguir adelante.

Aunque definitivamente aquel año no asistiría a la semana de la moda de Nueva York.

4

Durante el embarazo planeé cómo sería todo, no entendía por qué mis amigas se quejaban tanto, era cuestión de organización, pensaba yo. Sí, sí, eso era como lo veía desde fuera, una vez metida en “faena”, mi pequeño ocupaba casi todo mi tiempo, por más que busqué cuando me dieron al niño en el hospital, se olvidaron del libro de instrucciones y me estaba costando mucho cogerle el truquillo. No me quedó otra que buscar a mi antigua nana y a pesar de mis intentos, tuve que resignarme y recibir la ayuda de mi madre y mis amigas. Los primeros días fueron un caos total, pero poco a poco iba logrando hacerme con la situación. Intentaba llegar a casa temprano para pasar tiempo con mi pequeño, estar para su baño y poder disfrutar cada minuto que pasábamos juntos, ahora él era todo en mi vida, me había imaginado mil veces lo bonito que sería verlo crecer a mi lado, pero mi trabajo se iba amontonando y pronto tuve que hacer horas extras para poder ponerme al día y si hacía una cosa, descuidaba la otra y... en poco tiempo dejé de sentirme como una mujer, era solamente una mamá agotada con mucho trabajo por hacer, y ese no era para nada el plan que meticulosamente había trazado para mi vida.

Aquella mañana de su sexto mes de vida, besé a mi pequeño que dejé en brazos de la señora Purlot, mi nana y ahora la suya, obviamente ella estaba ya algo mayor, pero tenía energías para aguantar a cien Nicos. ¡Ah, porque al final a mi hijo le pusimos el rimbombante nombre de Wilson Nicolás Lebrón! Un pequeño homenaje a los dos hombres que habían sido parte de mi vida de un modo u otro. Ya “casi” había conseguido recobrar mi figura, lamenté un millón de veces no haber hecho caso a mi madre cuando me regañaba por comer tanto, pero me había tenido siempre tan controlada con la comida durante toda mi vida, que me desquité y cometí el error de hacerlo sin control. Como era “poco” todo lo que tenía en mi vida, tuve que buscar algunas horas a la semana para poder ir al gimnasio y un hueco además a primera hora para poder salir a correr, aquello estaba siendo realmente agotador. Así que, como iba diciendo, me dirigí hacia mi trabajo, entré en el ascensor y miré mi pelo ahora poco cuidado, recordé una frase de mi padre que decía: *“Solterita y limpia cualquiera lo es, casadita y con niños te*

quisiera ver”. Aunque había logrado perder varios kilos, con aquel vestido se me marcaban algunos “michelines” y... ¡Uf, qué ojeras tenía! No me había arrepentido en absoluto de mi decisión, pero estaba siendo demoledor. Al salir del ascensor topé con mi vecino y amigo del quinto:

—¡Hombre, vecina, dichosos los ojos!

—Hola, Diego.

Pasé por su lado sin pararme, pero él me cogió del brazo.

—¡Eh, eh!, un momento, últimamente no te veo nada más que de pasada, ¿ya no tienes tiempo ni para los amigos? ¿Qué ha sido de nuestras charlas, las tardes en la terraza y nuestras risas criticando todo lo que se movía?

Me paré y suspiré, a pesar de ser antes de las nueve ya estaba cansada, mi hijo estaba echando sus primeros dientes y en toda la noche no había conseguido dormir más de tres horas seguidas.

—Perdóname, pero mi pequeño me tiene agotada, y... tienes razón, no recuerdo la última vez que nos tomamos unos cafés juntos, aunque toda la culpa no es mía, parece que los niños te dan alergia y no has pasado apenas por casa.

—¡Eso es verdad, pero tengo una buena excusa! Apenas llegué la semana pasada de terminar un rodaje, aunque estoy dispuesto a ponerle remedio a mi falta, ¿qué te parece si esta noche salimos a cenar algo?

—No puedo, el niño no se encuentra bien y no estaría tranquila si lo dejara con alguien, ni siquiera está mi madre aquí.

—Me gustaría pasar un rato contigo para ponernos al día, salgo el lunes para la promoción de la película y no sé cuánto tiempo estaré fuera otra vez.

—Bueno, ya será en otra ocasión.

—¿Y si cambiamos el plan? Yo preparo la cena esta noche en tu casa, así podremos hablar un rato, ponernos al día, y te ahorras tener que prepararla esta noche. —Lo miré queriendo negarme, pero él me interrumpió antes de que pudiera volver a ponerle alguna excusa más—. ¡Venga, déjame que te apapuche!, hoy me encargo yo de todo. Dame tu llave, te prometo prepararte una noche especial para que puedas descansar. —Acarició mi cara, creo que con lástima y continuó—: ¡Anda, déjate ayudar!

Sonreí, saqué la llave de mi bolso y la puse sobre su mano, sin soltarla, le dije:

—¡Como vuelva y te hayas llevado el equipo de música y el plasma, recuerda que sé dónde vives!

Él dio una carcajada, apretó mi mano entre la suya y cogió mis llaves.

—Te espero sobre las ocho, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, y desde luego me dirigí hacia el trabajo con una actitud muy diferente con la que había empezado ese día.

La mañana fue de reuniones y de visitas a nuestros proveedores, Lola y yo apenas paramos ni para comer, hice un par de llamadas a casa para ver cómo seguía Nico, suspiré cuando mi nana me dijo que parecía que estaba bastante mejor.

Lola me miraba mientras hablaba por teléfono, cuando terminé, medio en serio medio en broma, me dijo:

—Te veo horrible.

Colgué y con cara de asombro le contesté:

—¡Gracias, chica! Yo también te quiero.

—Entiéndeme, siempre has sido como uno de los “figurines” que pintaba tu padre y ahora mírate, tu pelo, sin maquillar, y chica, disculpa, ¿pero de qué color es tu piel?

—Estoy muy cansada, eso es todo. —La miré, sonreí y con voz guasona le canturreé—: Pero fea y todo, yo tengo una cita esta noche y tú no.

Río con ganas y me contestó:

—¿Y quién ha sido el loco que se ha atrevido?

—Bueno..., cita, cita, tampoco es. Solo voy a tomar algo con Diego, pero ya es un paso, esta mañana por un instante me sentí como una mujer de nuevo.

—Pues eso tiene arreglo.

—¿El qué?

Ella puso su dedo en alto para que guardara silencio, sacó su teléfono y comenzó a hablar:

—¡Rubén, cariño! ¡Sí, soy Lola, necesito un completo de urgencia para Raquel y para mí! —Yo negué con las manos, la cara y la boca, tenía muchísimo trabajo programado para esa tarde, pero ella se volvió para no escucharme ni verme—. Sí, ¿ahora mismo? En media hora estamos allí.

—¡Lola, yo no puedo perder toda la tarde en el salón de belleza!

—¡No hay excusa que valga!, tu madre llega en unos días. ¿Sabes la que te va a liar si te ve así una vez más? Además, el Diego ese tiene un buen polvo y chica, ya son muchos los meses que llevas en dique seco —dijo, mientras me empujaba hacia el coche—. ¡Ya estás llamando a la oficina para que anulen

todas tus citas!

¡Oh Señor, esto sí es vida! Pensaba, mientras me daban un masaje en la espalda y después de una buena depilación, que no fue para nada “un capricho” intenté no pensar en nada y por primera vez desde que quedé embarazada, me relajé, mientras las maravillosas manos de Hanna apretaban con fuerza cada uno de mis doloridos músculos, mi mente voló a mi última noche de amor en Nueva York, creo que había olvidado hasta cómo se hacía, recordé sus besos y sus manos sobre mi cuerpo, sentí tal calentón que pensé que quizás Diego no era una mala opción, me incorporé en cuanto sentí que mi masajista había terminado y me dirigí directamente hacia las expertas manos de Rubén, el mejor peluquero de todo Madrid y nuestro asesor para la presentación de las modelos.

—¡Ahh! ¡Por Dios, Raquel!, ¿cuánto hace que no te pones las mechas? ¡Mira estas puntas!

Cogí su mano y le dije mirándolo directamente a los ojos:

—Hace quince meses que no echo un polvo, hoy tengo algo parecido a una cita, haz lo que sea necesario.

Él asintió con su cabeza, sacó sus tijeras y las hizo sonar:

—Luci, Rori... ¡Aquí ya! ¡Tenemos una urgencia!

A las ocho en punto estaba llegando a mi casa, me había cortado un poco el pelo y volvía a parecer rubia “natural”, pasé por el taller y cogí uno de los modelos de mi nueva colección de primavera, un vestido azul celeste con un cuerpo de seda y una preciosa falda campana, pero antes había buscado concienzudamente una sugerente ropa interior de color negro con unos encajes que quitaban el hipo y sobre todo unos maravillosos zapatos de tacón alto, muy, muy altos.

Al abrir la puerta, la casa estaba en calma, solo la luz de unas velas iluminaba el salón y un agradable olor a asado venía desde la cocina:

—¡Hola! ¿Hay alguien?

—Estamos en la cocina.

Entré, vi a Diego terminando de preparar una ensalada y a mi pequeño

sentado en su sillita, lavado y con su pijama puesto. Dejé mi bolso encima de la encimera y fui hacia él, sonreí al verlo repeinado con su raya al lado, ya tenía bastante pelo y un enorme parecido con su padre. Él, al verme, extendió los brazos dando unos pequeños grititos.

—¡Hola, mi vida, estás guapísimo! —Lo cogí en brazos y me lo comí a besos.

—¿Y yo no?

Le di un beso a Diego y le dije con cara de sincero agradecimiento:

—Gracias, gracias, gracias.

Él me devolvió el beso en mi mejilla y me contestó:

—Por nada, por nada. No todo el mérito es mío, la señora Purlot lo bañó y le puso el pijama. —Se detuvo un momento y me miró—. Además, las gracias te las tengo que dar yo a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Si este cambio en tu *look* ha sido en honor a mí —puso la mano sobre su pecho y continuó—, de nuevo, mil veces gracias.

No seas tonto, tenía una reunión importante y me arreglé un poco.

Él sonrió y cogió al pequeño entre sus brazos, alzándolo en el aire.

—¡Vamos a terminarnos la comidita para que mamá pueda cenar tranquila esta noche, ¿de acuerdo?!

Mi niño con sus grititos pareció responderle. Mi amigo terminó de darle su papilla, mientras yo ponía la mesa y cuando acabó lo llevó directamente a la cuna.

La cena fue de lo más amena, sin llantos de mi hijo, ni discusiones con mi madre, por culpa de su amorío con Herman McLine, que parecía haber reaparecido de nuevo en su vida. Todo acompañado con un poco de música suave, un excelente vino y una buena compañía, al terminar nos sentamos juntos en el sillón con una enorme copa de helado para los dos.

—Raquel, sé que apenas hemos tenido tiempo para hablar, pero no me has contado nada sobre el padre de Nico, no dejo de escuchar rumores, sobre que te sometiste a una inseminación, ¿es verdad?

Sonreí al escucharlo.

—No, no es verdad, el niño es de alguien que conocí en uno de mis viajes a Nueva York, pero realmente no significó demasiado en mi vida, solo fue eso, una noche. Además, tienes razón, quizás yo haya dado pie a que crean eso, porque era lo que en un principio quería hacer, dejé que todos lo pensaran porque así me ahorraba dar muchas explicaciones.

—Pues si se te pasa por la cabeza de nuevo lo de la inseminación, recuerda que yo no tengo ningún problema en ayudarte con la fertilización de tus óvulos.

—¡Muy gracioso! ¿Como si yo te hubiese interesado alguna vez de ese modo? —le dije mientras lamía sugerentemente mi cuchara, y usando un suave tono de voz. Entonces sus ojos se clavaron en mi lengua y se acercó más a mí dejando el bol con el helado sobre la mesita.

—Tú siempre me has gustado y lo sabes de sobra. —Sus ojos seguían sin apartarse de mis labios y yo sutilmente me acerqué un poco más a él.

—Pero nunca me lo has demostrado.

Rozó sus labios con los míos, y en ese justo instante Nico comenzó a llorar, agaché los ojos al escucharlo e hice el intento de levantarme.

—Déjame, yo iré a verlo, esta es tu noche, descansa un poco.

¡Descansa, me dijo que descansara! Así que me quité los zapatos y me recosté en mi sillón, no sé si fue el vino, lo relajado de la tarde, o el saber que el niño estaba atendido, cerré los ojos y en un segundo estaba profundamente dormida.



Diego entró en el salón después de unos minutos.

—Bueno, ya se ha dormido Nico. ¿Dónde nos habíamos quedado? Raquel, Raquel, ¿te has dormido tú también? ¡Y eso que era yo el que no mostraba mucho interés!

Diego la cogió en brazos, en ese momento se abrió la puerta de la calle y apareció la madre de Raquel.

—¡¿Se puede saber qué haces con mi hija?!

Él se volvió y sonriendo le contestó:

—Aunque le suene mal señora, me llevo a su hija a la cama.

—¡Raquel, ¿lo has visto?!

Leía en ese momento el correo que nos acababa de llegar y no podía dar crédito a lo que veía con mis propios ojos. Una de las mejores revistas de modas americanas había elegido nuestra colección como la mejor del año.

—¿Lo has visto, lo has visto?

—¡Es increíble! ¡No me lo puedo creer!

—¡Yo tampoco, pensé que era una broma pesada de alguien! Pero he

llamado a la sede y es verdad, han elegido nuestra colección, mira, me han dado hasta la fecha de la entrega de los premios, será en tan solo quince días.

—Dios mío, Yoli ¿sabes lo que esto significa? ¿Sabes la de puertas que nos abrirá en todo el mundo?

Ella puso una mano sobre la cintura y chasqueando sus dedos, me contestó:

—Nena, lo hemos conseguido, estamos en la cima. Después de esto tendremos “chinos” haciendo imitaciones baratas de nuestra marca a diestro y siniestro.

Me eché a reír a carcajada al escucharla, es verdad que imitan las mejores marcas y después de ese premio pasábamos a la élite de los dioses del olimpo.

Miré el reloj y pegué literalmente un salto de mi silla.

—¡Oh! Es tardísimo, tengo que irme para terminar de preparar el cumple de Nico, ocúpate tú de todo, por favor, mira el horario de los vuelos y los alojamientos, mira quiénes podemos ir...

—¡Ya, ya, venga vete, sé hacer mi trabajo! Luego en la fiesta te informaré de todo.

—¡De acuerdo, recuerda, os espero en casa de mi madre a las seis, me voy o ella me matará por dejarla con todo el trabajo!

Bajé hasta el parking y cogí el coche. Mi madre a los pocos meses de nacer Nico, “repentinamente” se sintió de nuevo con la necesidad de recuperar su independencia y se marchó a su chalet de Somosaguas, es verdad que insistió para que nos mudásemos con ella y de verdad lo estuve pensando, porque mi casa no era demasiado grande, pero yo vivía en la calle Andrés Torrejón, que estaba a un paso de mi trabajo y era rara la vez que cogía el coche para ir y venir, así que yo también decidí seguir con mi “independencia” y continuar viviendo en mi diminuto, pero acogedor e “independiente” apartamento.

Al llegar a la entrada ya veía algunos chicos del grupo de animación vestidos de payasos y unas chicas vestidas de princesas, un castillo hinchable y montones de globos por todos lados, vi a mi madre organizando a diestro y siniestro volviendo locos a todo el personal.

—¡Mamá! ¿Recuerdas que el niño cumple un año, verdad? Te dije que solo quería hacer una merienda para mis amigas y sus niños, ¿se puede saber qué es todo esto?

—Déjate de tonterías, es el primer cumpleaños de mi nieto, no pienso

hacer una merienda con unos churros y chocolate.

Puse mis brazos en jarra y eché un vistazo a mi alrededor:

—Pero ¿a cuántas personas esperas?

—Bueno, se lo he dicho a algunas amigas. —Se quedó en silencio y miró hacia la entrada de la casa—. También ha venido un amigo.

Busqué su mirada y vi salir de la casa a Herman con mi hijo en brazos. Bajé el tono de mi voz y le dije muy bajito, aunque con unas ganas enormes de habérselo gritado:

—Mamá, ¿qué hace él aquí? Lo vuestro solo fue una aventura de unos meses, tú me lo dijiste, ya todo había terminado, ¿por qué ha tenido que volver?

Ella me indicó, poniendo su dedo sobre sus labios, para que guardara silencio:

—Luego te explico. ¡Ven cariño, ven con la abuela!

Cogió en brazos a mi hijo y se fue con él a recibir a los primeros invitados.

—Hola Raquel, cuánto tiempo sin vernos.

—Pues podía hacer más, desde luego que no me hubiese importado. —Tenía ganas de ponerme a gritarle como una loca, ¿pero en qué estaban pensando? Vi que llegaban mis amigas a la fiesta y me contuve. Me volví hacia él y le dije—: Ya hablaremos más tarde tú y yo.

—Supongo que sí, porque bien calladito te has tenido lo de tu hijo.

Me entró el pánico, me volví hacia él y le dije:

—Me sometí a una inseminación, no creo que tengas ningún problema con eso, ¿no? ¡¿No me digas que vas a venir a estas alturas con puritanismos?!

Alzó sus dos manos en modo de “me rindo” y me dejó pasar.

Durante toda la fiesta no les pude quitar el ojo de encima, no dejaban de abrazarse y darse mimos, sabía que todos estaban pendientes a ellos, pero eso no parecía importarles. En uno de los momentos que encontré a mi madre entretenida con una amiga cogí del brazo a Herman y lo llevé dentro de la casa, hasta el despacho de mi padre, hice que entrara y cerré la puerta tras de mí.

—¡Ahora me vas a explicar qué narices está pasando con vosotros!

—No sé qué necesitas que te explique que no sepas ya, estoy enamorado de Cristina, asúmelo porque no pienso volver a dejar escapar a tu madre, por mucho que tú y mi padre se opongan.

—¡Te has vuelto loco, ¿verdad?! ¿Y tu mujer y tu hija? ¡Ella es solo un bebé! ¿Has pensado en tu familia?

—Raquel, mi matrimonio estaba roto desde el principio, prácticamente mi padre me obligó a casarme, creo que siempre la ha querido a ella más que a mí, desde la primera vez que entró a trabajar en la empresa su única obsesión fue que nos casásemos y, por otro lado, mi hija adora a tu madre.

—¡Sé lo agradable que puede ser mi madre mejor que nadie! Pero ella vive en su propio mundo, no pienses que para nada se va a hacer cargo de tu hija, no lo hizo siquiera conmigo, muchas veces me pregunto qué hubiese sido de mí si mi padre no hubiese estado allí para criarme, y, ¿qué me dices de tu trabajo? ¿Crees que a tu padre le va a parecer bien esta situación?

—Vamos por partes. ¡Mi hija tiene madre!, yo no busco ninguna sustituta para ella, y sobre mi trabajo... no puedes ni imaginarte lo frustrante que puede ser trabajar con ellos, no creo haber tomado una sola decisión en todo el tiempo que llevamos juntos que les haya parecido bien, no quiero seguir trabajando en sus empresas mientras mi mujer y mi padre sigan allí, ellos se complementan bien, sabrán perfectamente cómo salir adelante juntos.

— Veo que no solo mi madre vive en su mundo de “yupi” tú estás igual de loco que ella, ¿no has pensado que cuando tú empezabas como ayudante en tu empresa, ella ya estaba en el declive de su carrera? ¿Es qué no veis vuestra diferencia de edad?

— ¡Para nosotros la edad no es un problema hoy, si piensas en un mañana nadie nos puede decir lo que ocurrirá! ¡Sin ir más lejos, mira lo que le ocurrió a tú padre, quién le iba a decir que su vida se apagaría de un día para otro! — Cerré los ojos, enervada al escuchar nombrar a mi padre por sus labios, y él pareció darse por rendido— Es inútil que te dé alguna explicación, eres igual que mi padre, no quieres entender nada, solo lo que vosotros pensáis o hacéis es lo correcto ¿verdad? ¡Pues entérate, hay otras opiniones contrarias a vuestras decisiones! ¡No todos los acontecimientos, tienen que ser siempre justo como a vosotros os gustan, los demás también sabemos tomar decisiones!

Él me dio la espalda para salir del despacho, pero le cogí con fuerza de su brazo, llena de rabia le contesté:

—¡Es que la realidad es bien diferente, no todo es ese mundo idílico en el que vivís vosotros! Quizás tomemos siempre las decisiones, porque nosotros sabemos lo que cuesta sacar adelante nuestros negocios, tenemos los pies sobre la tierra, en cambio vosotros, no sois más que unos mimados, mi padre siempre le dio a mi madre todos sus caprichos y el tuyo ha hecho exactamente lo mismo contigo, ¿no os dais cuenta de que vivís en un mundo

real, donde no todo puede ser divertido y sin responsabilidades?

Mirándome de frente me dijo:

—Pues déjame que os dé un consejo a ambos: Teníais que pararos un momento y dejar de ordenar a todos lo que deben o no deben de hacer y no solo hablo de vuestro trabajo, hablo de vuestras vidas y de todos los que están alrededor vuestra. ¿Acaso te has detenido tú a pensar lo que le dirás a tu hijo cuando te pregunte por su padre? Tomaste tu “inamovible” decisión sin importarte los sentimientos de los demás.

Me detuve un momento y lo miré a los ojos, no quise reconocer que estaba diciéndome una verdad que no había querido escuchar, alcé la cara altivamente y le respondí:

—Quizás tengas razón y ambos seáis de la misma edad mental.

—Puedo decir lo mismo de ti y de mi padre.

Abrió la puerta del despacho y antes de que saliese lo detuve:

—¿Te has enterado del premio que nos han dado? —Asintió con la cabeza sin mirarme y continué hablándole—: Preferiría que ni tú ni mi madre nos acompañasen a esos premios.

—No te preocupes por eso, ya te he dicho que he dejado la empresa.

Salió de la estancia. Yo lo seguí con la mirada, apoyada en la mesa. Cuando lo perdí de vista, giré mi cabeza y vi la foto enmarcada sobre el escritorio de mi padre, era una imagen de nosotros dos juntos, supongo que mi madre estaría en alguno de sus viajes y no tuvo tiempo para que nos hiciésemos una los tres. No creí estar siendo injusta con ellos, ni con mi niño, trabajaba mucho y tomé la decisión de tener un hijo sola, porque siempre era responsable de mis actos, ellos no pensaban en otra cosa que ser felices sin importarles todo lo que dejaban atrás o si los demás lo eran o no.

Salí al jardín, a pesar de ser noviembre en Madrid, el día había sido muy agradable y templado, las carpas y unas estufas de jardín hacían ameno estar allí, vi llegar a Diego con un enorme regalo en una mano y una morenaza impresionante en la otra. Mi primera sonrisa al verlo se congeló al mirar a su acompañante, pero su agradable voz me devolvió la sangre al cuerpo.

—Preciosa, ¿dónde está mi ahijado?

Sonreí de nuevo al escucharlo y le pregunté ignorando a su acompañante:

—¿Desde cuándo mi hijo es tu ahijado?

—Supongo que tendrás que bautizarlo alguna vez y yo seré su padrino,

nadie me va a quitar ese privilegio.

Me dio un par de besos y me presentó a la chica que lo acompañaba.

—Raquel, ella es Adriana.

Le di la mano.

—Sí, la he reconocido del cine, me gustó mucho en su última película.

—Bueno, no han sido muchas hasta ahora, pero me adula mucho que usted me reconozca.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Corren rumores que estará nominada para los *Goya* de este año, sea así o no, espero que luzca uno de mis modelos para la gala.

—¡Oh! Eso sería un verdadero placer.

Apretando su mano, le dije:

—Pues entonces cuenta con ello.

Ambas nos pusimos a reír, mientras mi amigo insistía en que, si le invitaban, también él luciría uno de mis trajes para caballero. Yolanda llegó hasta nosotros, saludando a Diego y presentándose a su acompañante, enseguida la conversación tuvo un solo tema, ella le contó a mi amigo lo del premio que acabábamos de recibir, después, algo alterada, se dirigió a mí:

—Raquel, nos ofrecen cinco invitaciones para la cena de los premios, dos serán para los McLine, me tienes que decir quién irá contigo para la reserva del avión y de las habitaciones, ¿crees que tu madre te acompañará?

Agaché los ojos y negué:

—No, ella no vendrá, supongo que lo lógico sería que viniese Lola, es la diseñadora jefe y... —Diego me interrumpió.

—¡Por favor, Raquel, déjame que te acompañe!

—Diego, ¿qué tienes que ver tú con el mundo de la moda?

—Nada, pero tú sabes que a esos actos van los actores y directores más famosos de Hollywood y toda la prensa del país, ¿sabes lo que supondría eso para mi carrera si me diese a conocer allí?

Miré a Yolanda y le dije:

—La decisión es tuya, tú eras la tercera pasajera.

Ella dio un par de patadas al suelo, haciendo unos mohines con la cara y balanceando su cabeza le dijo:

—¡Jo, Diego, si cuando te den el Óscar no te acuerdas de mí, te vas a enterar!

Él la cogió en brazos, dándole un par de vueltas sin dejar de gritar.

¡Otra vez en Nueva York! ¡Me encanta esta ciudad! Sin duda alguna, era mi preferida en todo el mundo y para rematar que todo aquello fuese algo genial, era la estación del año preferida de mi padre, diciembre. Las calles ya estaban adornadas para la Navidad, todo estaba precioso. Diego se esmeraba en detener un taxi, mientras que Lola se quejaba del frío que hacía, pero yo aspiré con fuerza, aquel olor a ciudad, a humo, a comida, me traían los mejores recuerdos de mi niñez en familia. Al ver la frustración en el intento de mi amigo, pegué un silbido, de inmediato un taxi se detuvo delante de nosotros, él sonrió, mi cara reflejaba felicidad, metimos las maletas y nos dirigimos hacia nuestro hotel. Yolanda había cogido habitación en el Hotel Eurostars Wall Street, no estaba demasiado lejos de la sede de la revista “*Action Model*” donde se celebraría la entrega de premios, dejamos nuestros equipajes y decidimos salir a tomar una copa al *Coronas*.

¡Una noche, solo había pasado una noche con él! Y cada uno de los sitios donde estaba lo devolvía a mi mente, en cuanto tomamos asiento lo busqué con la mirada, pero fue inútil, Diego y Lola no paraban de parlotear, aunque mi mente estaba en aquella noche de hacía ya casi dos años en la que fui tan inmensamente feliz entre sus brazos.

Al día siguiente nos levantamos pronto, tenía varias entrevistas y elegí un vestuario diferente para cada ocasión, mi colección para aquel año era todo muy años cincuenta, con vestidos de tubos y algunos conjuntos de camisas, faldas con amplios vuelos y cinturones anchos que marcaban mucho la cintura femenina, acompañados siempre con unos tacones de aguja muy alto. Todo el día lo pasamos entre periodistas y fotógrafos y a primera hora de la tarde nos preparamos para la cena y entrega de premios.

Estaba terminando de darme los últimos toques al recogido de mi pelo, cuando escuché llamar en la puerta, supuse que era Diego y antes de abrir me di un vistazo frente al espejo. El vestido me quedaba genial, era de una suave gasa en un tono champán, con un escote corazón y una pequeña cola que me hacía parecer más esbelta, todo ello envuelto en unos diminutos cristales que le daban un toque de distinción. Al final había conseguido recuperar por completo mi figura, se me veía realmente bien.

Abrí la puerta, efectivamente, Diego estaba frente a mí, parado, esperándome con su flamante esmoquin negro y ese aire aniñado que le daba

tanto encanto.

—¡Guau, señorita Lebrón, está usted guapísima!

—Gracias, pero usted tampoco está nada mal caballero. —Nos sonreímos al ver nuestra pequeña broma. Entré de nuevo en la habitación y le indiqué para que él también lo hiciera—. Pasa un momento, cojo el bolso y nos vamos.

Entré en el dormitorio y desde allí mismo le pregunté:

—¿Sabes si Lola está ya lista?

—Sí, me ha mandado un mensaje que nos espera en la limusina. —Él me había seguido, a través del espejo lo vi reflejado, no dejaba de mirarme, entonces le dije:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dime.

—¿Estás con ella?

—¿Con Lola? No, seguro que no, y no es por falta de ganas, pero su marido me mataría.

—No seas tonto, sabes que hablo de Adriana.

—Sí, se puede decir que sí, aunque es más un poco de promoción y un poco de que está buenísima.

Sonreí al escucharlo e hice el intento de salir, él me cogió por la cintura y acercándose mucho a mí me musitó:

—Sabes de sobra que ella no es ningún impedimento. Lo nuestro es muy diferente, entre nosotros hay algo pendiente y qué mejor que este lugar, lejos de todos, ¿no crees que sería el marco ideal?

—Diego, me parece que no, en aquella ocasión solo me dejé llevar por el momento. —Me acercó aún más a él y lo miré a los ojos—. Sabes que tengo toda la razón en lo que te digo, entre nosotros no salta la chispa suficiente para que arda un fuego. Me gusta que estés en todos los momentos importantes de mi vida, pero en el único lugar donde no te veo es en mi cama.

Apartó sus manos de mi cintura y sin decirme nada me dejó pasar.

Llegamos hasta los salones donde se celebraban la entrega de premios. Las más prestigiosas marcas de moda, de cine y del maravilloso mundo de la ilusión estaban allí representadas y efectivamente, como había predicho Diego, las mejores actrices y actores del momento se encontraban en el acto, nos pidieron que pasásemos hasta el *photocall* para tomarnos algunas fotografías. Desde mi asociación con mis nuevos socios, había cambiado la

firma de mi marca y ahora era M & L. Los periodistas me bombardearon con protocolarias preguntas sobre el premio, hasta que uno de ellos me hizo una que me resultó un poco incómoda:

—Señorita Lebrón, ha llegado rumores a nuestra redacción, que podría existir problemas en su asociación con los McLine. ¿Por eso no ha venido ningún representante de su marca para acompañarles esta noche?

Me quedé parada, no sabía cómo algo tan íntimo estaba saliendo a la luz, de pronto una voz conocida me sacó del apuro.

—Señores, eso no es cierto, la firma McLine & Lebrón está más unida que nunca.

Para mí se detuvo el tiempo y hasta la respiración mientras veía acercarse hasta nosotros a Nicholas Harrison. Estaba indescriptible, ni en las mejores pasarelas había visto lucir un esmoquin del modo que él lo llevaba, perfectamente peinado y... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué sentimiento era el que me provocaba ese hombre? Nunca, nunca había sentido por nadie ese temblor de tierra bajo mis pies con solo mirarlo. Llegó a mi altura, con su mano abarcó mi cara acercándome a él, pensé que me iba a besar en los labios y cerré los ojos al sentirlo tan cerca, pero lo hizo en la mejilla.

—Estás preciosa, Raquel.

—Hola, Nick.

◆ Por favor, ¿pueden posar para las fotos los dos juntos?

Él me agarró por la cintura y yo me fundí en sus brazos, era como si el tiempo, ni la distancia no hubiese pasado entre nosotros.

◆ ¡Fantástico, gracias, gracias!

Escuchaba a los fotógrafos decirnos que ya habían terminado, agradeciendo nuestro posado juntos, aunque por mí no me hubiese movido nunca de allí para que él no me soltase, pero al sentir cómo se separaba de mi lado, mi cabeza voló a la realidad. Cuando nos retirábamos del *photocall*, me di cuenta que él seguía parado, ofreció su mano a Sandra Marlo, una de las actrices del momento, los fotógrafos se volvieron locos al verlos juntos, las cámaras no paraban de fotografiarlos, haciéndoles preguntas sobre si eran pareja y sin tenían planes de boda. Pero a quien de verdad le dio un ataque de nervios al verla fue a Diego, realmente estaba como un niño viendo a sus “ídolos” del cine americano todos allí reunidos.

—Vamos a nuestra mesa —dije sin poder apartar mis ojos de ellos.

—¿No los esperamos? Seguramente se sentarán con nosotros.

—Pues si es así, ya vendrán —Me dirigí hacia nuestra mesa. Sin saber por

qué, me sentía menospreciada, como si él me hubiese hecho el desaire de ir con otra a la cena. Al cabo de un rato llegaron hasta nosotros.

—Creo que compartimos mesa.

Diego se levantó queriendo presentarse a la acompañante de Nick, me anticipé e hice los honores:

—Diego, él es Nicholas Harrison, el abogado de los McLine, a su acompañante no tengo el gusto de conocerla en persona.

Él hizo lo propio y nos la presentó, mi amigo insistió en que ella se sentase a su lado y Lola corrió a hacerlo a su derecha, así que a Nick no le quedó más remedio que sentarse a mi lado. Durante la comida se podía cortar el aire entre los dos, los demás no dejaban de charlar y reírse, hablaban sobre cine, teatro... Lola le explicaba a la “despampanante” acompañante de Nick, sobre unos modelos maravillosos de nuestra colección que podría lucir en la próxima alfombra roja, y mi amigo, casi le hizo prometer a Sandra que lo llamaría para ser su acompañante en dicha ocasión. En cambio, entre nosotros tan solo hubo un par de cruces de miradas, aburrida de su silencio intenté sacar un tema de conversación.

—¿Cómo que has sido tú quien ha venido esta noche? Sabía que Herman no lo haría, pero pensé que el señor McLine o su nuera no perderían la oportunidad de aparecer en la prensa.

Él guardó un “incómodo” silencio durante unos segundos, incluso llegué a pensar que no me contestaría, pero me miró y en un tono de voz medidamente controlado me contestó:

—Larry no se encuentra bien, le ha afectado mucho la decisión que ha tomado su hijo, tenía todas sus esperanzas puestas en él y se siente realmente defraudado. Me pidió que viniese en su lugar para no dar pie a los chismorreos de la prensa amarilla, debido a la situación que se ha creado con tu madre y Herman.

—Sí, tiene razón, yo tampoco comprendo lo que les ha pasado, se han vuelto locos.

—Quizás lo único que ha sucedido es que realmente se aman y ellos no han antepuesto nada a su cariño.

Bajé la mirada y le respondí:

—La vida no es tan fácil.

Él levantó mi barbilla, obligándome a mirarlo a los ojos y me contestó:

—¡Sí, sí lo es! ¡Fíjate, no les ha importado ni el dinero, ni lo que los demás puedan hablar!

—No les importan porque lo tienen, tienen dinero y ninguna responsabilidad, así cualquiera puede permitirse el lujo de hacer locuras, además, no sé por qué tu voz me suena a reproche

—¡Sí lo sabes, nosotros podíamos haber tenido todo lo que ellos están viviendo y tú no quisiste!

Fui a contestarle algo alterada, pero yo misma me regañé y le hablé en voz baja:

—Si no recuerdo mal te pedí que me dieras una solución y ni siquiera te molestaste en pensarla, solamente me dijiste que tú no podías dejar tu trabajo. ¿Qué me reprochas? ¿Que no fuera yo quien dejase mi negocio, mi casa, mi todo por ti?

De pronto dijeron mi nombre y volví la cabeza hacia el escenario al escucharlo, me invitaban a que pasara a recoger el premio e hice el intento de levantarme entre los aplausos de los asistentes, pero él me atrapó la cara y me besó, esbozando una falsa sonrisa como si me estuviese felicitando y me dijo en voz baja:

—¡Lo nuestro no va a terminar así, sabes bien que hay algo que nos une, aunque no quieras admitirlo!

Una sospecha se impuso en la boca de mi estómago como un pellizco, ¿le habría dicho Herman algo sobre nuestro hijo?

A continuación, todo fueron discursos y fotografías. Comenzó el baile, pero lejos de dejarme disfrutar el momento, una de las reporteras de la revista anfitriona me acompañó a una sala de las salas de prensa para hablar de nuevo sobre la colección del próximo año y los planes de futuro de nuestra empresa.

Mientras respondía a los periodistas, mi cabeza seguía a mil, por un lado sentía rabia, temblaba con tan solo pensar que él sabía algo de nuestro hijo y me reprochara el comportamiento que había tenido ocultándoselo, por otro pensaba que ojalá se hubiese enterado, no le importase y tuviésemos una oportunidad juntos.

Pero era una ilusa, el problema seguía siendo el mismo, la distancia no era lo único que nos separaba. De nuevo yo misma me decía que pensar en la posibilidad de una relación con él era una estupidez porque nada había cambiado, estábamos exactamente igual que al principio, él no cambiaría su vida por mí y desde luego no era el momento de que yo lo dejara todo por lo que tanto había trabajado, nos había costado sudor y sangre poner la empresa en el lugar donde ahora estábamos y si él no estaba dispuesto a renunciar a

nada, no veía por qué yo tendría que hacerlo.

Totalmente sumergida en una espiral de sentimientos, de pronto me enfurecía, solo pensar que él estaría disfrutando de la noche con aquella espectacular mujer y yo seguía estando sola.

Pasadas más de un par de horas, por fin logré volver al salón. Prácticamente todo había acabado, solo quedaban los últimos rezagados tomando copas en un par de mesas, y una pareja, en el que supuse no sería su último baile de aquella noche. Diego, al verme se acercó a mí en tan solo dos zancadas.

—Raquel, nos han invitado a la fiesta que Spielberg da en su casa, ya se han ido la mayoría de los invitados, Lola está esperándonos en la limusina. ¡Vamos!

Acaricié su cara al ver la felicidad en sus ojos.

—¿Por qué no vais vosotros?, estoy agotada, el viaje, el *jet lag*, todas estas ruedas de prensa, de verdad, no veo el momento de quitarme la ropa y acostarme.

—¡Pero esta es una oportunidad de oro! ¿Sabes la de contactos que podrás hacer en esa fiesta?

—Para eso estáis vosotros, estoy segura de que no me dejaréis en mal lugar, muy al contrario.

—¡De acuerdo, pero te llevaremos al hotel y luego nos iremos nosotros a la fiesta! ¡Vámonos!

—Diego, eso es una tontería, tenéis que cruzar toda la ciudad para llegar a su casa, llegareis tardísimo si tenéis que dejarme a mí antes, yo cogeré un taxi, sabes que eso no supone ningún problema.

Él sonrió y salió corriendo hacia la puerta, cogí mi bolso, mi premio, eché un vistazo a aquel salón ya casi vacío, me encontré sola de nuevo, ¿me estaría equivocando en mi actitud? Si no hubiese sido tan intransigente, mi madre y Herman hubiesen estado acompañándome en esa noche tan importante, Nick tampoco se encontraba ya allí, estaba claro que no significaba nada para él porque realmente yo así lo había querido.

Quise salir por una de las puertas laterales, todavía quedaban algunos fotógrafos en la puerta principal y no tenía demasiados ánimos para volver a responder a sus preguntas. Al salir a la calle me detuve buscando algún taxi, pero un coche se detuvo justo delante de mí.

—Raquel, sube.

Agaché mi cabeza, Nick estaba dentro.

—No es necesario, gracias, estoy esperando un taxi.

—No digas tonterías, ¿quieres darle más carnaza a la prensa diciendo que la empresa McLine te ha dejado sola después de recoger el más prestigioso premio de moda? ¡Sube ya, por favor!

Miré al grupo de periodistas que estaban detrás del cordón de terciopelo y supe que tenía razón. Me monté cerrando con fuerza la puerta. No dije nada, él puso el coche en marcha y salimos disparados de allí.

Después de llevar un rato de camino, me di cuenta de que no reconocía el que él había tomado.

—¿Dónde vas? Conozco la ciudad y estoy segura de que mi hotel es en sentido opuesto. Si lo que pretendes es ir a la fiesta, “gracias por preguntar”, pero conmigo no cuentes, estoy agotada.

Siguió conduciendo, y sin mirarme me preguntó:

—¿Quién era tu acompañante?

—¿Quién, Diego?

Asintió con la cabeza.

—Es solo un buen amigo, es actor y me pidió acompañarme para conocer gente aquí.

—¿Solo eso?, ¿amigos?

—Sí. Además, si fuese otra cosa, ¿a ti qué más te da? ¡Tú has estado muy bien acompañado y nadie te ha dicho nada! —Intenté ubicarme de nuevo, pero desconocía por completo a dónde nos dirigíamos, bastante más alterada de lo que debía miré a un lado y a otro, y de nuevo me volví hacia él—: ¡¿Me quieres decir de una puñetera vez dónde vamos?!

—Vamos a mi casa, y entre Sandra y yo, no hay nada.

Quise reprocharle su decisión, no me gustaba para nada que tomaran decisiones por mí, pero para ser sincera, mi corazón saltó dentro de mi pecho al escucharlo, guardé silencio el resto del viaje, necesitaba un poco de espacio para pensar, quizás sería buena idea vernos a solas y aclarar nuestra situación.

Llegamos hasta un enorme edificio de apartamentos en Manhattan, introdujo el coche en el parking; cuando se detuvo me miró, yo permanecía inmóvil con la mirada puesta en el frente, aún acunaba sobre mi pecho el premio y el bolso, en un santiamén se bajó y abrió mi puerta, galantemente me ofreció su mano para ayudarme a salir.

¡Dios mío, ¿qué debía hacer?! Nick siguió pacientemente en espera, entonces extendí mi mano apretándola contra la suya. Al sentir su calor, mis ojos se cerraron instintivamente, él pareció sentir lo mismo porque la

aprisionó con fuerza. Al ponerme en pie su cara estaba frente a la mía. De una manera sensual cerró los ojos y me respiró.

—No sabes cuánto te he echado de menos.

—Nick...

—No pienses, te lo ruego, esta noche deja por una vez descansar esa preciosa cabecita tuya.

Me abrazó. Yo apoyé la cabeza en su pecho. Él no podía ni imaginarse lo que significaba para mí y tenía razón, yo no quería pensar en nada, por primera vez no quería saber si estaba actuando bien o mal, estaba harta de ser siempre la sensata y solo con él parecía permitirme dejar a mi corazón y a mi cabeza que actuaran por libre.

Subimos en el ascensor hasta un décimo piso, de nuevo en silencio, simplemente abrazados, no necesitábamos más en ese momento. Al llegar hasta su puerta abrió, pasamos a un enorme salón con unos grandes ventanales que dejaban pasar la luz de una ciudad viva las veinticuatro horas, encendió una lámpara de sobremesa, eso era suficiente para vernos bien.

—Espera aquí un momento, voy a por algo de beber.

Me acerqué hasta la cristalera, desde allí todo se veía tan pequeño que nada parecía tener importancia. Noté sus pasos detrás de mí y me abracé a mí misma como queriendo protegerme de mis propios sentimientos, pero él me rodeó con sus brazos apoyando su cara en la mía. Mi piel reconocía sus manos, sus caricias sin prisas me llevaron a fundirme en sus sentimientos, escuché su profunda voz hablándome con suavidad y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Un millón de veces te he soñado así, aquí en mi casa, entre mis brazos.

—Nick, no...

—¡Shh! Por favor, no digas nada, no rompas este momento, seamos otra vez los mismos locos de aquella noche. —Noté cómo sus manos acariciaron mi figura y el único sonido que se escuchó era el de la cremallera de mi vestido mientras él la bajaba. Me recorrió todo el cuerpo con sus manos, acarició mis brazos al sentir lo que su tacto me producía. De nuevo escuché cómo me hablaba en voz baja cerca de mi oído—. En la tierra de mi madre dicen que cuando un hombre se siente tan irremediabilmente atraído por una mujer como yo lo estoy por ti, es porque ella lo ha embrujado, pensé eso de ti la primera noche que te conocí y sigo creyéndolo. —Mi vestido cayó al suelo, me quedé solo en ropa interior. De nuevo me abrazó desde mi espalda, apretando con fuerza mi pecho entre sus manos.

Posé mi cabeza en su pecho y le respondí:

—Entonces yo también he sido embrujada por ti, has sido el único hombre en mi vida en estos dos años.

Me dio la vuelta con suavidad, acariciándome en cada movimiento me puso frente a él.

—Tú me dijiste aquel día por teléfono que ya tenías a alguien.

—Y lo había, pero no del modo en el que te quise hacer creer.

Buscó mi boca y arrasó mis labios con los suyos.

—No me importa, aunque hubieses estado con un millón de hombres desde entonces no me importaría, porque esta noche estás aquí, conmigo.

Me abrazó con fuerza sin dejar de besarme, mordí su labio inferior llena de deseo, lo había añorado tanto. Me tomó de la mano y me llevó hasta su dormitorio. Desabrochó mi sujetador y con una voz llena de deseo me dijo:

—No quiero dejar un solo rincón de tu cuerpo sin besar, sin acariciar, necesito sentir de nuevo tu olor en mi piel, no puedes ni imaginar cuántas noches te he buscado.

No podía hablar, nunca me sentía tan indefensa, tan sin voluntad, como cuando estaba entre sus brazos, en mi vida me gustaba tener el control en todo, pero en ese momento solo quería ser una muñeca a la que él manejase a su antojo.

Besé su pecho, dándole pequeños mordiscos con cada uno de ellos, él gimió de un modo tan excitante que tuve que apretar mis piernas al sentir el placer que le producía.

—Raquel, acuéstate en mi cama.

Como si fuese una orden a la que no pudiese negarme obedecí, me tumbé sin dejar de mirar cómo él muy lentamente comenzó a quitarse la ropa, recordaba cada uno de sus músculos, su piel morena, su... ¡Joder, sin ropa estaba aún mejor que entonces! Una vez desnudo, abrió con dulzura mis piernas, y se acomodó entre ellas. No podía creer que de nuevo estuviese con él, no me había acostado con nadie en todo ese tiempo porque ninguno me parecía bien, siempre había algo en los hombres que conocía que me lo impedía, cuando no eran sus voces, era su pelo, sus olores... y, en cambio, él solo tenía que mirarme para que yo ya no tuviese voluntad alguna. Paseó por mi vientre subiendo hasta mis pechos, pellizcó con fuerza uno de ellos haciéndome llegar a sentir una punzada, mientras sus dientes jugaban con mi piel, y su lengua daba el calor suficiente para consolarme.

Su voz sonaba tan apasionante y profunda que solo escucharlo era

suficiente para excitarme aún más:

—Necesitaba saborearte, ya casi no recordaba lo bien que sabes, me quema cada trozo de tu piel que rozo con las manos, con mi lengua...

Sus palabras no hacían nada más que encenderme más, había pasado mucho tiempo y de verdad necesitaba sentirlo, busqué su sexo y lo acaricié.

—Te quiero dentro de mí, ahora.

Incorporó un poco su cuerpo, sin dejar de mirarme sentí cómo sus piernas separaban aún más las mías, yo no necesitaba más calentamientos, pero él parecía querer jugar y hacer que lo deseara aún más.

—Es demasiado pronto, espera un poco, cariño.

Era casi imposible, mi deseo iba en aumento cada vez más, se me escapó un grito cuando sentí cómo su mano abarcaba todo mi sexo, cuando sus dedos encontraron mi punto de placer, arqueé mi espalda, para ofrecerme más a él.

—Hazlo ya, te lo ruego.

Sonrió con complicidad al escuchar mi impaciencia.

—Cuanto más me supliques, más voy a tardar en liberarte.

Con la boca totalmente seca por la excitación, pero sin dejar de blandir una sonrisa, le contesté:

—Nick, por favor.

Me retorció buscando el placer que me producía, pero justo cuando estaba a punto, él volvía a detenerse. A ese juego podíamos jugar los dos, así que cogí su sexo entre mis manos con fuerza hasta que lo escuché gemir de nuevo, sin hablar se introdujo en mí buscando su propio placer. Alguien me dijo que hay un momento en el sexo que hay que ser muy egoísta y pensar solamente en ti, así que lo apliqué al pie de la letra buscando el mío, nuestros jadeos fueron haciéndose cada vez más intensos hasta que un enorme orgasmo nos recorrió a ambos, sentí cómo su flujo me llenaba por completo, cómo se vaciaba en mí y mi propia vagina le ayudó con espasmos atrapándolo dentro sin querer que nada de aquello terminara aún.

Ya con nuestras fuerzas agotadas, apoyó su frente en la mía.

—Explícamelo, por favor.

Entre resuellos le pregunté:

—¿Qué quieres que te explique?

—¿Por qué solo siento esto cuando estoy contigo? Dímelo.

Cerré los ojos sin querer pensar en la realidad, lo abracé con fuerza y entonces fui yo quien le pidió:

—No digas nada, solo deséame del modo que lo acabas de hacer durante toda esta noche, ya veremos mañana qué hacemos con todo lo que sentimos.

La primera vez que estuvimos juntos sentí que habíamos follado como locos, no había nada más entre nosotros que deseo; pero aquella noche fue distinta, nosotros hicimos el amor, un amor dulce y apasionado, con caricias suaves y besos calientes. Jamás había sido más feliz entre los brazos de nadie. La noche nos pareció corta, nos quedábamos dormidos por el cansancio, pero nuestros deseos nos despertaban una y otra vez sin poder dejar de amarnos.

Despuntó la mañana y nos sorprendió despiertos, abrazados, de nuevo en silencio, yo acariciaba su pecho, entrelazando mis dedos por su vello mientras él frotaba mi brazo con su mano, sin querer separarnos, apenas había cenado con los nervios y la entrega de los premios; sentí cómo mi estómago se quejaba y yo misma me reí. Él separó su cara de la mía, sonriéndome preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te ríes?

Lo miré y le contesté:

—En parte porque me siento muy feliz y por otro lado porque no dejo de escuchar mi estómago, tú tampoco cenaste anoche, ¿no tienes hambre?

—No he podido comer en una semana, tenía un pellizco en el estómago con solo pensar que iba a volver a verte, pensaba que quizás vendrías acompañada por tu pareja, no sabes las películas que me hice en la cabeza. Quise buscarte en la red, aunque me daba miedo encontrar noticias sobre tu vida privada, solo leí algo acerca de tu empresa.

—¿De verdad, Nick? ¿De verdad tenías tantas ganas de volver a verme?

Acarició mi cara, poniendo un mechón de mi pelo hacia atrás y me contestó:

—Te lo dije anoche, estoy totalmente embrujado por ti. —Me besó con dulzura—. ¡Y ahora arriba, yo también me muero de hambre!

Él se levantó, aunque yo continué recostada en la cama, se puso sus boxes y buscó un pantalón de deporte en su vestidor. Mientras lo hacía, pensé en lo arrebatadoramente sexy que era, y aquel *closet* tan meticulosamente ordenado le daba ese toque de vanidad que sin duda tenía.

—¡Vamos, voy a hacerte un auténtico *breakfast** americano! *Desayuno.

Sonreí al escucharlo, de pronto me acordé de mis compañeros de viaje, se estarían volviendo locos preguntándose dónde estaría. Busqué mi móvil,

afortunadamente no tenía ni llamadas perdidas, ni ningún mensaje, miré el reloj, apenas eran las ocho de la mañana, esos estarían durmiendo “la mona” de la noche anterior, así que les mandé un mensaje diciéndoles que estaba bien.

Entré al baño con la firme intención de darme una ducha rápida, no quería perder un instante de estar a su lado. Aunque en la misma puerta me detuve, majestuosa aparecía una maravillosa bañera redonda, decidí mimarme un poco y tomé un relajante baño; casi me estaba quedando dormida cuando lo escuché entrar.

—Hola de nuevo.

Sonreí sin contestarle mientras continuaba con los ojos cerrados.

—¿Necesitas que te frote la espalda?

—¡Umm, bueno, si no es mucha molestia!

Me pareció que tardaba un poco en llevar a cabo su cometido y abrí los ojos, me eché a reír al ver cómo rápidamente volvía a desnudarse.

—¡Oye, que solo era la espalda!

—Pero desde dentro es mucho mejor, así no salpicaremos el agua.

No podía dejar de reírme cuando lo vi entrar en la bañera, se sentó delante de mí, poniendo un poco de gel en su mano se dispuso a darme un lavado completo.

—Ahí no está la espalda —le dije al ver hacia donde iban dirigidas sus manos.

Él sonrió de esa manera tan pícaro en la que lo hacía y me dijo:

—Pon tus piernas a cada lado de mi cuerpo, ya verás cómo así, sí llego a tu espalda.

Obedecí sin rechistar, agarró mi culo con fuerza y me subió sobre él clavándose de inmediato en mí. Desde mi garganta salió un gemido de placer inundando aquel ambiente cálido y húmedo, a él se le escapó ese dulce sonido que hacía cuando gozaba conmigo. No podía creerlo, en unos instantes ambos volvíamos a sentir la necesidad de corrernos de nuevo y en un momento habíamos llegado a un éxtasis prácticamente extracorpóreo.

Al final terminamos de bañarnos, de verdad. Mientras me secaba el pelo, Nick decidió seguir con la preparación del desayuno, al entrar en el dormitorio caí en la cuenta de que yo no traía nada más que mi vestido de noche, desde allí mismo le pregunté:

—Nick, ¿puedo coger alguna de tus camisetas?

Lo escuché reír y me contestó:

—¡En el primer cajón! ¿Sabes que acabas de cumplir mi segunda fantasía?

Sonreí al escucharlo y busqué en uno de sus cajones, donde todo parecía estar perfectamente ordenado y doblado. Eché un ojo a mi alrededor y a excepción de la cama, deliciosamente desecha, todo estaba en un perfecto orden. Debía de tener alguien que le ayudara, no era normal en un hombre solo, aunque a él le gustaba tanto tenerlo todo bajo control, que tampoco me sorprendió que fuese él mismo quien se ocupara de cada uno de los detalles. Cogí una de sus camisetas, tuve que cerrar los ojos al sentir su olor, ¿cómo podía gustarme tanto ese hombre desde la primera vez que lo vi?

Al salir llegué hasta la cocina, Nick se desenvolvía como pez en el agua allí dentro y un poco intrigada por su revelación le pregunté:

—¿Y la primera cuál era?

Se acercó hasta mí y me besó dulcemente.

—Tenerte en mi cama.

Sobre una enorme isla central puso un par de platos con huevos revueltos, bacon, tomates, tostadas, unos vasos con zumo de naranja, se detuvo frente a mí con la cafetera en una mano y la taza en la otra:

—¡Sabes que no sé qué te gusta, no sabía qué preparar, ni siquiera si tomas café, y si te gusta, no sé si solo o con leche, con o sin azúcar!

Ese hombre conocía hasta el rincón más íntimo de mi cuerpo y yo reconocería las caricias de sus manos entre un millón de ellas, pero en cambio, ninguno sabíamos nada en absoluto el uno del otro. Fui hasta él y lo abracé con todas mis fuerzas.

—¡Me gusta como tú, *justo cómo tú me gustas*, fuerte pero muy dulce! Y deseo, con todas mis fuerzas saber cómo tomas el café, qué vino te gusta y hasta saber la marca de tu maravilloso gel de baño que usas.

Él me rodeó con sus brazos, me besó en la frente y me dijo:

—Raquel Lebrón, te quiero muchísimo.

¡¡¡Uffff, señal de peligro!!!

Me separé de él con claras marcas de pánico en mi cara.

—No me hagas esto, Nick, por favor, piensa que no es nada más que sexo, si llego a sentir de nuevo que tú y yo podríamos querernos y que no podemos estar juntos, no podría soportarlo.

Me separó de su cuerpo y me dijo:

—¡No entiendo por qué te empeñas en decir que no podemos estar juntos, buscaremos los momentos! Comprendo que no quieras dejarlo todo, pero mira, sin ir más lejos, dentro de un par de meses se celebra de nuevo la

semana de la moda y vosotros volveréis, luego yo tendré que volar a la de París por algunos asuntos que tengo pendientes con los contratos de unas modelos y podremos vernos, aprovecharé siempre que pueda para viajar hasta Madrid, también podrías venirte aquí algunas temporadas, no te preocupes, ya iremos viendo cómo hacemos para poder estar juntos, pero cariño, te ruego que no te cierres de nuevo, no vuelvas a hacerme pasar por el tormento de pensar que no volveré a tenerte a mi lado.

Ya “*iríamos viendo*”, de nuevo no era la respuesta que esperaba, nos íbamos a arrepentir, sabía que aquello sería un error, pero en esos momentos me sentía tan bien con él, que quise creer en la posibilidad de mantener una relación. ¿Pero qué pensaría de mí cuando le dijese lo de nuestro hijo? No quería ni pensarlo, ya se lo diría en otro momento, así que simplemente me volví a abrazar a él y rogar para que aquello tuviese un buen final.

Ese fin de semana juntos fue maravilloso, paseábamos como dos críos agarrados de las manos, sin poder dejar de besarnos ni un segundo, me llevó a sus lugares preferidos y yo lo llevé a los míos, sus atenciones conmigo no se agotaban, si había tenido dudas, él hacía que todas desaparecieran, solo la sombra de lo que para mí era la mentira de seguir ocultándole que teníamos un hijo sobrevoló sobre nosotros.

El lunes por la mañana llegó, yo no podía quedarme allí más días, la presentación de la nueva colección estaba cerca y con todo el dolor de nuestros corazones nos separamos entre besos y caricias con la promesa de volver a vernos pronto.

5

Pasaban los días e intentábamos estar en contacto siempre que podíamos, pero nuestro trabajo y vivir en diferentes continentes no hacía nada fácil la posibilidad de vernos, poco a poco me iba dando cuenta que mi cuento de hadas se esfumaba. El cumpleaños de una de mis amigas y yo estaba sola, una cena de empresa y otra vez sola, tuve que acudir al médico por algo parecido a unas alergias de mi hijo y... sí, ¡otra vez sola! Definitivamente si queríamos seguir adelante, algo tendría que cambiar porque así no era como yo deseaba tener una relación.

A tan solo una semana del desfile trabajaba sin parar, era mucho lo que había que hacer si queríamos volver a estar entre los mejores y por nada del mundo quería perderme el desfile ese año, sería la única posibilidad de verlo en meses.

Al que tenía algo más descuidado por aquel entonces era a mi precioso pequeño, pero ni modo, tenía que dejarlo todo listo para la ocasión. Antes de salir de casa me acerqué hasta la habitación de mi niño, mi nana se había mudado a vivir con nosotros debido a la cantidad de horas que yo estaba fuera y mi madre desaparecida. Me apoyé en su cuna, se veía tan grande, tan dulce mientras dormía, sin duda habría que pasarlo ya a una cama, seguro que sería tan alto como su padre y desde luego igual de guapo, todavía no me había atrevido a confesarle a Nick lo del pequeño, pero estaba decidida, cuando nos volviésemos a ver se lo contaría. ¡Y que fuese lo que Dios quisiera!

Me dirigí hacia mis oficinas, tenía una reunión importante a primera hora, vi a dos de mis compañeras en la cafetería donde solíamos desayunar y entré para sumarme a ellas.

—¡Buenos días! ¿Listas para dar los últimos toques a la colección?

—Sí, jefa, además, si conseguimos firmar el contrato de hoy tenemos la temporada salvada antes de empezar —dijo M^a José con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Dios, me parece mentira todo el bien que nos ha traído este premio! Parece como si de un plumazo todos los problemas se hubiesen solucionado, no quiero ni pensarlo por si algo se estropea.

El camarero se acercó hasta mí:

—Buenos días, ¿un café cargadito?

—No, por favor, tráeme una manzanilla, los nervios me tienen el estómago revuelto.

Comenzamos a hablar sobre la colección y algunas cosas que debíamos modificar, el camarero trajo nuestro pedido y en la bandeja, además de los cafés y mi manzanilla, traía un bocadillo de bacon con queso para M^a José y otro enorme de atún cargado de mahonesa para Francis; al darme el olor tuve que salir corriendo hasta el cuarto de baño, no pude soportarlo y vomité hasta “la primera papilla”. Al salir las dos, estaban quietas sin apartar la mirada de mí. Francis, tan oportuna como siempre, no esperó ni a que llegase a la mesa.

—¿Cuándo debía de haberte bajado la regla? Sabes que casi siempre me pongo una semana después que tú, y yo ya terminé hace un par de días.

Me quedé de pie pensando, esa posibilidad no se me había pasado por la cabeza, con tanto trabajo ni había caído, pero ya hacía dos semanas que tenía que haberme venido. ¡No era posible que volviese haberme quedado embarazada! La vez anterior estaba de hormonas hasta las cejas y es verdad que en esta ocasión tampoco tomamos precaución, ¡pero dos de dos! Eso era prácticamente imposible, ¿o no?

—No digas tontería, solo son los nervios.

Las dos a la vez contestaron:

—¡Ya!

Apenas pude concentrarme en la reunión, ¡me iba a dar un ataque de nervios! Estaba loca porque terminara, cuando por fin sucedió, bajé hasta la farmacia, recordé lo chismosa que era su dependienta y busqué otra un par de calles más arriba, no pensé que estaba tan lejos, pero por fin la encontré, compré el dichoso test y corrí hasta la oficina de nuevo para hacerme la prueba, los cinco minutos más largos de la historia, cuando lo miré se había teñido de rosa. ¡Madre mía, Nick me iba a matar!

No podía seguir trabajando y decidí irme a casa, al abrir la puerta escuché la voz de mi madre jugando con mi pequeño, al verla, las lágrimas comenzaron a brotar como fuentes de mis ojos.

—¡Mamá, lo siento! ¡Lo siento!

Ella le dio el pequeño a la señora Purlot.

—Cariño, ven aquí, yo también lo siento.

Nos fundimos en un abrazo, yo no solo lloraba por volver a verla, sino por lo que acababa de enterarme, ¡oh señor, empezar otra vez de nuevo! Mi niño era aún muy pequeño y, ¿cómo le sentaría a Nick todo esto cuando se lo contara?

—Tenemos que hablar, tengo muchas cosas que explicarte, sé que no lo hemos hecho bien, pero cariño, desde que murió tu padre no había vuelto a sentir algo así y por favor no me lo reproches, si tú te opones yo nunca podría ser feliz.

Yo enjugaba mis lágrimas mientras la escuchaba, Herman tenía razón, ¿quién era yo para decirle lo que ellos debían o no debían hacer? Pero había cosas que mi razón no me dejaba aceptar.

—Mamá, si estás pidiendo mi aprobación es porque sabes que no estáis haciendo bien, él lo ha dejado todo, a su padre, su familia, incluso su trabajo, no hagas recaer de nuevo sobre mí la responsabilidad de tus actos, yo lo he pensado y si decidís seguir adelante no me opondré, pero será vuestra decisión, ni la mía, ni la de su familia, solamente la vuestra. —Me abrazó, creo que algo confundida, era verdad que a lo largo de su vida otros habían tomado siempre por ella sus decisiones, ya era hora de que asumiese sus responsabilidades, como yo acababa de asumir la mía—. Mamá, si decides seguir con él, ¿crees que para septiembre podrás estar en casa?

Ella, limpiándose las lágrimas, me preguntó:

—¿Para qué cariño? ¿Para qué quieres que esté aquí en esa fecha?

Me eché a llorar a lágrima viva y le contesté:

—¡Porque es cuando nacerá tu segundo nieto!

Después de un enorme vaso de agua, me tranquilicé y le conté a mi madre la historia con Nick, ella no daba crédito a que en el tiempo en que estábamos no me hubiese cuidado en modo alguno, pero es que realmente no pensé que jamás volveríamos a estar juntos.

—Mamá, por favor, te ruego que no le cuentes nada a Herman, le hice creer que el niño era fruto de una inseminación, sabía que por su amistad con Nick se lo contaría, y es algo que tengo que hacer yo, pero te juro que no sé cómo se lo va a tomar.

—Raquel, sé que Herman no ha hablado con él nada sobre ti, apenas han tenido un par de conversaciones desde que dejó la empresa, pero creo que no debías dejar pasar más tiempo y contárselo.

—Lo sé, mamá, pero voy a hacerlo cuando estemos allí, no creo que por teléfono sea el mejor modo.

La semana terminó de pasar mucho más rápido de lo que yo hubiese deseado, incluso había retrasado mi viaje, solo llegaría un par de días antes del desfile. La noche antes de salir, ultimé detalles del papeleo, arreglé la casa, preparé las maletas, la mía y la de mi hijo, bañé y acosté a Nico, al final en vez de ducharme, me di un baño intentando relajarme, tenía un millón de cosas en la cabeza y parecía que si no dejaba de moverme no pensaría en cómo enfrentarme a toda aquella situación. Ya me disponía a irme a la cama cuando escuché cómo mi portátil me reclamaba, vi que era una videollamada de Nick.

🌈 Hola preciosa, ¿preparada para volver?

🌈 Hola, sí, por fin ya está todo listo.

🌈 Nena, se me olvidó decirte que no se te ocurra coger habitación, quiero que te quedes en mi casa.

🌈 Nick te lo agradezco, pero tu casa está lejos del lugar del desfile, tendría que andar cruzando la ciudad a cada momento, sabes que no voy de vacaciones, esos días son frenéticos.

🌈 Raquel, ¿qué ocurre? Pensé que tendrías las mismas ganas que yo de vernos.

🌈 Y las tengo, pero... discúlpame, estoy muy nerviosa, es mucha la tensión, los McLine han cambiado ahora la línea de complementos que presentaban y he tenido que descartar algunos de los modelos que mostrábamos y cambiarlos por otros, por eso no llegué el sábado con las demás, no sé cómo terminará saliendo todo.

🌈 Aguanta un poco, el contrato con ellos era solo por diez años, prácticamente han pasado dos, estoy seguro de que no querrán perderte, les estás haciendo ganar mucho dinero y seguro que van a transigir con tus exigencias si quieren seguir trabajando contigo.

🌈 Bueno, no hablemos más de trabajo, me tiene muy agobiada. — Escuché llorar a Nico que estaba en su dormitorio y me puse nerviosa—. Nick voy a tener que dejarte.

🌈 Oye, ¿qué es lo que escucho? ¿Está llorando un niño?

🌈 Es solo el hijo de mi amiga, ha tenido que salir y le hago de canguro. Te dejo, voy a ver qué le pasa, mañana nos vemos.

Hice el intento de levantarme, pero su voz volvió a llamar mi atención:

🌈 Nena, te quiero mucho.

No supe qué contestarle, ¿me estaba enamorando de él?, o realmente nunca había dejado de estarlo, pero me daba pánico pensar que me rechazaría al enterarse de lo que le había hecho, simplemente le dije:

🌈 Yo... te echo mucho de menos Nick, hasta pronto.

Y corté la llamada.

Al final decidí no llevarme al pequeño al viaje, había hecho y deshecho su maleta cien veces, pero pensé que no sería justo para Nick plantarme allí con el niño, lo veía como un modo de obligarlo, de hacer que lo aceptara a la fuerza. ¡¿Y si Nick no lo quería, y si a él ni siquiera le gustaban los niños?! Definitivamente ese tema me estaba volviendo loca, llegué a convencerme que no iba a hacer falta romper con él, primero le contaría, con mucho tacto, lo de nuestro primer hijo y luego, si aún seguía “ahí”, le daría mi segunda sorpresa, para que terminara de asustarse y él solo saliese corriendo.

Nada más bajar del avión le mandé un mensaje para avisarle de que ya había llegado, sabía que él estaba en un juicio y que hasta la noche no podríamos vernos, casi agradecí que fuese así. Mientras caminaba en dirección a mi hotel me iba mirando en todos los escaparates y aunque llevaba una blusa ancha me parecía que todos podían ver mi “enorme barriga” de cerca de dos meses de embarazo, me convencí a mí misma que solo era paranoia que de tan poco tiempo eso sería imposible, pero realmente lo que estaba era aterrada.

No había hecho caso a Nick, y tomé habitación como siempre en mi hotel, cerca de los salones de los desfiles, estaba terminando de acomodarme cuando escuché cómo llamaban a la puerta, pensé que sería algunas de las chicas y abrí.

Desde luego era el hombre más guapo del mundo, esa media sonrisa y sus preciosos ojos azules, me desarmaron de nuevo.

—¡Unas flores para la más bonita de todas!

—¡Nick, ¿qué haces aquí?! ¡Me dijiste que estarías ocupado hasta la noche! —Cogí las flores sonriendo por el detalle, él me abrazó por la cintura, comiéndome la boca con cada uno de sus besos.

—Te echaba tanto de menos —dijo sin separar sus labios de los míos.

—Yo también te extrañé mucho, me encantan tus flores.

Me empujó suavemente cerrando la puerta sin soltarme y besándome por cada trozo de piel que encontraba en su camino, intenté separarme de él.

—Voy a ponerlas en agua. —Pero de nuevo me agarró por la cintura.

—Tira las dichosas flores al suelo y ven conmigo.

Me reí con ganas al ver su expresión y lo desesperado que parecía, tiré las flores, cogiendo su cara entre mis manos, mordiendo sus labios con mis besos, él acariciaba mis caderas e irremediablemente subí mi pierna para poder sentirlo, acabábamos de empezar a besarnos y ya estaba totalmente erecto, sonreí al sentirlo y sin dejar de besarle le dije:

—¡Puedo sentir “cuánto” te alegras de verme!

—No puedes imaginar “cuánto”, no te haces ni una idea —dijo metiendo su mano bajo mi falda, llegando hasta el encaje de mis medias y rozando con sus dedos el filo que separaba mi carne de la seda—. ¡Me encanta que uses esta ropa interior tan sexy! —Siguió subiendo su mano guiado por la tira de mi ligero hasta llegar a mis bragas, hizo un gruñido tan sensual que me excitó aún más de lo que ya estaba con solo escucharlo, con una voz totalmente gutural me preguntó mientras mordisqueaba el lóbulo de mi oreja —. Sigues tomando precauciones, ¿verdad?, dime que sí, porque quiero sentirte otra vez sin barreras.

¡¡A buenas horas se acordaba este de la precaución, poco lo tuvo en cuenta la última vez y mira el lío donde andaba metida!! Pero, a lo hecho pecho, y ya no iba a desperdiciar la ocasión de tenerlo de nuevo sobre mí.

—No te preocupes por eso, vamos a la cama.

No habíamos llegado al dormitorio cuando ya estábamos totalmente desnudos los dos, Nick parecía haberse obsesionado con mi pecho, lo besaba, lo mordía, lo apretaba, pero a mí me dolía horrores con el solo roce del sujetador, más con el masaje que estaba recibiendo.

—Cariño, tengo la boca aquí arriba.

—¡Sí, nena, pero no los recordaba tan grandes!

¡Madre mía, ¿grandes?! ¡Querría decir dos melones, doloridos, pero dos melones, al fin y al cabo!

—Pues déjalos descansar un poco, ven y bésame en los labios.

Él sonrió y se puso a mi altura, me besó, succionando con sus besos mis labios, sus manos y su cuerpo eran impacientes, entre suspiros me dijo:

—Me vas a tener que perdonar, pero me parece que esta vez voy a

terminar un poco antes de lo que me gustaría, estaba loco por estar contigo.

Ahora fui yo la que sonreí al escucharlo y acaricié su pelo.

—Vamos a ello, tengo un hambre atroz y tenemos toda la vida para amarnos.

Entre risas terminamos nuestro juego de amor y fuimos a encontrarnos con mis compañeras. Al principio, volví a ponerme nerviosa al pensar que alguna se le escapase lo de nuestro hijo y mi embarazo, pero todo transcurrió sin problemas, las había avisado bien y sabían que se jugaban algo más que su trabajo si alguna se iba de la lengua. Nos despedimos de ellas y como dos adolescentes cogidos de las manos llegamos hasta el coche, al abrirme la puerta comenzó a besarme en el cuello y bajó hasta mi hombro.

—No pienses que voy a llevarte al hotel, quiero que duermas en mi casa.

Lo escuchaba con los ojos cerrados, con escalofríos por cada uno de sus besos.

—Sabes todo el trabajo que tengo mañana, también tú podías dormir conmigo en el hotel, eres muy cabezota. Dígame, señor Harrison, ¿nunca da usted su brazo a torcer?

—No es cabezonería, es que me encanta sentir tu olor en mi casa.

—Espero que sea bueno, al olor me refiero, y no me estés tachando de sucia.

Le rompí todo el momento romántico, dio una carcajada tan fuerte que la gente que pasaba a nuestro lado se volvió a mirarlo, me dio un pequeño azote y me dijo:

—¡Anda y sube al coche!

Al llegar a su casa, me invitó a sentarme en el enorme sillón de su salón, mientras, él fue a la cocina y sacó una botella de champán.

—¿Qué celebramos? —le pregunté al verlo, me hizo un gesto con su cara y puso esa media sonrisa que me volvía loca.

—Tengo mucho por lo que brindar, que estás aquí, esa es la principal —dijo, mientras descorchaba la botella, haciendo un enorme ruido al sacar el corcho—, y la otra y casi tan buena es que he conseguido una de las mejores cuentas para mi bufete, estoy seguro que en cuanto se jubile Fox me harán socio, brindemos.

Hice el gesto de brindis con él, pero apenas mojé mis labios con el líquido. Fue entonces cuando de un modo algo impertinente le pregunté:

—Dime, Nick, ¿cuánto es eso en tiempo? ¿Días, semanas, meses?... ¿Años?

—No lo sé, Raquel, lo que tengo claro es que es un gran triunfo, apenas tengo treinta y cinco años y ya me están haciendo en firme la promesa de participar como socio en unas de las mejores firmas de abogados de este país, ¿sabes lo que eso puede significar para mi carrera?

—Supongo que sí, que debe de ser algo importantísimo, pero mi pregunta conlleva el que me digas en qué nos repercute eso a nosotros, sabes que yo no puedo abandonar mi negocio.

—Ya te dije que encontraríamos una solución a eso. —Apartó el pelo de mi cuello y comenzó a besarme de nuevo.

Me incorporé un poco para dejar la copa sobre la mesita, mi gesto lo llevó a terminar de dar ese último beso en el aire, entonces continué con mi interrogatorio:

—¿Y me podrías explicar, así, por encima, sin mucho detalle, cómo podría ser esa solución que me ofreces?

—No lo sé, no necesitas dejar tu profesión, si es lo que te preocupa, pero no tienes por qué vivir en España, puedes dirigir tu casa de diseño desde aquí, ya te digo, eso lo pensaremos más adelante.

—¡Ya! Nick, tu solución es que sea yo quien lo deje todo y me traslade aquí, bien. ¿Y de niños? ¿Qué piensas de formar una familia y tener hijos?

—¡Raquel eso me volvería loco, a decir verdad, es mi sueño! Y más aún el de mi madre, anda siempre diciéndome que se está haciendo demasiado mayor y no conocerá a sus nietos.

El corazón comenzó a latirme con un aro de esperanza, tartamudeando le pregunté:

—Entonces, ¿quieres tener hijos?

—Vamos a tener ocho o nueve por lo menos, hasta que mi madre se harte. —Me puse la mano en el pecho a modo de consuelo, sonriendo al saber que también adoraba a los niños y él continuó hablándome—: Claro que no podrá ser ahora, cuando ya consiga ser socio y pueda tener el tiempo necesario para estar con ellos tendremos todos los que quieras, porque eso sí lo tengo claro, quiero que seas la madre de mis hijos. Pero ahora no es el momento, no me gustaría que me ocurriese como a mi padre, apenas lo recuerdo jugar conmigo cuando era pequeño, siempre en su trabajo, el día que decida tener hijos será cuando tenga mi vida totalmente resuelta.

¡Uff! “*Mi gozo en un pozo*”, hubiese dicho mi padre.

—Pero eso significar esperar, esperar a lo de ser socio, a que yo cambie por completo mi vida y desde luego todo eso es algo que no me parece que vaya a ocurrir de inmediato, ¿no? Tus planes son a largo plazo, ¿pero a cuánto, Nick? ¿A cuánto tiempo te estás refiriendo?

—¡Ya te he dicho que no lo sé, Raquel, tres, cuatro, cinco años a lo sumo! Asentí con mi cabeza haciendo un gesto de disgusto con mi boca.

—¿Te estás escuchando, cinco años?! ¿Qué piensas, que seamos los abuelos de nuestros hijos? ¡Ya me dirás que es normal empezar a tener niños a los treinta y nueve o cuarenta años!

—¡Mujer, hoy en día no es tan raro! La mujer de uno de mis colegas lo tuvo a los cuarenta y dos.

Me puse en pie, cogí mi bolso y mi abrigo y me dirigí hacia la puerta abriéndola.

—¡Pues mejor para ella!
Él salió tras de mí.

—¡Oye, oye! ¿Qué ocurre aquí? ¿Se puede saber dónde vas?
Cerró la puerta de su casa para impedir que me fuese.

—Mira, Nick, esto nuestro no va a funcionar por mucho que tú te empeñes, no quiero una relación en la que tenga que pasar meses sin ver a mi pareja, sin poder estar juntos y compartir nuestro día a día y mucho menos tengo el tiempo que me pides para esperar a tener hijos.

—¡No lo estás diciendo en serio, ¿verdad?! ¡Esto no es más que una mala broma que me estás gastando! ¡Creí que lo habíamos aclarado y estábamos de acuerdo!

—No, tú te has montado esta especie de relación, adaptándola a lo que a ti te viene bien, no quieres dejar nada atrás, ni a mí, ni a tu importante puesto de tu empresa, ni siquiera esta ciudad, y es hora de que elijas, no puedes tenerlo todo, en especial porque son tus planes y no los míos de lo que tanto hablas. Soy demasiado mayor para que nadie organice mi vida y lo suficiente para saber lo que me conviene y lo que no. Lo siento, pero tus planes no son lo que yo quiero para mí.

Abrí la puerta, pero él la cerró de nuevo.

—¡No voy a dejar que te marches, esto tenemos que hablarlo con calma, a ti te ha pasado algo y no me lo estás contando!

—¿Sabes qué es lo que me pasa? ¡Pues que me estoy enamorando de ti y si sigo a tu lado no tendré jamás lo que necesito y lo que quiero, vamos a dejar todo esto ahora, antes de que pase más tiempo y nos demos cuenta de

que solo nos ha servido para hacernos daño! Ha sido algo muy bonito conocerte, pero hasta aquí hemos llegado, no quiero seguir.

Él me cogió con fuerza por ambos brazos y totalmente enfurecido me respondió:

—¡Raquel, es la segunda vez que me haces esto, si sales por esa puerta ten por seguro que no voy a ir detrás de ti como un perro! ¡O te quedas y hablamos esto hasta llegar a un entendimiento o desaparezco por completo de tu vida, por el resto de la mía!

Se quedó mirándome, volví a abrir la puerta y me fui sin mirar atrás, sabía que nada de lo que le había dicho era verdad, me fui simplemente por cobardía, por no querer afrontar mi realidad y por miedo, ni mis hijos ni yo entrábamos aún en sus planes. Salí de aquel edificio y decidí salir de su vida.

6

—Raquel, cielo, ¿no vas a ir hoy a trabajar?

Ya llevaba un buen rato despierta, casi desde el amanecer. Yo estaba enorme y mi niña se había empeñado en ser bailarina y hacer las primeras prácticas en mi barriga, por el trabajo no podía quejarme, las cosas iban bien, pero la tristeza se había apoderado de mí, me mudé a casa de mi madre, quise buscar un piso más grande, pero ella se empeñó en que nos fuésemos a vivir con ella y mis desganas me ayudó a no hacerle la contra. Al escucharla hablarme le contesté:

—No me encuentro bien, mamá, he pasado muy mala noche.

—Es que ya hace casi una semana que saliste de cuentas, ¿tienes hoy cita con el médico?

—No, en un par de días. —Sentí unos pasitos por el pasillo y me incorporé

—. ¡Hola, cariño! ¿Ya se ha despertado mi niño?

Mi pequeño venía con su pijama y sus ojitos aún pegados hasta mi cama.

—¡Mami!

—¡Ven aquí, mi vida!

Mi madre lo subió hasta mi cama y lo dejó a mi lado, mi pequeño, aún con sueño, bostezó y volvió a cerrar sus ojos. Besé su carita quedándome embobada mirándolo, mesé su precioso pelo negro, que tanto me recordaba al color del de su padre.

—Es increíble cuánto se parece a él, mamá, a veces pienso que es como un castigo por habérselo ocultado, para que así no pueda llegar a olvidarlo.

—No te entiendo, Raquel. ¿Por qué no lo llamas de una vez y se lo cuentas? Quizás no se lo tome tan mal como tú piensas.

—No digas tonterías, mamá, ¿crees que después de todo lo que lo he despreciado colgándole el teléfono, todos sus emails y mensajes sin contestar y la de veces que intentó ponerse en contacto conmigo durante estos meses, querría volver a intentarlo? ¡Sin olvidar, además, que cuando se entere que lo he estado engañando querrá demandarme! Es una bobada pensarlo siquiera, él me lo dijo bien claro, no quería tener aún hijos, si le llego a decir que ya tenía uno en el mundo y otra en camino, no quiero ni pensar qué podría haberme hecho. Seguro que pediría sus custodias o yo qué sé, él es abogado y sabrá mil trucos para quedarse con los niños.

—Eso es lo que tú dices, pero Herman me lo presentó cuando estuvimos el

mes pasado en Nueva York y para nada me pareció el ogro que pintas.

—¡No le dirías nada tú, ¿no, mamá?!

—¡Claro que no! Eso te corresponde a ti.

Agaché mi cabeza y bajando la voz le pregunté:

—¿Cómo lo encontraste?

—Bien, supongo que bien, solo estuvimos juntos durante unos minutos, fue correcto con nosotros y poco más.

—No te preguntó por mí, ¿verdad?

—No, hija, no me dijo nada.

—Repíteme que hice bien dejándolo.

—Si quieres te lo volveré a decir, porque es lo que quieres oír, pero solo hay que verte para saber lo que de verdad piensas.

Hice un borrado mental de mis pensamientos y saqué las piernas de la cama.

—Voy a levantarme, tengo algunas cosas que hacer en la oficina, no quiero pasarme allí todo el día, volveré para la hora de la comida, ¿de acuerdo?

Ella asintió, le di un beso, otro a mi pequeño y después de vestirme y comer algo me dirigí hacia mi trabajo. Casi una hora de atasco después, estaba desesperada, nunca tenía que haberme mudado a casa de mi madre, por lo menos mientras estuviese activa. Puse la radio, por primera vez ni siquiera las historias que contaban me hacía gracia, me sentía tan molesta, no había manera de moverse de allí, cuando el malestar de mi vientre comenzó a ser cada vez más intenso el pánico se apoderó de mí, así que decidí ponerme en contacto con mi médico.

📞 Consulta del Dr. García, dígame.

📞 Laura, soy Raquel Lebrón, estoy en un atasco y creo que me estoy poniendo de parto.

📞 Tranquilícese, dígame dónde se encuentra exactamente y mandaré una ambulancia.

📞 ¡Es que aquí no puede llegar nadie por el tráfico, estoy en San José de Valderas, donde se unen la autovía de Extremadura en la A-5 con el enlace de la M-40, en Samuel Sánchez!

📞 No se preocupe, veré la forma de enviarle ayuda, dígame cómo es su coche y la matrícula, también voy a llamar al doctor.

Le di todos los datos que me pedía, rogándole que se diese toda la prisa que pudiese, de pronto sentí un dolor agudo que me cortó la respiración y con

lo rápido que fue el anterior parto ya me veía dando a luz yo sola. No sé cuánto tiempo pasó, pero las contracciones cada vez eran mayores, no quería llamar a casa o a la oficina, no podían hacer nada y lo único que haría sería ponerlas a todas nerviosas. De pronto, escuché que alguien tocaba en mi ventanilla, miré toda angustiada, un policía me preguntaba cómo me encontraba:

—¡Mal agente, estoy muy mal!

—La ambulancia nos ha avisado. Tranquila, ellos están intentando pasar, yo he podido llegar gracias a mi moto.

—¡Pues espero por el bien de los dos, que le enseñaran a traer niños al mundo en la academia, porque le juro que este está a punto de llegar!

Intentando aparentar una tranquilidad que estoy segura no tenía, me llevé hasta el asiento trasero del coche.

—Señora, creo que debería quitarse su ropa interior.

A pesar de los dolores, aún me quedaban algunas ganas de bromear.

—Agente, acabamos de conocernos, ¿no le parece algo pronto?

En ese momento me demostró que estaba aún más nervioso que yo. Me miró con los ojos abiertos de par en par y sin saber qué hacer me contestó:

—¡Por Dios, no bromea usted, señora!

Al verlo, entré en pánico, le cogí la mano y totalmente angustiada le pregunté:

—¡Dígame que no es el primer niño que trae al mundo!

—No, claro que no, señora.

—Por favor, llámeme Raquel, si pienso que me conoces no tendré tanto miedo.

Pero al ver la cara que puso al mirar entre mis piernas, tuve la certeza que no había hecho eso nunca, salió espantado y mirándome con los ojos bien abiertos me gritó:

—¡Raquel, el bebé tiene la cabeza fuera! —Di un enorme grito de pánico al escucharlo, pensando que no sabría qué hacer. Él respiró hondo, acarició mi cara, y de pronto toda la seguridad del mundo se apoderó de su cuerpo, con una voz serena me dijo:

—No voy a dejar que nada le pase, ni a usted, ni a su bebé, Raquel.

Su seguridad me dio fuerzas, y tras una de las enormes contracciones, sentí cómo empujaba mi barriga y con un movimiento certero trajo al mundo a mi hija.

—¡Raquel, es una niña! —La acunó entre sus brazos y sin dejar de mirarla

prosiguió—: Y es la cosa más dulce y bonita que he visto nunca.

Unos instantes después llegó mi médico, venía con los de la ambulancia y por fin terminaron todo el trabajo.

Después de salir de la habitación del hospital media plantilla de mi empresa y con la promesa de que más tarde vendría la otra media me quedé sola, cogí a mi pequeña en brazos y por fin pude observarla detenidamente. Aquel policía tenía razón, era la cosita más dulce del mundo, no parecía que sería morena, al contrario, tenía muy poquito pelo, pero era rubio, los ojos sí parecían ser del color de su hermano, aún era pronto para saberlo, pero era tan perfecta.

Estaba embelesada mirándola cuando tocaron en la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Agente, ¡qué alegría volver a verlo! —Él policía que me había atendido durante el parto estaba en la puerta con un ramo de flores y un enorme conejito blanco—. Pregunté a la enfermera por usted, quería localizarlo para darle las gracias.

Él sonrió al escucharme, se tocó su pelo prácticamente cortado al uno y me contestó algo avergonzado:

—No tiene por qué agradecerme nada, al contrario, quería decirle que la mentí.

Miré aquel hombre algo extrañada, tendría mi edad más o menos, aunque sin el uniforme parecía mucho más joven, nuestros ojos se encontraron y entonces le pregunté:

—¿En qué me engañó?

—Era el primer parto al que asistía.

Me reí al escucharlo.

—Desde luego, podías jurarlo por tu cara de miedo.

Miró a mi niña que estaba entre mis brazos.

—¿Puedo? —me dijo señalándola.

—Claro, cógela.

—¿Cómo le pondrá de nombre?

—Había pensado en un millón de ellos, pero tus primeras palabras al verla me dieron la pista del que le iba a poner. —Él me miró sonriendo y yo continué—: Le voy a poner Dulce, ¿te gusta? Al fin y al cabo, la trajiste al mundo, es justo que le pongamos el nombre entre los dos.

—Me gusta, es una preciosidad y el nombre es el ideal para ella.

—¡Muy bien, pues entonces así se llamará!, por cierto, nos conocemos bastante íntimamente pero no llegaste a decirme tu nombre.

—Discúlpeme, soy Bruno Martín.

—Te disculpo, pero solo si empiezas a tutearme de una vez.

Él sonrió y asintió al escucharme. De nuevo tocaron en la puerta, vi aparecer a Diego que entró en la habitación como una exhalación, abrazándome y dándome besos a diestro y siniestro.

Bruno sintió que estaba rompiendo un momento íntimo, dejó a la pequeña en su cunita y se excusó:

—Yo me marcho, ustedes querrán estar a solas.

—No, espera un momento, por favor. Diego, él es Bruno, el agente que me ayudó a traer a Dulce al mundo.

—Enhorabuena, señor, tiene usted una hija preciosa.

Diego se echó a reír y le contestó:

—¡Ya me hubiese gustado! ¡Créame que me hubiese gustado y mucho! Pero no soy el padre de la pequeña, Raquel y yo solamente somos vecinos y sobre todo amigos, ¿verdad, preciosa? Solo aspiro a ostentar alguna vez el título de padrino.

Asentí sonriendo, escuchando la conversación que estaba dejando algo anonadado a mi nuevo amigo.

—Yo no estoy casada Bruno, soy madre soltera —miré a mi pequeña y seguí hablándole—, pero no me arrepiento, te juro que no me arrepiento.

—De todos modos, tengo que marcharme, ha sido un placer conocerlos. Raquel, ¿te molestaría darme tu teléfono? Si no te importa me gustaría saber cómo va la pequeña.

Darle mi teléfono fue uno de los mejores aciertos de mi vida, aquel hombre de ojos color miel y de expresión afable hizo desaparecer la tristeza que se había instalado en mi vida por la decisión de terminar con Nick por completo. Al cabo de un par de semanas de volver a casa, me llamó preguntando por la pequeña y a partir de ese punto, un día quedamos para vernos en el parque, otro salimos a tomar café, luego a cenar... Y como por arte de magia, Bruno pasó a ser parte de mi vida, a los seis meses de conocernos ya éramos pareja oficial ante los ojos de todos, Nico lo adoraba y el cariño parecía ser recíproco.

Tres años más tarde

—¡Bruno, prepara la tarta de Dulce, ya están todos los niños esperando! — Yo estaba en la cocina de casa poniendo patatas fritas en una de las bandejas —. ¿Me has escuchado?

Él llegó por mi espalda, me abrazó desde atrás y me besó en la mejilla.

—¡Claro que te he escuchado! Yo y medio Madrid, chillona.

—De verdad que no sé de dónde han salido tantos niños, mi madre se vuelve loca cada vez que organiza algo.

—No solo tu madre, tú no te has quedado atrás, creo que has invitado a todos los amigos de tu hijo del colegio y los de Dulce de la “guarda”.

Nico entró corriendo en ese momento con un amigo en la cocina y se dirigió a él:

—¡Bruno, enséñale a Mario la pistola, dice que es mentira que no tienes!

A mi hijo, después de nacer Dulce, pareció salirle unos pequeños cuernecitos que lo transformaron de un adorable niño a un “bichito de la piel de satanás”.

—¡Nico, deja de decir tonterías! ¿Cómo te va a enseñar la pistola? Además, ¿no ves que no está de servicio?, no la lleva encima. ¡Venga, salid con los demás niños!

Bruno cogió a mi hijo en brazos levantándolo por encima de su cabeza, el niño se reía con todas sus ganas, y le dijo:

—Cuando estéis los dos solos te prometo enseñárosla, ¿vale?

—¡Sííí!

—¡Entonces corre, haz caso a mamá!

Lo volvió a dejar en el suelo y los niños corrieron obedientemente hacia el jardín.

—Lo consientes mucho, no puedes darle todos los caprichos.

—No es ningún capricho, sabes que me gusta jugar con él, es divertidísimo, va a ser un tío genial, supongo que habrá salido a su padre, porque con lo formal que eres tú. —No me hizo ninguna gracia el comentario, pero no lo miré y continué preparando algunos bocadillos, él llevaba unos días muy raro conmigo, no parecía estar enfadado, pero se comportaba de un modo extraño, haciéndome continuamente preguntas sobre mis anteriores relaciones. Pero indudablemente no había elegido un buen momento, no estaba yo para muchas bobadas, aparte de todo mi trabajo y el

que me daban los niños, solo me faltaba aguantar sus tonterías, pensé que ya había dejado el tema cuando continuó con la conversación—. Raquel, no me has hablado nunca del padre de los niños.

—¡Vaya tontería! Sí te hablé de él, ya te dije que fue algo pasajero y que se acabó tan pronto como comenzó, no hay mucho más que contar.

Se sentó en una de las banquetas altas y me atrajo hasta él, sujetándome por las caderas para que le hiciese caso y no pudiera escapar, levantó mi barbilla, lo miré y me dijo:

—No, no me has hablado nunca de él, siempre me dices esa misma frase, “*fue algo pasajero*” y ya está. ¡Compréndeme, no sé quién es y me paso la vida buscando el parecido de Nico con la gente que conoces!

—Pues estás perdiendo el tiempo, no lo vas a encontrar nunca, porque él no vive en España.

Mi madre entró en la cocina, poniendo los brazos en jarra e hizo lo que mejor se le daba hacer, dar órdenes:

—¿Se puede saber qué hacéis?! ¡Casi treinta niños pidiendo tarta y los dos aquí de cháchara! ¡Te dije que no sería suficiente con solo dos personas de servicio!

—¡Ya vamos, mamá, ve tú atendiendo a los invitados, salimos enseguida!
—Al ver que mi madre salía refunfuñando de la cocina, intenté separarme de Bruno, pero él me tenía bien sujeta.

—No te vayas, quiero saber quién es el padre de los niños.

Me solté deslizándome de sus manos y algo irritada le contesté:

—¡De verdad que no sé a qué vienen tantas preguntas ahora! Hace años que no lo he visto, no creo que yo te haya dado motivos para que creas que una sola vez he vuelto a estar con él.

Él pegó un pequeño golpe en la mesa y me contestó:

—¡Porque me obsesiona, Raquel! ¡Y porque creo que no fue algo tan pasajero como tú dices! ¡Tienes dos hijos suyos, algo muy grande debió de significar en tu vida!

Me detuve y tomé aire antes de contestarle:

—Bruno, lo quise mucho, pero nuestra relación no tenía futuro. Él no quería renunciar a lo que tenía y yo no quería esperar a que me eligiese a mí, simplemente pensé en lo que más me convenía y opté por volver a casa y no decirle nada, ni siquiera sabe que tenemos unos hijos en común, vive en Estados Unidos y jamás le conté nada. Tú eres el único hombre en mi vida y lo sabes.

Se levantó y me acarició la cara.

—Me has dicho que lo quisiste mucho, ¿y a mí?, ¿a mí me has querido alguna vez tanto como a él?

Me separé furiosa, ¿por qué se empeñaba en recordarme aquello una y otra vez?

—¡Te juro que no sé qué te ha dado hoy! ¿Por qué me preguntas esa tontería? Llevamos tres años juntos, ¿crees que seguiría contigo si no te quisiera?

—Raquel, es que no lo siento, me tratas como a un amigo más, igual que a Diego o a cualquiera de tus compañeros, te he pedido un millón de veces que nos casemos o que vivamos juntos y tú no haces nada más que ponerme excusas, por más que lo intento no te siento aquí dentro —dijo tocándose el pecho—. Cuando te beso no noto que te estremezcas, ni siquiera cuando hacemos el amor, sé que no consigo llegar a tu corazón.

Lo miré a los ojos con ganas de gritarle que solo me había enamorado de un hombre en la vida, que solamente ese hombre me había hecho estremecer, que solo había existido uno para mí y que los demás habían sido meros sustitutos de su amor. Pero me contuve y simplemente le contesté:

—No digas más tonterías, claro que te quiero y me gusta estar contigo, lo que ocurre es que soy una persona muy racional y no me dejo llevar demasiado por mis sentimientos.

—Pero con él no fuiste así, no mediste la consecuencia de tus actos.

—Bruno, es la última vez que quiero hablar contigo sobre esto, y voy a ser totalmente sincera. Tienes razón. Sí, me enamoré de él como una loca, con ese tipo de amor que no te importa nada y las claras consecuencias fueron mis hijos, pero la desilusión fue tan grande al sentir que yo no era lo más importante para él, que aprendí de mis errores y jamás me voy a dejar llevar por mis sentimientos de ese modo nunca más. Tú sabes mejor que nadie cómo pienso y cómo soy, si te parece bien quédate a mi lado, si no, ya sabes dónde está la puerta, nunca te retuve, te quedaste conmigo porque quisiste, sigue haciendo lo que creas mejor.

—No me extraña que vuestra relación no fuese adelante, si él se negó a hacer las cosas como querías, tú pondrías el punto final.

—¡Tienes razón, terminé con todo porque las cosas deben hacerse bien, como a mí me gustan, para que mi vida funcione tal y como yo quiero! ¡Así, que ya sabes lo que hay!

Sus ojos no se apartaron de los míos mientras hablaba, asintió con la

cabeza como diciéndome que había comprendido y salió de la cocina.

Apoyé con fuerza mis manos sobre la mesa y me lamenté de inmediato de las palabras que acababa de pronunciar, no había conseguido olvidarlo y jamás lo haría, lo tenía metido en mis entrañas y mis hijos me lo recordaban en cada momento. Nico era exacto a él, mi pequeña Dulce se parecía más físicamente a mí, pero cuando sonreía eran sus labios los que veía.

Mi madre entró de nuevo, pero al verme supo que algo había sucedido, se acercó hasta mí.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Bruno acaba de marcharse, parecía ir muy enfadado, pero no me ha dicho qué ha sucedido.

—Pues que sigo siendo una idiota, mamá, eso es lo que ha sucedido, que soy una estúpida y no consigo sacar a Nick de mi cabeza, nunca podré retener a ningún hombre a mi lado, porque no quiero que nadie se quede. Si te soy sincera daría mi vida por volver a estar una sola noche con él de nuevo, por sentir sus manos tocándome. —Me abracé a mi madre sin poder retener mis lágrimas—. He esperado cada uno de estos días durante tres años que volviese a ponerse alguna vez en contacto. Y ni una sola, escúchame bien, ¡ni una sola vez he podido estar con Bruno sin pensar que era él quien estaba conmigo!

Mi relación con mi compañero del alma no tuvo arreglo. Él comprendió que yo jamás llegaría a quererlo como me quería a mí y aunque lo intentamos durante unos meses más, al final decidimos dejarlo y no hacernos más daño el uno al otro. Pero nuestro cariño no terminó ahí, él sentía adoración por los niños y siguió en nuestras vidas como el tito Bruno.

—Raquel, ¿me estás escuchando?

—Perdona Lola, estaba distraída pensando, dime.

—Te decía que en cuanto lleguemos a Italia tenemos que ir al almacén de telas de Luigi Dampone, son nuevos, pero he visto los muestrarios que me enviaron y tienen maravillas.

Asentí y volví a mirar por la ventanilla del avión. Solo era un viaje relámpago, tenía que comprar algunas telas para mi colección y volvería de nuevo por la noche a casa. Afortunadamente mi negocio iba “viento en popa”, aunque la clara consecuencia era que siempre estaba trabajando, cosa que me hacía sentir como una buena empresaria, pero como una pésima madre, estaba muy preocupada por mis niños, me costaba cada vez más dejarlos continuamente solos. ¡Qué injusto es muchas veces el mundo para las mujeres, es tan difícil compaginar bien ambas cosas! Así que mi vida familiar no podíamos denominarla como “modélica”, aunque más o menos la sobrellevaba. Todo comenzó a ir peor después del séptimo cumpleaños de Nico, ni siquiera pude estar con él, me pilló una nevada impresionante en Suiza y me fue imposible estar a tiempo, aquello pareció hacerle reaccionar de forma negativa. Desde que nacieron, quise que los niños tuviesen todo lo mejor, a pesar de sus edades hablaban perfectamente inglés, las mejores guarderías, ahora el mejor colegio bilingüe de todo Madrid, pero a pesar de eso, me había pasado el último año en el despacho del director de su colegio dándome continuamente las quejas sobre las peleas que Nico protagonizaba con algunos compañeros de clases y lo peor sobre él, sus conquistas del personal femenino de la escuela a pesar de su edad. Crecer bajo la sombra de la inestable vida amorosa de mi amigo Diego como única referencia paterna, no estaba haciendo que el niño estuviese desarrollándose muy centrado en ese sentido, y para colmo, el problema ya no solo era con él, sino también con la pequeña, porque mi hija, criada prácticamente por mi madre, se estaba volviendo un poquito “enteradilla” por decirlo de una forma suave, llegando a veces a parecer una mini abuela. Pero no podía hacer otra cosa, mi negocio seguía creciendo, abrimos sucursales en París, en Mónaco... En fin, en muchas de las principales ciudades del mundo. Menos mal que los McLIne se estaban dedicando en exclusiva al mercado de América, llegó un momento que agradecí que ellos dirigieran nuestra marca allí, ya era bastante ocuparme

de la firma en Europa, además de tener que atravesar al menos un par de veces al año el océano para las presentaciones de las colecciones de cada temporada, como para tener también que viajar para cualquier negociación o apertura de nuevas tiendas.

Toda la mañana la pasamos de almacén en almacén, visitamos el nuevo que quería ver Lola y fue todo un acierto, también fuimos al del viejo señor Luigi Diponti, un antiguo amigo de mi padre que se empeñó en que comiésemos juntos y de vuelta para el aeropuerto con todos los deberes hechos.

—Raquel, ¿por qué no vas pidiendo un café mientras esperamos? Voy a acercarme a comprar algo para leer.

—De acuerdo, Lola, te espero aquí.

Me senté en una de las banquetas altas de la cafetería, lamentándome del dolor de pies, crucé mis piernas intentando sentir alivio, saqué de mi carpeta las últimas tarifas que nos habían dado y les eché un ojo, no me había dado cuenta de que mi falda abotonada se había abierto, dejando al descubierto mis piernas y con ellas mis medias de liguero.

—Hubiese reconocido esas piernas entre un millón de ellas.

Esa voz de hombre me era conocida, levanté los ojos del papel que estaba leyendo y quien menos me esperaba encontrar en el mundo estaba frente a mí.

—¡Nick!

—Veo que los años no te han hecho perder el buen gusto por la ropa interior.

Me dejó sin aliento, vestido con un elegantísimo traje azul marino y una camisa blanca sin corbata, el tiempo había sido benévolo al máximo con él, aunque esas canas que empezaban a aparecer en su pelo, revelaban que también había sentido su paso.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí?

—Cojo el próximo vuelo para Nueva York en unos minutos, ¿y tú?

Le mostré los papeles que llevaba en mis manos y le contesté:

—Llegué esta mañana para ultimar unas compras y ya vuelvo a casa. Cuéntame: ¿estás bien?, ¿qué ha sido de tu vida?

—Estoy de maravilla, sobre todo ahora, me acabo de comprometer y dentro de poco me caso.

Tragué saliva al escucharlo, toda la alegría que me dio al verlo se desvaneció en segundos.

—Me alegro por ti —le dije, sin querer que notara el malestar que me había creado su noticia. Pero mi cabreo fue en aumento cuando lo escuché cómo se pavoneaba delante de mí.

—Desde luego puedes hacerlo, porque voy a casarme con Loren Marvin.

—¡Umm! Muy buen gusto, es una de las mejores modelos de pasarela y con tan solo veinti... pocos años, ¿no?

—Veinticuatro exactamente. ¿Y a ti cómo te van las cosas?

Hice un gesto con mi boca y le contesté:

—No han cambiado demasiado, mucho trabajo, en exceso, diría yo. —
Pensando sobre todo en la lata que me daban sus hijos.

—¡Pero qué hipócrita eres!

Los ojos se me abrieron como platos al escuchar su respuesta.

—¿A qué viene esa forma de hablarme?

—Hace unos años estuve en Madrid y no sé qué estúpida razón me llevó a querer ir a verte, aunque durante mucho tiempo estuve luchando para no hacerlo, aún no me explico por qué, pero me vi frente a la sede de tu empresa, no puedes imaginar la alegría que me dio al verte, hasta que me di cuenta de que llevabas a dos niños de la mano. Esa fue la razón, ¿verdad? —Se me quedó la boca seca al escucharlo, y por otro lado mi cerebro me decía que por fin se había destapado todo, que ya no habría más engaños y continué escuchándolo—. Le pregunté a Henry, me contó que tenías pareja, incluso que te habías sometido a inseminación para tener tus hijos. Por eso para ti lo nuestro no fue nada más que una aventura. No dudaste en dejarme totalmente destrozado por pasar un buen rato y volver a casa con tu familia sin importarte lo que yo sentía por ti, no tuviste ni el valor de confesármelo, te burlaste a lo grande, ¿no es así?

Pero bueno, ¿este hombre era idiota o le hacía falta papel y lápiz para entender?

—¡Pero, Nick...!

—Déjame hablar, no sabes todo lo que llevo dentro y quería decírtelo a la cara, no lo hice aquella tarde por no dejarte en vergüenza delante de ellos, pero me pareciste el ser más despreciable sobre la tierra, no puedes ni imaginar el tiempo que pasé dándole vueltas a tus razones para dejarme y de

pronto lo vi claro, para ti no era nada más que un polvo de desahogo cuando salías de casa

Escuché cómo Lola me llamaba, nuestro vuelo estaba a punto de embarcar, me levanté cogí mi carpeta y me puse frente a su cara.

—¡Escúchame, idiota! ¡Nunca llegué a hacerme esa dichosa inseminación, porque no me hizo falta! ¡Mi hijo tiene ocho años y nació en noviembre, la niña tiene seis y nació en septiembre! ¡Echa cuentas, gilipollas!

Lo dejé de pie, mirándome, sabía que ni siquiera me había entendido, estaba tan frustrado conmigo que no había comprendido que eran sus hijos.

Madrid, unas semanas más tarde

—¡Mamá, enhorabuena!

—¿De verdad te parece bien, Raquel? Es la primera vez en todos estos años que no sé si estoy actuando como una inconsciente.

—¡Mira mamá, si después de casi nueve años juntos ahora piensas que eres una inconsciente te mato! Hace unos años no hubiese dado ni un duro por vuestra relación, pero hoy no creo que haya una pareja más sólida en el mundo, nos habéis dejado a todos los que os criticábamos con un palmo de narices.

—¿Y la idea de casarnos en Hawái? ¿No crees que es una locura?

—¡Si hay que hacer locuras en esta vida, para eso estáis vosotros! Así que, si hay que hacerlo, hacerlo a vuestro estilo, por todo lo alto.

—Raquel, no puedes ni imaginar lo feliz que me haces, no sé qué te ha ocurrido, pero desde hace unas semanas has cambiado por completo tu actitud.

—Mamá, me he dado cuenta de que tengo que tomarme la vida de otro modo, me voy a morir sin haber disfrutado nada, he empezado a delegar mi trabajo en otras personas, no sé de qué me sirve tener tanta gente, si estoy más tiempo trabajando que con mi familia. Así que se acabó, mamá, dinos el día y la hora y allí estaremos.

Mi madre se abrazó de nuevo a mí.

—Me alegro mucho, no creo que este ramalazo de locura te dure, pero ojalá sea durante mucho tiempo.

Dicho y hecho, en quince días teníamos el viaje organizado y la loca de mi madre tenía su boda en pie, los niños estaban emocionados, ellos me habían acompañado en muchas ocasiones, pero casi siempre habían sido en viajes de trabajo y apenas habían salido de la piscina del hotel donde nos hospedábamos, o a lo sumo, una visita a la ciudad donde nos encontrásemos, porque siempre que yo cogía algunos días de vacaciones me gustaba irme con ellos a la casita que teníamos a pie de playa en Fuengirola y allí desconectar absolutamente de todo, supongo que por eso para los niños aquello era una aventura en toda regla.

Del que no había tenido noticias, y me extrañaba, era de Nick. Supuse que cuando se enterara de lo de sus hijos me llamaría montándome una tragedia griega, pero, o no había captado mi “sutil” revelación o prefería no enterarse y así quitarse la carga que le podía caer. De cualquier modo, mejor para mí, me había quitado un enorme peso de encima, estaba harta de ocultar a mis hijos en medios de comunicación o redes sociales por miedo a que él alguna vez lo descubriese. ¡Por fin lo sabía, si no quería conocerlos mejor, yo no lo necesitaba para nada! Aunque debía de reconocer, que mis hijos necesitaban cada vez más un padre y a mí no me vendría de más una ayuda urgente con ellos.

Nada más llegar al aeropuerto internacional de Honolulu ya empezaba el espectáculo, por nuestra parte viajaron con nosotras mis amigas y compañeras de trabajo, las parejas de algunas de ellas, los niños de todas las que tenían y por supuesto Diego, que ya había pasado a formar parte de la familia y mi madre lo adoraba. Por parte de Herman, solo un par de amigos. Su padre y por supuesto su ex no lo acompañarían, pero sí su hija Lissette, fruto de su anterior matrimonio y de la edad aproximada de Nico, la niña se pegó a mi hijo nada más conocerse y en todo el viaje hasta el hotel Halekulani en la playa de *Honolulu (Waikiki)*, no se separaron ni un minuto. ¡Miedo me daba mi pequeño don Juan de ocho años!

La entrada al hotel simplemente maravillosa, collares de flores de bienvenida, bailes, cócteles y risas sin parar, los niños bajaron hasta la piscina nada más llegar, aquello parecía más una excursión del colegio que una boda... Todo estupendo hasta que en el mostrador de recepción vi a una eufórica Loren Marvin, excitada con aquella suntuosa bienvenida sin dejar de besar y manosear la espalda de un moreno, que me era bien conocido, mientras él se inscribía.

—Yoli, mira quién está allí.

—¡Ahhh es Marvin! ¿Qué estará haciendo aquí?

—Mira quién está con ella.

—¡Qué guapo! ¿Quién es, otro modelo?

—¿De verdad no lo reconoces?

Ella lo miró detenidamente y se volvió hacia mí con los ojos tan abiertos como su boca.

—¿Ese no es...?, ese es... ¡es él, Raquel, es él!

—Sí, nena, creo que se me fastidió el viaje.

Él cogió la tarjeta de su habitación y con una sonrisa en sus labios miró hacia Herman que se acercaba hasta él llamándolo, se fundieron en un abrazo y automáticamente sus ojos se clavaron en los míos, borrándose de inmediato todo rastro de felicidad de su cara.

Decidí quitarme de en medio disimuladamente e ir a descansar. Llegué a mi habitación, abrí el balcón prácticamente a pie de la playa, aspiré el aire del mar, miré hacia ese precioso paisaje y... de pronto escuché una chirriante voz con un mal acento español:

—¡Holaaaa! Eres Raquel Lebrón, la diseñadora, ¿verdad? Te vi en el *hall* y no podía creerlo.

—Y tú eres Loren Marvin.

—¡¡Me has reconocido!! ¡Oye, eres muchísimo más guapa en persona que en foto, a pesar de tu edad te conservas de maravilla! —¡Si la cojo la estrangulo! Pero ella no me dejó hablar y continuó con su parloteo—. ¡Ahh, me encantan tus diseños! ¿Sabes que hace un par de años casi desfilo con una de tus colecciones?

Me apoyé en la barandilla de mi balcón, le eché un ojo de arriba abajo, llevaba un mini vestido, prácticamente transparente y le contesté:

—Seguro que ahora no tendrás ningún problema en trabajar con cualquier diseñador.

—¡Verdad! ¡Ahh, mira Nick! ¡Mira quién está al lado de nuestra habitación!

Yo cerré los ojos pidiendo a la tierra que me tragase, él se asomó y de nuevo la sonrisa se le heló en los labios.

—Cariño, Raquel Lebrón y yo somos viejos conocidos, casi familia podía decir.

—¿No me digas? Entonces seguro que nos haremos buenas amigas, ¿verdad? —Asentí con la cabeza, con una sonrisa de... ¡te voy a sacar los ojos y ahogarte con tus larguísimas pestañas! Ella, ignorante por completo de

mi estado de ánimo prosiguió con su parloteo—: Vamos a ponernos el bañador cariño, ¿no baja usted a la playa, señora? Hace un día maravilloso.

¡Señora, acababa de llamarme señora la muy p...!

Ella entró en la habitación sin esperar mi respuesta, él se asomó al balcón avanzando tanto el cuerpo que pensé que se iba a meter en el mío.

—¡Busca un momento, porque tú y yo tenemos que hablar!

—Yo tengo todo el tiempo del mundo, pídele tú el permiso a tu amiguita para salir a jugar fuera.

Su cara no era de aguantar muchas bromas precisamente, así que decidí entrar de nuevo en la habitación antes de que me arañase, pero le escuché decirme:

—¡SÍ SEÑORA, se lo comentaré a mi chica!

Me detuve en seco al escucharlo. ¡¿Qué se había creído el “asalta cunas”? si él era aún mayor que yo!



La tarde era maravillosa, una brisa adormecedora, un enorme cóctel en la pequeña mesita al lado de la hamaca, y tumbado bajo una sombrilla, Nick intentaba cerrar los ojos, desde que Herman le llamó para invitarlo a su boda no había logrado dormir una noche completa, él sabía que Raquel Lebrón estaría allí, por supuesto, era la boda de su madre y no faltaría, pero ¿y los niños? ¿Sería verdad que eran suyos? Eso lo tenía totalmente enervado, enterarse y del modo en que lo hizo que había tenido dos hijos suyos y que no le había dicho nada era algo superior a él. Cuando se enteró en el aeropuerto y fue capaz de asimilarlo corrió tras ella, pero ya había embarcado y los de seguridad no lo dejaron pasar, después de aquel ataque lo agradeció, porque no sabía qué habría hecho al tenerla frente a frente. Intentó llamarla mil veces, pero colgó cada una de ellas, seguro que más adelante se arrepentiría de todo lo que quería decirle e incluso un par de veces llegó hasta la misma puerta del aeropuerto para coger un vuelo hasta Madrid, pero de nuevo su razón y su sensatez hizo que se lo pensara mejor, Herman le contó lo de la boda y que quería que fuese su padrino, si estrangulaba antes a la madrina casi seguro que terminaría chafándole la boda a su mejor amigo. Así que decidió relajarse y pensar muy seriamente qué quería hacer con aquella nueva situación que se había planteado en su vida.

La escandalosa risa de su chica mientras se bañaba en las cristalinas aguas

del mar lo sacó de su estado de somnolencia pensante, a través de los cristales tintados de sus gafas de sol la miró. Tenía una suerte bárbara, aquella mujer tenía un cuerpazo increíble, las mejores marcas de pasarela de ropa interior y trajes de baño se pegaban por tenerla en sus desfiles, es verdad que no era de una inteligencia superbrillante, pero lo suplía de sobra con una sonrisa permanente y sus pocas ganas de complicarse y complicar la vida a los demás, era como uno de esos cuadros de Aida Emart, que los miras y no te dan qué pensar, solo irradian paz, felicidad. Entonces, ¿por qué perdía uno solo de los minutos de su vida pensando en aquella otra complicada mujer, para la que todo tenía que tener un momento, un porqué y un por dónde? Él no necesitaba nada de eso a esas alturas de su vida, estaba a un solo paso de ser socio del buffet, ganaba un “pastón” por solo levantar la mirada para atender a un cliente, tenía un agradable ático en pleno corazón de Manhattan, el mejor coche que vendían en el mercado y una fabulosa modelo en la cama. Entonces, ¿por qué cuando volvió a verla sintió cómo el corazón se le salía del pecho?, ¿cómo a pesar de enterarse de la enorme putada que le había hecho y las ganas de estrangularla, no podía pensar nada más que en sus labios y en volver a tenerla entre sus brazos acariciando cada rincón de su piel? Era algo superior a él, con solo pensar en ella tenía una erección automáticamente, quizás era por la forma en que ella se entregó por completo a él, ninguna otra mujer le había hecho sentir tal nivel de excitación, en el buen y en el mal sentido de la palabra, solo ella era capaz de desmontar todo su mundo con una sola mirada.

—¡Guau, menudo tipazo! ¿Esa muñeca viene contigo? —Asintió con la cabeza, embelesado mientras la veía salir del agua. Pero de pronto se dio cuenta que la voz que estaba piropeando a su novia era la de un crío, volvió la cabeza para mirar quién estaba en la tumbona de al lado. El niño era un personaje, su pelo moreno impecablemente peinado, con un bañador tipo bóxer y unas gafas de sol apoyadas en ese momento en la punta de su nariz para poder contemplar bien “el paisaje”, continuó con su charla—. ¿Qué eres, su padre o su novio?

Se sorprendió muchísimo, no solo por las palabras del “play boy de medio pelo”, sino por la poca vergüenza que el crío irradiaba.

—¿No te parece que no sobresaes un palmo del suelo para mirar de ese modo a una mujer?

—Supongo, aunque la pelirroja de recepción no decía lo mismo, pero sea como sea, está buenísima, ¿entonces qué eres? Es para saber si tengo alguna posibilidad o no.

—¡Claro que no, soy su novio, ññato!

—Los hay con suerte. —El chaval se recostó de nuevo en la hamaca, cogió la copa con zumo que tenía a su lado y le dio un sorbo.

Nick se volvió a tumbar, aquel “petardo” de crío le había sacado por completo de sus casillas, de pronto una voz chillona de niña gritando hizo que abriese los ojos de nuevo:

—¡Nico, mamá te llama, tenemos que probarnos los trajes para la boda!

—¡Jo, qué rollazo!

Una duda se adueñó de Nick con ansiedad, se incorporó de nuevo y le preguntó:

—¿Vosotros estáis aquí por la boda de Herman?

—Sí, ¿tú también? —Él asintió y el niño continuó—. ¿Te lo puedes creer? Se casa con mi abuela y mi madre quiere que nosotros seamos los niños de las flores, yo ya le he dicho que como me dé una sola la voy a liar y gorda.

La pequeña insistió:

—¡Nico, nos están esperando!

—¡Voy!

—Oye, chico, ¿cómo te llamas?

Él pequeño lo miró como diciendo: ¿serás el único que no lo escuchaste?, pero como vio su interés decidió contestarle:

—Soy Nicolás Lebrón, pero todos me llaman Nico, ¿y tú?

Su sospecha se hacía realidad, se le encogió el pecho al verlo frente a él, al mirar sus ojos y ver su enorme parecido, casi quiso gritarle muy al estilo *Star War*: “*Yo soy tu padre*”, pero se contuvo y le dijo:

—Soy un amigo de Herman, también me llamo Nicolás, Nicolás Harrison.

—¡Ah, entonces nos veremos en la cena!

—Seguro.

—¡Nicoooo!

—Hasta luego, me voy, porque la chillona de mi hermana va a despertar a todos los tiburones de alrededor. ¡Oye, y enhorabuena otra vez por el bombón!

No podía creerlo, era su hijo, no cabía duda, no solo lo sabía por su parecido

físico, sino por tener el mismo gusto con las mujeres que él, además, ¡le había puesto su nombre! ¿Podría haber tenido más descaro? Puso su mano como visera sobre su frente para poder ver cómo era la niña, cosa que le fue imposible, porque ella estaba totalmente cubierta de pañuelos, collares, un gorro de flores, guantes y unas enormes gafas de sol, sonrió al verla, ¿por qué se habría disfrazado de ese modo con el calor que hacía?

Se volvió a recostar en la hamaca, invadido ahora por el mal genio y dijo en voz alta: ¡Raquel, me las vas a pagar, te juro que esta me la pagas!

—Nick, cariño, mira qué bonito está todo. ¡Oh! ¡Mira la mesa, es un cerdo entero asado! ¿A que es curiosísimo? Lástima que esta semana solo puedo comer alimentos de color blanco, ¿verdad? Debe de estar exquisito. —Nick y su chica estaban en la cola de personas que esperaban para ser acomodadas en las mesas para la cena, él respondió con algo de desganas y sin mirarla:

—¡Sí, cielo, es una pena!

De pronto, una voz que le iba siendo conocida, se metió en su conversación en un perfecto inglés.

—Señorita, si usted no puede comer carne hay unas enormes fuentes en las mesas del fondo que le encantarán. Si quiere, yo puedo acompañarla.

—¡Cariño! ¿Y tú quién eres? —dijo ella mirando al pequeño, vestido con un pantalón oscuro y una camisa de algodón blanco—. ¡Eres toda una preciosidad!

—Usted sí que es un bellezón. —El pequeño le ofreció su mano a modo de presentación y le dijo—: Soy Nico, el nieto de la novia.

Ella sonrió, aceptando su saludo.

—Encantada, yo me llamo Loren Marvin.

—Señorita Marvin, usted no necesita presentación.

El metre llegó a su altura, después de hablar con Nick les dijo:

—Pasen por aquí, señores, les esperan en su mesa.

Nico le ofreció su brazo a Loren, ella sin dejar de sonreír se cogió a él.

—Eres un cielo —miró a su novio, poniendo cara de encantada—, ¿verdad, cariño? ¡Es adorable!

Nick quedó tras ellos con las manos en los bolsillos totalmente perplejo por el descaro del niño, el pequeño le lanzó una sonrisa, como diciéndole: ¡Te la acabo de quitar! Él lo miró, viéndose reflejado en una conocida y discutida imagen padre-hijo de los *Simpson*.

Llegaron hasta una enorme mesa donde estaban todos los invitados a la boda, saludaron de nuevo a los novios. Nick, impaciente, buscó con la mirada, pero Raquel no había llegado aún, Nico retiró la silla a Loren, ella cariñosamente se lo agradeció con un beso en la mejilla, el pequeño se sentó a la derecha de la chica y él a la izquierda.

—¡Discúlpennos, por favor, hemos tenido de nuevo una pequeña crisis de identidad esta noche!

Diego, la pequeña Dulce, con cara de melancolía, y una espectacular Raquel, vestida con un precioso y estrechísimo vestido de seda en tono gris plata adornado con un delicado estampado rosa y blanco, simulando los motivos florales de los pareos típicos de la isla y una delicada flor de plumería adornando su ondulada melena rubia, eran los últimos invitados en llegar a la cena.

Nick no pudo dejar de mirarla. Ahora no solo era un amor imposible por el engaño de ella, sino también un amor prohibido por su relación con Loren, pero aquella mujer estaba metida dentro, muy dentro de sus entrañas, no había dejado nunca de quererla, había sido así desde un segundo después de verla la primera vez.

Cristina, la madre de Raquel, abrió sus brazos hasta que la pequeña llegó hasta ella. Su abuela la abrazó, limpiando una estratégica lágrima que mágicamente comenzó a rodar por su cara, mientras la consolaba la mujer le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido pequeña?

—¡Mamá no me dejó vestirme como yo quería! Yo iba a ponerme el vestido largo y ella no quiso.

—Cariño, pero si ese vestido es para la boda de mañana.

—¡Nunca me dejáis hacer nada! —dijo con los ojos llenos de lágrimas y poniendo a flor de piel sus mejores dotes para la interpretación.

Raquel fue hasta ella, la cogió de la mano y en tono de regañina le dijo en voz baja:

—Ven, vamos a la mesa con los demás niños, “*dama de las camelias*”, y no quiero que te levantes de ahí hasta que pienses bien en el escándalo que me has liado arriba.

Al llegar donde estaban los niños acomodados no encontró a su hijo, miró hacia la mesa de los adultos y vio a Nico sentado al lado de Loren, dejando así un solo asiento libre al lado de Nick. Diego la conocía de sobra y en cuanto vio su cara comprendió enseguida la situación, fue hasta el pequeño y cerca de su oído le dijo:

—Más vale que tú también te vayas a la mesa de los pequeños y rápido, bastante caliente viene tu madre con el drama que le ha liado tu hermana, para que ahora la caldees más.

Diego no se dio cuenta que quien acompañaba a Loren era el “famoso” papá de sus ahijados, del que tanto había oído hablar, pero no lo reconoció, puesto que en realidad solo lo había visto en una ocasión. Él, solo vio aquella rubia despampanante y en cuanto el niño se levantó sin rechistar, aprovechó y se sentó a su lado, haciendo de inmediato las presentaciones con ella. Al volver Raquel a la mesa, después de acomodar a los pequeños, dio un rápido vistazo para ver dónde podía sentarse, cerciorándose que la única silla que quedó libre era al lado de Nick. Dio un largo suspiro al comprobarlo, mientras su nuevo compañero de mesa se repanchingó en la suya, con una irónica sonrisa pintada en la cara, Nick apoyó su brazo en el respaldo de la silla y sin apartar sus ojos de ella dio unos golpecitos en el respaldo con sus dedos, diciendo con la mirada: ¡Ven, te estoy esperando!

Una vez todos en la mesa por fin, la acompañante de Nick se inclinó hacia delante, su chico le impedía la visión de su diseñadora favorita.

—¡Está usted preciosa, señora Lebrón, ese vestido le queda genial!

Raquel buscó con la mirada a la dueña de aquella voz, intentó mantener la sonrisa al ver que de nuevo se trataba de la acompañante de Nick y quiso contestarle educadamente, pero él se había sentado de tal forma que impedía que las dos mujeres pudiesen verse sin problema, sirviendo de barrera entre ellas, entonces Raquel, haciendo la misma operación que su interlocutora, adelantó su cuerpo y le respondió:

—Gracias, Loren, pero por favor, empieza a tutearme, llámame Raquel.

—¡Oh, señora! Es que me produce usted tanto respeto, ha conseguido llevar su marca por encima de muchas que llevaban años en el mercado, y ahora veo que además tiene dos niños, ¿es usted su marido? —dijo señalando a Diego.

Al escucharla, el joven soltó una carcajada, moviendo ambas manos intentó contestarle, pero Raquel no dejó que lo hiciera verbalmente, dejando a todos patidifusos con la respuesta que dio:

—No, él es mi pareja, pero no es el padre de los pequeños, su padre es un desalmado egoísta, que solo miró siempre por su propio interés. Aunque aquello ya es “agua pasada”, no puede hacerse una idea lo feliz que soy hoy por hoy. —Diego se quedó mirándola, igual que todos los que la conocían y el que más, Nick. Pero aquello le pareció poco y siguió hablando con Loren, sorteando de nuevo el cuerpo de Nick para poder verle la cara—. Nosotros no tenemos hijos en común, eso es algo que lamentamos, pero no descartamos tener uno pronto, ya que lo intentamos muy a menudo, ¿verdad amor?

Loren lo miró con la mano en el pecho a modo de, ¡qué bonito! Diego, sin saber que contestar, simplemente asintió repetidamente con la cabeza, con lo que parecía el intento de una sonrisa.

La cosa no iba a quedar ahí, así que Nick sintió la imperiosa necesidad de defenderse por alusiones, y salió al ataque:

—Nosotros también queremos tener niños en cuanto nos casemos, ¿verdad, cielo? —dijo dirigiéndose a Loren, pero sin apartar los ojos de Raquel.

—¡Bueno, cariño... de inmediato, de inmediato! —Ella miró a los comensales, que no hablaban, simplemente los observaban, los cuatro se habían vuelto el centro de atención de la cena.

—Sí, por eso incluso creo que adelantaremos nuestra boda, no veo el momento de comenzar a criar a mis hijos, yo no soy ningún descerebrado que va trayendo niños al mundo a diestro y siniestro, yo pienso bien las cosas antes de hacerlas.

La modelo no parecía entender que aquella conversación no iba demasiado con ella.

—Cariño, eso lo discutiremos tú y yo más tarde, no creo que a estos señores les importe.

Nick y Raquel se pusieron erguidos en la silla cuando el metre llegó hasta la mesa:

—El bufete está preparado, pueden ir pasando cuando gusten.

Loren, al ver lo enfadado que estaba Nick, sin entender demasiado bien por qué, le dijo a su otro compañero de mesa:

—Diego, ¿me acompaña? Esta semana no puedo comer nada más que alimentos del color blanco.

—¡Vamos a ello, Loren, le prometo que encontraré cualquier cosa blanca que haya en aquellas mesas!

Ella se echó a reír y ambos se levantaron, Nick y Raquel se miraron un

segundo, los dos se levantaron también, pero en direcciones contrarias.

El resto de la noche fue transcurriendo en paz, ellos intentaron no cruzar palabra, cosa que los demás agradecieron, pero ya cerca de los postres, la pequeña Dulce llegó hasta la altura de Raquel, entrando en el hueco entre las sillas que quedaba entre Nick y su madre.

—Mami, ¿me perdonas?

Raquel la miró y le preguntó:

—Regular, Dulce, ¿te ha parecido bien el espectáculo que has dado?

La pequeña, apartando los ojos de su madre y buscando ayuda, miró a Nick y le respondió:

—Es que ese vestido es muy, muy bonito, y me lo quería poner para poder bailar esta noche.

Él miraba embelesado esa carita tan bonita, su nombre le iba que ni pintado, no habló, simplemente se recreó en ella, Raquel se dio cuenta y le dijo a su hija:

—Te perdono, ¿pero vas a hacerme caso la próxima vez que te diga algo?

—Ella hizo un puchero y asintió con su cabeza—. Mira Dulce, quiero presentarte a alguien, este señor se llama Nicolás.

La niña le sonrió.

—¿Sabes que te llamas como Nico? Él también se llama así, pero yo siempre le digo Nico.

Él acarició su pelo totalmente embelesado y le contestó:

—Sí, ya sabía que se llamaba así, a mí todos me dicen Nick.

La pequeña supo que algo le estaba pasando y con una preciosa voz le preguntó:

—Nick, ¿estás triste?

No pudo contestarle, el nudo que tenía en su garganta le impedía hablar. Raquel, al ver cómo no dejaba de mirarla, le dijo a la pequeña:

—Dulce, ¿por qué no le das un beso a Nick?, seguro que así se pondrá contento.

La pequeña obedeció a su madre, alargó sus bracitos, le rodeó el cuello y lo besó. Los ojos de ese hombre se enternecieron de una manera que no podía apartarlos de aquella preciosidad. Entonces ella le mostró una muñeca que llevaba en sus manos.

—¡Mira Nick, mi hermano le ha sacado la pierna a mi muñeca y no puedo ponérsela!

Él reaccionó de inmediato al escucharla, sentó a la pequeña en su regazo y

se dispuso a poner remedio a lo que la entristecía.

—¡Déjame, yo se la pongo!

Ahora fue Raquel quien se extasió al verlos juntos, jamás pensó que llegaría a ver esa imagen, para colmo, Nico llegó hasta ellos, disculpándose con su madre:

—Mami, fue sin querer, intenté cogerla y ella tiró de la muñeca.

Nick sin mirarlo y metido de lleno en su empeño de arreglarla le dijo:

—Tienes que tener más cuidado, Nico, tu hermana es muy pequeña y le puedes hacer daño.

El niño comenzó a explicarle a su padre cómo tenía que poner la pierna, Raquel no pudo aguantar las lágrimas al ver a los tres juntos y salió de la terraza hasta llegar a la barandilla que separaba la playa, se sentó en la arena para que nadie la pudiese ver llorando de una forma tan inconsolable.

Raquel

No supe cuánto tiempo permanecí allí sentada, mirando al mar, sola, pensando en lo que le había negado a mis hijos y a Nick, quizás él tuviese razón y había sido una descerebrada, recordé también las palabras de mi anterior pareja, cuando Bruno me reprochaba que todo tenía que ser a mi manera y de nuevo lloré sin poder aguantarme, me sentía tan sola, tan vulnerable. Escuché la voz de Diego tras de mí, se agachó poniéndose a mi altura:

—¡Hola, preciosa! ¿Te encuentras bien?

Negué y le respondí medio ahogada:

—¿Sabes quién es ese hombre?

—Sí, me lo acaba de contar tu madre.

—¿Comprendes ahora por qué me siento de este modo? ¿Nos has visto, Diego? ¿A que por un momento parecíamos una familia de verdad?

—Cariño, no llores más, ¿qué quieres ahora tener esa familia que has visto dentro de ese salón? ¡Pues tenla!, sabes que solo tienes que chasquear los dedos y ese hombre caerá rendido ante ti.

Solté una medio carcajada ahogada en llanto.

—¿Estás tonto? Fíjate con quién se va a casar, ¿crees que algún hombre en el mundo me cambiaría por ella?

—Nena, cualquier hombre inteligente te cambiaría por ella, esa chica no

tiene demasiada masa gris. Es guapa, no lo vamos a negar, tiene cuerpazo, tan poco te lo niego, tiene un par de tet...

—¡Diego! Vale, te he entendido.

Él se echó a reír y me levantó de la arena.

—Déjalo ya, a ti no te hace falta ningún hombre para salir adelante.

Miré sus preciosos ojos negros y le contesté:

—Él me hace falta hasta para poder respirar, volví a la vida el día que de nuevo lo tuve delante.

—¡Pues entonces lucha por él como solo tú sabes hacer! Y ahora venga, componte tu precioso vestido, déjame que te limpie este destrozo que has hecho con tu maquillaje y vamos dentro, todos estarán preguntándose si de verdad nos hemos liado y estamos echando un polvete rápido.

Le empujé en el hombro riéndome al escuchar su barbaridad.

—¡Diego!

—Venga, cariño, vamos allá. Misión: “quitar del medio a la lagartona mala rubia y dársela a tito Diego”.

Aunque la oferta de mi amigo era bastante tentadora, lo cierto es que la velada transcurrió sin ninguna sorpresa, Nick y su chica se retiraron pronto, marcando la hora de su marcha las estrictas reglas de belleza de Loren y yo me fui casi de inmediato, me sentía bastante avergonzada por la escenita de la que había sido protagonista sin desearlo.

¡Ummm, ha amanecido un día precioso para una boda!

—Raquel, ¿podemos hablar?

Esa era la frase que más había temido desde nuestro encuentro en el aeropuerto de Milán, sabía que tarde o temprano llegaría y ahora que conocía a nuestros hijos estaba segura que no iba a poder ignorar su existencia.

Estaba sentada en la arena, me había puesto un bikini intentando coger algo de color para la ceremonia que se celebraría al atardecer en la playa, los niños jugaban en el agua con Lissette, la hija de Herman, puse mi mano sobre los ojos para poder verlo, el sol me impedía hacerlo. Nick tenía su mano extendida para ayudarme a levantarme de la arena.

—No queda más remedio, ¿verdad?

—Verdad.

Apoyé mi mano en la suya y él tiró de mí para levantarme.

—Vamos a dar un paseo.

Cogí mi pareo, lo anudé a mi cintura y comenzamos a andar.

—Raquel, si pudieras hacerte una idea de lo cabreado que estoy contigo no te atreverías ni a ponerte cerca de mí, voy a intentar guardar toda la calma del mundo, porque necesito escuchar tu versión antes de volverme loco del todo.

Respiré con fuerza, no podía mirarlo, sabía que tenía razón, su razón, pero yo tuve la mía.

—Nick, escúchame, cuando te conocí acababa de salir de una relación de casi siete años, en ese momento de mi vida había conocido la convivencia en pareja y yo quise dar un paso más, deseaba tener un hijo, pero él se negó en redondo, tener hijos no entraba para nada en sus planes, no le importó en absoluto que eso fuese lo que yo más deseaba en el mundo, no quiso seguir adelante hasta tal punto que terminó con lo nuestro, pero su decisión no acabó con mi deseo, así que seguí adelante y me planteé la idea de someterme a una inseminación, precisamente me estaba tratando con hormonas de fertilización cuando te conocí, y para serte sincera, me pareciste mucha mejor opción que un frío tubo. ¡Te juro que esa primera vez lo hice porque nunca pensé que volveríamos a vernos, ni que en poco tiempo sentiría algo tan fuerte por ti! Créeme por favor, no he pretendido nunca nada de ti, de hecho, me propuse a mí misma que ni siquiera te lo diría si por una casualidad volvías a aparecer en nuestra vida, en ese momento era algo parecido a ir a la clínica y hacerme la inseminación, exactamente igual. —Él cogió una piedra de la arena y la lanzó con tanta fuerza dentro del mar que pensé que si me la hubiese tirado a mí me habría dejado cao en el acto—. Nick...

—No hables más, déjame asimilar tus palabras.

Se detuvo y se volvió hacia los pequeños que en ese momento corrían hacia nosotros.

—¡Te prometo, Nick, te prometo que jamás le diré a los niños que tú eres su padre! Esa será tu decisión si alguna vez quieres hacerlo, será porque tú lo decidas de ese modo.

Me miró con los ojos tan fríos que incluso me dio miedo, le escuché hablarme con un golpe de voz seca:

—Bien, de Nico fui algo menos que un tubo de ensayo, ¿y de Dulce, también ibas hormonada?

—¡No, no, Nick! Nuestro hijo me recordaba tanto a ti que te fuiste metiendo hasta lo más profundo de mi corazón, te añoré tanto durante ese año que cuando volví a verte deseé con todas mis fuerzas que ocurriera todo lo

que aquella noche pasó, te juro que he llegado a quererte tanto que nunca nadie te pudo sustituir, si te digo que día a día me iba enamorando más y más, ¿me creerías?

—¿Creerte? ¡Claro que no, Raquel, ¿cómo iba a creerte?! ¡Cuando me cuentas que no signifiqué nada en tu vida!

—¡Te lo he dicho!, no en esa primera vez, pero luego sucedió, te juro que ni yo misma comprendía cómo podía tener esos sentimientos hacia ti, mi cabeza no daba crédito a cuánto te quería y te añoraba.

—¡Es que tú misma te contradices, no lo entiendo! Si de verdad más tarde sentías algo por mí, ¿por qué no me contaste entonces lo del niño cuando nos volvimos a ver? ¡¿Por qué narices no me dijiste que ya tenías un hijo mío y más tarde que de nuevo estabas embarazada?! ¡Explícamelo, porque no hago nada más que darle vueltas y solo llego a la conclusión que no fue más que otro capricho de una niña rica!

Estaba desesperándome, él estaba muy enojado conmigo y tenía toda la razón, pero se empeñaba en no comprender mis motivos.

—¡Porque me asusté, Nick! Me asusté cuando me dijiste que tú tampoco querías tener niños, igual que me pasó con Álvaro. Mi cabeza comenzó a dar vueltas, creí que pensarías que me había quedado embarazada para obligarte a estar conmigo o yo qué sé, no puedes ni imaginar las de cosas que yo sola me decía, me convencí que si te contaba lo de mi embarazo y que ya teníamos otro niño te enfadarías y en venganza me quitarías su custodia. —Él apartó su mirada de mí con furia, yo cogí su cara con las dos manos para obligarlo a mirarme—. ¡Créeme, simplemente me asusté y busqué mil excusas para no contártelo, no era ningún capricho, tener un hijo era el más grande de mis anhelos!

—Me cuesta mucho hacerlo, Raquel.

—Pues créeme, porque perdí la cabeza y el corazón por ti de tal modo que nunca pude mantener una relación con nadie más, lo intenté, pero tú te interponías constantemente en mis otras relaciones.

Me miró con tanto desprecio que me partió el alma, esos bellos ojos que siempre lo habían hecho con amor, ahora lo hacían con rechazo.

—¿Sabes, Raquel? Casi me alegro de que sea así, ojalá sea verdad que te enamoraste de mí y que eso te impidió tener otra relación, es el único modo que encuentro para hacerte tanto daño como el que tú me has hecho a mí.

—Pues, aunque odio reconocerlo, mis sentimientos con respecto a ti siguen igual, no han cambiado en nada.

Los niños llegaron corriendo hasta nuestra altura, Nico se enredó en mis piernas para evitar que Lissette lo pillase en su juego y yo caí en sus brazos. Me agarró con tanta fuerza que casi no podía respirar, nuestras caras quedaron frente a frente y sus ojos buscaron mis labios.

—Raquel, si no fuese por la rabia que siento por dentro no te dejaría escapar nunca más, ¿por qué has tenido que hacerme este daño tan grande que me va a impedir volver a quererte alguna vez? Eres un veneno para mí, no puedes imaginar cuánto.

—Si te sirve de consuelo, también yo me odio. —Sin separarme de él le dije—: Haces bien en no quererme a tu lado, desde luego te mereces algo mejor que yo. Ten por seguro que tu verdadero castigo es que me muera sin ti. Pero a pesar de todo, necesito sentir que llegarás a perdonarme alguna vez, aunque solo sea por el bien de los niños, respetaré tu decisión, por eso quiero que pongas tú las condiciones con respecto a ellos.

Me cogió con fuerza del brazo, en sus ojos seguía viendo solamente reproches y su voz sonó como una sentencia:

—¡Quiero formar parte de sus vidas, no voy a pedir la custodia de los niños, aunque solo por hacerte el daño que te mereces debería hacerlo, pero sé que deben estar contigo, ellos no tienen la culpa de nada y sería injusto separarlos de ti, pero cuando llegue la ocasión les diré que soy su padre, quiero implicarme en su educación y que pasen algún tiempo conmigo para poder conocernos!

—Es justo, Nick, tienes razón, ellos te necesitan, cuando tomé la decisión de tenerlos lo hice porque sabía que podría hacerlo sola, pero sé que tenerte en sus vidas será bueno.

Poco más que contar de aquella amarga mañana, simplemente se fue sin querer terminar la conversación, me quedé de pie viéndolo alejarse otra vez de mi vida y esta vez totalmente convencida que yo no podría llegar a ser nunca más parte de la suya.

Llegó ese precioso atardecer en Honolulu, en la misma playa bajo un arco de perfumadas flores esperábamos a la novia. Herman, vestido elegantemente, como era tradicional en la isla, en tonos claros, parecía muy nervioso sin dejar de sonreír a todos, por fin su sueño se había hecho realidad. Nick estaba

a su lado, vestido en los mismos tonos, con una camisa levita, no demasiada ajustada y unos pantalones de lino (estaba totalmente impresionante). Su ánimo parecía haberse calmado, intentando en todo momento ayudar a su amigo, aunque con respecto a mí, no había vuelto a hablarme en ningún momento. Yo llevaba un vestido de seda rosa muy pálido, algo más corto por delante y un escote *halter* con unos preciosos tirantes de pedrería cogidos por detrás del cuello con una lazada.

La emoción nos embargó al escuchar el dulce sonido de unos ukeleles, primero entró por el pasillo de flores, Dulce, con su precioso vestido largo del mismo tono que el mío, y una coronita de flores sobre su cabeza de pelo dorado, tirando pétalos al suelo.

Me sorprendió mucho la reacción de Nick al verla, me miró henchido de orgullo de padre, sin dejarme ver el enfado que aquella mañana le había llevado a hablarme en el modo en que lo hizo, así que aliviada sonreí al verlo. Detrás de ella aparecieron Nico con las arras y Lissette con los anillos, vestida con el mismo vestido que Dulce, mi niño llevaba la misma indumentaria que Nick, eran como dos gotas de agua.

Cuando apareció mi elegantísima madre todo fueron exclamaciones de alabanzas al verla, con un ceñido vestido de seda natural en un dorado oscuro y unas flores que recogían su pelo en cascada de rizos dorados. Estaba preciosa, muchas jóvenes hubiesen pagado por tener un cuerpo como el suyo.

La ceremonia fue tan bonita, romántica y emocionante como lo habíamos planeado, pero lo mejor fue sentir que todo parecía volver a su orden en el universo, disfruté de lo lindo a partir de que él me ofreció su brazo para salir por el pasillo, pareciendo así haber firmado una tregua conmigo.

Luego, pasamos a los cenadores donde se serviría la cena. Entre nosotros pareció que todo continuaba bien, sin mucho, ni poco. Porque apenas cruzábamos más que algunas cordiales palabras. Pero con los niños todo fue diferente, parecía haber empezado a adaptarse a esa nueva situación, hablando con ellos durante los espectáculos de bailes regionales que tanto impresionaron a Dulce y de sus bailarinas que dejaron sin habla a Nico. Por otro lado, mi querido amigo Diego se había tomado tan al pie de la letra lo de su “misión” de conquistar a la preciosa Loren, que casi toda la velada nos dejó el camino libre para que los cuatro pudiésemos vivir esos momentos como una “familia”. Más tarde, la orquesta comenzó con la música, los novios abrieron el baile y pronto aclamaron para que los padrinos les siguiésemos.

Nick, gentilmente me ofreció su mano y comenzamos a bailar sobre aquella improvisada pista. Al verlo relajado aproveché ese momento, no creí que fuese a repetirse en muchas más ocasiones, así que no me quise perder un instante. Lo miraba, lo respiraba, apoyé mi cara sobre su pecho, necesitaba escuchar su corazón, me había obsesionado con ese hombre, me excitaba sentir el calor de su mano a través de la suave tela de mi vestido, lo sentí apretando mi cintura y yo no quería otra cosa más que fundirme en su cuerpo.

Él pareció detectar mis intenciones, porque apenas sin mirarme y sin dejar de sonreír me susurró:

—No te pegues tanto rubia, recuerda, soy un hombre comprometido.

¡Pero qué se había creído el pedazo engréido este! Así que en plan de broma le contesté:

—¡Yo no me estoy pegando a ti!, ¿no serás más bien que eres tú quien me busca? Porque noto con bastante claridad lo contento que te has puesto al bailar conmigo, y no precisamente por esa estúpida sonrisa de tu cara.

Él echó la cabeza hacia atrás dando una risotada, yo aproveché el momento y me pegué aún más. Sin duda alguna, el roce de nuestros cuerpos era evidente, agachó la mirada y buscó mis ojos.

—Ni se te ocurra intentarlo, no volveré a engancharme a ti ni loco. —Se acercó a mi oído y me musitó de esa manera tan dulce en la que alguna vez antes me habló—: Aunque me gustaría abofetearme a mí mismo por sentir algo así, en este momento es lo que más desearía hacer en el mundo.

Le devolví la mirada y ya sin rastro de broma en mi voz le pregunté:

—Aparte de por lo evidente, que es que tienes pareja. Si ella no estuviese, ¿de verdad no te replantearías volver a intentarlo conmigo?

Él acarició mi cara, también su voz volvió a ser seria.

—No puedo, Raquel, necesito confiar en la persona con la que estoy y después de lo que has hecho, lo siento, no podría volver a hacerlo.

—¿Indistintamente si en el fondo me quisieras?

—Por encima de todo necesitaría confiar, y hoy por hoy, eso es totalmente imposible contigo.

Noté cómo alguien tiraba de mi vestido interrumpiendo nuestra conversación y miré hacia abajo.

—¡Mami, mami, yo también quiero bailar! Mira, llevo mi vestido largo.

Nick me miró, asentí dándole permiso, se agachó y la cogió en brazos.

—¿Quiere usted bailar conmigo señorita?

—¡Ajá! —dijo la pequeña, me separé de ellos, e igual que hacía mi padre

conmigo, los dos se pusieron a bailar.

Mi madre llegó hasta mi lado con un par de copas de champán, ofreciéndome una de ellas.

—Es una estampa bonita, ¿verdad, hija?

Di un sorbo sin poder dejar de mirarlos.

—Preciosa mamá, de las más bonitas que he visto nunca. —Limpié una lágrima que se me escapó de los ojos.

—Y a Nico, ¿lo has visto? Es clavado a su padre, me lo decías, pero jamás pensé que fuese verdad que eran tan idénticos.

—Además, tienen hasta los gustos parecidos, mira con quién baila, desde ayer anda detrás de ella pegado como una lapa.

Mi madre se echó a reír al ver a mi hijo bailando con la novia de Nick.

—Lucha por él cariño, he visto cómo te mira, ese hombre aún siente algo por ti.

—Y no lo niega, mamá, pero dice que ha perdido toda la confianza en mí y que no puede tener una relación conmigo, aunque quisiera.

—Si lo quieres, persevera cariño, del amor al odio hay una fina línea y la misma de retorno.

La canción terminó, observamos cómo Loren se acercó hasta nosotras.

—¡Su hijo es un encanto, Raquel, lo miro y lo miro, sé que me recuerda a alguien, pero no consigo saber a quién!

Miré a mi madre y nos faltó un pelo para echarnos a reír, entonces ella me dijo:

—Persevera hija, persevera.

La noche estaba llegando a su fin, los invitados comenzaron a retirarse. Nick se acercó con Loren hasta nosotros, después del intercambio de halagos por la fiesta y de agradecimientos por haber estado allí, nos dijo:

—Nosotros nos vamos ya, mañana tenemos el pasaje de vuelta a Nueva York. Loren sale el lunes para unos desfiles en París y tiene muchas cosas que preparar.

Mi madre intentó convencerlo, seguro que con alguna segunda intención.

—¡Oh, Nick, es una pena que no os quedéis, mañana teníamos previstas unas excursiones!

—Otra vez será, Cristina. —Besó a mi madre y cuando se dirigió a mí para despedirse, me dijo en voz baja:

—Tengo algunas cosas que aclarar en mi cabeza, te llamaré dentro de poco para llegar a algunos acuerdos.

Lo miré a los ojos, se iba, así sin más, estaba claro que me había sacado por completo de su vida, yo no significaba nada para él, tragué saliva y me limité a asentir con la cabeza.

Pasada unas horas nos retiramos, ¡por fin!, cuando todos se marcharon, mis hijos hacía horas que Diego se los había llevado y recé para que ya estuviesen dormidos, así que me despedí de Herman y de mi madre y me marché sola, algo que ya era normal en mi vida. Antes de llegar, me detuve frente a la habitación contigua a la mía, sabía que era la suya, rocé con mis dedos su puerta, mi amor estaba allí dentro en los brazos de otra, seguramente harían el amor, sin tener en cuenta que yo lo quería a morir, cerré los ojos con fuerza para no ponerme a llorar.

De pronto se abrió la puerta, nos miramos y sin mediar palabra, me estrechó entre sus brazos y nos besamos, con fuerza, con amor, hasta que nos faltó el aire.

Las lágrimas rodaron de nuevo por mis ojos, sin separar nuestros labios, le dije:

—¡Perdóname, por favor, perdóname!

Él se separó y me contestó:

—No puedo, Raquel, lo siento, pero, aunque me muera por dentro, no puedo. —Entró de nuevo y de un golpe cerró la puerta de su habitación y de mi corazón.

8

Las semanas pasaban frenéticas y con ellas los dos meses desde la boda de mi madre, se acercaba un año más la semana de la moda de Nueva York, apenas había recibido más que un par de emails de Nick preguntando por los niños, así que quise dejarlo en un segundo plano e intenté centrarme en mi trabajo, el taller era de nuevo un hervidero de gente corriendo, patrones y modelos. Cuando más liada estaba una de aquellas frenéticas mañanas escuché el timbre de mi teléfono, miré el número, era del colegio de Nico. Pegué un suspiro sabiendo que nada bueno podía salir de aquellas llamadas y descolgué:

📞 Sí, dígame.

📞 Señora Lebrón le llamo del colegio de su hijo.

📞 Sí, ya reconocí el número.

📞 Entonces se imagina para que vuelvo a llamarla, ¿no?

📞 Supongo que otra vez se ha metido en algún lío mi hijo.

📞 Sí y no, esta vez también está aquí su hija.

📞 ¡¿Dulce?!

📞 Sí señora, el director me ha pedido que venga usted lo antes posible.

📞 De acuerdo, en media hora estoy allí.

Yolanda entraba en ese momento en mi despacho, me miró y poniendo cara de no sorprenderle me preguntó:

—¿Otra vez Nico?

—¡Y Dulce! ¿Te lo puedes creer? Están los dos en el despacho del director.

Miré a mis dos hijos, la escena era para audio-describirla. Los tres sentados frente a la mesa del director, Dulce con todo el pelo fuera de sus trenzas, toda sucia e intentando arreglar uno de sus collares que se le había roto durante la pelea. Nico con la cara llena de arañazos y su uniforme destrozado, y eso sí, los cuatro con cara de circunstancia.

—¡Le aseguro que ya no sé qué voy a hacer con su hijo, la semana pasada lo cogimos en el cuarto de baño con una compañera, algo más cariñoso de lo que deberían dos niños de ocho años, supongo que no se lo diría, ¿no es así?!

—Negué con la cabeza, casi con miedo a contestarle, él prosiguió—: El lunes su profesora tuvo que separarlo de un compañero porque le tiró todos los libros al suelo y luego se enzarzó con él, y hoy, bueno, hoy ya lo está usted viendo, entre él y su hija no sabe usted cómo han dejado al otro niño. El comportamiento de Nicolás, de un tiempo a esta parte, es totalmente inaceptable. Y para colmo, como puede comprobar, la cosa no queda ahí, si nouviésemos bastante con este pequeño camorrista, la que creíamos el próximo cerebro por descubrir de esta escuela, se nos mete a crítica de diseño. Señora, le hablo de su hija, ella es otro punto y aparte, estamos hartos de decirle que a clase se viene exclusivamente con el uniforme, no puede venir con gorros, gafas de sol, collares, pañuelos, etc., pero no, ella no nos hace ningún caso, es toda una insubordinada de seis años...

Esperé pacientemente a que el director diese un repaso a fondo a cada uno de los actos de mis hijos, aguanté estoicamente todos sus consejos de educación y psicología, y cuando pensé que había acabado le pregunté:

—¿Ha pensado usted qué castigo les van a imponer?

—Sí, señora. Nos hemos reunido la junta y hemos pensado que los dos quedan expulsados una semana, no podemos permitir la violencia y la desobediencia de ningún modo en nuestras instalaciones.

—De acuerdo, niños pedidles disculpas a D. Antonio y salid fuera, tengo que hablar con él.

Los dos se levantaron de sus sillas y con voz de arrepentimiento le dijeron:

—Lo sentimos D. Antonio.

—¡Ya podéis esperar fuera, vuestra madre y yo tenemos que hablar un momento!

En cuanto los niños salieron, el director quiso proseguir con su discurso.

—¡Señora, sus hijos...

—Mis hijos, ¿qué? Mire usted Antonio, delante de ellos, nunca le quitaría la razón. Pero ¿se ha parado usted y su profesora a pensar qué problema puede tener mi hijo? ¡Simplemente se pasan la vida castigándolo, sin molestarse en averiguar qué narices le está ocurriendo! Lo conocen, siempre ha sido un niño travieso, simpático, ¡pero nunca agresivo! Usted sabe muy bien cuánto me cuesta este colegio al mes, entre todas sus pijadas cobran ustedes hasta por respirar, pero ninguno se ha detenido un segundo y ha comprobado qué le está pasando, solo es un niño pequeño de ocho años. ¡Señor, se supone que entre todos lo estamos preparando para la vida, que lo vamos a ayudar a enfrentar sus problemas, pues vamos a hacerlo de una vez!

No puede imaginarse lo que estoy sufriendo por esta situación, lo he hablado con su profesora, con usted mismo en muchas ocasiones, pero todo sigue igual, no ponen ningún remedio y estoy segura de que no todo es su culpa, y no es por querer excusarlo, pero los otros niños también tienen que ver en todos estos acontecimientos. La prueba de que algo está sucediendo la tiene aquí mismo, su hermana es una niña muy tranquila y si ella se ha metido en esa pelea, seguro es porque ha visto que no era justa. —Respiré profundamente antes de seguir hablando algo de lo que podría arrepentirme, así que quise dar por terminada esa reunión—. Acepto su castigo, porque también reconozco mi culpa en todo lo ocurrido, y sé que no debemos apoyarlos nunca cuando son violentos, por muchos motivos que tengan. Pero voy a advertirle de una cosa: Como a mi hijo le esté pasando algo grave dentro de este colegio, y yo llegue a averiguar que otros niños le están haciendo daño y las personas que deberían ayudarlo no lo están haciendo... ¡Aténganse a las consecuencias D. Antonio! —Antes de salir me detuve, me di la vuelta y continué diciéndole al director—: Con referencia a mi hija, ya quisiera quien diseñó sus insulsos uniformes, tener la mitad de creatividad que tiene ella. —Abrí la puerta, miré a mis dos hijos que me esperaban fuera, ellos me devolvieron las miradas, algo asustados al ver cómo salía del despacho y lo mismo que un sargento de artillería les grité—: ¡Venga, andando los dos, vais a estar castigados hasta que os salgan canas!

¡Madre mía!, al día siguiente salía para Nueva York, mi madre de viaje, la nana con gripe y los niños en casa. ¿Cómo me las iba a apañar?

Nos montamos en el coche, ellos dos atrás, fui a abrocharles sus cinturones de seguridad, intentando aparentar toda la tranquilidad que me era posible y les pregunté:

—Bueno, y ahora me vais a contar qué ha sucedido u otra vez hay pacto de silencio y no me lo vais a decir. —Los dos estaban callados, Dulce con su gorro metido hasta las mismas cejas y Nico con sus brazos cruzados—. ¡¿Nada?! ¿De verdad ni siquiera os vais a defender? ¡El castigo va a ser enorme esta vez como no me habléis, os lo aseguro!

La pequeña intentó explicarme:

—¡Mami, es que ese niño...!

—¡Cállate, Dulce! —la interrumpió su hermano de mala manera.

—¡No, no tiene por qué callarse! —Miré a la pequeña, pero ya era tarde,

había cogido la misma postura que su hermano, brazos cruzados y mirada al frente.

Entrecerré los ojos con rabia intentando hacer un esfuerzo para no ponerme a gritar en medio de la calle.

—¡Muy bien, no me lo vais a contar, ¿no es así?! Pues ya sabéis, un mes sin videojuegos, tablet, consolas, ordenadores o cualquier cosa que necesite algún tipo de batería, enchufe o pila para poder jugar. Esto va para los dos, si no me contáis lo que sucede, no puedo ayudaros y todo esto tiene pinta de ir a peor cada vez.

Nos fuimos los tres a la oficina, con la nani enferma no tenía con quién dejarlos. Dulce, nada más llegar se fue en busca de Francis, como le encantaba ponerse cualquier cosa encima y a la otra fotografiarla, hacían una pareja ideal. Nico se vino a mi despacho y en la misma postura chulesca con la que había llegado se sentó con los brazos cruzados sin hablarme. ¡Cómo si yo, además, tuviese la culpa de sus peleas y de su mal comportamiento!

Me senté a terminar de enviar unos emails que dejé pendientes, levanté mi cabeza del ordenador cuando Yolanda entró hablándome:

—Raquel, tenemos que responder estos pedidos... —Se detuvo y miró a mi hijo—. ¿Se puede saber qué has hecho ahora?

Nico tiró de mala manera su mochila y salió del despacho dando un portazo.

—No sé qué voy a hacer con él, de verdad que no lo sé, cuando está en casa es un encanto, no da un problema y, en cambio, en el colegio es a una pelea diaria, para colmo, esta vez Dulce intentó ayudarlo y por lo visto le han dado una buena tunda entre los dos a otro niño. ¡Yoli, los han expulsado del colegio una semana!

—¿Has hablado con su profesora? No sé si nos hemos empeñado en culparlo a él de todo lo que está pasando y, en cambio, puede que la culpa sea de otros, creo que lo pueden estar acosando de algún modo, si te soy sincera, pienso que lo único que hace con su actitud es defenderse.

—Eso mismo lo he estado hablado hoy con el director, es verdad que es un “busca bocas”, eso no lo vamos a negar, pero creo que algo grave está pasando y ya estoy empezando a preocuparme de verdad, he hablado con sus amigos y hasta con sus padres, pero no consigo sacar nada en claro.

—¿Qué vas a hacer entonces con ellos?, nuestro viaje está ahí ya.

—Pues no me queda otra que llevármelos, ¿dónde encuentro ahora alguien que se pueda quedar las veinticuatro horas con ellos durante una semana? Nosotras nos vamos todas y, de todos modos, solo será llegar y prepararnos para el desfile, no creo que me compliquen mucho la vida, quizás lejos de casa pueda llegar a conectar con él y se abra para contarme qué le está sucediendo. ¡Pero prometo buscar a alguien para que pueda echar una mano a nani, no puedo volver a verme más en una de estas!

—Pues entonces voy a sacar dos pasajes más, pero recuerda, si tuvieses pareja te ahorrarías muchos de estos problemas.

—¡Muy graciosa, querida! ¡Pero que muy graciosa! —Me sacó la lengua cuando salía del despacho. Mi cabeza seguía pendiente de los detalles del desfile y antes que terminara de irse le pregunté—: ¡Ah, Yolanda, la ropa se envió ya, ¿verdad?!

—¡Claro, ya he recibido el albarán de entrega! Solo tenemos que ponernos en contacto con los McLine para los complementos y a rezar para que todo sea un éxito.

—Espero que por una vez no se compliquen demasiado las cosas.

—Y yo amiga, y yo.

—¡Venga, vamos a perder el avión!

Me quedé mirando a Dulce cuando salía de su habitación con una enorme pámela, que seguramente le habría comprado mi madre, las gafas de sol y envuelta en fular y pañuelos hasta los ojos.

—Nena, ¿no te parece que vas algo exagerada para un viaje?

La pequeña mirándome con su cara de sabelotodo me contestó:

—¡Mami, vamos a la ciudad de la moda, nada es exagerado para estar allí!

—¡Ah, usted perdone, señorita! —Miré hacia la otra habitación, el niño no salía y al final íbamos a llegar tarde para el embarque.

—¡Nico, vamos! ¡Hasta tu hermana está ya lista y lleva ropa para tres cuerpos!

Él salió tirando de su maleta y con una enorme mochila a la espalda.

—¡Ya voy, ya voy! ¡Lo de gritar es también marca de esta familia, ¿no?! —Cruzó delante de mí, sin mirarme siquiera.

—¡Un momento, caballero! —Abrí su mochila e iba cargada con su portátil, con la Nintendo y hasta la tablet—. Todo esto queda confiscado, el castigo sigue en pie, no vamos a unas vacaciones, mete mejor estos libros.

—¡Mamá!

—¡De mamá nada, a ver si leyendo empiezas a serenarte y te olvidas de tanta violencia!

Ya estábamos registrándonos todos en el hotel, pero no estaba tranquila, desde que habíamos llegado veía a Yolanda enganchada al teléfono, dando paseos arriba y abajo, me acerqué a ella, eran ya demasiadas vueltas:

—¿Qué ocurre, Yoli?

Ella cerró su móvil y me miró con cara de pánico:

—¡Nada! ¡Déjame hacer otra llamada!

Quise darle un voto de confianza, sabía que ella lo agradecería si había surgido algún problema y lo solucionaba sin mi ayuda.

—De acuerdo, termina la gestión que sea, voy a subir los niños a la habitación para que descansen un poco y luego hablamos.

—Bien, después te cuento.

Llegamos a la habitación y a pesar de ser una suite doble, los dos se pusieron de pie en mi cama dando saltos mientras yo guardaba su ropa. Verlos reír y jugar juntos era lo que más feliz me hacía.

—¡Dejad de saltar! Venga, id a vuestro cuarto a descansar un poquito y luego bajamos a cenar.

—¿Podemos acostarnos aquí contigo? —dijo Nico metiéndose en mi cama.

—¡Anda, mami! —prosiguió Dulce con su preciosa voz.

Sonreí, me quité los zapatos y me acosté en medio de los dos, los abracé con fuerza, eran lo que más quería en el mundo, a pesar de la lata que me daban.

Pronto se quedaron dormidos abrazados a mí, pero yo no podía descansar al recordar la intranquilidad de Yolanda desde nuestra llegada, sabía que algo estaba ocurriendo, bajé de la cama con sumo cuidado para no despertarlos, cogí mi teléfono y marqué.

📞 Yolanda, ¿solucionado?

📞 No, Raquel, nos tenemos que ver, voy a decirle a alguna de las chicas que suba a quedarse con los niños, te espero en la cafetería.

📞 De acuerdo.

En cuanto subió Francis le pregunté:

—¿Tú sabes algo?

—Baja, ella te contará mejor.

Bajé por las escaleras corriendo, no pude esperar el ascensor, al entrar en la cafetería la vi sentada en una mesa del fondo, de nuevo con el teléfono en la mano y muy angustiada.

—¿Qué ocurre?

Me hizo un gesto con la mano, para que guardara silencio.

📍 Bien, por favor, si saben algo me llaman enseguida, ok.

—¿Qué ha pasado Yolanda?

—¡Es la ropa, Raquel, toda la colección ha desaparecido!

Cogí la silla torpemente para poder sentarme, me quedé aturdida con lo que acaba de decirme.

—¿Qué tontería estás diciendo? ¿No la habían enviado hace tres días?

—Sí y la empresa de transportes me aseguró que habían hecho su descarga en el almacén de la sala de exposiciones. Pero nada más llegar he llamado al equipo de mantenimiento para que fuesen sacando la ropa y preparándola para las pruebas con las modelos, pero no la encuentran.

—¡Vamos al almacén, seguro que hay dos mil cajones allí y han cambiado el número de envío o cualquier cosa y por eso no dan con los contenedores de nuestra ropa!

Lola, Yoli y yo, nos fuimos hacia el almacén, no quería alarmar todavía a las demás, seguro que se trataba solo de un error, la empresa de transportes se había cerciorado de su entrega en el almacén y desde mi iPhone pude comprobar el albarán recepcionado por personal del hotel.

Recorrimos aquel enorme almacén de arriba abajo mil veces, las personas encargadas nos enseñaron sus albaranes como que habían llegado, pero donde debía de estar toda nuestra ropa no había nada más que un enorme hueco.

Mis dos amigas seguían dando vueltas con todo el personal encargado del almacén que habían puesto a nuestra disposición, pero era inútil, solo nuestras cosas habían desaparecido. Necesité un minuto para pensar, no había tiempo para lamentaciones, nuestra presentación sería en pocos días y toda nuestra colección se había esfumado. Me senté en un baúl de madera

intentando concentrarme para saber qué hacer. Yolanda llamaba a la policía convencida, ya, de que todo había sido un robo. Pensé que no me quedaba otra opción que repetirla, si no era todo, por lo menos los modelos principales de la colección, saqué mi teléfono y marqué a mi oficina, después de explicarle lo sucedido a mi secretaria le pedí que me enviase a mi correo privado todos los patronajes, me levanté como un autómatas con una misión y me dirigí hacia la calle.

—¡Chicas, quedaos a esperar a la policía, yo voy a intentar buscar una solución! Estad pendientes al teléfono y comenzad a contactar con los principales almacenes de telas. Por favor, llamadme si hay alguna novedad.

Cogí un taxi, me dirigí hacia las oficinas McLIne, entré en el edificio que lo albergaba, di mi nombre y pregunté por Larry.

La chica de recepción me indicó que esperara un momento porque él no estaba, pero que enseguida me atenderían. No podía permanecer sentada, me puse en pie, me retorció los dedos de los nervios, habría pagado por poder hacer algo con mis manos, aunque hubiese sido fumar.

Se abrió la puerta del ascensor, salieron varias personas y entre ellas una que me buscó con la mirada. Alta, morena con un elegante moño y un impecable abrigo de *Pie de Pool* abierto, que dejaba ver una blusa de seda negra y una falda estrecha del mismo tejido del abrigo a juego de unos altísimos tacones de aguja y un bolso estilo *Shoulder* negro, era Susan la exmujer de Herman. A lo largo de los años habíamos estado en contacto a través de teléfonos o videoconferencias, o con los representantes de nuestras empresas, pero ella nunca había asistido personalmente a ninguno de nuestros desfiles, ni habíamos coincidido en ningún acto. Desde que él se fue de la empresa, ella se había hecho cargo de la firma, Larry estaba delicado de salud, y aunque Herman y ella ya no estuviesen casados, aquella mujer defendía la herencia de su hija en la corporación.

—¿Raquel Lebrón?

—Sí, supongo que eres Susan...

—... McLIne, sigo usando el apellido de mi ex. —Después de unos educados saludos, proseguimos con el motivo que me había llevado hasta allí —. Disculpa que no te haya recibido en mi despacho, pero justamente estaba saliendo cuando me han comunicado que estabas aquí, llego tarde. ¿Te molesta contarme lo que quieres mientras vamos hacia mi coche?

—Es algo muy serio y urgente, discúlpame, pero necesito hablar con Larry de ello en persona.

—Pues precisamente voy para casa, él no se encuentra bien y su médico lo iba a visitar, ¿vamos juntas?

Asentí, en las mismas puertas de las oficinas la esperaban, subimos en un impresionante *Audi SQ5 TDI* negro, con un aún más impresionante chófer “a juego”, que nos abrió la puerta.

—¿Qué ocurre?, la veo muy preocupada. ¿Todo preparado para el desfile del jueves? Es todo un honor que nos hayan reservado este año el mejor puesto para la exhibición de los modelos, nosotros ya lo tenemos todo listo.

Guardé silencio, estaba demasiado preocupada para perder el tiempo en nimiedades y esa mujer no me transmitía buenas vibraciones.

En algo más de veinte minutos llegamos hasta el 85th Street tranverse junto a Central Park. Parecía mentira, una belleza de mansión emergía como un pequeño paraíso, en medio de aquellas moles de cementos.

Nada más entrar en el enorme hall, nos cruzamos con el doctor que atendía a Larry McLIne.

—¿Qué tal, doctor? ¿Cómo encontró hoy al paciente?

—¡Pues de mal humor, como siempre! Por lo demás, está bastante mejor, su tensión está muy controlada, ahí se los dejo para que “pasen un buen rato” en su compañía.

Susan, sonrió al escucharlo y me indicó para que pasara.

En un enorme sillón orejero de piel blanca frente a una gran chimenea, estaba un demacrado McLIne, nada que ver con el apuesto hombre que aparecía al lado de mi padre en aquellas antiguas fotografías de su despacho.

—Larry, me acaba de decir el médico que lo encuentra mucho mejor.

—¡Eso es lo que ese ignorante dice, pero es muy diferente a cómo me siento!

—Mira quien viene conmigo, le era muy urgente verte y he decidido que me acompañara, espero que no te moleste.

Pensé por su aspecto de “viejo ogro”, que le gritaría por haber hecho la osadía de llevarme hasta su casa, pero para mi sorpresa pareció alegrarse.

—¡Hombre, si es la pequeña Raquel!

Fui a darle la mano para saludarlo, la aceptó, pero sin soltarme me dijo:

—Antes siempre me besabas.

Sonreí y le di un par de besos, nunca pude entender por qué se había portado tan mal con nosotros obligándonos a firmar aquel contrato que nos vinculaba, cuando había sido como un hermano para mi padre.

—Al fin y al cabo, ahora eres, ¿qué eres, Raquel? ¿Mi nieta? Sí creo que

sí, porque eres la hijastra de mi hijo.

—Sí, es algo graciosa la situación, o por lo menos peculiar.

—Bueno, ¿y a qué debo tu visita?, no creo que hayas querido venir a visitar a tu “abuelo”, con lo ocupada que estarás durante esta semana.

Susan me hizo una señal con su mano para que tomase asiento y lo hice frente a él.

—Larry, he venido porque estoy desesperada. —Guardé un segundo de silencio, intentando ordenar en mi cabeza lo ocurrido—. Voy a ir al grano, la situación así lo requiere. Mira, toda la colección de pasarela ha desaparecido.

—¿Se puede saber qué estás diciendo?

—Lo que está escuchando. La empresa de transporte asegura que dejó nuestros contenedores en el almacén, tengo los albaranes de entrega, pero la ropa no está allí y no aparece por ningún lado.

—¡Pero eso es toda una catástrofe! ¿Habéis llamado a la policía?

—Sí, después de poner el almacén patas arriba, decidimos ponerlo en conocimiento de las autoridades. Pero a la hora que estamos, ni rastro de los dichos contenedores.

Susan me preguntó:

—Entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Te retiras?

—Eso nunca, si lo hiciese, perdería el puesto para poder presentar mis colecciones futuras.

—¡Bien, pues cuéntanos en qué has pensado! —Larry me pareció honesto en su interés por el problema.

—Necesito tus talleres, no voy a poder rehacer todos los modelos, pero por lo menos los más emblemáticos de la colección, quizás mañana sábado pueda visitar algunos almacenes de telas y comprar lo necesario, mi equipo está aquí y si me dejáis usar vuestros talleres y su personal, creo que pueda conseguir algo. ¡Claro, yo me haría cargo de todos los gastos!

—¡Eso es lo de menos! Por mi parte no hay ningún problema, pero Susan es la que lleva el tema del personal y ella es la que tiene la última palabra.

—Dejadme hacer unas llamadas y ahora os contesto.

Ella salió del salón y me quedé a solas con él. Después de un incómodo silencio, Larry me preguntó:

—Raquel, ¿estuviste en la boda?

—Sí, fue algo precioso, sé que Herman te echó de menos.

—Era cuestión de amor propio, mi hijo se portó muy mal conmigo. —Hizo un gesto con su cara y me dijo—: Bueno, con nosotros, su esposa, su

hija, nos dejó a todos por un capricho.

—Larry, quizás fuese un capricho al principio, pero llevan juntos nueve años, lo suyo es una verdadera historia de amor, loco, no lo voy a negar, pero una historia de amor.

—Quizás, pero sentirme solo a estas alturas de mi vida ha sido muy duro. Menos mal que Susan no se marchó, ella y mi nieta es lo más valioso que tengo en este mundo.

Susan entró en el salón de nuevo.

—Traigo buenas y malas noticias. —La miré con cara de pocas bromas, ella lo notó y prosiguió algo más seria—. La jefa de taller no tiene ningún problema en trabajar, aun siendo fin de semana, pero solo unos pocos de la plantilla aceptan hacerlo, ya sabéis, cosa de los sindicatos.

—¡Bueno, menos es nada!

—También he pensado que podría existir otra posibilidad.

—Cuéntanos —le dijo Larry.

—Nuestra colección no entró en pasarela este año, pero la tenemos totalmente lista, ¿qué os parece si completamos las piezas que no puedas hacer con nuestros modelos y no solo con los complementos? Nadie podrá poner ningún impedimento, al fin y al cabo, somos una corporación y no haríamos otra cosa que presentarnos bajo la firma *McLine & Lebrón*.

Lo pensé durante un instante y le contesté:

—Gracias, no quisiera parecer una desagradecida, pero de verdad preferiría que no fuese de ese modo, sería señal de que no lo hemos podido lograr, aunque si no somos capaces de cumplir el mínimo no nos quedará otro remedio.

Ella, aparentando una amabilidad que no me pareció demasiada sincera, me contestó:

—¡Sabes que cuentas con nosotros!

—Y os lo agradezco sinceramente, sé que soy un engorro, pero aún os tengo que pedir algo más.

Larry se levantó de su sillón con dificultad, apoyándose en su bastón vino hacia mí.

—Dime, hija.

—Traje a los niños conmigo para pasar estos días juntos, pero ahora con este problema no tengo con quién dejarlos. Ellos se llevan muy bien con Lissette, sé que es una molestia, pero estaría muy tranquila si se pudiesen quedar aquí, aunque solo fuese durante el día.

A Susan no le hizo demasiada gracia la idea y buscó con rapidez una excusa.

—Raquel, Larry no se encuentra bien y no creo que un par de niños corriendo por la casa sea lo mejor para su salud. —Pero él la interrumpió:

—¡Tonterías, los niños son siempre un motivo de alegría en una casa! Sabes de sobra que no me molestarán, si quieres puedo ordenar que les arreglen los dormitorios para que se queden a dormir y tú puedas estar más tranquila.

—Eres muy amable, Larry, aunque voy a intentar contactar con su padre, por si él se pudiese quedar con ellos de noche, Susan tiene razón y quisiera molestaros lo menos posible.

Ella me miró extrañada y me dijo:

—¿Su padre? Creí que te habías sometido a inseminación para tenerlos, por lo menos eso es lo que se lleva años diciendo en los círculos de moda.

—No negué el rumor para evitar preguntas de entrometidas, pero sí, mis hijos tienen un padre real, vive aquí en Nueva York y lo conocéis bien. — Larry me miró con una interrogación en sus ojos que me obligó a contestarle —: Es Nicolás Harrison, vuestro abogado, pero por favor, no quiero que esto salga de aquí, los niños aún no lo saben, os agradecería que fueseis discretos, quiero que se enteren por él, pero cuando estén preparados. Así que, si os parece bien, cuando él no pueda estar con ellos, os traeré a los niños, ¿de acuerdo?

Los dos se quedaron impactados al escuchar el nombre del padre de mis hijos, Larry fue quien reaccionó primero:

—Sí, sí, hija, no tengas problema, no les diremos nada, y con respecto a lo de estar estos días con nosotros, cuando a vosotros os venga bien, aunque Nick hace tiempo que...

Susan interrumpió a su suegro.

—No te preocupes, Raquel, si a Larry le parece bien, no hay ningún problema.

Nada más salir cogí el teléfono y llamé a Nick.

- 📞 Raquel, ¿eres tú?
- 📞 Sí, Nick, tengo un enorme problema y necesito verte.
- 📞 ¿Son los niños? ¿Les han ocurrido algo?
- 📞 No, están bien, pero necesito tu ayuda con ellos.
- 📞 ¿Estás en Nueva York?

- Sí.
- Estoy en el despacho, ¿nos vemos aquí o prefieres otro sitio?
- Me da igual, dame tu dirección y se la pasaré al taxista, ¿puedo ir ahora mismo?
- Sí, te espero aquí.

En un minuto había recibido un mensaje con la dirección de su despacho y en quince estaba allí. El bufete tenía un aire moderno, pero con un toque de clasicismo, todo en tonos claros y madera, una elegante recepcionista avisó de mi llegada y ella misma me llevó hasta su despacho. Él, al verme, se levantó y vino hacia mí saludándome con un par de besos en la cara.

—¿Qué ocurre? Por el tono de tu voz debe de ser algo grave.

Me indicó para que me sentara en un sillón de dos cuerpos que había a un lado de la estancia y él lo hizo a mi lado.

—No puedes ni imaginar cuánto. ¡Me han robado toda la ropa para el pase del jueves!

—¡Puff! Pues sí que es grave, ¿cómo puedo ayudarte?

—Hemos avisado a la policía, no sé si tú tendrás alguna mano en el departamento, pero si pudieras interceder por nosotros para que se tomaran el máximo interés te lo agradecería muchísimo. —Vi cómo asentía a mi ruego y continué explicándole—: Ahora vengo de casa de los McLIne, les he pedido ayuda y me van a dejar sus talleres para que pueda hacer alguno de los modelos, pero y ahí es donde verdaderamente entras tú. —Suspiré un segundo y continué—: Nick, traje a los niños conmigo, pero con este problema voy a tener que trabajar día y noche si quiero tener algo de tiempo, Larry me ha dicho que no había problema si se quedaban en su casa, pero sé que a su nuera no le hace demasiada gracia y por lo menos si tú pudieras recogerlos cuando acabes tu trabajo, te lo agradecería muchísimo. Sé que es una molestia, pero...

—Para nada, me agrada mucho la idea, es horrible que tenga que ser por este motivo, pero estaba loco por poder estar algún tiempo con ellos y no veía cómo propiciar esa situación. Mañana tenía una reunión, voy a cancelarla. —Yo sabía que estaba incordiando a todos, pero era la única vía que encontré para intentar solucionar el problema. Sin hablar, lo miré con agradecimiento. Él sonrió y entonces me respondió—: No me mires así, esta es una buena excusa para descansar, no recuerdo la última vez que me tomé un fin de semana entero para mí.

—Te lo agradezco de corazón, y a Loren, ¿no le importará?

—No está en la ciudad, llega en unos días para los desfiles. —Ahora fue él quien se tomó algo de tiempo para seguir hablándome—. No le he dicho nada aún sobre los niños, si te soy sincero no me atreví porque no sé cómo reaccionará, por eso no me había puesto aún en contacto contigo para llegar a algún acuerdo sobre nuestra situación.

—Lo comprendo, pero recuerda que los niños no saben tampoco nada sobre ti, si te decides a contárselo te ruego que me llames, yo quiero estar presente.

—Supongo que más de una vez te habrán preguntado sobre su padre, ¿qué les decías?

—Poca cosa, son demasiado pequeños y siempre les he dicho que cuando fuesen mayores les contaría todo.

—Bueno, vamos a ver cómo evolucionan un poco las cosas entre nosotros, ¿de acuerdo? Y ahora cuéntame, no entiendo cómo hiciste la locura de traerlos, sabiendo lo ocupada que estás siempre durante estos días.

Pegué un suspiro al escucharlo y le contesté:

—No me quedó más remedio. ¿Puedes creértelo?, los han expulsado a los dos una semana del colegio. Pude haberle suplicado al director, pero realmente no me dio la gana de *bailarle el agua* a ese presuntuoso.

—¿Expulsados tan pequeños? ¿Por qué motivo?

—Nico lleva un curso horrible, ha bajado bastante en sus calificaciones y ahora está siempre metido en peleas, lo peor es que en esta última ocasión hasta Dulce le ayudó en una. Sé que está teniendo problemas, conozco a mi hijo y no es un niño malo —sonreí al recordarlo, miré a Nick, todo engominado con un carísimo traje y ese aire de sabelotodo y continué hablando—, un poquito “chulillo”, pero eso es porque tiene a quién parecerse. —Ahora fue él quien sonrió de una forma tímida al escucharme. Enseguida recordé su problema y la preocupación se apoderó de nuevo de mí—. Sé que tiene problemas, pero en el colegio no están haciendo lo necesario para averiguar qué es lo que sucede y él se niega a contármelo. Y Dulce... con ella sí que estoy perdida, supongo que de nuevo tengo yo la culpa, la dejo demasiado tiempo con mi madre y ha heredado sus aires de diva, sabe que no puede disfrazarse para asistir a clase, pero se empeña a ir en todo momento a lo “*Marlene Dietrich*”, por un motivo u otro, los tengo a los dos en la calle.

—¡Déjalo en mis manos! No soy demasiado mal abogado y sé cómo hacer para que la gente se abra y me confiesen la verdad.

—Sí, claro, ya vi lo perspicaz que fuiste conmigo.

Me miró con esos preciosos ojos azules, y poniendo su famosa media sonrisa, me contestó:

—Tú eres un punto y aparte.

Me reí al escucharlo.

—Me alegro ver que no se te ha olvidado sonreír, en el viaje no te vi hacerlo mucho y hoy al ver tu preocupación me asusté, en serio.

No quise seguir por ese tema, me puse en pie y simplemente corté por lo sano.

—¿Los llevo entonces a tu casa mañana a primera hora?

—De acuerdo, ¿recuerdas dónde vivo?

—¿Crees que podría haberlo olvidado?

Me cogió del brazo antes que yo abriese la puerta deteniéndome en mi intento.

—Raquel, quería disculparme contigo por el beso que te di la noche de la boda, no quiero que me malinterpretes, lo mío con Loren sigue adelante, aquello solo fue un impulso.

Lo miré, desde el fondo de mi corazón me nació acariciar su cara, rocé sus labios con mis dedos.

—¡Ojalá tuvieses muchos más impulsos de esos!

—Raquel...

Levanté mis manos a modo de rendición.

—Sí, ya sé, no ha cambiado nada, sigues enfadado conmigo.

Regresé al hotel con la moral totalmente por los suelos, pero no era el momento de estar abatida, así que como siempre hacía, reuní todas mis fuerzas y dejé mi frustración aparcada. Recogí a mis niños y nos reunimos en el comedor del hotel con el resto de mi equipo. Una vez todos juntos les conté mi idea y aunque como en cada reunión hubo sus pros y contras, todas estuvimos de acuerdo en que por lo menos teníamos que intentarlo, si aparecía la ropa, mejor que mejor, si no, por lo menos no habrían podido con nosotros, sin luchar al menos.

Una vez terminada aquella “cena-reunión” decidí subir a mi habitación con los pequeños, nos quedaban unos días muy duros por delante y los ánimos no estaban como para ninguna juerga. Quise explicarles lo que estaba pasando, lo que para ellos iba a ser unos días de aventura, de pronto se volvió en trabajo de nuevo.

Estaba en el baño con los niños terminando de prepararlos para ir a dormir. Nico, ya limpito, terminaba de ponerse el pijama, mientras yo le lavaba el pelo a Dulce, a pesar de ser una tontería, era de las cosas que más me gustaba, a ella le encantaba canturrear mientras jugaba con sus juguetes en sus baños y a mí ese momento me relajaba al máximo, era el bálsamo mágico para poder dormir muchas noches.

—Mami.

—¡Umm!

—Se me ha olvidado traerme a Tico, ¿crees que estará triste por haberse quedado solo en casa?

—¡Claro que no, cariño! Tu patito de goma estará encantado de estar solito en casa, seguro que ahora estará bailando y cantando en calcetines y gafas de sol por todos lados. —Miré a Nico, mientras se estaba poniendo el pantalón de su pijama, sonrió mientras me escuchaba. Fue un alivio, después de lo enfadado con el mundo que parecía estar esos últimos meses.

Ella dio una carcajada con todas sus ganas.

—¡Qué tontita eres, mamá! ¡Es un patito de goma, eso lo hacía ese hombre de la tele!

—¡Tontita tú! ¡Si es un patito de goma, ¿cómo iba a estar triste?! — Enjuagué su precioso pelo rubio entre sus risas y la saqué de la bañera. Una vez terminé con ella, fuimos hasta al dormitorio contiguo al mío en el que

dormían los dos. Nico estaba acostado viendo la tele, acosté a mi pequeña en la cama de al lado, no sin antes hacer nuestro ritual de cada noche: Abrí el armario. “¡Libre de monstruos!”. Miramos debajo de la cama. “¡Aquí tampoco hay nada! ¿Todo bien, cariño?”.

—¡Ajá!

—¡Entonces venga, a rezar! —Me senté en el filo de su cama entre los dos, Nico apagó la tele y Dulce comenzó con su rezo.

—Señor, gracias por este día, cuida mucho de mi mami, de mi abueli, de todas mis titas, de mi tito Diego y del tito Bruno, de Herman, de Tico, de mis Barbies, de... —No tuve más remedio que interrumpirla.

—Cariño, ya, ahora Nico, ¿vale?

—Gracias por este día. Amén.

—¡Vaya, unos tanto y otros tampoco! —Les quise contar algo de lo que pasaba para que supieran los planes que tenía para ellos—. Niños, ¿recordáis a ese hombre tan alto y moreno que fue el padrino de la boda de la abuela?

Dulce me contestó:

—Sí, mami, el que bailó conmigo.

Sonreí al escucharla y proseguí:

—¡Mirad! Tengo un problema y necesito que me ayudéis un poquito, vais a pasar unos días con él y con el abuelito de Lissette. —Miré sus caritas, pendiente a mí.

—¿Por qué, mami? —preguntó Dulce.

—Alguien se ha llevado toda la ropa que teníamos que enseñar a la gente en el desfile y ahora las chicas y yo tenemos que hacerlas de nuevo, eso significa que voy a estar muy ocupada todos estos días.

Nico me interrumpió encendiendo de nuevo el televisor.

—Eso no es nada nuevo.

—¡Nico, ¿a qué te refieres?!

Me contestó sin dejar de mirar la tele:

—¡Pues que lo normal es que estés siempre muy ocupada mamá, tú siempre tienes muchas cosas que hacer!

—Nico, apaga el televisor, por favor. —Esperé a que lo hiciera—. Mira, te guste o no, estos días lo vais a tener que pasar en casa de Nicolás Harrison y del abuelo de Lissette y cuando esta semana de locos pase, tú y yo vamos a hablar sobre tu actitud muy seriamente, Nicolás Lebrón.

Se dio la vuelta para no mirarme. Arrojé a Dulce, cuando fui a darle un beso, ella me dijo:

—No te enfades con Nico, mami, yo le voy a cuidar mucho cuando tú no estés. —Acaricié su cara con el corazón totalmente partido y me dirigí a la cama de mi hijo, fui a besarlo, pero él se tapó la cara.

Su actitud me estaba matando, me hacía sin saberlo el mismo chantaje emocional que un día me hizo su padre, era un reto, un pulso. Mi trabajo o su cariño, ambos me daban a elegir, pero yo necesitaba tener las dos cosas para sentirme completa.

Un poco antes de las ocho llegamos hasta el edificio de Nick. Nico, al entrar, pegó un silbido:

—¡Guau, este tío es mi héroe, tiene una supernovia y una supercasa!

Di un largo suspiro al escucharlo. Entramos en el ascensor los tres con maletas incluidas, al salir no recordé demasiado bien su puerta.

—¡Mami, ¿tú cómo sabías dónde vive Nick?!

—Dulce, te dije que era amigo mío, lo conocí hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo, mami?

Recordé la puerta y llamé, mientras calculaba mentalmente:

—Cariño, aproximadamente nueve años... día arriba, día abajo.

Nick abrió la puerta, llevaba puesto un pantalón largo de deporte y una camiseta, me sorprendió mucho y sonreí al verlo. Él estaba visiblemente nervioso, dio una palmada al vernos y nos saludó:

—¡Ya estáis aquí, bienvenidos! No os quedéis ahí, pasad, pasad.

Entré las maletas de los niños, al pasar por su lado le pregunté en voz muy baja para que los pequeños no me escuchasen:

—¿Te has disfrazado de padre, con chándal incluido?

—¡Muy graciosa!

Dejé las maletas, me agaché y me puse a la altura de mis niños:

—Por favor, portaos bien, haced caso a Nick, os prometo que, si lo hacéis, estas vacaciones las vamos a pasar juntos en el sitio que queráis, ¿de acuerdo? —Dulce me abrazó, pero Nico parecía seguir enfadado conmigo (otro parecido con su puñetero padre) acaricié su pelo y le pregunté—: ¿De verdad me vas a dejar que me vaya sin darme ni un beso?

Me besó, aunque bastante a desganadas. Salí a toda prisa de su apartamento, mientras Nick me seguía y sin dejar de hablarle le expliqué a grandes rasgos sus costumbres:

—Nick, come de todo, excepto cacahuetes, Nico tiene intolerancia y se

pone fatal, ellos no tienen un horario fijo para acostarse, pero de ocho a nueve estará bien. ¡Ah, y, sobre todo, siguen castigados por su mal comportamiento! —Él asentía a todo lo que le decía mientras iba detrás de mí—. ¡Por favor, llámame para cualquier duda que tengas! ¿De acuerdo? — Llegó el ascensor, fui a entrar, pero lo sentía tan nervioso que quise gastarle una pequeña “broma”—. Nick, ¿tú tampoco tienes hoy ningún impulso como el del otro día? ¿También vas a dejar que me vaya sin darme un beso?

Levantó sus ojos y sonrió:

—¡*Vade retro*, satanás!

—¡Bueno, con Nico me funcionó, tenía que intentarlo contigo!

—Vete tranquila cuidaré bien de ellos.

—Estoy segura que lo harás.

Nicolas

El panorama era inigualable, despedí a Raquel en la puerta del ascensor con unas ganas locas de habérmela comido a besos, ojalá no siguiese sintiendo ese rechazo por ella por culpa de su mentira, seguía terriblemente dolido, aunque intentara demostrárselo lo menos posible por el bien de mantener una relación cordial por los niños. Antes de entrar tomé aire, vi a sus dos hijos. ¡No! Vi a mis dos hijos parados frente a mí, mirándome.

—Bueno, ya estáis aquí. —Cerré la puerta tras de mí.

Nico dejó caer su bolsa al suelo y yendo directamente hacia el sillón me preguntó:

—Tío, ¿tendrás por lo menos una triste *Xbox*, una *Play* o algo parecido, no?

No me dio tiempo a contestarle cuando Dulce comenzó a llorar a lágrima viva:

—¡Quiero ir con mi mamáááá!

—¡Ya, ya, no llores, cariño!

Nico puso el televisor a todo volumen para no escuchar a su hermana, pero la niña aún gritaba más.

—¿No te acuerdas de mí, cielo? Estuvimos juntos en la boda. ¡Nico, baja el volumen!

—¡Mamiiiiiiii!

—¡Nico, la tele!

Pero aquello no mejoraba en absoluto, cogí a la pequeña en brazos, la llevé hasta el que iba a ser su dormitorio, miré al niño que seguía repanchingado en el sillón sin hacernos el más mínimo caso y con un volumen de voz más alto del que me hubiese gustado, lo llamé:

—¡Nico, apaga la tele y ven aquí! —Me sonó tanto a mi padre que enseguida rectificué—. ¡Por favor!

Él me hizo caso y nos siguió hasta el dormitorio. La niña pareció asustarse al escuchar el tono de mi voz y entre sollozos guardó silencio intentando aguantarse las ganas de gritar, yo no quería dejarla de nuevo en el suelo por si eso la hacía volver a sentirse sola.

—Mirad, este va a ser vuestro dormitorio, sé que no está puesto para unos niños, por eso había pensado que podíamos ir de compras y traer todo lo que necesitéis para pasar aquí estos días, la niña sollozó y me preguntó:

—¿Lo, lo... que queremos?

—¡¿Una *Game*?! —dijo Nico, bastante interesado.

Lo miré sonriendo, sabía que acababa de captar todo su interés.

—Bueno, quizás nos haga falta una para saber cuál de los dos es mejor con los videojuegos. ¡Te advierto que yo soy un máquina!

Él se echó a reír.

—Eso tendremos que verlo.

—¡Nick! —La niña acarició mi pelo, peinándome con su manita—. ¿Y un Tico? ¿Me comprarás un Tico?

Miré esa preciosa carita mojada por sus lágrimas y sus ojos verdes cristalinos, tan bonitos como los de su madre y le contesté:

—No sé qué es un Tico, pero te juro que, aunque solo haya uno en el último rincón del mundo, es tuyo. —Ella sonrió al escucharme, bueno parecía haber vuelto a retomar el control—. ¡Vamos a desayunar, nos espera un largo día de compras!

—¡Biennnn!

Desayunamos unas tostadas y un zumo, que afortunadamente encontré bien de fecha. Obviamente también había que comprar algo más especial para niños que mi excelente café *Malongo Blue Mountain* jamaicano cosechado a mano y aunque Raquel me dijo que comían de todo, tampoco pensé que era muy propio de críos lo poco que había en mi nevera, una lata de caviar de *beluga Prunier*, y una botella de *Armand de brignac*. Es verdad que nunca comía en casa; con mi trabajo, si no almorzaba con algún cliente en algunos de esos restaurantes de lujo, comía mal y deprisa en la oficina y desde luego

cuando Loren y sus dietas mágicas estaban en casa, normalmente no se comía mucho mejor. Pero no supe cuándo me había vuelto tan elitista, recordé el *Asopao* de pollo de mi madre que tanto me gustaba, o el asado de *Pernil* que preparaba siempre para navidad, lo feliz que sería ella si conociese a aquellos dos personajes.

—¿Qué os parece si empezamos por lo que necesitáis para estar a gusto en vuestra habitación, luego almorzamos y después al supermercado?, no sé qué os gusta y así podemos tener aquí de todo para estos días.

Ellos parecieron estar de acuerdo, así que entraron a lavarse los dientes y a prepararse, en cuanto recogí un poco, los llamé para empezar nuestro primer día, juntos.

—¡Niños, ¿listos?!

Me hizo gracia ver la estampa, Nico todo arreglado, perfectamente peinado, como yo iba más o menos los días de oficina, Dulce, con un gorro incrustado hasta las cejas y unos pañuelos alrededor del cuello, y yo vestido con un absurdo chándal que no me ponía ni cuando iba a correr.

Pero el segundo problema empezó cuando tuvimos que subir a mi coche, los tres nos quedamos de pie mirando mi recién comprado *BMW i8* azul metalizado, Nico me dijo:

—El coche chulísimo, tío, pero ¿y las sillas de seguridad? Mamá no nos deja subir a ninguno sin ella.

—¡Ya!, es que hasta ahora no se había subido ningún crío en él. Creo que vamos a cambiar un poco los planes y el primer sitio a visitar es al concesionario, a ver qué solución nos dan, ¿de acuerdo?

Nico y yo chocamos las manos sin apartar los ojos de mi maravilloso caprichito.

Como pude los acomodé, casi amarrándolos con el cinturón, llegando al concesionario sin pasar de los 80. Una vez allí confirmé lo que me estaba temiendo, a mi coche no se le podía adaptar las sillas, así que alquilé uno familiar y le adapté un par de esas de seguridad. De allí nos fuimos a unos grandes almacenes, al entrar cogí una cesta, pero los niños me indicaron que era mejor coger un carrito para todo lo que tenían pensado comprar, parecía mentira, una cosa tan normal para cualquiera y a mí sí que me parecía toda una aventura con ellos.

El carro se quedó pronto pequeño, los niños corrían de un lado a otro, jamás pensé que me podrían hacer tan feliz un simple día de compras, pero esa misma felicidad me hacía cada vez más no poder perdonarle a Raquel el

haberme apartado de sus vidas. La voz de Dulce me sacó de mis pensamientos:

—Nick, solo hay una cama en nuestro dormitorio, ¿vamos a compra otra?
Me eché a reír al escucharla.

—Cuando vengáis la próxima vez a casa, prometo haberos comprado una cama para cada uno, pero para hoy, ¿por qué no compramos mejor una colcha nueva que os guste?

—¡Ajá!

Me encantaba cuando me contestaba con ese escueto ¡Ajá! El dilema llegó cuando ella quería una de “*Pepa Pig*” y él de “*Transformers*”.

Así que, salomónicamente decidimos comprar dos de cama pequeña y la pondríamos juntas. ¡Tercer problema superado!

Mientras Nico y yo decidíamos qué consola comprar, perdí un segundo de vista a Dulce, pareció como si el enorme local se me cayese encima. Sin soltar a Nico de mi mano corrí pasillo adelante llamándola, hasta que la vi al final de uno de artículos de baño, estaba de puntillas intentando coger un patito de goma de la estantería.

—¡Por Dios, Dulce! ¿Por qué te has ido de mi lado? ¡Me has dado un susto de muerte!

Ella me miró con ganas de ponerse a llorar de nuevo, me enseñó el patito y me dijo entre pucheros:

—Tú me dijiste que podía comprar un Tico como el que tengo en mi casa.

La cogí en brazos y la estreché contra mi cuerpo, la cantidad de emociones que estaba sintiendo a lo largo de aquella mañana creo que fueron más de las que había tenido en toda mi vida junta. Cuarta prueba “casi” superada.

Llegó la hora de comer, quería estar con ellos en un sitio donde poder estar a solas, necesitaba saber de sus vidas, cogimos el coche, compramos en unos de los muchos puestos de comida rápida unos perritos calientes y nos fuimos hasta *Wagner Park*, al lado de los muelles de la ciudad, uno de los parques con las mejores vistas de Manhattan y de la Estatua de la Libertad. Era febrero, pero a pesar de eso, sus preciosos jardines tenían ya muchas flores, cosa que encantó a Dulce que se volvió loca corriendo por allí.

Me tumbé en la hierba agotado bajo el abrigo de un enorme árbol, la mañana había sido estresante. Nico hizo lo mismo y se tumbó a mi lado. Comenzamos a hablar sobre cosas sin importancia, hasta que la curiosidad me llevó a averiguar algo sobre el problema que Raquel me había comentado:

—Me ha dicho tu madre que estás teniendo algunas dificultades en el

colegio.

—Los profes, que me han cogido manía.

—¡Ya! Yo también era de los que le cogían manía los profesores. — Levanté la cabeza buscando a Dulce—. ¡Nena, no te separes de aquí!

—¡Ajá!

—Pero me dijo tu madre que hasta este curso no habías tenido ningún problema, ¿no es así?

Él se levantó, poniéndose en pie y me contestó de bastantes malos modos:

—¿Esto qué es, un interrogatorio?! ¡¿Acaso eres mi padre para que te importe lo que me pase o no?!

—Nico, no tienes por qué hablarme de ese modo, si quieres me cuentas lo que te pasa y si no, peor para ti, te tragas todo lo que te esté sucediendo y listo. —Volví a recostarme mientras él se alejaba de mí, se detuvo y comenzó a tirar unas piedras sin rumbo. Quinta prueba no superada... Pero se volvió hacia mí lleno de rabia y casi gritando me dijo:

—¡Es que ni os imagináis lo que es aguantar a esos estúpidos engreídos! ¡Todos me decís: *Nico haz esto, haz lo otro*, pero ninguno me pregunta lo que yo quiero o lo que Dulce quiere! ¡Los mayores lo tenéis todo muy fácil!

—Te juro que no sé lo que te pasa, pero sí te puedo asegurar una cosa, lo de pensar que a nadie le importas es mentira, tienes a todos pendientes a ti, tu madre está muy preocupada y tú sigues cerrándote día tras día, ya te lo he dicho, si no quieres contarlo, bien, pero si necesitas hablar con alguien, no ahora, cuando tú estés preparado, sabes que puedes contar conmigo, ¿de acuerdo?

Tiró otra piedra y se alejó un poco más sin dejar de mirar hacia la estatua de la libertad, que allí en medio de millones de personas estaba tan sola como él se sentía. Quinta prueba aún pendiente de superar.

Apoyé mi espalda en el árbol y me senté con la mirada tan perdida como la suya. Aunque el ensimismamiento me duró poco en cuanto escuché mi teléfono. Miré el número y era Raquel. Mi preciosa y excitante Raquel que ahora se había vuelto el centro de todas mis rabias.

📍 Dime.

📍 ¿Cómo va todo?

📍 Bien, tus hijos me están costando un dineral, pero bien.

📍 ¡Bueno, ¿tú no querías implicarte?! ¡Pues eso es lo primero que empiezas a hacer en cuanto te enteras de que vas a tener un hijo, gastar dinero! ¡Imagínate tú con dos!

📞 ¡Ya te daré yo implicación! —La escuché reírse a través del teléfono y proseguí preguntándole—. ¿Tú cómo lo llevas?

📞 Hemos comprado parte de las telas que necesitamos, ahora mismo nos vamos para los talleres a comenzar a coser, pero realmente no sé cómo lo vamos a lograr, habíamos creado verdaderas obras de arte que no vamos a poder reproducir en tan poco tiempo.

📞 Seguro que puedes hacerlo, si has sido capaz de poder ocho años con estas fieras, eso no es nada para ti.

Volví a escucharla reír, quería odiarla, pero era oír su risa y no podía nada más que pensar en tenerla en mi cama, sonriendo de ese modo tan excitante en que lo hacía cuando estaba a mi lado. Ella continuó hablando, volviéndome a la realidad.

📞 ¿Están los niños cerca?

📞 Sí, Dulce está aquí mismo, te la paso.

La pequeña corrió a coger el teléfono en cuanto le indiqué que era su madre.

📞 ¡Mami, Nick nos ha comprado muchas cosas y un Tico! Me lo estoy pasando muy bien y apenas he llorado nada, solo un poquito.

📞 Cariño, me alegro mucho, pero no tienes por qué llorar, Nick es muy bueno y os quiere mucho. ¿Y Nico, se está portando bien?

📞 Ajá, espera, voy a llamarlo:

—¡Nico, mami quiere hablar contigo!

El niño hizo un gesto con su mano, negándose a ir.

📞 Mami, no viene, es que está muy cansado.

📞 Bueno, dale un beso de mi parte, ¿vale? Y otro enorme para ti.

📞 Ajá. ¡Mami!, ¿y a Nick le doy otro?

📞 Sí, cariño, dale uno gigante, con abrazo incluido por estar cuidando tan bien de vosotros. Adiós, cielo.

📞 Adiós, mamá.

Dulce, me dio el teléfono, y me rodeó con sus brazos, dándome un enorme y sonoro beso.

—Mami me ha dicho que te lo diera con abrazo incluido.

Cogí su carita entre mis manos, no pude aguantarme más y le di un beso, el primer beso que le daba a mi hija. Ella, sin más, sonrió, se recostó en mi regazo y sin mediar palabra se quedó dormida. *Qué sensación tan increíble tenerla entre mis brazos, no podía dejar de mirarla, esa carita tan perfecta, esa piel tan suave, se parecía tanto a ella.* Y para mi sorpresa, después de un

pequeño rato, Nico se cansó de estar solo, vino hacia nosotros, se acostó al lado y también se quedó dormido. Era tan pequeño y lo estaba pasando tan mal, me dolía que aún no confiara lo suficiente en mí y no quisiera contarme qué le estaba pasando, pero era normal, apenas nos conocíamos y mucho menos sabía la verdad de quién era yo. Así pasó más de media hora, la misma que duró su siesta, no quise acostarlos, ni separarlos de mí, era una pequeña forma de recuperar tantos años perdidos.

Por fin los niños despertaron de su siesta, entonces fuimos a comprar lo que nos faltaba para poder terminar de llenar la despensa. Al llegar a mi edificio, el portero se reía con nosotros por la cantidad de bolsas que llevábamos, no creo que yo hubiese cruzado en los diez años que llevaba viviendo allí más que unos buenos días o buenas noches. Sabía que era latino, pero siempre nos habíamos hablado en inglés. Los niños empezaron a hablar en castellano con él mientras nos ayudaba a llevar las bolsas como si lo conociesen de toda la vida, fue entonces cuando comenzó a hablarme como si hubiésemos sido siempre amigos, No entendía bien porqué, pero esas pequeñas cosas me agradaban mucho y estaban empezando a ser cada vez más importantes.

—Señor Harrison, ¿quiere usted que le ayude a acomodar todo esto en su casa? Yo termino ahora mi turno, si está solo con los niños será mucho trabajo y para mí no es ninguna molestia.

Me agradó su ofrecimiento, pero me pareció abusar. Miré disimuladamente la plaquita con su nombre, que llevaba en la solapa de su chaqueta, a pesar de poner Peter García yo le contesté también en castellano:

—No se moleste, Pedro, solo ayúdenos a llevar todo hasta el ascensor, mis ayudantes son muy fuertes. —El muchacho agradeció el gesto, mientras los niños se rieron y entre los cuatro lo metimos todo.

Guardamos toda la compra, quise que ellos me ayudaran para que se sintiesen más como en su casa, sabiendo dónde estaba cada cosa. Una vez que terminamos les dije:

—¿Por qué no os vais duchando mientras yo preparo la cena?

Los dos se quedaron parados mirándome, Dulce fue la que habló:

—Mamá o nana son siempre quienes nos bañan.

Nico interrumpió a su hermana:

—¡A mí no me hace falta nadie, yo sé de sobra bañarme solo!

Me quedé pensando, él solo podría quemarse con el agua o resbalarse, cosas tan tontas y continuamente se me escapaban.

—Vamos a hacer una cosa, Loren tiene aquí un jabón de burbujas, ¿qué os parece si os preparo un baño de espuma y luego yo os hecho una mano para enjuagaros?

A los dos le pareció genial la idea, les llené la bañera llena del “carísimo” gel que utilizaba mi novia y se metieron dentro. Mientras ellos jugaban comencé a preparar algo para la cena. Después de un rato, escuché a Dulce llamarme, me asomé al baño, Nico ya estaba secándose, pero ella estaba aún dentro:

—Dime, nena, ¿qué ocurre?

—Mamá siempre me lava el pelo, yo sola no puedo.

—No sé si lo haré tan bien como tu mamá, pero vamos a ello.

En cuanto puse el champú en su pelo, ella comenzó a cantar una canción mientras jugaba con su patito, guardé silencio para poder escucharla bien, no daba una nota en su sitio, pero solo por escuchar esa preciosa voz, se daba dinero.

—Nick.

—Dime.

—¿Te gusta cómo canto?

Nico que se estaba vistiendo, le contestó rápido y sarcástico.

—Sí, claro, cantas “superbien”.

—¡Pues mamá siempre dice que le encanta cómo lo hago!

—¡Dulce, ella es una mamá, ellas siempre dicen esas cosas, ya verás cómo Nick no opina igual! ¡Anda, díselo! ¡Dile que canta fatal!

Yo estaba concentrado en medio de la “importante” misión de lavarle el pelo sin que el jabón le llegase a los ojos, así que intenté hacer las dos cosas a la vez.

—No seas así, Nico, ella tiene una voz preciosa.

—¡Ves tonto! Y él no es nada como mamá, para que me diga que lo hago bien.

Si en ese instante le hubiese dicho que desde esa mañana ellos eran lo más importante en mi vida habría sido un alivio para mí, tenía ganas de abrazarlos y decirles la verdad a los dos, había sentido una punzada en el pecho al sentirla decir que yo no era nada en su vida.

Al final conseguí poner paz y cenamos tranquilos, aunque pusimos la televisión, los tres estábamos tan cansados que decidimos acostarnos pronto, extendimos las colchas nuevas cada uno al lado de la cama donde iba a dormir, todo bien hasta que llegó el momento de que Dulce se acostara.

—Venga, cariño, a la cama.

Ella negó con la cabeza.

—Pero me dijiste que querías dormir.

Nico se estaba metiendo en la cama y me dijo:

—¡Es que es boba! Mi madre tiene que mirar todas las noches en el armario para que vea que no hay ningún monstruo.

Ella se sentó en la cama, yo resoplé y abrí la puerta del armario.

—Ves, no hay nada, ¿ya?

Ella negó de nuevo y Nico volvió a indicarme:

—Ahora debajo de la cama.

—¿Debajo?

—Ajá.

Me agaché debajo de la cama, ella se asomó y me preguntó:

—¿Nada?

La miré con su cabeza colgando y todo el pelo hacia abajo, entonces le contesté:

—Nada.

Se metió entre las sábanas y los arropé, pero aquello no acababa allí, ella me miró y me dijo:

—Ahora a rezar.

—¿A rezar?

Nico volvió a decirme:

—Y como la dejes llegar hasta el final, estamos aquí hasta mañana.

Lo regañé con la mirada, ella sin hacerle caso, comenzó:

—Señor, gracias por este día, cuida mucho de mi mami, de mi abueli, de todas mis titas y de mis titos, de Herman, de Nico, del Tico de mi casa, de mis *Barbies*, del Tico de aquí y, ¡sobre todo, sobre todo por Nick!, que nunca te había pedido por él, para que lo cuides mucho, mucho. ¡Amén!

No pude evitar mirarla con toda la ternura del mundo, cuando escuché a Nico:

—Gracias por este día. Amén.

Me hizo gracia lo escueto de su oración.

—Tú no te andas con tonterías, ¿no?

—¿Para qué? Dulce ya se encarga de todos.

Sonreí despeinándole el pelo con mi mano, era todo un personaje.

Fui a levantarme, pero Dulce me llamó de nuevo:

—Nick, todavía falta una cosa.

—¿Otra más?

—Mamá siempre nos da un beso de buenas noches.

Me acerqué a ella y la di un beso en la mejilla.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, Nick.

Me acerqué a besar a Nick, pero él me miró.

—¡Tío, ni se te ocurra!

Así y todo, me moría de ganas por besarlo y le cogí la cara para que no se me escapara hasta que conseguí darle un beso entre bromas y risas.

¡Por fin solo! Me recosté en el sillón, no había estado tan cansando ni cuando corrí el maratón, habían sido muchos, muchos, los sentimientos encontrados ese día. No había terminado de cerrar los ojos, cuando escuché cómo alguien abría la puerta de casa, supe que tenía que ser Loren, pero por un segundo pensé cómo sería esa situación si yo estuviese en casa con los niños esperando que Raquel llegase de una de sus largas jornadas de trabajo, ¿cómo sería mi vida teniéndolos conmigo?

Se abrió la puerta. Tal y como había supuesto no era Raquel la que entraba, sino Loren, cargada de maletas como para un mes.

—Hola, cariño. ¿Me estabas esperando?

Me senté bien al verla, mientras ella se acercó hasta mí dándome un beso en los labios.

—Realmente te esperaba mañana por la noche.

—Sí, pero terminé pronto la sesión fotográfica y decidí venir a casa a descansar, el lunes comienza la gran semana y necesito una jornada de descanso intensiva, me gustaría escuchar solo los gemidos que me provoquen tus orgasmos durante todo lo que queda del fin de semana.

—Pues con todo el dolor de mi corazón, no sé si eso va a ser posible, los hijos de Raquel Lebrón están aquí.

—¿Aquí? ¿Los hijos de Lebrón? ¿Qué hacen esos niños contigo? Sabes que no soy demasiada amiga de tener críos cerca, yo necesito descansar, si no, no voy a poder estar preparada para la próxima semana.

—Es que a ella le ha surgido un problema y me he quedado con los niños unos días. Loren, ¿no piensas que sería mejor que descansaras en tu apartamento? Tienes razón y ellos pueden ser una molestia para ti.

—Ya veré, quizás mañana lo haga, ahora voy a darme un baño e intentar

relajarme, estoy agotada.

—¿Quieres algo de cenar?

—No. Quiero empezar una dieta nueva y hasta que mi cuerpo se limpie de todas las “toxicidades” de la anterior, no puedo comer nada, además, si quiero ser la mejor esta semana no me puede sobrar ni un gramo.

—¿Por qué, Loren?

Al escucharme se detuvo antes de entrar en el baño:

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué todas esas dietas? ¿Qué puedes pesar? ¿Cincuenta, cincuenta y dos kilos?

—¿A qué viene esto, Nick? ¿Es que me ves más gorda? No, no peso tanto, ¡¿dime por qué lo dices?!

—No es por nada, Loren, por nada.

La escuché gritar al entrar en el baño, supuse que había visto que los niños habían gastado casi todo su gel *Leau*, quizás eso le animaba a irse a su apartamento y dejarme disfrutar de ellos durante todo el domingo.



Ya por la mañana, Dulce escuchó ruido en la cocina, se levantó, reconoció a la novia de Nick, y fue hacia ella.

—Hola, Loren.

—¡Ah! Tú eres la hija de Raquel, ¿no es así?

—¡Ajá! —La niña miró el potingue que Loren se estaba preparando en la batidora y le preguntó—: ¿Qué es eso? ¡Huele fatal!

—Niña, si quieres ser guapa de mayor, tendrás que empezar ya a cuidarte. —Miró a la pequeña y le dijo—: ¡Y con esos mofletes te va a hacer falta mucho de esto, créeme!

La pequeña se volvió a su dormitorio y volvió a meterse en la cama, tapándose hasta los ojos.

—¡Buenos días niños, vamos arriba, tengo pensado un montón de cosas para hacer hoy!

Nick se desperezó, sonriendo me preguntó:

—Anoche escuché la voz de tu novia, ¿vendrá el bombón con nosotros?

—No lo sé, ahora le preguntaremos. —Acaricié el pelo de mi pequeña y le

pregunté—: Dulce, cariño, ¿no te levantas?

—Yo no quiero ir, estoy malita

Toqué su frente y no pareció tener fiebre.

—¿Quieres que vayamos al médico? ¿Qué te duele?

Con la voz casi quebrada y con ganas de romper a llorar me contestó:

—¡No lo sé, pero no me quiero levantar!

—Voy a prepararte mi desayuno especial y ya verás cómo te encuentras mejor.

La niña volvió a taparse y apenas con un hilo de voz, volvió a repetirme:

—Yo quiero irme con mi mamá.

—Si quieres, luego podemos ir a verla. Mira, había pensado que podíamos ir al circo, ¿te gusta la pasta? —Ella asintió con la cabeza y yo continué—: Podemos ir a comer a una pizzería maravillosa que conozco y esta tarde al cine, echan una película de dragones, me han dicho que es muy buena.

Nico nos interrumpió:

—¡Venga Dulce, vamos a pasar un día genial! Más tarde verás a mamá.

Ella me hizo señas con su dedito para que me acercara, lo hice y puse mi cara frente a la suya, entonces me susurró:

—Pero Loren no vendrá, ¿verdad?

En su mismo tono de voz le contesté:

—Si tú no quieres que venga, lo intentaré para que no lo haga, ¿de acuerdo?

—Ajá.

La niña, haciendo “un esfuerzo sobrehumano” se levantó de la cama, quejándose en cada uno de sus movimientos, era imposible que se sintiera tan mal, el día anterior se encontraba perfectamente. Nico, al ver mi cara de preocupación, me dijo al oído:

—No le hagas ningún caso, mi madre siempre dice que es una teatrera. —Recordé la noche de la cena antes de la boda, lo enfadada que estaba Raquel con ella y cuando la llamó “*dama de las camelias*” ahora empezaba a comprenderla.

—Nico, ¿qué te parece si cuando salgamos del cine nos pasamos por la tienda de mascotas de unos amigos? Me han dicho que han traído unos gatitos de angora que son una maravilla. —La niña se volvió hacia mí como el rayo, dando saltitos y palmas me preguntaba insistentemente:

—Nick, ¿de verdad me regalarías un gatito? ¿Lo dices de verdad? ¡Dime que es verdad!

Me eché a reír al ver su mágica recuperación.

—Se lo tenemos que preguntar a tu madre, si ella acepta, por mí no hay ningún problema. —Se abrazó a mí con todas sus fuerzas, yo no pude hacer otra cosa que estrecharla entre mis brazos, esa pequeña me había robado el corazón con más fuerza aún que un día lo hiciese su madre.

Todos preparados para una salida familiar de domingo, yo aquella mañana opté por dejar a un lado mi “disfraz de padre con chándal” y me puse unos vaqueros, camisa y una chaqueta sport, a pesar de la época que estábamos, estaban haciendo unos días de sol maravillosos; cuando salí al comedor, Nico y yo nos miramos, habíamos coincidido hasta en los colores de nuestras camisas, el niño me miró y haciendo uso de su desparpajo me dijo:

—¿Sabes? Eres un tío con clase, cada vez me vas gustando más. —Intenté hacerle una caricia en el pelo, pero él me hizo un buen regate—. ¡Chss! Ni se te ocurra.

En cambio, cuando salió Dulce, le faltaba un burka para ir totalmente oculta.

—Nena, hoy no hace apenas frío. ¿Por qué vas tan tapada?

—Así voy más guapa.

Bueno, pues allá ella y sus melodramas.

No fue difícil convencer a Loren para que no viniese cuando vio ante sí el panorama que le presentamos, y realmente Dulce y yo lo agradecemos, aunque Nico pareció no haberle gustado demasiado la idea. Aun así, el día fue genial, nos reímos a lo grande con los payasos y en la pizzería lo pasamos de maravilla, la tristeza de Dulce parecía haber desaparecido hasta que fuimos al cine. La película divertidísima, sus voces riéndose eran música para mis oídos, pero llegó una escena en la que padre del protagonista muere (juro que no sé qué mente retorcida escribe unos guiones con esos argumentos, para una película de niños). ¡Qué tragedia! Una sala entera de niños llorando a diestro y siniestro, lo extraño fue que Dulce no lloró, solamente se puso en pie y me miró:

—¡Nick!

—¿Qué ocurre, cariño?

—¿Puedes cogerme en brazos?

—Claro cielo, ven aquí.

Se subió en mi regazo y la abracé con fuerza, aunque la película retomó su ritmo de risas y buen rollo, Dulce no volvió a sonreír.

Al salir eran casi las seis.

—¿Queréis que vayamos a tomar unas hamburguesas?

Nico aceptó enseguida, pero Dulce parecía haberse hundido de nuevo, la llevaba cogida de mi mano, mientras su hermano corría delante de nosotros.

—Yo quiero irme a casa, estoy muy cansada.

—¿No quieres que vayamos a ver los gatitos? —Ella negó con la cabeza, entonces le pregunté—: ¿Vuelves a sentirte mal?

Sin levantar los ojos de la acera me respondió:

—Ajá.

—Bien, pues entonces vamos mejor a casa.

Al subirnos en el coche, Nico comenzó a hablar de las peleas de los dragones y los dos nos reíamos con las anécdotas de la película, pero Dulce nos interrumpió:

—Ahora *Hipo* (El protagonista de la película) tampoco tiene papá como Nico y yo.

Aquello fue un mazazo, los tres guardamos silencio durante todo el camino de vuelta a casa. Al llegar quise ayudarle a quitarse todas las cosas que Dulce llevaba encima.

Me senté frente a ella para desabrocharle su abrigo,

—Nena, ¿por qué te pones tantas cosas encima? ¡Gorro, pañuelos, esta mañana hasta llevabas la bufanda y hacía un día genial!

—Es que no quiero que nadie vea lo fea que soy.

Me quedé inmóvil frente a ella y sonreí, creí que se estaba quedando conmigo.

—¿Fea? ¿Tú crees que eres fea?

—Soy horrible, por eso no quiero que nadie me vea la cara.

—Pero cariño... ven, te voy a mostrar algo. —De la mano la llevé hasta el espejo de su dormitorio, le quité el gorro, los pañuelos, los collares y todos los abalorios que llevaba encima—. Mírate cielo, si eres lo más precioso que he visto nunca. —Miré su reflejo en el espejo y mi corazón habló por mí—. Eres tan bonita como tu mamá, tienes sus mismos ojos y esos labios tan preciosos como los de ella. Cielo, no podías ser más perfecta de lo que eres.

—Mamá es muy guapa, ¿verdad, Nick?

—La más bonita del mundo.

Ella se volvió hacia mí, y con los ojos llenos de lágrimas me dijo:

—Entonces, ¿por qué en el colegio me llaman “bicho”? Ese niño tan horrible de la clase de Nico, empezó a decírselo a él y luego todos los de mi clase me lo dijeron a mí.

Estaba perplejo oyendo su confesión, cuando escuché la voz de Nico que desde la puerta nos había estado observando:

—No te dicen “bicho” porque seas fea, Dulce, nos lo dicen porque Matías escuchó hablar a su madre con otras mamás del colegio, que nosotros no teníamos padre porque nos habían fabricado en un laboratorio y por eso mamá está sola, dicen que no somos niños normales, sino bichos.

Aquello ya fue la gota que colmó el vaso, todo lo que los niños estaban sufriendo era por ese rumor que Raquel había dejado crecer, como que se había sometido a una inseminación, la crueldad de algunos mayores había llegado hasta sus hijos, sabiendo estos cómo hacerles daño a personas tan inocentes como mis pequeños.

—¿Por qué no os vais poniendo cómodos? Yo tengo que hacer una llamada de teléfono.

Fui a mi dormitorio y marqué el número de Raquel:

📞 ¡Hola! ¿Cómo va todo?

📞 Raquel, es urgente que vengas a mi casa, he averiguado lo que les sucede a los niños y necesito que estés aquí lo antes posible.

📞 Cojo un taxi y nos vemos.

📞 De acuerdo.

La conversación fue escueta, pero sabía lo preocupada que estaba con lo que le estaba sucediendo a sus hijos, que no necesitó más explicación.

Escuché cómo antes de media hora llamaban a la puerta, abrí y allí parada estaba ella, en su cara se reflejaba la angustia y el cansancio, incluso llevaba puesta la misma ropa del día anterior.

—¿Qué ha pasado Nick? ¿Qué les sucede?

—Ven pasa, será mejor que ellos te cuenten. —La llevé hasta el que ahora era el dormitorio de los niños; al verla, los dos salieron corriendo a abrazarla.

—¡Mami has venido!

—¿Te vas a quedar con nosotros?

—No puedo, todavía queda muchísimo trabajo por hacer, hemos avanzado poquísimo, son vestidos muy difíciles, pero he venido porque Nick me ha dicho que teníais algo que contarme.

Los niños me miraron, pero me llamó tanto la atención la aptitud de Nico, toda su fuerza, su soberbia se quedó en nada. Me miró con sus ojos de niño y

algo avergonzado me dijo:

—Cuéntaselo tú.

—Venid al salón, estaremos más cómodos. —Me siguieron y nos sentamos en el sofá, los dos niños estaban apoyados en su madre, mientras ella los abrazaba—. Raquel, lo que les pasa es que en el colegio algunas madres han hablado de que Nico y Dulce no tienen papá. ¿Vosotros sabéis qué es una inseminación? —Los niños negaron con la cabeza, entonces yo continué—: Mirad, hay veces que algunas mamás, por la razón que sea, no pueden tener sus niños, entonces los médicos les ponen la semillita de los bebés dentro de sus barriguitas y así pueden ser mamás. Eso no es nada malo, ¿verdad? —Los niños volvieron a negar—. Pero, aunque eso es algo bonito, ese no es vuestro caso. —Miré a Raquel y sus ojos cansados comenzaron a derramar lágrimas—. No lo es porque vosotros sí tenéis un papá, que soy yo.

Los ojos de Nico parecían salirse de su preciosa cara y mirando a Raquel le preguntó:

—¿De verdad él es nuestro padre?

Ella acarició su cara, tomó aire intentando que las lágrimas la dejaran hablar y le contestó:

—Sí, cariño, yo tenía muchas ganas de ser mamá y Nick y yo nos quisimos mucho, mucho, y por eso nacisteis vosotros.

Pero la reacción del niño fue brutal, me miró con furia en sus ojos y casi gritándome me preguntó:

—¿Y tú no nos querías? ¡Por eso no vives con nosotros!

—¡No, Nico! —Quise decirle que yo no sabía de su existencia, pero Raquel rompió en llanto y no pude decirle la verdad, apenas era un niño y no iba a comprender en absoluto la razón que llevó a su madre a ocultármelo, ni siquiera yo, que era un adulto, había logrado comprenderlo aún—. Lo que ocurre es que a veces las personas no pueden estar juntas y cada uno tuvimos que vivir muy lejos, mamá pensó que era mucho mejor para vosotros que vivieseis los tres juntos sin mí.

Dulce se puso enfrente de mí y con su preciosa voz me preguntó:

—Entonces, ¿eres mi papá? —Asentí al escucharla, y ella continuó preguntándome—: ¿Y puedo llamarte papá?

No sé qué siente un padre cuando escucha a su bebé llamarlo así la primera vez, pero a mí me pareció la palabra más bonita del mundo dicho por aquella preciosa niña. La abracé mirándola a los ojos y le respondí:

—¡Claro, mi vida! Si tú quieres hacerlo no habrá nada que me gustará

más.

Pero la felicidad no siempre es completa, Nico se fue hacia su habitación, fui a seguirlo, pero Raquel me detuvo.

—Deja que yo hable con él, conozco bien su carácter.

El niño estaba tumbado en la cama y ella desde el mismo quicio le preguntó:

—¿Puedo pasar?

Él se volvió dándole la espalda.

—Nico, ¿por qué no me contaste lo que te estaba pasando?

—¿Qué habrías hecho? ¿Me hubieses dicho la verdad?

—Sabes que sí. Hasta ahora no te había contado nada porque eras muy pequeño, pero ya eres un hombrecito y podías haberme preguntado, de verdad te lo hubiese contado sin ningún problema. Tengo que explicarte muchas cosas, pero quiero que sepas que la razón que me llevó a guardar este pequeño secreto, fue porque, como bien sabes, los chicos de las revistas me preguntan por vosotros, yo no quería que se supiera quién era vuestro padre para que no nos molestaran con sus preguntas, sabes cómo son y seguro que empezarían a hablar de por qué papá y yo no vivíamos juntos, no quería que todo el mundo supiese cosas de nuestra vida que no les interesan a nadie.

—¿Entonces tengo que seguir dejando que los niños me llamen “bicho” para que no sepan nada de Nick?

—¡No, claro que no! Voy a hablar con el director y con tu profesora, ya verás cómo vamos a arreglar todo esto. Además, aunque fuese verdad que me había sometido a una fecundación, es muy cruel que llamen a un niño de ese modo, como te ha explicado Nick, es algo que se hace cuando una mamá tiene mucho amor que dar a un bebé y no puede o no quiere tener a su hijo de otra forma, es entonces cuando la ciencia le ayuda a poder hacer realidad sus sueños. Es muy injusto que alguien juzgue o critique esa forma de ser papás.

Nico sin mirarla, aún respondió:

—Yo no voy a llamarlo papá.

—¿Por qué? Creo que a él le gustaría mucho, ¿no ves lo contento que se ha puesto cuando Dulce se lo dijo?

—Ya veré, otro día, ahora no.

—Seguro que algún día te saldrá solo, y a él no le va a importar esperar.

Ella salió del dormitorio, Dulce estaba sentada a mi lado, estaba tan feliz que no me soltaba de la mano, Raquel sonrió al vernos, entonces le pregunté:

—¿Cómo se lo ha tomado?

Hizo un mohín con su boca y me contestó pausadamente:

—Tiene que asimilarlo aún, no todos los días se encuentra uno a su papá.

Dulce nos interrumpió:

—¡Y tan guapo como este, ¿verdad, mamá?!

Los dos nos pusimos a reír al escucharla, no tuve más remedio que “achucharla” entre mis brazos de nuevo.

Raquel buscó su abrigo y me dijo:

—Tengo que volver a marcharme. No me gustaría hacerlo ahora, pero apenas se han quedado un par de personas de la plantilla de los McLine, nosotras estamos todas trabajando, hasta Francis que es fotógrafa y no creo que hubiese cogido nunca antes una aguja.

—Raquel, aunque tengas que irte se te ve muy cansada, ¿por qué no te das un baño mientras preparo algo de cenar? Comer tendrás que hacerlo y así no será tan violento para Nico estar a solas conmigo.

—¡Sí, mami, vamos a bañarnos juntas, Nick!... —se detuvo y con una sonrisa enorme en su cara continuó—... papá me ha comprado un Tico igualito al que tenemos en casa!

Ella me miró y mostrándome su ropa me contestó:

—La verdad es que no me vendría mal un baño, creo recordar que tenías una bañera bastante “amplia” y realmente, también tengo mucha hambre.

Al ver la picardía con los que sus ojos me miraban me vinieron a la mente tantos recuerdos, que tuve que sujetarme para no ir hacia ella y no dejarla marchar nunca más, pero obviamente me contuve, solté aire y les dije a aquellas dos preciosidades:

—Venga, iros las dos al baño, que echáis “peste”, voy a preparar la cena.

Dulce empezó a reírse a carcajadas y Raquel movió sus labios diciéndome:

—¡Gracias!

Ya tenía la cena casi lista, cuando caí en la cuenta de que Raquel no tenía ropa para cambiarse, busqué entre las cosas de Loren, encontré un vestido vaporoso que tenía en el armario, ella era una maniática de la ropa interior, por eso siempre tenía por estrenar, cogí unas bragas de encaje y me imaginé a Raquel con ellas. ¡Uf! ¿Qué narices me estaba pasando? Toqué en la puerta.

—¿Estáis visibles? ¿Puedo pasar?

—Sí, pasa.

Las encontré a las dos metidas en el baño de espuma, Raquel tenía su pelo recogido en lo alto de la cabeza, mientras le lavaba el suyo a Dulce, la

pequeña me saludó con su mano al verme.

—Te he traído algo para cambiarte.

—Gracias, ¿no le importará a Loren?

—No creo que mucho más que hayáis acabado con su apreciadísimo gel de baño.

Olió la espuma que tenía en sus manos y me contestó:

—Es bastante bueno.

—Sí y carísimo.

Me echó un poco de espuma en la cara, mientras Dulce no paraba de reír.

—No te preocupes, ya le compraré otro, protestón.

Era una visión increíble verla allí, donde hace tantos años, algo más de la edad de Dulce, nos amamos los dos, estaba aún más bonita que antes si cabía. En ese momento la deseaba tanto o más que entonces, qué distinta habría sido nuestras vidas si ella hubiese sido sincera conmigo. El malestar me embargó de nuevo al pensarlo y salí hacia el salón.

—No tardéis, la cena está casi lista.

Me atareé en terminar de preparar la comida, cuando la voz de mi hijo llamó mi atención.

—¿Te ayudo a poner la mesa?

Volví la cabeza y miré a Nico, me gustaba sentir todo ese ajetreo en mi casa.

—¡Claro, ya sabes dónde está todo, en cuanto las chicas terminen en el baño, cenamos!

Desde allí las escuchamos reír a las dos y el niño, ya metido en su tarea, me contestó:

—¡Pues entonces hoy no comemos!

Sonreí al escucharlo. ¡Tenía gracia el “*jodío*”!

Durante la cena le pregunté a Raquel cómo marchaban las cosas; ella, al escucharme, dio un suspiro y me miró.

—Mal Nick, las cosas están muy mal, no vamos a poder tener terminadas nada más que algunas piezas, los modelos que presentamos en esta pasarela son siempre verdaderas joyas, es alta costura, por eso tenemos desde hace años un sitio en pasarela. ¡Todo está saliendo tan mal! Incluso las principales modelos han revocado sus contratos en cuanto se ha sabido, entre ellas tu adorada Loren, aunque para serte franca, no las culpo. No sé si será lo mejor,

pero estoy pensando en aceptar la proposición que me hizo Susan, la exmujer de Herman —la miré interesándome, esa mujer no era para nada “santo de mi devoción”, y no confiaba demasiado en lo que hubiese podido proponerle. Raquel continuó—, quiere que complete la presentación con su colección, ella no ha entrado en pasarela este año, pero la tenía terminada para su presentación autónoma. Perderé gran parte de las ventas, aunque quizás no pierda el puesto para el año próximo. —Resopló y dejó el tenedor sobre el plato—. Estoy desesperada, de verdad, no sé qué voy a hacer.

—Te queda París, ahí puedes hacer la presentación con todos los modelos nuevos.

—Lo sé, Madrid y Barcelona es un buen mercado también, pero la mayor parte de los beneficios de nuestra empresa son de aquí. Cualquiera que se mueva en este mundo lo sabe: Lo que los gurús de la moda neoyorkinos deciden en esta pasarela, es lo que luego prevalece en el resto del mundo.

Miré la mesa llena de comida, ella hablándome de sus problemas, los niños regañando por una tontería, hacía tanto tiempo que no estaba sentado así, en familia, que añoré esos momentos de mi niñez, supe que eso era precisamente lo que quería en ese instante de mi vida, aunque tuviese que ser sin ella a mi lado.

Juntos acostamos a los niños después de seguir una por una todas las exigencias de Dulce hasta llegar al momento de rezar, Raquel se sentó en el filo de su cama y yo me quedé apoyado en el quicio de la puerta mirándolos:

—Señor, gracias por este día, ¡gracias sobre todas, todas, todas las cosas, por mi papá!, que es el papá más guapo y bueno del mundo —Raquel me miró sonriendo, yo tuve que tragar saliva para no ponerme a llorar, ella continuó con su rezo—, cuida mucho de él y de mi mami, de mi abueli, de todas mis titas, de Herman, de los dos Ticos de... —Su madre la interrumpió:

—¡Cariño, ya!

—Pues entonces... ¡Amén!

Luego le tocó a Nico:

—Gracias Señor por este día, por mis padres y hasta por la petarda de Dulce, cuídalos mucho. Amén.

Tuve que salir de la habitación, me ahogaba el nudo que se había formado en mi garganta. Me detuve frente al ventanal que daba a la calle, intentando que nadie viese mis lágrimas.

Ella salió del dormitorio y se detuvo justo detrás de mí.

—Son estupendos, ¿verdad?

Sin darme la vuelta le contesté:

—¿Por qué no me lo dijiste? Has sido tan injusta con nosotros.

—Lo sé y cada vez me arrepiento más de no haberte hecho partícipe de nuestras vidas, pero ya nada puedo solucionar, sino volver a pedirte perdón.

—Al ver que no le contestaba, prosiguió—. Me voy, tengo que seguir trabajando, ya sabes...

—Sí, te llamaré si te necesito.

La escuché cerrar la puerta a la misma vez que yo cerré mis ojos. Quería a esa mujer por encima de todas las cosas, pero la rabia y la impotencia me hacían sentir un rechazo horrible hacia ella, muy superior al amor que le tenía.

10

El lunes llegó y no me quedó más remedio que llevar a los niños a casa de los McLine, era temprano y aunque ellos iban vestidos y desayunados, aún estaba bastante lejos de ser un padre ideal, los pobres no iban en las mejores condiciones.

Uno de sus asistentes nos recibió, los cogió de la mano y los llevó dentro, Dulce se volvió, sonreí al ver lo mal que me había salido su coleta, pero a ella no le importó y con la misma manita en la que llevaba su osito se despidió lanzándome un beso.

—Adiós, papi, ¿luego nos recoges?

—Sí, cariño, intentaré no salir muy tarde y pasaré por vosotros.

Nico volvió la cabeza y me dedicó una sonrisa, ¡ya era un paso adelante con él!

Como un idiota me quedé parado, mirando cómo mis hijos se iban con un extraño, ¿sería eso una premonición de mi futuro si dejaba que Raquel se fuese definitivamente de mi vida?



Los niños estaban algo aburridos, Lissette tuvo que ir al colegio como cualquier lunes normal, su madre no les había dejado llevar nada más que sus libros del colegio, así que mientras Nico intentaba hacer algún ejercicio, Dulce se entretenía pintando. Pero por más que el niño lo intentaba, tenía su cabeza ocupada en un millón de cosas.

¡Se iban a enterar los chulillos que se metían con él en el colegio, ahora tenía un padre que lo defendería! Pero no podía dejar de preguntarse, ¿cómo?, si vivían uno tan lejos del otro. De pronto, la voz de un hombre que entraba en el salón llamó su atención:

—¡Hombre, pero si están aquí mis jóvenes invitados! ¿Sabéis quién soy yo?

—Mi papá nos ha dicho que usted es el abuelo de Lissette —dijo la pequeña Dulce.

—¿Tu papá? Así que ya lo sabéis. A ver, ven pequeña, déjame que te mire. —Larry levantó la carita de la niña y sonrió—. Te pareces mucho a tu

abuela y a tu madre, vas a ser una preciosidad como ellas. ¿Y tú caballerete, no tienes nada que decir? —El niño negó con la cabeza, pero el hombre al mirarlo dijo sorprendido—. ¡Joder, muchacho, cuánto te pareces a tu padre, aunque no te lo hubiesen dicho habrías terminado sabiéndolo! —Se rio con ganas—. ¡Es que eres clavado a él! —Cosa que pareció agradarle a Nico, porque en su cara se pintó una sonrisa—. ¿Por qué no me acompañáis al invernadero?, quiero trasplantar algunas plantas y voy a necesitar a dos ayudantes, así, fuertes como vosotros.

Al final, la mañana transcurrió entretenida para los niños, estresante para Raquel que no conseguían lograr sus objetivos, y melancólica para Nick, que no encontraba la manera de concentrarse en nada, igual que un padre primerizo pensando que había dejado solos y abandonados a sus hijos.

Sobre las cinco de la tarde llegó Susan con la pequeña Lissette. A la niña le encantó la idea de encontrarse a sus amigos en casa y en seguida se pusieron a jugar los tres.

—¡Vamos a jugar al escondite, Dulce tú no buscas, ¿de acuerdo?!

—¡Ajá!

Los dos niños echaron a correr mientras la pequeña “contaba”... a su manera.

—Uno, dos, tres, ocho, cuatro...

—¡Corre, Lissette, vamos a escondernos detrás de ese mueble!

Los pequeños, entre risas se escondieron, mientras Dulce los buscaba por toda la casa, en ese momento los dos guardaron silencio para no ser encontrados. La madre de Lissette y Larry entraron en el salón, cerrando las enormes puertas correderas tras de sí.

—¡Susan, quiero que me cuentes toda la verdad, bastante mal me sentí cuando me obligaste a hacer efectivo el papel que entre bromas firmamos Wilson y yo! No me vengas ahora con tonterías, sé que tú has tenido algo que ver en todo esto, he estado hablando con el encargado del almacén y se ha negado a contarme nada, me ha dicho que te preguntase a ti.

Susan se dirigió hacia el mueble, se puso en un vaso hielo y un poco de whisky, le dio un sorbo y tomó asiento.

—No te pega demasiado el papel de hombre íntegro Larry, no fuiste tan tiquismiquis cuando llegaron los primeros ingresos, además, sabes que era el único modo que tuvimos para no ir a la quiebra, los beneficios que han generado nuestra asociación salvaron a la empresa de un cierre seguro y en definitiva a ellas tampoco les ha ido tan mal en esta asociación.

—¡No te desvíes del tema! ¿Qué ha ocurrido con la colección de Raquel? Sé que tienes algo que ver en eso, ha sido demasiada casualidad, tú con la tuya terminada, aun sabiendo que no saldrías en pasarela y ella con toda su colección desaparecida.

Ella sonrió mientras se ponía un poco más de whisky en su vaso.

—La suerte hay que buscarla en algunas ocasiones.

Larry la miró.

—No tenías que haber hecho algo así.

—Sí, sí tenía que hacerlo, el próximo año finaliza el contrato que firmamos, si a tu querida protegida no le interesa renovarlo y no conseguimos estar en pasarela estaremos muertos. ¿Comprendes? Por eso vas a estar calladito y aguantarte las ganas de hacerte ahora el bueno. Si ella no consigue las ventas de este año, volveremos a tener la sartén por el mango, no podrá recuperarse en un año, aunque presente colección en otras pasarelas nos necesitará para poder salir adelante de nuevo.

—Esto es muy peligroso, si nos descubren podrán acusarnos en firme de robo, además de un montón de cargos más. Podríamos ir a la cárcel por años. ¿La ropa está a buen recaudo?

—Sí, están en nuestro almacén de Brooklyn, lejos de ella, no he querido hacer nada hasta que la policía no se tranquilice, luego la quemaré.

—Sigue sin gustarme la idea, pero si tú dices que es la única solución...

—Déjalo en mis manos, tú relájate y disfruta, nadie saldrá demasiado dañado de esto, solo lo suficientemente tocados.

De pronto se abrió la puerta del salón y apareció Dulce.

—¿Habéis visto a Nico y a Lissette?

—No nena, estarán en el jardín.

La niña salió corriendo llamándolos, mientras ellos seguían escondidos en silencio detrás del sillón, habían comprendido perfectamente la conversación que acababan de escuchar, así que decidieron permanecer escondidos hasta que vieron salir a los mayores hacia la terraza.

—Nico prométeme que no dirás nada, tú los has escuchado, si la policía se entera mi abuelito y mi mamá irán a la cárcel y yo me quedaré sola, papá ya no vive aquí.

—¡Pero Lissette, mi mamá está muy preocupada, lleva trabajando muchos días y tu madre tiene toda la ropa escondida!

—¡Nico, no se lo puedes decir a nadie, por favor, prométemelo!

El pequeño vio la cara de preocupación de su amiga con su dedo meñique extendido, para hacer que él le hiciese la promesa. Y accedió, aun sabiendo que aquello era algo que no estaba bien.

—Vámonos de aquí, o Dulce nunca nos encontrará.

Sobre las seis y media de la tarde, Nick llegó hasta la casa de los McLine para recoger a los niños. En cuanto el mayordomo abrió la puerta escuchó la voz de Susan:

—Gracias, Diego, ¿por qué no va a buscar a los hijos de Nick?, deben de estar jugando en el jardín con Lissette.

La mujer salió al encuentro de su viejo “amigo”.

—¡Vaya, vaya! ¡Cuánto tiempo sin dejarte ver! Y además cuando lo haces, a lo grande. —Nick seguía parado en la puerta con sus manos en los bolsillos, tan solo la saludó con un gesto de su cabeza—. Pero, por favor, pasa, Larry estará encantado de volver a verte, desde que te negaste a seguir trabajando para nosotros, te ha echado mucho de menos, sabes que eras como un hijo para él y un “encantador” cuñado para mí. —Ella cogió su corbata entre sus dedos mientras le hablaba—. Aunque por lo que he escuchado, en tu bufete no cayó demasiado bien la noticia y las malas lenguas dicen que te costó el puesto de socio, en ese momento me hubiese gustado tanto consolarte, pero tú no cogías mis llamadas y ahora comprendo perfectamente tus motivos.

Con un elegante movimiento le quitó la corbata de entre sus dedos.

—Déjate de tonterías, Susan, sabes bien que os dejé cuando me enteré que fuiste tú quien convenciste a Larry para hacerle aquella putada a Raquel, cuando Herman me lo contó no podía crérmelo y por lo referente a nosotros, no quiero ni recordar aquella estupidez.

—Bueno, no fue tanta estupidez, o por lo menos no decías eso mientras me follabas de aquel modo tan bestial. Nick, te he echado mucho de menos, pocos saben hacerlo tan bien como tú, daría cualquier cosa por volver a estar contigo.

—¡Cállate, hazme el favor, Larry puede oírte! Y todo aquello ocurrió porque tú fuiste la que me follaste a mí, te metiste, literalmente, en mi cama.

—Eso es verdad, aunque si no recuerdo mal, tampoco te hiciste demasiado de rogar.

—Estaba pasando el peor momento de mi vida después de terminar con Raquel y simplemente tomé lo que me diste. No fue nada más, ni significó nada y todo terminó ahí.

La voz de Dulce interrumpió su conversación, mientras la niña se acercaba a su padre con los brazos abiertos en una carrera.

—¡Papi, ya estás aquí! Nico y Lissette se escondieron hace mucho rato para que los buscara y no los encuentre.

Nick se agachó para recibirla, cambiando su cara por completo al verla.

—¡Ven aquí, princesa, te he echado mucho de menos! —La abrazó lleno de amor.

La niña acarició la cara de su padre, y a la vez que lo besaba le dijo:

—Y yo a ti, mucho, mucho, mucho.

—¡Esto sí que no me lo hubiese esperado nunca, ni en mil años te hacía ejerciendo de padrazo!

Nick se puso en pie llevando a su pequeña en brazos.

—¡Sorpresas que da la vida!

—¿Y esa preciosa novia tuya? ¿Qué opina de todo esto?

—¡Nada, ella no opina nada! —Apartó la mirada de Susan y con la voz bastante subida de tono, llamó a su hijo—: Nico, ¿vienes o me marcho sin ti?

—¡Ya voy, ya voy! Lo del título de padre os lo dan cuando aprendéis a gritar, ¿verdad?

—Susan, si no os importa, mañana los traeré a la misma hora, aunque intentaré llevármelos al mediodía.

—De acuerdo, sabes que siempre es un “placer” verte por aquí.

—Niños, dad las gracias a Susan por haberos permitido pasar el día aquí.

—¡Gracias, señora McLine!

Ya de vuelta, compramos unas hamburguesas para comérmolas en casa. Las tornas habían cambiado, ese día era Dulce la que no dejaba de hablar y Nico no cruzaba palabra. Ya acomodados y mientras comíamos me atreví, aunque con algo de precaución porque iba conociendo su carácter, por su estado de ánimo.

—Nico, ¿qué ocurre? Te veo muy callado. ¿Has tenido algún problema en casa de los McLine?

El niño, sin mirarme, negó con la cabeza. Por miedo a alguna contestación a destiempo decidí guardar silencio. En ese mismo momento mi teléfono sonó, miré la pantalla y vi que era el número de Raquel, antes de descolgarlo le dije a los niños:

—¡Es mamá!

■ Hola, ¿cómo van las cosas?

Raquel no pudo contestarme, directamente se puso a llorar.

■ Raquel, ¿qué ocurre? ¿Te ha pasado algo más?

■ ¡Oh, Nick! Esto es horrible, parte de los tejidos que pedimos, no nos han llegado, contraté modistas, pero no han aparecido, estoy desesperada, esto es un caos total.

■ Raquel, cálmate, estás cansada y por eso lo ves todo negro.

■ No, no es por eso, solo tenemos tres piezas terminadas, no nos han llegado los encajes y... —De nuevo rompió a llorar—. ¿Y... y los niños?

■ Los niños están bien, pero no voy a pasártelos hasta que no te calmes.

Ella respiró profundamente y me contestó:

■ ¡Ya, dame un segundo!... ¡Pásamelos, por favor, necesito escucharlos!

Tapé el micro del teléfono y les dije a los niños:

—Mamá quiere hablar con vosotros, está un poco triste, intentad animarla.

El pequeño sin rechistar cogió el teléfono:

■ ¡Hola, mami! ¿qué te pasa?

■ Nada, mi cielo, es que estoy muy cansada y os echo mucho de menos.

■ ¿Dime si yo puedo ayudarte en algo?

■ Ojalá, cariño, si supieses coser te aseguro que también estarías aquí. Pero puedes ayudarme cuidando mucho de Dulce y obedeciendo a Nick, ¿de acuerdo?

■ Sí, mami, no te preocupes, te voy a pasar con ella.

La pequeña cogió el teléfono y sin ser consciente del enorme problema que tenía su madre al ponerse le dijo:

■ Mami, ¿te cuento un secreto?

■ Dime, cariño.

■ Creo que Nico se ha hecho novio de Lissette, porque nos pusimos

a jugar al escondite y no los he encontrado ni una vez, seguro que estaban dándose besitos. ¡*muamuamua!*

Sonreí al ver la cara que ponía Dulce imitando a lo que ella creía que había estado haciendo su hermano, cosa que a este no le hizo la mínima gracia, pero su madre lejos de divertirse la ocurrencia de su hija, casi la regañó:

■ Cariño, por favor no hagas rabiar a Nico, sabes que se enfada muy pronto, sé buena, ¿de acuerdo?

■ Sí, mamita.

La pequeña me pasó el teléfono dándose cuenta de que a su madre le ocurría algo.

—Papi, dile algo bonito a mamá, de verdad está muy triste.

■ Raquel, ¿quieres que vaya a recogerte? Por favor, ven un rato a casa, estoy seguro de que no habrás descansado nada.

■ No, Nick, no puedo, tengo que intentar terminar por lo menos otro vestido.

■ De acuerdo, no te voy a insistir para no ponerte más nerviosa, pero me gustaría de verdad que estuvieses aquí, por favor, cuídate.

■ Nick.

■ Dime.

■ No sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí cuidando a los niños.

■ No te preocupes, los dos se están portando muy bien.

Colgué el teléfono y me quedé pensando, tenía un verdadero problema y lo estaba intentando afrontar como siempre lo hacía, sola.

—Nick.

—Dime, Nico.

—¿Qué puede pasarle a mamá si no enseña sus vestidos?

—Bueno, puede tener algunos problemas, si no “enseña” como tú dices sus vestidos el jueves, porque la gente no podrá verlos ni comprarlos, pero tú no te preocupes, ya verás cómo ella lo soluciona.

El niño agachó sus ojos y apenas con un susurro de voz, me dijo:

—¿Sabes que mamá siempre trabaja mucho?

—Sí, lo sé.

— todo esto hará que aún tenga que trabajar más, ¿verdad?

—Seguramente. —Vi con claridad la inquietud en su rostro, él sabía algo, así que de un modo algo imperativo le increpé para que me contase—. Nico,

tienes algo que decirme y debe de ser muy importante cuando te tiene tan mal.

—Es que he dado mi palabra de que no lo contaría.

—Bueno, si ves que guardando silencio no haces daño a nadie, adelante, pero si crees que puede ser malo me parece que deberías confiar en mí y contármelo, intentaré ayudarte en lo que pueda.

El niño cogió su plato y lo llevó hasta el fregadero. Pensé que quizás la presencia de Dulce le impedía abrirse a mí y le dije a la pequeña:

—¿Por qué no vas a prepararte para la cama y te vas lavando?

Ella asintió sonriendo, llevó su plato al fregadero y entró en el dormitorio para coger su pijama.

Nico se sentó frente a mí.

—Me tienes que prometer, si te lo cuento, que la mamá de Lissette y su abuelo no irán a la cárcel.

¡¿Susan?! ¿Por qué no me extrañaba que ella saliese en esa conversación?

—Debe de ser una acusación muy importante la que quieres hacer, si piensas que hasta pueden ir a la cárcel.

—¡Prométemelo!

—De acuerdo, cuéntame y te diré si puedo hacerlo o no.

—¡No, Nick! Si no me lo prometes, no te contaré nada.

—Bien, tú ganas, te lo prometo, cuéntame todo lo que sepas.

—Yo no me he hecho novio de Lissette. Es que... nosotros estábamos escondidos, pero la tonta de Dulce no nos encontraba.

—¡Ah, bueno, eso no es malo!

—No, lo que ocurre es que mientras estábamos escondidos, llegó la mamá y el abuelo de Lissette y los escuchamos hablar.

—¿Sobre qué Nico? ¿De qué hablaron?

—El señor McLine le regañaba a Susan por haber escondido la ropa de mamá.

Sentí como si algo me estallara en la misma cara, me acerqué a Nico y le cogí por los brazos.

—¡Hijo, intenta recordar con exactitud de qué hablaron!

—¡Pues eso!, que él le preguntaba si ella sabía dónde estaba la ropa y le contestó que estaba escondida en un almacén lejos de mamá y que la quería quemar.

—¿No escuchaste algún nombre de la calle o del almacén?

—Dijo un nombre que sale mucho en las películas... Bro, bro...

—¡Brooklyn! ¡¿Escuchaste decir que estaba en su almacén de Brooklyn?!

—Sí. —Intenté levantarme, pero él me agarró con fuerza de la manga de mi camisa—. ¡Me lo has prometido, no puedes llamar a la policía, no quiero que Lissette se encuentre sola, se lo he prometido y tú a mí!

—Dulce, ¿te has puesto ya el pijama?

La niña respondió desde el dormitorio:

—Sí.

—¡Pues no importa, ponte el abrigo así mismo, nos vamos!

La estampa era de película surrealista, los tres montados en el coche camino al almacén, cuando lo lógico hubiese sido llamar a la policía, pero sin pruebas sabía que tampoco conseguirían una orden de registro y quizás si Susan se enteraba de que sospechábamos dónde estaba la ropa, hiciese realidad la amenaza de quemarla. Tampoco quise avisar a Raquel, necesitaba saber si de verdad estaba allí o todo había sido fruto de la imaginación de Nico.

Ya había estado con Herman en el almacén en alguna ocasión, así que directamente fui hacia la parte trasera, me daba miedo dejarlos solos en el coche y confiaba que desde algunas de sus ventanas pudiese ver algo y llamar a la policía. Miré por cada una de ellas, pero no se veía nada más que cajas amontonadas. Escuché a Nico llamarme:

—Nick, esta ventana está abierta, vamos a entrar.

—¡No, Nico, espera, espera! —El niño no me hizo ningún caso y entró.

Cogí a la pequeña en brazos corriendo detrás de él, intenté llamarlo entre susurros, pero el niño no obedecía.

—Nico, ven aquí, ¡Nico!

Lo buscaba por todos lados, pero aquel mocosito corría de un lado a otro. Él conocía de sobra los contenedores en que la empresa de su madre hacía todos los transportes de ropa.

—¡Dios mío, niño, ¿dónde estás?! ¡Hay cámaras, te van a ver!

—Nick, ¡ven, están aquí, corre!

Con la niña en brazos, corrí hacia él, se detuvo justo delante de dos contenedores rojos.

—¡Son estos, estoy seguro!

Miré la etiqueta y tenía escrito Grupo McLine & Lebrón.

Nico, estos no son, la de tu madre lleva la etiqueta de vuestra empresa nada más.

—No, Nick, mira, llevan aquí abajo pintada la tortuga.

—¿Qué es eso de una tortuga?

Dulce cogió mi cara y me dijo:

—Es que la tita Yoli decía que cuando Nico nació, mamá siempre lo llevaba tan tapado que ella decía que parecía una tortuguita, solo se le veía la cabeza, por eso siempre pintan una en todas las cosas de la empresa. — Señalando hacia el dibujo prosiguió—: ¡Ves, y el lazo rosa se lo pusieron cuando nací yo!

No me quedó más remedio que darle un beso en esa preciosísima cara y les dije:

—Vamos a llamar a...

—¡Alto! ¿Quién anda ahí? ¡No se muevan!

Durante un instante no supe qué hacer, pero salir corriendo con dos críos delante de un más que asustado vigilante con una pistola, no era la mejor solución.

Aclarado quién era, pude convencerlo para que llamara a los McLine mejor que a la policía y que se cerciorase así que no era un cutre ladrón que se llevaba a sus propios hijos para hacer sus “trabajillos”.

📞 Señora McLine disculpe que la moleste, soy el guardia de su almacén de Brooklyn, he encontrado dentro a un tal Nicolás Harrison, dice que tiene su permiso para estar aquí y me ha pedido que la avise a usted, ¿qué hago, llamo a la policía?

📞 No, por favor, no llame a nadie, él tenía mi permiso para estar ahí, por favor, pásame el teléfono.

Si en ese momento la hubiese tenido delante, juro que no sé qué le habría hecho, y sin poder disimular mi más que evidente cabreo le grité con todas mis fuerzas:

📞 ¡Susan, nunca pensé que caerías aún más bajo de lo que ya lo hiciste! ¡Ven ahora mismo al almacén!

📞 Nick, lo puedo explicar.

📞 Seguro que sí, pero se lo vas a explicar a Raquel, ella verá lo que hace contigo.

Colgué el teléfono lleno de rabia, pero Nico cogió mi mano.

—Papá, me lo prometiste, si le dices a mamá que Susan escondió la ropa,

seguro que ella llama a la policía.

¡Me había llamado papá! La primera vez que Nico lo hacía y aunque tenía motivos de sobra para quitar a ese mal bicho del medio, se lo había prometido a mi hijo.

Esperé que Susan llegase y antes de escuchar ninguna de sus absurdas excusas le dije:

—Ahora mismo coge tú teléfono y llama a Raquel, le vas a decir que alguien cometió un error y llevaron los contenedores a tu almacén. No nos vamos a mover de aquí ninguno hasta que todo esto no se aclare, no me fío para nada de ti y eres capaz de hacerlo desaparecer de nuevo.

—Nick, escúchame, ha debido de ser algo así, yo, yo no sé...

—¡Déjate de tonterías y da gracias a Nico que le ha hecho una promesa a tu hija! Si no, ahora mismo estaría aquí toda la policía, bastante castigo va a ser para ti saber que tu hija pensará siempre que su madre es una ladrona.

Ella sacó su teléfono y marcó.

📞 Raquel, estoy llamándote desde uno de mis almacenes, acaban de avisarme de que la ropa ha aparecido, alguien se equivocó y guardaron aquí tus contenedores, todo está embalado sin ningún daño, voy a avisar para que los tengáis en los salones a primera hora.

📞 ¿Qué estás diciendo Susan? Pero ¿cómo ha sucedido? ¿Quién ha sido?

📞 Ya buscaré responsables mañana, no te preocupes, quien haya sido lo pagará muy caro.

📞 ¡Gracias Susan, muchas gracias!

Colgó el teléfono y me dijo:

—¿Contento?

—Claro que no, tú misma le vas a tener que contar todo esto a Raquel cuando las cosas se calmen, no creas que te vas a salir con la tuya de nuevo, pienso hablar sobre esto con Herman, de algún modo tiene que pararte los pies.

No me moví de allí hasta que avisó a la gente del almacén con las órdenes del envío, cuando vi que el peligro había pasado, cogí a mis hijos de las manos y nos marchamos, antes de que aquella loca le diera por hacer alguna más de las suyas.

No había llegado al coche cuando ya tenía una llamada de Raquel, les hice señas a los niños para que guardaran silencio, pero puse el altavoz de mi teléfono para que ellos pudiesen oírla:

👉 Dime, Raquel.

El ruido que había era ensordecedor, se escuchaban gritos y hasta me pareció escuchar a alguien cantando.

👉 ¡Nick, han aparecido los contenedores con la ropa, han aparecido! Y al parecer sin daños, por lo visto todo se ha debido a un simple error.

👉 Me alegro muchísimo, ¿necesitas algo?, ¿quieres que vaya a recogerte?

👉 No, Nick, tenemos que recoger todo esto y organizarnos, en cuanto termine pasaré por tu casa para recoger a los niños, ya no te molestarán más.

👉 Raquel, los niños no me molestan, y ya es muy tarde, mejor te los acerco cuando yo me vaya mañana al despacho, ¿te parece? Por lo menos podrás descansar esta noche.

👉 Tienes razón, es tarde y así no tendré que levantarlos de la cama.

Dulce se rio al escucharla, le indiqué con el dedo en mis labios para que guardara silencio, ella se tapó la boquita con sus manos para impedir que su mamá la escuchase.

👉 Entonces, hasta mañana, Raquel, me alegro de que todo se haya solucionado.

👉 ¡Nick, te quiero muchísimo, un millón de gracias por todo!

Cuando colgué el teléfono los niños comenzaron a aplaudir y a gritar llenos de euforia. Pero a mí se me quedó clavada esa frase que seguramente solo sería por el momento de alegría, pero ese *“te quiero”* pareció grabármese a fuego, si ella supiese que hace unos años hubiese dado mi vida por escuchárselo decir, que había estado un millón de veces por haberle mandado un correo diciéndole cuánto la echaba de menos y que desde entonces me costaba levantarme cada mañana por no tenerla a mi lado.

Ya en casa acosté a los niños y después de una ducha lo hice yo, en la oscuridad de mi habitación a solas, no podía hacer otra cosa que pensar en ella, en las pocas, pero intensas veces que estuvimos juntos, de lo preciosa que estaba el día de la boda de Herman, su mirada, su sonrisa, lo maravillosa que era con los niños, no había nada de esa mujer que no me gustase, bueno sí, sí lo había. Me había engañado con algo con lo que no merecía perdón. Sobre la mesita de noche, vi la invitación que me habían enviado mis padres para su aniversario que sería ese fin de semana, en un principio no quería ir,

Loren trabajaría toda la semana y solo no me apetecía hacerlo, pero quizás esa fuese la mejor ocasión para darles un particular “regalo” de aniversario a mis padres, un justo castigo para ella y ganar unos días para tenerlos un poco más conmigo.

Al día siguiente llevé a los críos hasta el hotel, los niños se habían acostado tarde y los dos iban prácticamente dormidos, yo llevaba a Dulce en brazos, pensé que sería demasiado temprano también para Raquel, pero al abrir la puerta allí estaba, radiante, arreglada y atacada de los nervios, pero eso sí, preparada para empezar de nuevo. Al vernos, abrazó a Nico:

—¡Hola, cariño mío! ¡Te veo guapísimo!

—¡Mamáááá! ¡Déjame, tengo mucho sueño!

—¡Oh, permíteme que te ayude con mi niña!

—Deja, ya entro yo a “tu niña”, que pesa bastante, por cierto.

Se abrazó a nosotros dos.

—¡Gracias, gracias!

—¡De acuerdo, pero déjame que acueste a Dulce, llevo los brazos dormidos!

—Pasa, pasa, déjala sobre mi cama.

Cuando entré, Nico se había acostado también, puse a la niña a su lado y le di un beso a cada uno. Al salir al saloncito la vi de un lado para otro sin parar.

—¡Me parece increíble que todo se haya solucionado! ¡No he vuelto a hablar con Susan, pero me han avisado que ya han llevado los contenedores hasta el salón! ¡Oh, Nick! Me veía sumida en otra crisis, ahora solo queda rezar para que guste la colección, lo único que faltaba es que ahora no sea del agrado de los críticos. ¿Quieres una taza de café? Acaban de subírmelo.

La cogí de los brazos y la detuve frente a mí.

—Vamos a ver, relájate, respira hondo, ya se solucionó todo y estoy seguro de que otro año más tu colección va a ser un éxito, ¿de acuerdo?

Ella sin dejar de sonreír, sopló, e intentó relajarse, pero de pronto me miró a los ojos y me dijo:

—Nick, no puedo más que darle gracias a Dios por mi vida, lo tengo casi todo, mi familia está sana, mi trabajo marcha, solo me falta una cosa.

Apreté con fuerzas sus brazos, al tenerla frente a mí me entró ganas de estrecharla y besarla, pero la realidad se apoderó de mí de nuevo.

—Raquel, tengo que irme, tengo una importantísima reunión a primera hora.

—¡Lo comprendo, soy una estúpida, nada más que pensando en mí! ¡Pero Nick, necesito un último favor y te prometo que ni uno más! —La miré con ojos de resignación, ella tomó eso como un sí—. Si pudieses quedarte con ellos por las tardes, va a ser horrible para ellos estar todo el día con los preparativos, va a ser de locura. ¡Pero nunca más, te prometo que nunca más te vuelvo a molestar del modo en que lo he hecho esta semana!

—Escúchame, no tengo ningún problema en quedarme con los niños, incluso en ir al desfile, no es ningún favor, pero yo sí necesito que tú me hagas uno a mí. ¿Hasta cuándo vais a estar aquí?

—No sé, el viernes o el sábado, depende un poco de cómo vayan las cosas. Dime qué necesitas.

—Quiero que retrases unos días vuestra partida, mis padres dan el viernes una fiesta y me gustaría que me acompañéis para que ellos conozcan a los niños y así pasar un poco más de tiempo juntos.

—Nick, es justo lo que pides, podemos retrasar la salida, solo podrá ser hasta el domingo, porque los niños tienen colegio el lunes. Aunque con respecto a lo de tus padres, no creo que yo deba acompañarte, si quieres llévatelos a ellos, no hay problema, sé que cuando sepan lo que te hice, no creo que les haga mucha gracia conocerme.

—No te preocupes demasiado por eso, seguro que mi padre encuentra el modo de hacerme a mí culpable de todo. ¡Y además, señorita, no creo que esté usted en modo alguno de negociación! Me lo debes y no me voy a tragar yo solo el paquete que nos espera.

Raquel

No me quedó más remedio que aceptar, bastante le había hecho ya la puñeta.

—De acuerdo. ¡Y que sea lo que Dios quiera!

Nick me dio un beso en la mejilla y se marchó camino a su trabajo.

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué en la mejilla? ¿Por qué no volvía a besarme como una vez lo hizo? No podía haberme olvidado de ese modo tan cruel. Es verdad que yo tenía la culpa de todo, pero cuando me miraba había magia. Y lo peor de todo es que tenía razón, yo había sido la única culpable de haberlo perdido, ahora estaba tomando de mi propia medicina.

Los días siguientes, fueron de locura, los niños estaban toda la mañana conmigo entre las pruebas de las modelos, aunque de verdad pensé que aquello iba a ser algo parecido a un castigo para ellos, más bien fue todo lo contrario. Nico disfrutaba como loco entre los mimos de todas las top y Dulce se lo pasaba metida entre los vestidos y zapatos, no sé a quién le hizo más fotos Francis, si a ella o a las modelos que se probaban nuestros vestidos. Luego, por las tardes, cuando Nick terminaba su trabajo los recogía, un día los llevó al American Museum of Natural History con la mayor colección del mundo, y más de 35 millones de objetos, el museo hacía un repaso a la historia de la Tierra y del hombre, pero lo que más les gustó, fue la espectacular sala de los dinosaurios y no dejaban de hablar del impresionante esqueleto de 29 metros de ballena azul, pero terminaron tan cansados que casi no llegan al hotel. En cambio, la tarde del miércoles la pasaron en el Dylan's Candy Bar. Todo parecía normal hasta que cruzaron su puerta, eso suponía entrar en un mundo de colores, formas y fantasía repleto de estantes de chocolate, escaleras de caramelo o piruletas gigantes. Con la mayor selección de dulces y regalos de todo el mundo: más de 7000 productos diferentes. El problema de aquella noche fue que los dos tenían un nivel de azúcar tan alto, que era prácticamente imposible acostarlos, tuve que bajarlos a la sala de fiestas del hotel, donde mis compañeras se tomaban la “penúltima” antes de acostarse y dejarlos bailar hasta que cayeron rendidos.

¡Y por fin el gran día! Después de la noche de “juerga” de mis dos retoños no había forma humana de levantarlos, no tuve más remedio que mandarles un mensaje a Nick para que viniese en mi ayuda, era un día importantísimo y ninguna de mis compañeras podía quedarse con ellos. Le había prometido no volver a pedirle ayuda, ¡pero al fin y al cabo la idea de rellenarlos de dulces había sido de él! Tocaron en la puerta; al abrir lo vi, tenía una mano apoyada en el quicio y la otra metida en el bolsillo de su pantalón.

La primera impresión al verlo fue gritarle: “Ole tú”, pero me contuve, junté mis manos y susurrando le dije:

—¡Perdón, perdón, perdón! Sé que te pedí que te quedaras con ellos por la tarde solamente, pero en parte esto es culpa tuya, ¿cuántos kilos de caramelos se comieron ayer? Creo que estuvieron a punto de sufrir un coma diabético.

Él sonrió al escucharme y me sorprendió de nuevo:

—No sigas, ya vengo convencido de casa. Sabía que hoy te haría falta, he cogido unos días libres y estoy a tu entera disposición hasta el lunes.

Lo abracé en parte en broma, en parte “en serio”.

—¡Gracias, gracias!

Nos miramos a los ojos, se acercó hasta mí, rodeándome con sus brazos.

—Raquel yo... —El corazón me iba a estallar, me acerqué a sus labios y...

—¡Hola, papi!

Y nos separamos otra vez.

—¡Hola, princesa! ¿Ya te despertaste? —Nick pasó y cogió a la pequeña en brazos—. ¿Quieres que vayamos a desayunar a Magnolia Bakery?, es uno de mis sitios preferidos, preparan los mejores cake del mundo.

Cogí mi bolso y mi abrigo y poniéndome bien seria les dije a los dos:

—¡Ni un solo dulce más, o a partir de ahora tú te haces cargo de todos los gastos del dentista! ¿Me entendéis los dos? —Ellos pusieron su cara frente a frente y empezaron a hacer mohínes riéndose de mí. Me entró ganas de abrazarlos y achucharlos con fuerza, pero muy en plan madre volví a avisarles—: ¡Ni uno, ¿me entendéis? ni uno!

—De acuerdo, mandona, ¿a qué hora tenemos que estar allí?

—A las cuatro y media está bien, sobre el mueble tenéis las invitaciones, encima de mi cama te he dejado la ropa que se tienen que poner para el desfile. ¡No dejes por nada del mundo que este pequeño demonio disfrazado de niña te convenza de ponérselo antes, es blanco y sabré enseguida si me habéis hecho caso o no! —Nick y Dulce, que seguía entre sus brazos, comenzaron a empujarme hacia la puerta para que dejara de dar órdenes.

—Sí, sí, mi sargento.



En cuanto se cerró la puerta la pequeña miró a su padre, le acarició el pelo, dándole un besito en la cara y le dijo poniendo una de sus más dulces vocecitas:

—Me vas a dejar que me ponga el vestido ahora, ¿verdad? Es que es el vestido que más, más, más, me ha gustado en toda mi vida. —Juntó sus manitas y prosiguió con su ruego—: Porfi, porfi, porfi.

Su padre dio una enorme carcajada al escucharla, preguntándose: ¿Cómo Raquel podía conocerla tan bien?

A la hora que les marqué, mis tres amores estaban allí, eso sí, de “punta en

blanco” como yo les había indicado. Ellos se acercaron hasta el *backstage*, donde todo mi equipo andaban al cien por cien dando los últimos toques a las modelos, peluqueros, maquilladores, modistas... Al final podíamos mostrar todo nuestro trabajo, hasta los tres modelos que habíamos conseguido terminar en nuestra frenética carrera contra el tiempo. En aquellos horribles días decidimos que lo poco que hubiésemos podido presentar fuese algo espectacular y así resultó. También me sentía muy agradecida a mis socios por todo su apoyo, sabía el favor que les hacía a los McLine dejándoles presentar algunos de sus modelos, y tuvieron su representación en nuestra pasarela.

Estaba enfrascada en intentar que uno de mis vestidos luciera en el esquelético cuerpo de una de las modelos que a última hora pudimos conseguir. Pero ni modo, habría que conformarse con lo que había, aunque para nada me gustaba ese prototipo de mujer para mostrar mi trabajo. Todas esas pequeñas nimiedades dejaron de tener importancia cuando vi a Nico correr hacia mí y abrazarse con fuerza a mis piernas.

—¡Cariño mío, me vas a tirar! A ver, déjame que te vea, ¡estás guapísimo!

—¿Verdad? Me ha peinado papá, ¿me dejó bien?

Alcé los ojos, vi la sonrisa de Nick mirando con satisfacción a su hijo.

—Pues claro, ¿no ves que sois como dos calcomanías?

Ellos chocaron sus “cinco”, me levanté y besé a Dulce que estaba en brazos de Nick e instintivamente sin darme cuenta lo besé también a él, pero en los labios. Los dos nos miramos sorprendidos.

—Perdona, fue sin querer.

Sonrió y les dijo a los niños:

—¡Vamos a tomar asiento, aquí estorbamos, bastante nerviosa está vuestra madre! —Sonreí al verlos marcharse, acaricié mis labios recordando los suyos y de nuevo volví a mi realidad de ese momento.

¡Y comenzó todo! Yo no quería ni mirar. Hasta que las buenas vibraciones no llegaron hasta mí no volví a retomar mi don de mando, y de nuevo empecé a dar órdenes de salida y los retoques a las modelos antes de salir. Cuando por fin les llegó el turno a las dos últimas me tapé los oídos y cerré los ojos, me daba miedo ver la reacción del público. Pero, afortunadamente los aplausos atravesaron mis manos, la ovación fue mayúscula.

—¡Sal, Raquel, sal! ¡Te están reclamando!

Intenté recomponerme el pelo, que en ese momento estaba hecho una maraña, alisé mi ropa con las manos y salí durante un instante a la pasarela. Los aplausos y vítores eran ensordecedores, pero sobre todos ellos, escuché las voces de mis hijos y de Nick, los miré a los tres y les lancé un beso que salió directo desde el corazón.

Todo eran felicitaciones y buenas impresiones, sobre todo con mis compañeras. Nos abrazábamos entre risas y llantos, eran muchas las horas que pasábamos juntas luchando por nuestra empresa. Hasta nosotras se acercó un hombre cuyo acento reconocería ya a esas alturas en cualquier parte, y con el cual llevaba años tonteando, los continuos halagos de alguien que para mí era todo un icono, no hacía otra cosa que atraerme muchísimo. En alguno de sus viajes a Madrid habíamos quedado para salir, e incluso en una ocasión en París estuvimos a punto de dar un paso más allá, pero sus continuas idas y venidas con su ya ahora exmujer, me detuvo en comenzar algo con él. Me volví y al mirarlo pensé que seguía estando como “un queso”.

—Raquel, quiero felicitarte personalmente, eres la mejor, este año de nuevo me has sorprendido.

Le contesté mientras no besábamos en las mejillas.

—¡Castro! Sabes que es todo un honor para mí que te haya gustado tanto nuestro trabajo.

Los dos nos miramos con complicidad y él continuó con sus alabanzas:

—Querida, desde la primera vez que te vi, hace ya nueve años, con aquel espectacular abrigo blanco, quedaste grabada en mi mente, ese diseño no era el de ninguna aficionada y desde entonces no he conseguido dejar de seguir muy de cerca tu trabajo, como tú bien sabes. —Cogió mi mano y la besó mirándole directamente a los ojos. Como una estúpida no pude dejar de sonreírle, él vio que me tenía totalmente entregada y continuó con sus alabanzas—. Y, sobre todo, a tu persona, aunque para serte sincero, no sé cuál de las dos me gustáis más. Me moría por volver a coincidir contigo en lugar y en tiempo, no puedes ni imaginar las ganas que tenía de volver a verte, se me ha hecho larguísima la espera desde nuestro último encuentro en Barcelona —me decía galantemente sin dejar de acariciar mi mano. Entre nosotros comenzaba de nuevo nuestro particular juego de flirteo, alabanzas y galanteos, cuando una preciosa voz nos interrumpió.

—¡Mami!

No me había dado cuenta, pero detrás de mí estaba Nick con Dulce en sus brazos. Me di la vuelta algo sobresaltada y un poco avergonzada. Para nada me los esperaba en mitad de un coqueteo tan evidente.

Castro la miró, a la par que yo disimuladamente retiraba mi mano de la suya.

—¿Y esta preciosidad?, supongo que es tu hija, ¿no es así?

—Sí, ella es mi niña.

Dulce lo miró y abrazando a su padre por el cuello, le contestó:

—¡Y este es mi papá!

Me vi en el compromiso de presentarle a Nick, que permanecía callado en medio de aquel más que incómodo trío.

—Nick, mira, él es Alonso Castro, el mejor diseñador... —dije escapándome otra sonrisa cómplice— a mi parecer, de toda la historia.

—Raquel, me adulas muchísimo —sin dejar de ser ese poco “narcisista” que aparentaba, continuó—, viniendo ese piropo de tu parte, por supuesto.

No pude evitar volver a sonreírle como una tonta, pero al ver la cara impertérrita de Nick, carraspeé mi garganta y decidí seguir con las presentaciones:

—Castro, él es Nicolás Harrison, mi... (mi, ¿qué?, ¿cómo narices lo presentaba?)... Él es el padre de mis hijos. —¡Hala y que sea lo que Dios quiera!

—Es un placer, caballero. —Se saludaron con un apretón de manos sin mediar más palabras. Castro, ignorando por completo la revelación que acababa de hacerle mi hija, se dirigió de nuevo a mí cogiéndome de la mano —. Te voy a dejar, querida, veo lo ocupada que estás y no quisiera acaparar toda tu atención, pero creo que pronto vamos a volver a vernos, voy a pasar una temporada en Madrid, estoy buscando nuevas inspiraciones y viendo lo bien que te va a ti...

—¡Alonso, eso es genial! Tenemos que quedar, ¡ah, y no puedes dejar de pasarte por mis talleres, tengo algunas ideas nuevas y me gustaría conocer tu opinión! ¡Tienes que prometérmelo!

Besando de nuevo mi mano, me respondió:

—Nunca podría decirle que no a una mujer tan bonita, mi promesa es firme.

Sin esperarlo, Nick entró en nuestra conversación:

—Sí, es “resultona”.

Los dos lo miramos algo sorprendidos por su respuesta.

—Pues no molesto más, de nuevo, enhorabuena Raquel y... nos vemos pronto. —Castro decidió quitarse elegantemente del medio, volviendo a mezclarse entre la cantidad de gente que aún quedaba en el salón.

Me acerqué a Dulce y le dije bajito:

—Cariño, no tienes que ir diciéndole a todo el mundo que Nick es tu papá. La niña miró muy seria a Nick preguntándole con su dulce voz:

—Pero eres mi papá, ¿verdad?

—¡Claro que sí, cariño! ¡Tú presume de padre todo lo que te dé la gana!

Le dio un beso en la mejilla, largándose de allí con ella y dejándome más plantada que un pino.

Más tarde, hubo un cóctel en los salones habilitados para ello, todo eran risas y ganas de dejar atrás los problemas de aquella semana de locos; mis niños corrían jugando y hablando con unos y otros, habían crecido en ese mundo y no era nada nuevo para ellos ese tipo de fiestas. Había muchas ganas de pasarlo bien y pronto comenzaron con la música, concretamente la canción de Alejandro Sanz y su “*Corazón partío*” versionada para salsa. Busqué con la mirada a Nick, si no recordaba mal era tan maravilloso bailarín como amante. Pero, aunque estaba allí sentado, tomando una copa en la barra, parecía estar muy lejos de nosotros, así que decidí ir e intentar acercarme de nuevo a él.

—¿Te apetece bailar?

—Estoy cansado, tus hijos agotan a cualquiera, no me quedan muchos ánimos para bailar.

Me acerqué un poco más a él, enroscando un mechón de su cabello en mi dedo y le dije:

—¿De verdad me vas a dejar plantada otra vez? Ya lo hiciste en la boda de mi madre, aunque en aquella ocasión es verdad que no tenía nada que hacer contra mi pequeña rival, pero esta excusa de que estás cansado me da que pensar que ya van “pesando” los años y te ves incapaz de moverte de la silla.

—Hacía años que yo no bailaba salsa, pero tenía que arriesgarme, solo pensar en volver a estar entre sus brazos me volvía loca.

Me miró desafiante, dio un trago a su vaso y me contestó:

—Venga rubia, creo recordar que no lo hacías mal del todo.

—Si eres capaz de seguirme, vamos a intentarlo.

Seguía haciéndolo como los mismos ángeles, sus manos sobre mis

caderas, nuestros cuerpos juntos, muy juntos, la temperatura subía por segundos, mientras los presentes nos miraban y animaban, al terminar la canción todos nos aplaudían, no parábamos de reírnos y hasta Nico se acercó a su padre y le dijo:

—¡Tío, tienes que enseñarme a bailar así, no va a quedar una que se me resista!

Las risas de todos al escuchar al mocoso se hicieron unánimes.

Terminada la fiesta nos fuimos juntos al hotel, después de aquel pequeño acercamiento, dentro de mí latía un tímido hilo de esperanza de que aquella noche la pasase conmigo. Cada uno llevábamos a un niño en brazos, se habían quedado dormidos, los dejamos en su habitación y salimos al saloncito. Pero lejos de una situación romántica tal y como había empezado el día, pareció que su alarma de alerta se había puesto en funcionamiento y hasta la expresión de su rostro cambió conmigo.

—Mañana pasaré a recogeros sobre las diez, mis padres viven en Nueva Jersey, está a una hora y media de camino. No es nada formal, van a hacer una barbacoa que seguramente durará hasta la noche, si tenéis, llevad algún traje de baño, tienen una piscina climatizada, que va a ser la locura de los niños, ellos viven cerca del embarcadero, allí tengo mi barco, si hace buen día podemos dar un paseo.

Viendo que la cosa no marchaba, le pregunté:

—¿Y Loren? ¿Ella vendrá con nosotros?

Negó con la cabeza.

—No, mañana tiene otro pase, hasta el sábado no está libre.

—Nick, ¿vais a seguir adelante con vuestros planes de boda?

Me miró extrañadísimo por mi pregunta.

—Claro, no ha cambiado nada.

—Ya. —Se dirigió hacia la puerta y lo seguí—. Gracias de nuevo por haberme ayudado con...

—¡Raquel no tienes por qué agradecerme que cuide de mis hijos!

¡Pues nada! De nuevo volvía a ser el “borde” de hacía unos días, así que no quise caldear más el ambiente, y simplemente lo despedí:

—Que pases buenas noches.

Él se volvió hacia mí muy exaltado, comenzando a darme unas explicaciones que yo no le había pedido:

—¡Raquel, no puedo echarlo todo a perder! ¡Tú tenías razón con que a nosotros nos separaban dos mundos diferentes! ¡Loren es lo que yo necesito,

mi trabajo está aquí y mi vida también, siempre que me necesites para estar con los niños me vas a encontrar, pero mi sitio es este! —Guardé silencio, quizás se sorprendió al ver que no le contestaba y me preguntó—: ¿Todo bien?

¿Todo bien? ¿Me preguntaba si todo estaba bien? ¡Bien del todo no lo sé, pero mi sangre bullía directamente en mi cabeza! Antes de hablar respiré como los miuras y salí de chiqueros con la misma fuerza.

—¡Oh, sí, sí! ¡Supongo que sí, Nick! —Alcé mi cara y desafiante le contesté—: ¿Por qué no iba a estarlo? ¡Yo tengo justo lo que siempre he querido y tú lo que quieres! ¡Pues que te aproveche bien, a ver si revientas! ¿Por qué no iba a estar yo contenta? ¡¿Acaso no ves lo contenta que estoy?!

—¡No tienes por qué contestarme de ese modo!

—¿Ah, no? Me estás tomando el pelo, ¿verdad? ¡Esta mañana llegas aquí comiéndome con la mirada, durante el baile creí que me follarías allí mismo y de pronto todo tu ánimo cambia por completo, me mandas mensajes contradictorios constantemente, me vas a terminar volviendo loca por completo!

—¡Pues al parecer los que te mandaba “tu diseñador” eran bien claritos!

Antes de contestarle, cerró la puerta de un portazo y se largó, dejándome de nuevo con la palabra en la boca.

¡Qué noche más larga y horrible! ¿Qué había sido aquello? ¿El proyecto de un ataque de celos? Pero que le diesen “morcillas”, él mismo me lo había dicho bien clarito, tenía su vida, y yo iba a empezar a tener la mía, se acabaron viejas añoranzas, tenía que planteármelo en serio, iba a dar una vuelta completa a todo y dejar que de los problemas de mi trabajo se ocuparan tanta gente que trabajaban precisamente para eso, para evitarme a mí problemas. Y de mi vida personal, esa sí que me la iba a tomar bien en serio, conocería a alguien que valiese la pena y a hacer puñetas Nicolás Harrison.

11

En cuanto sonó el teléfono supe que era Nick, no le contesté, estaba ya esperándolo con los niños listos en el hall del hotel. Salimos a la puerta, lo vi sentado dentro del coche, justo enfrente de la puerta con el teléfono en la mano. Al vernos, se bajó, los niños enseguida lo saludaron, pero nosotros seguíamos sin cruzar palabra, cada uno acomodamos a uno en su sillita sin mirarnos. Los dos nos dirigimos hacia nuestros asientos y arrancó, de pronto volvió a parar y me miró:

—¿No vas a dirigirme la palabra en todo el viaje?

—¿Qué quieres? ¿Qué haga como si nada de lo que me dijiste anoche hubiese sucedido?

—¡No creo que te ofendiese en nada, solamente te expuse con claridad la realidad!

—¡Pues ya está, si esa es tu realidad mejor para ti! —Él dio un puñetazo al volante del coche, mientras yo volví mi cara para no mirarlo.

Dulce intervino en la conversación:

—Tenéis que daros un beso, ¿verdad, Nico?

—Sí. Mamá siempre que nosotros nos peleamos no nos deja separarnos hasta que no nos damos un beso.

Seguíamos sin mirarnos, pero los niños insistieron, utilizando una frase muy mía:

—¡Hasta que no os deis un beso y hagáis las paces no nos movemos de aquí!

¡Cómo si ellos pudiesen hacer algo para impedirlo! Dulce cruzó sus bracitos sobre su pecho y repitió lo que dijo su hermano:

—¡No nos movemos de aquí!

Nosotros los miramos con ganas de echarnos a reír. Nick me dijo:

—Discúlpame, no tuve por qué haberte hablado de ese modo, no sé lo que me pasó.

—Ni yo debí haberme enfadado, al fin y al cabo, fuiste sincero y me dijiste lo que pensabas.

—¡Ahora el beso! —dijeron los niños.

Los dos nos miramos, cerré los ojos, pero él me besó en la mejilla. Apreté mi cara con la suya, haciendo Nick exactamente lo mismo conmigo.

—¡Biennn! ¡Nos vamos!

Arrancamos el coche, y como en cualquier viaje con niños que se preste, hubo un poco de todo, canciones, peleas, aburrimiento... por fin, silencio, los dos se quedaron dormidos a la hora de ir en carretera.

—¡Qué bonita es toda esta zona, yo no conocía Nueva Jersey!

—¡Es preciosa, ya verás cómo os gusta! Yo he vivido siempre aquí, pero después de estudiar me marché a la “Gran Manzana”.

—¿Por qué, Nick? Creo que un buen abogado puede conseguir trabajo en cualquier sitio, ¿por qué a Nueva York, donde más competencia podías encontrar?

—Quizás porque aquí lo tenía todo muy fácil, mi padre tiene uno de los mejores bufetes de la ciudad, si las cosas no me suponen un reto no me entusiasman.

—Y supongo que desde que te confesé que te quería, yo ya no supongo ningún reto para ti, ¿no es así?

—No digas eso Raquel, ¡siempre!, ¡constantemente eres un reto para mí! ¡Solo el contenerme cuando estás a mi lado ya es un reto! Pero ahora soy yo quien quiere formar una familia y tiene que ser a mi modo y aquí, porque es donde quiero vivir y definitivamente no puede ser contigo, no sé si podría vivir una relación con este rencor que siento. Además, es una tontería solo pensarlo, estoy seguro de que tú jamás dejarás tu vida allí, por eso no quiero ni planteármelo, me haría ilusiones y sé que de nuevo me encontraría sin nada.

—¿Y si yo te dijera que te quiero de verdad y que por ti sí estaría dispuesta a dejarlo todo?

Me miró escépticamente y me dijo:

—¿Y lo harías?

Lo pensé un segundo, y le contesté:

—No lo sé, son muchas las responsabilidades que tengo allí. Pero no es tan descabellada la idea, con lo referente a tus sentimientos creo que terminarás perdonándome, aunque solo sea por los niños, si de verdad lo quisieses podríamos intentarlo.

No me contestó, los dos guardamos silencio hasta llegar a la casa de sus padres. El primer asalto había sido un fracaso total. Me dio un escalofrío con solo pensar en el segundo. ¡Madre mía la que me esperaba ahora!

Antes de entrar en la casa, Nick avisó a los niños de donde estábamos.

—Vais a conocer a mis padres, que son vuestros otros abuelos, pero quiero darle una sorpresa, vosotros no digáis nada hasta que mamá y yo no se lo contemos, ¿de acuerdo?

—¡Sí, les vamos a dar una sorpresa! —dijeron ellos riéndose en complicidad.

¡Sí, sí menuda sorpresa le vamos a dar! Pensé yo.

Nada más entrar en la parte de atrás de la casa, un par de niñas de unos nueve y once años aproximadamente, se acercaron abrazando y besando a Nick.

—¡Tito, qué alegría verte!

—Hola, preciosidades. Mira Raquel, estos dos bellezones son mis sobrinas, las hijas de mi hermana Carmen. —Las sonreí y las niñas hicieron lo mismo a modo de saludo, él continuó preguntándoles—: ¿Y los abuelos, sabéis por dónde andan?

—El abuelo está en la barbacoa y la abuela estará por ahí con la gente.

—¡Mirad, estos son Nico y Dulce! ¿Podéis presentarles a los demás niños para que puedan jugar?

Las niñas se acercaron a ellos y les preguntaron:

—¿Os habéis traído bañador? Vamos a la piscina climatizada.

Nico contestó de inmediato, casi corriendo detrás:

—Mamá, ¿podemos ir con ellas? ¡Porfa, porfa!

Yo asentí con la cabeza, pero Dulce intervino enseguida:

—¡Nico, aún no han pasado las dos horas de la digestión desde que tomamos el desayuno! ¡Como dice la abuela, te puedes poner enfermo, todavía no nos podemos bañar! No te preocupes mamá yo tendré cuidado de él.

Me eché a reír al escucharla, pero Nick me dijo muy serio mirando cómo se alejaban:

—¡Vale, el niño es mío, no necesito pruebas, pero a la niña le tenemos que hacer las de ADN de inmediato y si es posible de las más fuertes que haya, cada vez tengo más dudas de que sea mía!

Le di un empujón con la cadera que casi lo tiro, provocando nuestras sonrisas y unas miradas cómplices. De pronto, la voz de una mujer con pronunciado acento caribeño reclamó toda nuestra atención:

—¡Nick, cariño, has venido! ¡Al final has podido venir!

—¡Mamá, estás preciosa!

¡Joder con mamá! Era Sofía Vergara con algunos años más, cuando vi su

escote, disimuladamente me tapé el mío, no había ni comparación.

—¡Oh, cielo, por fin la has traído! ¿Tú debes de ser Loren? ¿No es así?

Yo negué riéndome y enseguida intervino Nick:

—No, mamá, ella es Raquel Lebrón, Loren sigue con los desfiles hasta mañana, pero Raquel es una vieja amiga.

—¡Mi reina, pues tú también podías pasar por una modelo, eres preciosa!

—Muchísimas gracias, señora, pero ya tengo una edad para desfilas.

—¡Es verdad, es una verdadera pena que solo haya trabajo para esas crías en pasarela!

—Yo soy diseñadora, de hecho, ese precioso vestido que lleva es mío, bueno, mejor dicho, de mi colección.

—¿No me digas? ¡No me lo puedo creer! ¡Me encanta toda la ropa de esta marca!

Las dos nos pusimos a reír, pero Nick estaba algo nervioso y nos interrumpió:

—¿Y papá? ¿Por dónde anda?

—Está con tu hermana, ven, ya verás la sorpresa que se van a llevar al verte.

En voz baja le dije:

—¡Ya verás qué sorpresa, ya verás! —Él me fulminó con la mirada.

—¡Harry, Carmen, mirad quién ha venido!

—Nicolás, hijo, ¡qué alegría volver a verte!

—¡Hermanito, pensé que nos habías olvidado por completo! No me llamas desde hace por lo menos un mes.

Ellos se abrazaron con ganas, cuando terminaron los saludos se dirigió hacia mí:

—¡He venido con mi amiga Raquel, espero que no os importe!

Su padre cortésmente me ofreció su mano y nos dijo:

—¿Cómo me iba a importar? Señorita, encantado de conocerla.

Los estaba saludando, cuando de pronto una vocecita chillona nos interrumpió:

—¡Mami! ¡Nico me ha tirado al agua!

Miré a Nick algo asustada, pero él prosiguió:

—También han venido con nosotros sus hijos.

Su madre se agachó hasta la altura de Dulce.

—¡Pero mira qué preciosidad tenemos aquí! Esta niña sí que podría servir para modelo.

Sonreí al escucharla y le dije:

—Bueno, de hecho, ya ha desfilado en alguna que otra colección y tiene un *book* que ya quisieran muchas *top*.

Nick la miraba sin apartar los ojos de la pequeña con una sonrisa pintada en su cara, mientras su madre comenzó a secarle su carita. Dulce le cogió un mechón de su cabello y aparentando una falsa modestia contestó:

—¿Sabes? Francis dice que poso mejor que muchas de ellas.

Ella levantó los ojos y nos dijo:

—¡Dios mío, qué preciosidad!

Estábamos embelesados escuchándola, cuando sentí cómo me llamaban a gritos. El terremoto estaba a punto de empezar, desde lejos vimos a Nico que venía a la carrera:

—¡Mamá, no le hagas caso! ¡Yo iba a saltar y ella se enganchó a mí, ha sido su culpa!

Nick me cogió con fuerza del brazo, se acercó a mi oído y lo escuché bien bajito:

—¡Oh, Dios mío!

La cara de su madre era para ir describiéndola, conforme el niño se acercaba hasta nosotros, su rostro iba transformándose de una sonrisa a la más extrema de las expresiones.

—¿Quién es?

El pequeño, al ver la cara de asombro de aquella mujer, le contestó:

—¡Hola, soy Nico!

Ella miró primero a Nick, luego a mí y por tercero se puso a la altura del niño y le cogió su cara para verlo bien de cerca.

Yo me acerqué al oído de Nick y le supliqué:

—¡Vámonos por favor, por favor!

—Me temo que ya es demasiado tarde, la “furia” acaba de surgir de las tinieblas.

—¡¡Nicolás Harrison de la Torre!! ¿Me puedes explicar qué significa esto?

Yo, aún con ganas de guasa le susurré a Nick:

—¿De la Torre?

Nick sin hablar, me miró a punto del infarto, pero su padre no se había percatado de nada:

—¿Qué sucede, Rosario? ¿Qué pasa, por qué te pones así?

—¡Harry, por el Santísimo Cristo! ¿A quién se parece este niño?

Su padre lo miró.

—No sé, se da un cierto aire a... Nick de pequeño. —El hombre lo comprendió de momento y el bobo de su hijo no tuvo nada mejor que decir:

—¡Sorpresa!

Aquello había que solucionarlo rápido, así que me dirigí a los niños y les dije:

—Hijos, estos son Harry y Rosario, ellos son vuestros abuelos y esta es vuestra tía Carmen.

—La mujer los miró de nuevo y sin demasiada euforia me preguntó:

—¿Los dos?

Yo asentí, sin demostrar mucho entusiasmo tampoco.

—Niños, ¿por qué no seguís jugando en la piscina?, el abuelo y yo tenemos que hablar con vuestros papás.

—Entonces, ¿tú eres mi abuelo? —El padre de Nick asintió sin palabras, pero el niño tenía que seguir metiendo la pata—. ¡Tío, pues te felicito, la abuela está bastante potable!

Cogí al niño del brazo y lo saqué de allí rápido.

—¡Nico, vete a la piscina y no salgas hasta que no estés totalmente arrugado!

Los cuatro entramos al salón, su padre no dejaba de hablar, pero apenas sin ser comprensible lo que farfullaba, su madre se sentó en el sillón y me invitó a que lo hiciera a su lado.

—Harry, cariño, ¿quieres sentarte y guardar silencio? Me pones más nerviosa que la propia situación, y ahora necesito saber por qué tengo dos nietos de los que no había oído hablar en toda su vida.

Nick intentó explicarles, pero ni él mismo sabía qué decir para no dejarme a mí en un mal lugar, viendo en el apuro que estaba metido, le interrumpí:

—Déjame, si no te importa, que yo les cuente. —Creo que con alivio me dio paso para no tener que dar explicaciones, se apartó un poco y dejó que yo continuara—: Todo esto no ha sido nada más que culpa mía y necesito que sepan qué razones me llevaron a hacerlo.

Les expliqué cómo al principio aquello no fue nada más que mi deseo de ser madre y que poco a poco aún sin tenerlo cerca, me fui enamorando de él y que mi segundo embarazo fue fruto de ese amor, de la casualidad y de una pequeña jugarreta del destino que quiso dejarnos atados y bien atados para el resto de nuestras vidas, pero les aseguré que sobre todas las cosas no me

arrepentía de nada, pues eran mis dos mayores tesoros en el mundo.

—Siento mucho y así se lo he dicho a su hijo hasta la saciedad, haber sido tan egoísta y haberme guardado este secreto, sobre todo me duele porque hoy me doy cuenta de la falta que su padre les hacía a mis hijos, siempre he estado decidida a hacerlo sola, pero no estaba resultando como yo hubiese querido, incluso pensándolo en frío, creo que cuando le confesé a Nick lo de nuestros hijos, fue un grito de auxilio para que me ayudara con ellos.

Rosario me miró y observó a su hijo:

—Y ahora que lo sabes, ¿qué pensáis hacer?

Volví a contestarle:

—Nosotros vivimos en España, yo tengo mi trabajo, una empresa a la que aún no puedo dejar de la mano, la fundó mi padre y poco a poco estamos llegando bastante alto, Nick y yo lo hemos hablado, él tiene aquí su vida, a Loren y yo... yo tengo allí mis sueños. Quiero que les quede claro que los niños son mi responsabilidad, no he venido aquí para pedirle nada a su hijo, solo su cariño si él quiere dárselo, ellos son ya mayorcitos y si ustedes así lo desean, poco a poco podremos arreglarlo para que pasen aquí algunas vacaciones, ya iremos viendo cómo hacemos para que no vuelvan nunca a perder el contacto.

La madre de Nick, algo aturdida aún por la noticia, nos dijo:

—Siempre pensé que vería a mi hijo formar una familia, ver crecer a mis nietos y ahora...

—Ahora será igual, Rosario, Nick se casará pronto y formará su familia, mis hijos van a ser siempre sus nietos, ya verá cuando los conozca, son un encanto. —Sonreí al pensar cómo eran mis hijos—. El niño un poco cabezota y muy desvergonzado. —Levanté los ojos y miré a Nick que seguía atento a mis explicaciones, él sonrió al escucharme—. Tanto como alguien que conocemos, pero es un cielo como su padre, y Dulce, bueno, hasta su nombre indica cómo es. Créanme, no quiero volver a privarles de ellos, ya lo hice durante bastante tiempo y sé que no he hecho bien. —A su madre se le escaparon unas lágrimas, aproveché para acercarme a ella y la abracé con algo de miedo por si me rechazaba, pero me respondió con afecto devolviéndome el abrazo con fuerza. Se serenó un poco y continué hablando —: Les ruego que intenten perdonarme, comprendo el daño que les he podido causar, pero los niños y, sobre todo, Nick, no tienen la culpa de nada.

Ella me dio unas palmadas en la mano, creo que hubiese preferido dárme las en la cara, pero la cosa quedó mejor así.

—Nick, cariño, ¿por qué no enseñas a Raquel la casa? Me gustaría hablar con tu padre a solas, tengo que asimilar tantas cosas y necesito unos momentos.

Me levanté. Nick, en una muestra de comprensión, pasó su brazo por mi hombro a modo de consuelo, sabía el trago que yo también acababa de pasar y salimos del salón.

—No ha ido mal del todo, ¿no te parece? —Él me abrazó y me dio un beso en la frente. ¡Dios mío no me habría separado de su cuerpo jamás! Y sorprendentemente no me soltó, así, bien agarrados los dos, salimos hacia al jardín de nuevo, pero había tanto ruido y yo estaba aún tan aturdida que le dije—: ¿Podemos estar un momento a solas nosotros también?, necesito volver a coger fuerzas para enfrentarme ahora a toda tu familia.

Nick me llevó directamente a su dormitorio de joven. Me reí al entrar, era la típica habitación de un estudiante americano.

—¡Oye, pensé que esto era cosa solamente de las películas!

Sonrió. Por fin, después de un buen rato volvió a hablar:

—Raquel, me dijiste y ahora le has repetido a mis padres que aun estando separados te fuiste enamorando de mí, no entiendo cómo eso puede ser posible.

Un poco avergonzada como a una niña que la pillan in fraganti, me senté en el filo de su cama y con la mirada baja le contesté:

—Sabes que no te he negado nunca que te quiero.

—No puedo creerte, si me hubieses querido habrías hecho cualquier cosa por volver a verme, por contarme lo que había sucedido, por lo menos en intentar recuperar algo de lo que tuvimos, si de verdad me hubieses querido habrías intentado algo para recuperarme.

—¿Qué más quieres que te diga? Te he explicado mil veces lo que pasó, supongo que todo se alió, el miedo a tu reacción y, sobre todo, el tiempo, que es un mal compañero. El no verte no me hizo olvidarte, aunque me ayudó mucho a acostumbrarme a vivir sin ti, pero ahora ya nada de eso tiene importancia, ¿verdad?

Él guardó de nuevo silencio, al ver el rumbo que estaba tomando aquella situación, me levanté y comencé a mirar unas fotos de Nick vestido con la equipación de béisbol.

—Qué guapo estás, ¿jugaste en serio?

—Sí, hasta la universidad fui lanzador derecho, no era malo del todo.

—Nico juega al fútbol, según dicen todos, es bastante bueno.

Miré su habitación llena de recuerdos y en tono de broma le comenté:

—La de cosas que habrán visto estas paredes. —Me recosté en la cama y continué bromeando—: ¡Y la de animadoras que habrán pasado por aquí!

Él soltó una carcajada y me contestó:

—¡Muchas menos de las que me hubiesen gustado, te lo aseguro!

Di unas palmaditas en el colchón y puse ojos sugerentes:

—Ven aquí, enséñame a qué jugabas con ellas.

—¡De eso nada!

—Si tanto miedo te doy es porque sabes que no vas a poder contenerte. — Empecé a canturrear—. ¡Te gusto, sé que te gusto...!

Intentando no sonreír me contestó:

—No, no me gustas nada y sí, sí voy a poder contenerme, te lo aseguro.

—¡Pues demuéstrame que no sientes nada por mí, ven!

Sus ojos echaban fuego y esa media sonrisa suya, me demostraba que había entrado en mi juego.

Se tumbó sobre mí, aprisionándome con su cuerpo.

—¿Ves rubia?, nada, no siento nada.

Levanté mis caderas buscando su sexo. Él intentó separarse todo lo que pudo y volvió a repetirme:

—Nada de nada.

Sonreí al ver el esfuerzo que estaba haciendo para no rozarme. De pronto, al mirarlo a los ojos, todas mis ganas de bromas desaparecieron. Metí mis dedos entre su pelo y desde su frente fui tocando el contorno de su cara. Sus cejas, su nariz, sus labios.

—Nicolás Harrison, si supieses las veces que he soñado en volver a verte así sobre mí.

Acarició mi cara y muy cerca de mis labios me dijo:

—Si no fueses tan endiabladamente bonita todo esto no sería tan difícil. Raquel, si lograste olvidar este dolor tan grande que me daña tanto, no dudaría en dejarlo todo y comenzar contigo de cero.

—¡Vamos a intentarlo, sé que el tiempo te va a hacer olvidar este daño, te quiero y sé que tú también sientes algo!

Se echó a un lado, se recostó a mi lado mirando hacia el techo.

—No es justo que me hagas esto ahora, ¿sabes cómo me siento? —Negué con la cabeza con miedo a su respuesta—. Como un simple capricho tuyo, cuando sabías que me tenías, me despreciaste por completo, me abandonaste sin ninguna explicación y ahora que quiero hacer mi vida lejos de ti se te

antoja tenerme, Raquel, el mundo no está a tu servicio y las personas tampoco.

Se levantó, me ofreció su mano para que yo me incorporara y salimos de su habitación. Se equivocaba por completo, esa nunca fueron mis intenciones, muy al contrario, seguía sin comprenderme en absoluto.

El día transcurrió agradable, me presentó a sus amigos y a su familia, todo era cordial, incluso sus padres parecieron entender algo mi situación y las cosas fueron fluyendo. Aunque yo no lo quería aparentar, su rechazo me dolía muchísimo y realmente me sentía como si me hubiesen abofeteado repetidamente, mi ánimo fue imposible levantarlo.

Casi a las cuatro de la tarde yo estaba sentada charlando con su hermana, cuando Nick llegó con los niños de la mano.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Voy a sacar el barco y los niños quieren venir conmigo.

—Te advierto que yo me mareo hasta en el tiovivo.

—¡Venga, no será para tanto! Mira el mar, está como un plato, dentro de nada anochecerá y no hay nada más bonito que ver ponerse el sol allí dentro.

—¡Vamos, mami, me ha dicho que voy a poder llevar el timón! ¡Anda, ven con nosotros!

Su hermana me animó a que los acompañara y aunque no me hacían demasiada gracia los barcos, accedí a hacerlo:

—Bueno, pero os advierto que como me ponga mala no voy a ser nada agradable.

El embarcadero estaba justo detrás de la casa. Él, henchido de orgullo nos mostró su tesoro.

—Mirad es un *Quer 40L* de unos doce metros de eslora. Construido en EE. UU., diseñado expresamente para la navegación oceánica, quilla corrida y de plástico reforzado con fibra de vidrio.

Los tres nos quedamos mirando el barco sin haber entendido nada de lo que nos decía, entonces yo le contesté:

—¿Pero flota?

Me echó una de sus miradas fulminantes y subió primero:

—¡Venga, todos a bordo!

Navegamos un rato sin alejarnos de la costa, los niños disfrutaron sentándose en su regazo manejando el barco, creo que él disfrutó mucho más que ellos, cuando el sol comenzaba a ponerse detrás del mar, detuvieron el barco, él se tumbó en la popa para verlo bien y Dulce se acostó a su lado, yo

estaba sentada detrás de ellos, en uno de los escalones del puente de mando; Nico, rendido, se recostó en mi regazo. Todo era calma, los cuatro estábamos cansados y guardábamos silencio, mi niña comenzó a cantar apoyando su carita al lado de la de su padre, mientras yo acariciaba el pelo a Nico.

Cuando ella terminó, le preguntó a Nick:

—Papá, ¿te ha gustado mi canción?

Su hermano fue a responderle, pero como conocía bien la respuesta que le iba a dar, le indiqué para que guardara silencio.

—Me encanta escucharte cantar, es tan dulce como tu nombre, por cierto, cariño, ¿te ha contado mamá por qué te lo pusieron?

A mí se me abrieron los ojos como platos, pero decidí que ella le contara su versión.

—¡Claro! Mi nombre me lo puso Bruno.

—¿Bruno?, ¿quién es Bruno?

—El novio de mami.

Nick levantó la cabeza y me buscó, yo le hice un gesto con mi cara intentando aguantar la risa.

—¡A ver, Dulce, háblame un poco más de ese tal Bruno!

Ella empujó a su padre para que volviese a recostarse y poder volver a apoyarse en él para seguir contándole:

—¡Mira!, cuando yo quise salir de la barriguita de mamá, ella estaba en un atasco de coches, pero estaba solita, entonces llegó Bruno y él me ayudó a nacer.

—¡Espera, espera que me aclare! ¿Bruno era el médico?

Dulce se sentó frente a él y con sus manitas abiertas intentaba explicarle a su padre:

—¡No, papi, él es policía! Mamá dice que cuando me vio al nacer dijo que era lo más dulce que había visto nunca y por eso ellos me pusieron este nombre.

—¿Y por qué has dicho que era el novio de mamá? Yo pensaba que era Diego.

—¡Nooo, Diego es nuestro tito! Bruno, después de que yo naciera, se hizo novio de mami, ahora no trabaja en Madrid, pero cuando vuelve siempre se dan muchos abrazos y cariñitos. Aunque... muchas veces, cuando vuelve, sigue durmiendo en casa. ¡Ah, bueno, el tito Diego también duerme muchas veces con nosotros! Pero yo creo que no es su novio, aunque... sí se dan muchos besitos.

¡Madre mía estaba arreglando bien la cosa! Entonces Nico intervino en la conversación para terminar de rematarla:

—A mí Bruno me cae fenomenal, muchas veces me deja coger su pistola, me ha dicho que cuando sea más mayor me va a enseñar a disparar y el tío Diego es una pasada, siempre que vamos al parque, le dice a las chicas que soy su hijo y terminamos ligando con todas. —El carota se puso a reír recordando alguna de sus fechorías juntos.

Si la luna llena de aquella noche era grande, más grande eran las pupilas de los ojos de Nick mirándome. Por alusiones, me vi en la obligación de defenderme:

—Si te dijese que no es lo que parece, ¿me creerías?

—¡Pues la verdad es que no! ¡Para qué te voy a engañar!

Al final, medio logré convencerlo de que entre Bruno y yo solo había quedado una buena amistad, que cuando podía venía a Madrid para ver a los niños y era entonces cuando se quedaba en casa para pasar más tiempo con ellos, pero en el dormitorio de invitados, tuve que jurarle que siempre que había dejado que Nico tocase su pistola tenía el cargador totalmente vacío; y lo de Diego, bueno, eso no tenía mucha explicación, simplemente que nuestra amistad había ido más allá de unos simples amigos, era el hermano que nunca tuve.

Más tarde, cuando conseguimos despegar de los labios de su madre a los niños, nos pusimos en marcha de nuevo, ellos se quedaron dormidos enseguida y en mi cabeza no dejaba de rondar nuestro encuentro en su habitación aquella tarde, su voz llamó mi atención:

—¿Te has dormido?

—No, aunque no te lo creas a pesar de lo cansada que suelo llegar a la cama duermo poquísimo, tengo tantas cosas en la cabeza, que raramente consigo hacerlo durante más de cuatro o cinco horas seguidas.

—No me extraña, tu vida debe de ser estresante. —Sonreí al escucharlo, él prosiguió—: Me estaba preguntando, si te gustaría que mañana fuésemos a ver un partido de béisbol. Juegan los *Yankees* contra los *Mets*, es uno de los mejores de la temporada y me gustaría mucho que Nico lo viese conmigo, además, no tendréis ni que madrugar es sobre la una del mediodía, lo que ocurre es que tendremos que estar allí casi una hora antes para poder entrar a tiempo.

—Por mí no hay ningún problema, nuestro avión no sale hasta el domingo a las once.

—Raquel, te digo de ir a ver el partido y no sé si os gusta o no, me veo tan ignorante con todo lo que se refiere a vosotros, es que apenas sé nada.

Lo miré, realmente aquel día había sido la primera vez que mostraba interés en las cosas de nuestro día a día.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todo, pero no sé, cuéntame, ¿cómo fueron tus embarazos? Me refiero...

—Sí, ya sé a qué te refieres. Si te digo la verdad fueron algo agrídulces; por un lado, estaba muy contenta, sobre todo en el de Nico, porque era algo que había deseado tanto que no me importó demasiado todos los malestares propios, pero realmente me sentí muy sola, cuando llegó la hora de su nacimiento mi madre dice que me pasé toda la expulsión llamándote, ¿sabes que casi lo ves en directo?

—¿Qué quieres decir?

—Que me puse de parto mientras teníamos aquella videoconferencia, creo que al volver a verte me puse tan nerviosa que rompí aguas allí mismo.

—¿Eso no fue cuando te operaron de...?

— ... del apéndice. —No pude contener la risa—. Si me descuido lo ves en primera fila, se presentó tan rápido que no pudieron ni ponerme la epidural, cuando me llamaste a la clínica pareció como una premonición, estuve a punto de contártelo en ese momento, pero tuve tanto miedo de tu reacción que preferí callarme; a consecuencia de esa situación tuve una pequeña depresión, me encontraba tan sola y el niño necesitaba tanto de mí que me costó mucho retomar mi vida. Y con Dulce, bueno, ella ya te contó, aunque lo de enterarme que estaba embarazada alteró tanto mis planes contigo que lo pasé realmente mal, te juro que antes de saberlo estaba decidida a contarte que teníamos un hijo, incluso pensé en llevarlo conmigo en aquel viaje, quería apostar todo a una carta, pensando que quizás lo comprenderías y me perdonarías, pero entonces me enteré que después de nuestro reencuentro me había vuelto a quedar embarazada; créeme cuando te digo que casi me vuelvo loca, no supe qué hacer cuando me contaste que no querías tener hijos aún, estaba segura que pensarías que lo había planeado todo para aprovecharme de ti, que te había engañado adrede para obligarte a estar conmigo, estabas tan ilusionado con tu carrera que supe que no me perdonarías jamás si lo tenías que dejar todo para venirte a vivir con nosotros, así que decidí desaparecer por completo de tu vida antes de afrontar las

consecuencias. —Respiré, por fin me había escuchado, rogando para que comprendiese de una vez lo que me había llevado a salir prácticamente huyendo de él—. Esa, a grandes rasgos es toda mi historia, y ahí los tienes, mis dos bichitos tuvieron mucha prisa por nacer, tantas como nosotros en crearlos.

Él me miró e intentó sonreírme, pero no le nació.

El resto del viaje lo pasamos prácticamente en silencio, algún tema sin importancia y poco más.

De nuevo tuvo que ayudarme a subir a los niños al hotel, una vez que los dejamos acostados y antes de que saliera, le pregunté algo intrigada y sin ningunas ganas de que volviese a marcharse:

—¡Oye, una preguntita! Si yo no te importo, ¿por qué insististe tanto en saber si tenía novio o no?

Él sonrió.

—Simple interés, ya te he dicho que desconocía todo sobre vosotros. — Me dio un beso en la mejilla y salió al pasillo.

—Si no te importa, otra pregunta, solo por... “simple interés”.

Se detuvo, se dio la vuelta y con un tono de resignación en su voz me contestó:

—Dime.

—Llevas tiempo saliendo con Loren y todavía no se la has presentado a tu familia. ¿Es raro, no te parece? ¡Tan fea no es la muchacha como para que te dé vergüenza presentársela!, lista no es muy lista, pero fea, fea, tan poco.

Hizo el amago de una sonrisa y me respondió:

—¿No te han dicho nunca que eres muy simpaticuilla? —Negué con la cabeza, como si no supiese de qué hablaba—. No se la he presentado, porque Loren no es mucho de familias, ella comenzó a trabajar jovencísima y apenas tiene trato con la suya.

—Pues con más razón le gustará estar entre ellos, tu gente es maravillosa.

—Vamos a dejarlo ahí, nada de lo que te diga te va a parecer bien.

—¡Ah mííí!

Se acercó a mí y sonriendo volvió a besarme en la mejilla.

—¡Sííí a tiii!

Durante un segundo nos quedamos mirándonos frente a frente, en mi mente le gritaba que me besara, pero de nuevo mis deseos se quedaron en nada. Al cerrar la puerta me decía a mí misma ¡A puntito, esta vez ha estado a puntito!

Del mismo modo que lo hizo el día anterior al llegar hasta el hotel me hizo una llamada, también nosotros lo esperábamos, muy al contrario que en la anterior ocasión, salía pletórica y llena de ganas de pasar ese día con él. Pero desde lejos vi que no estaba solo en el coche ¡Uff, esa coleta rubia me era bastante conocida!

Él se bajó al vernos llegar, de nuevo besó a los niños y cuando fue a saludarme a mí fue algo violento, Loren no nos quitaba ojo y como dos idiotas nos saludamos dándonos la mano.

¡La escena de película! Claro, ella delante, yo tuve que sentarme en la parte posterior entre las dos sillitas de los niños. ¡Empezaba bien la cosa! Intentando mostrar mi cara más amable la saludé en cuanto tomé asiento:

—¡Hola, Loren! ¿Cómo ha ido todo?

—¡De maravilla! ¡Quería disculparme contigo por no firmar el contrato con tu empresa! ¡Entiéndelo, corrían muchos rumores sobre los problemas que teníais con vuestra presentación, no podía arriesgarme!

—No importa, bonita, tuvimos unas modelos fantásticas, otro año será.

—¡Seguro!

¡Sí seguro, iba apañada esta para que yo la llamara otra vez!

Ya estábamos en el estadio de los *Yankees*, se suponía que eran los nuestros, por la camiseta que llevaba Nick y la mini camiseta que llevaba Loren, también lo deduje por las gorras que nos trajo a cada uno. La forma de sentarnos estaba de nuevo estratégicamente pensada. Nick llevaba de la mano a Nico, lo sentó a su lado, Loren al lado de Nick, ella se apresuró en llamar a Dulce para que lo hiciese a su lado, me quedé totalmente descolgada en uno de los extremos. Si llego a sospechar cómo iban a transcurrir las cosas me hubiese quedado descansando en mi habitación, sin tener que ver la cara de aquella estirada.

¡Pero la cosa no se detenía ahí, qué va, aquello continuaba a “mejor”!

Los vasos de refresco de cola de medio litro que se bebieron los niños empezaron a cobrarse pronto los viajes al baño, primero Dulce, luego Nico, luego unos perritos calientes, que le sentaron como una patada a la niña y al servicio de nuevo. Total, me importaba un pito el dichoso partido, pero menos estaba viendo y con lo grande que era aquello, estaba haciendo más *footing* que en todas las carreras de por las mañanas juntas.

Cuando dieron el descanso, nuestra “amiga” Loren vestida con su mini short y su aún más mini camiseta me preguntó:

—Raquel, ¿me acompañas al baño?

La miré de arriba abajo, hasta la gorra le sentaba bien a la condenada, mientras yo la utilizaba como abanico, porque me había mirado en unos de mis viajes en el espejo y me caía como una patada, así que ni lo dudé y le contesté:

—No, preciosa, estoy rendida, creo que he dado más carreras que el del palo de ahí abajo.

Sin hacerle demasiada gracia se marchó. Los niños se levantaron y se entretuvieron en las escaleras mientras esperaban que volviese a empezar el juego. Suspiré resignada por la situación que estaba viviendo, intenté relajarme, algo que era imposible porque el “caballero” de atrás se había comprado una bocina y me estaba dando una tarde de “*muy padre y señor mío*”. Sentada con los tres asientos por medio que nos separaban a Nick y a mí, miraba aburrida la cantidad de gente que había en aquel recinto. Supongo que al ver mi cara él intentó preguntarme algo, aunque sin ningún éxito, debido al atronador ruido que hacía nuestro compañero de asientos y que me hacía imposible escucharlo:

—¿Te gusta?!

—¿Quééé?!

—¿Que si te está gustando?

—¿No lo entiendo mucho! —Me volví y le dije “al armario empotrado que tenía detrás—. ¿Quiere hacer el favor de dejar de hacer “ruiditos”?!

Nick se sentó a mi lado.

—¡Déjalo, es inútil, no se va a estar callado, decía, que si te gusta el béisbol!

Haciendo un intento para que me integrara, se esmeró en explicarme algo sobre las reglas y las puntuaciones, ¡como si me importara!, pero presté toda mi atención, hasta agradecí que el de atrás no dejara el pitito, porque él se tuvo que pegar todo lo que pudo a mí para que lograra entenderlo. Los dos nos asustamos cuando escuchamos de pronto gritar a los niños, los buscamos con la mirada, para ver qué sucedía.

—¡Estáis saliendo en la pantalla! Mamá es la *Kiss Cam*.

—¿Qué narices es eso?!

Nick sonriendo me dijo:

—Tenemos que darnos un beso, si no, todo el estadio nos abucheará.

Miré a un lado y a otro, todos los que estaban alrededor nuestra comenzaron a jalearnos, nosotros nos miramos sin dejar de sonreírnos, nos acercamos, sus ojos estaban fijos en los míos y rozamos nuestros labios, aquello era imparabile, me abrazó y fundió mis labios con los suyos, al cabo de unos segundos, escuchaba las bromas y los gritos de la gente para que nos volviésemos a separar, pero era inútil, ninguno de los dos quería hacerlo.

Supongo que el beso duró poco, pero para mí fue una vida y en lo mejor, cuando creí que no volvería a separarme de sus brazos, una tosecilla incómoda nos interrumpió:

—Ya hace un buen rato que dejaron de sacaros en la pantalla.

Me volví mirando hacia delante y Loren hizo que Nick se volviese a su asiento, quedando ella en medio de los dos.

Dulce venía eufórica después de vernos a su padre y a mí en aquella enorme pantalla.

—Loren, ¿has visto a mis papás dándose un besito, los has visto?

—¡¿Qué?!

—¡Ven Dulce, te cojo en brazos para que veas mejor, ya vuelve a empezar el juego! —Nick cogió a la niña en brazos intentando disimular, pero la pequeña sin poder dejar de mirarlo le zampó un beso en toda su cara, él la miró, sabía bien el porqué de la felicidad que veía reflejada en su cara y la besó a ella también.

A mí ya no me importó el dichoso partido, ni quién ganó, ni qué narices pasó allí. Me había besado y nada de un besito de, ¡hola!, no. Me besó con las mismas ganas y deseo que lo había hecho hacía mucho tiempo, así que me repanchingué en mi asiento, con una sonrisa pintada en mi cara y disfrutando una y otra vez de aquel maravilloso momento.

¡Por fin terminó! ¡Qué largo era aquel dichoso partido o como se le diga al béisbol!

Todos estábamos algo cansados, pero de algún modo no queríamos volver a separarnos, Nick proponía ir a comer algo más y los niños decían de ir al parque, pero Loren no estaba para nada cómoda con lo que había sucedido, por muy “simple” que fuese algo en aquella situación que no le gustaba en absoluto.

—Nick, cariño, yo estoy agotada y tengo muchas ganas de descansar, ha sido una semana estresante, necesitaría uno de esos famosos masajes tuyos, ¿por qué no os despedís ya? Ellos también estarán cansados.

Supé que estaba estorbando y no quise hacerme más pesada.

—Nick, Loren tiene razón, mañana nos espera un día agotador y todavía tengo que preparar todo el equipaje.

Pero los niños no estaban muy de acuerdo con nosotros, Nico cogió su mano y le dijo:

—¡Jo, tío! Compramos la consola y al final no hemos jugado ni una sola vez, y no sé cuándo volveremos.

—¡Y yo me he dejado a Tico y a mi osito en tu casa! —continuó Dulce.

La cara de Loren era un poema, pero que se joda, ella lo iba a tener para siempre y mis niños solo un rato, así que, usando mi psicología de primero de madre, les dije:

—Niños, Nick está cansado, seguro que está loco por llegar a casa y descansar junto a Loren, cuando él pueda ya os mandará por correo las cosas que os hayáis dejado en su casa y ya tendréis oportunidad de jugar cuando podáis volver.

Pero él tenía ganas de disfrutar de ellos un poco más, y con los mismos ojos de súplica que ponían mis hijos, me imploró con la mirada:

—¡Oh no, yo no estoy nada cansado! ¿Por qué no dejas que los niños duerman en casa esta noche? Así podrán coger todas sus cosas y mañana te recogemos para ir al aeropuerto.

¡Chúpate esa supermodelo!

Muy en mi papel, negaba como diciendo que no, no podía ser y los niños insistieron:

—¡Porfi, mami, porfi!

—En casa tienen ropa, mañana paso a la hora que me digas, te lo prometo.

—¿No te molestarán, Loren?

Ella hizo un mohín con su boca, pero al ver que los ojos de los tres estaban pendientes a ella, me respondió:

—No, querida, ¿cómo iban a molestarte tus hijos?

Me dejaron en la puerta del hotel y ellos se fueron los cuatro a su casa. Al llegar a recepción, pedí una sesión de spa con masaje de algas. ¡La tarde entera para mí en Nueva York, iba a hacer temblar mi tarjeta de crédito!

Nicolas

La noche fue genial, jugamos al *FIFA 18*, y al *Call of Duty WWII*, aunque el segundo no era nada recomendado para su edad. Nico fue capaz de ganarme, pedimos unas pizzas para cenar, el día fue algo para guardar en mi recuerdo, durante el tiempo que estuvimos juntos les había hecho un millón de fotos, no quería perderme nada de ellos mientras pudiera tenerlos cerca, pero el final tenía que llegar y después de acostarlos y dejar todas sus cosas empacadas salí al salón, me senté en el sofá con el Tico de Dulce en mis manos, no quiso llevárselo, decía que así cada vez que me bañara con él me acordaría de ella. Creo que nunca había disfrutado mi casa de ese modo. Había perdido la pista a Loren desde que llegamos, supuse que se había encerrado en el dormitorio, pero tampoco la eché demasiado en falta. Toqué mis labios, recordé el beso que nos dimos Raquel y yo esa tarde y cuando la tuve bajo mi cuerpo en casa de mis padres, no sé cómo pude retenerme para no hacerle el amor allí mismo. ¡Dios, ¿cómo podía ser tan bonita?! ¡¿Cómo podía gustarme tanto?! Recordé su sonrisa y sus ojos, era incapaz de mirar a Dulce sin verla reflejada en ella.

—¿Ya se han dormido los mocosos?

Me sentó mal que los llamase de ese modo.

—¡Loren!

Se posicionó en el sillón de rodillas, frente a mí, con su cortísimo camisón de seda.

—¡Es que me vas a perdonar, pero no entiendo nada! Está bien que le hicieras el favor a su madre de cuidarlos cuando surgió su problema, favor que no sé a qué se debía, porque antes de la boda nunca me habías hablado de ella, no sé de dónde os nace ahora una amistad tan grande. Has ido con ellos

a casa de tus padres, cosa que jamás has hecho conmigo. —Intenté interrumpirla, pero ella con su dedo en alto me ordenó silencio—. Y lo que más me intriga de todo, la niña me dijo si había visto el beso que sus papás se habían dado. ¿Papás? ¿Es que ahora los vas a adoptar? ¡Por cierto, claro que vi el beso, ese no fue un beso de: “amigos nos están sacando en la tele”! ¡No, ese fue un beso de, te voy a comer aquí mismo!

Eché la cabeza hacia atrás posándola en el sillón, puse mis manos apretando mis sienes, de verdad era un poco “cortita”.

—Vamos a ver Loren, no te he contado nada antes porque sabía que estabas muy ocupada y necesitabas estar concentrada en tu trabajo, pero los niños son míos, bueno, de Raquel y míos, claro. Nosotros tuvimos algunos encuentros hace tiempo, te digo “encuentros”, porque no pudo llegarse a llamar una relación, pero lo cierto es que de ello nacieron nuestros hijos.

—Pero... ¿desde cuándo lo sabes?

—No te enfades conmigo, lo supe solo hace unos meses, pero no sabía cómo decírtelo para que no creyeras que te lo había ocultado.

Me miró asombrada y volvió a preguntarme:

—¿Ella no te había dicho nada antes?

—No, Loren, conocí a los niños en la boda de Herman, apenas lo supe unas semanas antes.

—¡Tus hijos! ¡Es alucinante! ¡Es que no puedo creerlo! ¿Pero estás seguro de que son tuyos? ¿Te hiciste alguna prueba o algo para cerciorarte?

—No me hace falta, sé que ella no me engañaría en algo así.

—¡Pues no sé por qué no habría de hacerlo! ¡Se queda preñada y no te dice nada, no una, sino dos veces! ¡En cuanto tiene problemas “voila” te busca y te encasqueta a los dos monstruitos! ¿Qué será lo siguiente? ¿Que te hagas cargo de su educación, que le pases alguna pensión? ¡Y todo sin hacerte ni una sola prueba, confiando en una mujer que nunca te ha dicho la verdad! Luego dices que yo soy cándida. ¡Ah!, y no vamos a dejar atrás el tema del beso, no creas que se me ha olvidado, ese no ha sido nada más que otro intento de atraparte.

—¡Ya, Loren! Baja la voz, los niños están durmiendo ahí mismo y no quiero que escuchen esta conversación.

Ella se levantó alteradísima, la había visto en alguna de sus rabietas, pero nunca tan enfadada.

—¡Esa tía no ha hecho otra cosa que enredarte, no es más que una puta! ¿Es que acaso no lo ves? Es una interesada que solo ha venido por tu dinero.

¡Estoy segura de que ha aparecido aquí con el par de mocosos para sacarte todo lo que pudiese, metiéndose en tu cama! Te has acostado con ella, ¿verdad? ¡Dime la verdad!

—No, nena, no me acosté con ella. —Me dolía lo que estaba diciendo, pero sabía que estaba herida y no quería alterarla más defendiendo a Raquel —. ¡Escúchame, todo esto se acaba mañana! No sé si es verdad o mentira, pero ellos se marcharán y nosotros volveremos a nuestra vida, todo será como si no hubiesen existido nunca. ¡Te lo prometo! Se van y ya está.

Pero ella estaba frenética, no entraba a razones de ninguno de los modos.

—Me tienes que jurar que nunca más vendrán aquí, que los vas a sacar de tu vida, no quiero que te hagas cargo de ellos en ningún modo, esa tía no es más que una ladrona, yo no los quiero volver a ver jamás, ni a esa puta ni a los bastardos de sus hijos. ¡Júramelo, júramelo o saldré por esa puerta y a quien no volverás a ver más es a mí!

—¿Por qué no se lo juras, Nick? Anda díselo, si no te ha importado que diga esas cosas tan feas de mi mamá es porque no nos quieres, dínoslo a todos, prométenos que nunca más nos vas a volver a ver.

Un agujero al centro de la tierra se hubiese quedado pequeño para poder esconderme dentro cuando me volví y vi a Nico de la mano de su hermana. Dulce bostezaba, creo que la niña no había comprendido nada, pero él a pesar de su corta edad lo entendió todo, llevaba tanto tiempo peleando por un padre y ahora el suyo lo decepcionaba siendo incapaz de defender a su madre.

—Nico, hijo.

—¡No le digas así, no sabes si es tu hijo o no!

—¿Quieres callarte de una puta vez, Loren? ¿Quieres meterte en uno de tus estúpidos baños y perderte allí durante un tiempo y dejarme pensar? ¿Puedes hacerlo?

Dulce, al escucharme gritar de ese modo se asustó y comenzó a llorar. Nico seguía firme en su actitud, sin soltar la mano de su hermana, me respondió:

—No grites, ella ha dicho la verdad, tú no eres nuestro padre. ¿Puedes llamar a mi madre? O mi hermana y yo la buscaremos, sé en el hotel que está.

—Déjate de tonterías Nico, ve a la cama, mañana yo te explicaré...

—¡Te juro que llamas a mi madre o en cuanto pueda me largo en mitad de la noche con Dulce! ¡Apuéstate lo que quieras a que lo hago!

Me di por rendido, él no iba a cambiar su actitud y Loren no hacía otra cosa que tirar todo lo que estaba a su mano en el baño, ya era demasiado

espectáculo para unos niños.

—Es tarde para hacer que vuestra madre venga, vestíos, recogeré vuestras cosas y yo os llevaré con ella.

—No nos hace falta nada de lo que nos has comprado, mejor te lo guardas —dirigiéndose a la pequeña le dijo—: ¡Venga, Dulce, vamos a vestirnos, nos vamos con mamá!

Llegué a la puerta de la habitación de su hotel, no había conseguido que Dulce dejara de llorar en todo el trayecto, estaba cansada y asustada y con Nico era imposible hablar, por más que le intenté explicar lo ocurrido, no escuchaba, ni respondía a nada de lo que le decía.

Al abrir la puerta, Raquel se asustó al ver aquel cuadro ante ella.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —Ella cogió a Dulce de mis brazos y atrajo a su hijo hacia su cuerpo.

El niño la miró y le dijo:

—No quiero volver a ver a este hombre nunca más en toda mi vida.

Sin más, entró en su habitación.

—Pero ¿qué ha pasado? Pasa por favor, espera un momento, voy a acostar a Dulce y ahora hablamos.

Ella entró en el dormitorio, busqué algo que tomar, estaba a punto de un ataque de nervios. Al cabo de unos minutos volvió a salir. Yo estaba totalmente abatido sentado en el sillón, ella se sentó a mi lado y me acarició el brazo.

—Cuéntame qué ha pasado. Los niños no paraban de llorar, ¿les ha ocurrido algo malo?

La miré, la cogí por la nuca y la besé, la besé de una forma salvaje, queriendo hacerla daño, tanto como todo el que yo sentía en ese momento.

—¡Nick, para, por favor, me haces daño! —Ella se separó con fuerza, en su rostro había tantas preguntas—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Qué narices ha pasado?

Recosté mi cabeza en el respaldo del sillón, no podía retener un segundo más las lágrimas que con rabia caían por mi cara, intenté ocultarlas tapándome con las manos, pero de algún modo tenía que dejar salir todo lo que llevaba dentro:

—¡Te odio, Raquel, te odio con todas mis fuerzas! ¡Odio el daño que me has hecho! ¡Odio el modo en que has puesto toda mi vida patas arriba! ¡Ojalá

nunca te hubiese conocido!

—Nick, no... no te comprendo, ¿no le habrás hecho nada a los niños, verdad?

La miré con coraje lleno de rabia, ¿cómo podía haber pensado algo así?

— ¿¿Cómo les voy a hacer algo a mis hijos?! ¡Raquel, porque son mis hijos, ¿verdad?!

La cogí del brazo con fuerza y ella se zafó de mis manos de un tirón.

—¡Claro que son tus hijos! ¿A qué viene todo esto? ¡Explícame qué ha pasado, por favor!

Limpié las lágrimas de mis ojos y le dije intentando calmarme:

—Le he contado a Loren lo de los niños y se ha puesto hecha una fiera, dijo cosas horribles sobre ti. ¡Raquel, juro que yo no te defendí por miedo a alterarla más de lo que ya estaba! Pero Nico lo escuchó todo y lo sacó de contexto. ¡Oh, Dios mío, supongo que le habré parecido un poco hombre por no defender a su madre!

Sin esperarlo, ella se abrazó a mí, yo rompí a llorar de nuevo como un niño. No sabía bien si me sentía tan mal por mi situación con Loren, por lo que el niño pensara de mí, o porque al día siguiente se iban y volvería a perderlos.

—Cálmate, cariño, tú has actuado como cualquier adulto sensato lo haría, Nico es solo un niño, a él todo le parece un mundo, ya verás cómo en unos días lo habrá olvidado todo. —Cogió mi cara, sin dejar de sonreírme y limpió mis lágrimas con sus dedos—. Aunque, como es igual de cabezota que su padre, a lo mejor le cuesta algo más olvidar. —Me nació una sonrisa al ver que me calmaba igual que hacía con sus hijos, ahora sí era yo el que se sentía como un crío de ochos años, ella notó que me había relajado y continuó hablándome—: Déjame a mí, le explicaré cómo son las cosas y las entenderá, ya verás cómo todo esto queda en nada, llámanos en unos días, y poco a poco el enfado le irá desapareciendo.

—¡Perdóname, Raquel, perdón por lo que te acabo de decir y por no haberte dado tu lugar delante de nuestro hijo! Son tantos los sentimientos encontrados que tengo que no sé cómo reaccionar. —Intenté no volver a llorar, pero desde el fondo de mi alma le confesé—: ¡No sé cómo voy a poder seguir sin vosotros!

Ella me abrazó durante unos segundos de nuevo, yo la apreté contra mi pecho, separó su cara y mirándome a los ojos me dijo:

—Pues retomando tu perfecta vida sin problemas. Me acabas de confesar

que la echas de menos y para serte sincera, hasta me das un poco de envidia. Nick, sabes que puedes ir a verlos cuando quieras, solo dale eso, un poquito de tiempo, ¿de acuerdo?

Ella se levantó, en un papel apuntó la dirección de su casa y me la dio. Algo más calmado le dije:

—Me gustaba más cuando me lo pintabas con tu barra de labios en mi mano.

Sonrió de ese modo en el que se le iluminaba toda su cara, se abrazó a mí y me acompañó hasta la puerta.

—Descansa, han sido unos días de muchas emociones para todos.

—Me gustaría ir mañana a despediros al aeropuerto.

—Será mejor que no lo hagas, dale un poco de tiempo a tu hijo, así evitaremos un espectáculo y que le dure más el enfado.

Pero ya no pude retenerme un segundo más a mí mismo, me volví hacia ella y con mis manos agarré su preciosa cara.

—No he dejado de quererte ni un solo segundo en todos estos años. —Sus ojos buscaron los míos, y fue entonces cuando me contestó, no de la forma que yo hubiese querido, pero sí la que necesité oír para seguir adelante con mi decisión.

—Ni yo a ti tampoco, lástima que la vida se vuelva a reír de nosotros de esta forma tan cruel una y otra vez. —Me dio un beso en los labios, separando un poco nuestros cuerpos—. Cásate con ella y ten todo lo que yo te negué, eres la mejor persona que he conocido y te mereces todo lo bueno que puedas tener, ella te quiere mucho y su enfado de esta noche no ha sido otra cosa que demostrarte cuánto, por nuestros hijos no te preocupes, ellos saben que los quieres.

De nuevo la besé con todo mi corazón, aunque me lo negara un millón de veces, jamás en la vida podría querer a nadie tanto como amaba a esa mujer.

Al llegar a casa, Loren no estaba, había destrozado todo lo que pudo romper en el baño, pero yo no tenía más fuerzas, me acosté tal y como estaba en mi cama y me quedé dormido.

A la mañana siguiente miré el reloj, ya eran las once de la mañana, su avión ya habría despegado y en él se iba una parte de mi vida que no sabía si quería recuperar o no.

13

Raquel

Ya hacía casi un mes que habíamos vuelto a casa, la colección se estaba vendiendo bastante bien, y por fin había conseguido relajarme un poco en ese sentido. Nick se había puesto en contacto con nosotros en varias ocasiones, Dulce se volvía loca cuando hablaba con él por el Skype, ella no recordaba apenas nada de aquella última noche, al contrario, hasta que cogimos el avión estaba segura de que su padre nos acompañaría en ese viaje. No se lo confesé a nadie, pero le rogué a Dios un millón de veces para que así fuese, su beso de despedida de aquella noche lo había interpretado como un adelanto de su perdón, era evidente que me equivoqué, él eligió quedarse con ella. ¡La vida! ¿Qué le iba a hacer? Del que no habíamos conseguido sacar más que un saludo esporádicamente en aquellas conferencias había sido de Nico, tenía a quién parecerse y los enfados le duraban una eternidad. En verdad estuve bastante deprimida los primeros días, hasta que asimilé que no me quedaba otra que rehacer mi vida, él con su decisión había decidido qué hacer con la suya y por lo tanto también con la mía y dentro de esta estaban los problemas de mis hijos. Pude hablar con el director y las profesoras del colegio de los niños, les expliqué lo que estaba sucediendo. Ellos habían tenido que aguantar los insultos que otros críos les habían procesado y por fin comenzaron a tomar cartas en el asunto, de tal modo que Dulce dejó de disfrazarse para ir al colegio y Nico pasaba algo más de la opinión de cuatro idiotas.

Esa mañana andaba enfrascada en un modelo en exclusiva que nos habían encargado para la madrina de una boda de la alta sociedad; subí a mi azotea, hacía una mañana preciosa, tenía la radio puesta y la inspiración me venía sola, cuando más concentrada estaba escuché un mensaje de mi móvil y lo miré:

} *Yolanda*

Aquí hay alguien k te busca, vuela para la oficina.

No tenía ninguna cita programada para esa mañana, le contesté a su

mensaje:

Kien es???

Yolanda

Tú baja, te vas a caer muerta!!

¿Dios mío sería Nick qué había decidido venir por fin?! ¿Se lo habría pensado mejor y no se casaría con Loren? ¿Habría vuelto para decirme que nos prefería a nosotros? Era la única prueba de amor que le hubiese pedido desde la primera vez que lo intentamos. Bajé las escaleras de dos en dos, antes de entrar en la zona de las oficinas me miré en el reflejo de uno de los cristales de los ventanales e intenté arreglarme un poco.

Al entrar le pregunté a mi secretaria:

—¿Quién está en mi oficina con Yolanda?

—Pasa, me ha dicho que no te diga nada.

Por la risa que escuché en respuesta de algo que ella dijo, supe que era un hombre. El corazón me latía con fuerza, no me lo pensé más y entré.

Yolanda estaba apoyada en mi mesa y se puso en pie al verme entrar.

—¿A que ni en un millón de años te lo hubieses imaginado en tu casa?

—Castro, ¿tú aquí? —La decepción la pudieron ver los dos en mi cara.

Él vino hacia mí y me dio un par de besos.

—Es obvio que no era a mí a quien esperabas encontrar.

—¡Oh, no, no! ¡Por favor no sabes la alegría que me da verte aquí! Solo es que, como dice Yolanda, ni en un millón de años me lo hubiese imaginado, es únicamente sorpresa lo que ves en mí.

—Pero tú me invitaste, sé que no es lo normal entre diseñadores visitarse en los talleres de diseño, pero te juro que no vengo como ningún espía.

Me reí al escucharlo.

—¡Qué tontería, como si a ti te hiciese alguna falta! Por favor, siéntate.

—Te lo agradezco, pero tengo algo de prisa, vine solo para que no pudieses rechazar por teléfono una invitación para cenar conmigo esta noche, llevo unos días aquí con unos amigos y necesito inmediatamente poder mantener una conversación mínima e inteligente, no pensé en nadie más bonita y perspicaz que en tu persona.

—¿Cómo iba a poder negarme a una invitación hecha de ese modo? Será un placer ir contigo.

—Perfecto, dime dónde te recojo y a la hora que te viene bien, allí estaré firme cual soldado en tu puerta.

—¿Te parece bien a las ocho?

—¡Los españoles y vuestra costumbre de cenar tan tarde!

—Estás en España y como decía mi padre: “*allí donde fueres, haz lo que vieres*”. Las ocho no es nada tarde para cenar aquí.

—Estoy a su disposición y mi misión será acceder a todos tus caprichos.

Le di la dirección de casa, Yolanda y yo lo acompañamos para despedirlo hasta la misma puerta del ascensor, donde lo hizo dándonos un beso a cada una en la mano, la verdad es que no hubo una sola persona en el edificio que no lo reconociera. Castro era el diseñador de una de las mejores marcas del mundo, pero además de eso era un hombre guapísimo, atractivo al máximo, elegante a no poder más y ese acento brasileño le hacía ser irresistiblemente sensual... aunque la verdad, mirándolo fríamente era un “poquito” cursi, hasta para mí.

Cuando se cerró la puerta del ascensor, Yolanda y yo nos cogimos de las manos y como dos adolescentes nos pusimos a saltar y a gritar como si hubiésemos visto al mismísimo Enrique Iglesias.

Elegimos para esa ocasión uno de mis vestidos cortos de noche, quería ir discreta, a la vez que deslumbrante, me puse un vestido tubo de encaje negro con el forro color carne y cuello barco, tenía que ser el punto medio entre elegancia y un vestido propio para un viernes noche, me hice un recogido francés y unos sencillos pendientes de perlas. ¡Ah!, y mis maravillosos “*manolos*” de charol negros de suela roja, que me pude comprar la tarde que me quedé sola en Nueva York antes de nuestro viaje de vuelta y que todavía no había tenido la ocasión de ponerme. Me miré en el espejo y me gustó lo que vi. Mis cuarenta años me habían sentado bastante bien, ya dejaron de importarme lo de volver a cumplir uno más, mi cuerpo había respondido bien, mi belleza ya no era algo en proyecto, sino serena y calmada y mi cerebro había llegado a un punto donde sabía perfectamente quién era y lo que quería en la vida. Sentía que era la edad idónea para no sentirme como una niña a la que pueden manejar y la necesaria para que el vocablo “señora” sonase llena de la magia que conlleva el que alguien te vea de ese modo; es decir, como toda una *mujer*. Seguíamos viviendo en el chalet de mi madre, ella apenas lo usaba, dedicaba su vida junto a la de Herman a viajar y a disfrutar alrededor del mundo y aunque seguía manteniendo mi apartamento por lo cerca que estaba del centro y de mi trabajo, apenas lo usaba, sino para

dormir alguna noche que se me hacía demasiado tarde trabajando.

Mi nana seguía viviendo con nosotros, aunque ya era bastante mayor para bregar todo el día con los críos y después de la última ocasión en la que me vi sola, decidí contratar a su sobrina Carla para que se ocupara de los niños, mientras ella se hacía cargo de organizar todo lo necesario para llevar nuestra casa adelante, por mi trabajo yo estaba mucho tiempo fuera y con mi madre no se podía contar, así que ella además de nana, ama de llaves, organizadora ejemplar de tareas, era mi psicóloga.

Al verme tan arreglada sonrió y me dijo:

—Desde luego, tiene que ser alguien muy especial ese tal Castro, aunque con ese apellido yo ya iría puesta en sobre aviso.

Me reí al escucharla y le contesté:

—Te he dicho cien veces que es brasileño, no cubano. No todos los Castro del mundo son familia, ¿sabes?

—Carla lo ha buscado en internet y hemos estado viendo fotos tuyas, es realmente guapo.

—Y todo un caballero, si supieses que cuando vi por primera vez uno de sus diseños y aun sin conocerlo, pensé que yo me casaría con ese hombre. Adoro cualquiera de sus trabajos y ahora que lo conozco en persona aún me gusta más.

—No deberías de lanzarte de ese modo, no hace ni un año que tuvo su segundo divorcio y tú aún tienes el corazón muy vulnerable, baja de la nube, los “príncipes azules” no existen, cuando desaparecen el aro de luz que los envuelven, te das cuenta de que todos son de color carne.

—Lo sé, nana, pero Nick se casa en unos meses, llevo todos estos años esperándolo y no merece la pena seguir haciéndolo, solo me falta el amor en mi vida, así que no voy a desperdiciar ninguna ocasión más que se me brinde.

—Y es lo mejor que puedes hacer, lo único que te pido es que no tiene por qué ser el primero que llegue.

—Escúchame, cuando lo conozcas verás que si me aferro a él no es por desesperación, sino para que otra no me lo quite.

Ella se echó a reír al escucharme, de pronto sonó el timbre de la puerta.

—¡Bien, vamos a ver si todo lo que dices es verdad y merece la aprobación del jurado o no! —Me dirigí a abrir la puerta, pero ella me detuvo—. ¡De eso nada!, da la vuelta y sal por el salón, si vamos a hacerlo, lo haremos al estilo de tu madre, todo en plan diva.

No pude aguantarme la risa, pero le hice caso, subí por la escalera de la

cocina que daba a los dormitorios y esperé escucharlo hablar para bajar por la del salón.

—Buenas noches, soy Alonso Castro, he quedado con Raquel.

—Sí, por favor, pase, lo estábamos esperando.

¡Ahora era mi turno! Bajé las escaleras, muy en plan película años sesenta y me encantó ver su mirada al verme.

—¡Dios santo! Sabía que eras bonita, pero esta noche estás espectacular.

—No seas “bobo”, me he puesto lo primero que he encontrado.

Él se rio al escucharme, nos dimos un par de besos en las mejillas, de pronto oímos la voz de mi hija que llamaba mi atención, Carla acababa de bañarla y venía con su suave batita rosa.

—¡Mami, qué guapa estás y qué bien hueles!

Me agaché y la abracé.

—Tú sí que hueles como los ángeles. —Me costaba trabajo irme de sus brazos, pero recordé que no estábamos solas, me puse en pie y le mostré a nuestro visitante—. Dulce, ¿recuerdas a mi amigo Alonso?, lo conociste el día del desfile en Nueva York.

Ella, como toda una damita, le ofreció su mano; él la tomó y la besó.

—Señorita, es usted toda una preciosidad, no me cansaré nunca de decírselo.

Dulce le sonrió y de una sola tacada nos había conquistado a las tres, mi nana me miró con una sonrisa dándonos así su visto bueno.

Nos montamos en un maravilloso *BMW x4*, una vez dentro me dijo:

—He conocido a tu hija, pero en alguna ocasión me dijiste que también tenías un niño.

—Sí, Nico. Esta noche duerme en casa de un amigo, por eso no lo has conocido, es un muñeco, pero tiene el genio de un diablo.

Sonrió al escucharme:

—Ya será menos.

—¡Qué va, no exagero para nada! No puedes hacerte una idea, es idéntico al cabezota de su padre en todo, tienen hasta el mismo carácter.

—¡Ya que sacas el tema! Me presentaste a Nicolás como el padre de tus hijos, un extraño modo de hacerlo.

—Es que lo hice tal y como es, solo es el padre de mis hijos.

—¿Seguro que no hay nada más?

—Por fin me he decidido, ahora estoy segura de que no quiero que sea nada más, por otro lado, aunque hubiese deseado algo diferente, él ya ha elegido, de hecho, se casa con “la Marvin” este verano.

Arrancó el coche y con una sonrisa en los labios me dijo:

—He reservado mesa en *La Terraza de los Jardines de Sabatini*, ¿te parece bien?

—Me encantan sus vistas, ¿sabías que es uno de mis lugares favoritos?

—Y el mío, algo me dice que tú y yo somos almas gemelas.

A partir de ese día, no nos separamos, yo quería de verdad darme una oportunidad con él, y tenía que intentarlo, de vez en cuando se pasaba por mi taller, ambos disfrutábamos con nuestro trabajo y en lo concerniente a la conquista del sexo femenino de la familia las tenía todas con él, pero al que no conseguía llevar a su campo era a Nico. A lo largo del mes que llevábamos conociéndonos lo intentó todo, partidos de fútbol, tenis, cine, cualquier cosa que pensaba que podía gustarle probó a hacerlo con él, pero el niño estaba enfadado con el mundo, ni su padre, ni Alonso, conseguían llegar a conquistarlo.

Estaba repasando los balances en mi oficina esa mañana de viernes, cuando escuché el móvil. ¡Qué raro, era Nick!, él solo llamaba por las tardes a casa, no solo por la diferencia horaria, sino porque se suponía que el motivo de sus llamadas era exclusivamente el de hablar con los niños.

📞 ¿Nick?

📞 Hola, preciosa.

📞 ¿Por qué me llamas a esta hora?, ¿ha pasado algo?

📞 No, te llamo porque estuve intentando hablar ayer otra vez con Nico, no hay manera de volver a conectar con él. Ese pequeño monstruo es el ser más cabezota que conozco.

📞 ¿No me digas? Pues yo casi juraría que sí sé de alguien muy parecido a él.

📞 Eres muy graciosa, por cierto, además ahora te has vuelto también muy famosa.

📞 ¿Yo? ¿A qué te refieres?

📞 Pues que has salido en algunos programas de esos de cuchicheos

y te he visto en varias fotografías en internet y en revistas con ese despampanante amigo tuyo pintamonas muy acaramelados. Resoplé al escucharlo, aquello no tenía que ver con los niños.

👉 Nick, ¿por qué me llamas?

👉 Porque mañana llego a España, tenemos un cliente que estamos a punto de perder, estoy seguro de que va a ser misión imposible, pero es la única excusa que encuentro para poder viajar, no puedo soportar más sentirme así con “tu” hijo y necesito aclarar las cosas.

👉 Me parece bien, tal vez cara a cara puedas volver a conquistarlo. ¡Oye, ¿dónde te vas a hospedar?! Quizás si te quedas en casa y te ve con Dulce se le olvide un poco el enfado.

👉 No lo había pensado, pero si a ti te parece bien y a tu nuevo “amigo” no le importa, creo que sería una buena idea.

👉 Nick, escúchame, llevo unas semanas saliendo con él y me gusta mucho, solo quiero que quede claro que vienes por el tema de los niños, no quiero recordarte que tú fuiste quien lo quiso así. ¿De acuerdo?

👉 Sin problema.

👉 ¿A qué hora llegas?

👉 Sobre las seis de la tarde.

👉 ¿Te parece bien que vaya a recogerte con los niños?

👉 ¡Claro, eso me gustaría mucho!

👉 Entonces, hasta mañana.

👉 Nos vemos.

Pegué un golpetazo en la mesa al colgar, estaba en mi mejor momento con Alonso y sabía que él me traería problemas, yo mejor que nadie conocía lo que seguía sintiendo por él por mucho que lo negara ante el mundo entero.

Francis entró para enseñarme las pruebas para uno de los catálogos de ropa infantil de nuestra marca.

—Raquel, te traigo las fotos, todas son buenas, pero hay algunas geniales, mira estas de Nico y Dulce, esos niños han nacido para estar delante de una cámara, han sacado todas las dotes de tu madre. —Estaba tan cabreada que cogí de malos modos las fotos que traía—. ¡Vaya humor que nos gastamos! Chica, ¿qué ocurre? Ya te dije que hacerte la estrecha con tu “maromo” no te iba a llevar a nada, ya han pasado más de las tres semanas de rigor, nadie pensará que eres una ligerilla si te lo llevas de una vez a la cama, estoy segura

que ni te acuerdas de cómo se hace.

La miré intentando tener paciencia escuchando todas las tonterías que decía.

—¿Ya?! ¿Te has cansado ya?

—¿No es eso? ¡Pues cuenta chica, sino hablas no puedo ayudarte!

—¡Francis! —Intenté tranquilizarme antes de seguir hablando—. Es Nick, mañana viene a Madrid y yo, como soy idiota y hablo antes de pensar, le he dicho que se quede en casa, por el tema de los críos, ya sabes.

—Sí, sí, ya sé. Por los críos.

Mi voz sonó a...

—¡Francis!

—¡Si yo no digo nada! Tú sola lo has dicho todo, en vez de mandarlo lo más lejos posible de tu relación con Alonso lo metes en tu casa, ¿para que juegue con los niños dices? ¿Verdad? Al otro le va a parecer genial tu idea.

—Mira, si vamos a mantener una relación tiene que asumir que es el padre de mis hijos y que va a estar en nuestras vidas y...

—¡Ya vale! Si a mí no me tienes que convencer de nada. Tú hazme caso, acuéstate esta noche con él y así cuando mañana llegue el otro, ya tienes un compromiso casi “formal” —dijo moviendo los dedos—, y de paso las hormonas controladas. ¡Tía, desde que se fue Bruno no has tenido un hombre en tu cama, tienes que estar que te subes por las paredes!

Era una descarada y de sutil no tenía nada, pero decía las verdades como templos.

—No te creas, al final terminas acostumbrándote, es verdad que hace mucho tiempo y no te niego que tengo unas ganas que ni te imaginas, pero es que la idea de acostarme con Alonso me da algo de... no sé cuál sería la palabra, ¿miedo, quizás? Él ha sido siempre mi ídolo, mi maestro... ¡no, la palabra es admiración!, cuando pienso en acostarme con él, me da ese poco de... reparo.

—Con el otro como es algo más mundano, algo así como de andar por casa, lo ves de otro modo, ¿no? No te da ese... reparo.

La miré y la sinvergüenza estaba con esa estúpida sonrisa de sabelotodo que se le ponía cuando hablaba irónicamente.

—Eres una “petarda”, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo que yo sé es que tú no pensabas precisamente con el cerebro cuando has invitado a Nick a tu casa, ni tan poco por tu boca, tú hablabas pensando con algo mucho más abajo.

Cogió sus fotos y salió de la oficina.

Me quedé algo preocupada por cómo le parecería todo esto a Alonso, pero solo pensar que iba a tener a Nick a dos habitaciones de la mía, sentí que Francis no iba demasiada desencaminada, y de verdad supe con qué parte de mi cuerpo había pensado cuando hablé con él.

Por la tarde cuando llegué a casa vi el coche de Alonso en la puerta, pero al entrar no lo encontré por ningún lado, ni a él ni a los niños.

—Hola, ¿hay alguien en casa?

Escuché la voz de mi nana.

—¡Raquel, estamos en el jardín!

Al salir la vi sentada haciendo punto, pero no estaba sola, Carla, los niños y Alonso estaban jugando relajadamente a la oca.

—¡Pero bueno, qué estampa más bonita, me parece mentira! Y, ¿de dónde habéis sacado este tablero?, por el color tiene que tener una eternidad.

Les di un beso a los niños y a Alonso, al mirarnos le hice una señal, me alegré de que estuviese sentado con Nico, sin que este intentara acuchillarlo, ni nada parecido y él también me hizo un gesto de asombro, mientras Carla me respondió:

—No creo que tanto, mi tía lo tenía guardado, estábamos un poco aburridos y ella nos lo trajo.

—¿No lo recuerdas Raquel?, era tuyo.

Lo miré detenidamente, reconocí las pestañas que le había pintado cuando era pequeña a todas lasocas.

—¡Es verdad! La de veces que jugué con mi padre con este tablero.

Un toque de nostalgia me pudo en ese momento, al ver a mis niños jugando y la de recuerdos que yo les había robado con su padre por no querer arriesgarme a las consecuencias que hubiesen podido traerme el no ser sincera con Nick.

—Mirad niños, esta mañana me ha llamado vuestro papá, tiene que venir a ver a un cliente y se va a quedar unos días con nosotros. —Dulce se puso a gritar como una loca, dando saltos y palmas, Alonso me miró esperando una explicación, nana hizo un gesto con su cara que no me hizo ninguna gracia, Nico tiró el cubilete de los dados terminando con la partida, cogiendo el camino y largándose. Y yo en medio de tan diferentes estados de ánimo, vi la oportunidad de salir por “patas” de allí y me fui detrás de mi hijo—. ¡Voy a hablar con Nico, luego hablaremos nosotros! ¿De acuerdo? —le dije a todos

los demás.

Salí detrás del niño y en mitad de las escaleras que subía al dormitorio lo detuve:

—Wilson Nicolás, ¿quieres hacer el favor de detenerte ahora mismo y mirarme? —Sorprendentemente me hizo caso, se dio la vuelta y me miró—. ¡Escúchame! ¡Te lo he explicado mil veces y no te lo voy a repetir ni una vez más! Ese hombre, que va a cruzar un océano solo por verte, es tu padre, no puedes juzgarlo por no querer vivir conmigo, él conoció a Loren mucho antes que a vosotros, parece irónico, pero es verdad, yo tuve toda la culpa por no ser sincera con él y con vosotros, pero ya está, no se puede hacer otra cosa, es normal que ella se enfadara y dijese todas esas cosas sobre mí y es normal que Nick no interviniera en la discusión, solo intentaba calmarla, eres un crío y no entiendes que muchas veces las cosas no son blancas o negras, él tuvo que actuar del modo que lo hizo, y tú no eres nadie para calificar su comportamiento. Hoy, coge los enfados que quieras, grita, patalea, o haz lo que te dé la gana, pero mañana te quiero con una enorme sonrisa en tu preciosa cara y olvidando hasta las últimas de las palabras que escuchaste o dejaste de escuchar aquella noche, ¿de acuerdo?

Se dio media vuelta, subió las escaleras y pegó un portazo que tembló media casa.

¡Ahora me quedaba el otro! Cuando bajaba me crucé con mi nana, puse los brazos en jarra y le pregunté de un modo bastante descarado:

—¡Ahora tú, dime lo que tengas que decirme y vete!

—Supongo que tendré que arreglar el cuarto de los invitados, ¿no es así?

Asentí con la cabeza y vi que se marchaba. Debo confesar que algo decepcionada, esperando batalla por su parte le pregunté:

—¿De verdad, no me vas a decir nada?

Ella negó con la cabeza y siguió andando sin mirarme.

—Ya te lo diré cuando te vea destrozada, recorriendo otra vez la casa como un fantasma, igual que hace un par de meses cuando volviste de allí.

Ella subió las escaleras, yo me agarré a la barandilla cerrando los ojos, pensando que ojalá se equivocase, esta vez las cosas eran diferentes. Salí al jardín, vi a Alonso con la mirada perdida, suspiré con fuerza, comencé a andar de nuevo hasta que me acerqué a él, me quedé de pie apoyada en su hombro, cogió mi mano y la besó:

—Ven, siéntate. —Le hice caso y lo hice frente a él—. Parece que tu ex tiene sus seguidores y sus detractores.

—Él es así, provoca todo tipo de pasiones, pero no deja indiferente a nadie.

—¿Y tú qué sientes?

Lo miré a los ojos y le contesté:

—¡Ya te he dicho que nuestro contacto es solamente por los niños!, y si viene es por lo mal que se siente con Nico, me ha dicho algo de un cliente, pero sé que solo lo hace por él.

—No me has contestado.

Escondí mi mirada, él con sus dedos levantó mi barbilla:

—No lo sé, Alonso, no te voy a engañar, estoy muy confundida, te juro que ahora mismo no sé cómo me siento. Quiero... ¡No! ¡Deseo, no sentir nada por él! —Cogí sus manos y le hablé llena de sinceridad—. Pero solo tengo una cosa en claro, es que no le voy a suplicar que me dé sus migajas, lo nuestro ya pasó y quiero intentar salir adelante sin él.

—Eso es lo que yo quería escuchar, ¿qué te parece si te pones tan bonita como tú sabes, vamos a cenar y pasas esta noche en mi casa?

¡Madre mía!, Francis me dijo que me acostara con Alonso para “sellar” nuestro compromiso, aquella conversación me vino a la cabeza como un flash, seguro que él pensaría igual, y este era el modo de obtener ese lazo que nos uniera.

De pronto, Carla venía con el teléfono en la mano, casi gritando:

—¡Señora, Yolanda se ha puesto de parto y la llevan para el hospital!

—¡Oh, Alonso, tengo que ir con ella, es como mi hermana!

—Bien, vamos, yo te llevo.

Le di instrucciones a Carla para que atendiera a los niños y Alonso me llevó rápidamente hasta el hospital.

—Te dejo en la entrada y voy a aparcar.

—Escucha, estoy pensando que es una tontería que te quedes toda la noche, no sabemos cuánto puede durar, pienso que mejor te vas, yo te avisaré cuando todo termine.

Me miró con cara de pocos amigos y me contestó:

—De acuerdo, si tú lo prefieres así. —Metió la marcha y salió disparado de allí.

Después de un par de horas en la sala de espera resultó que todo había sido una falsa alarma y nos pusimos en marcha de vuelta cada una a su casa.

Incluso sentí alivio por lo sucedido con mi amiga, si no hubiese sido así, habría pasado esa noche con Alonso, pero ¿qué me pasaba? ¿Era idiota? Seguro que si Nick no me hubiese avisado de que al día siguiente estaría con nosotros lo habría hecho sin dudar. En cambio, aquí estaba alegrándome de no haber dado ese paso, sentía que si lo hubiese hecho sería como si lo estuviese traicionando, a pesar de que todos me dijeran que me estaba equivocando otra vez.

El día fue pasando entre los diferentes estados de ánimo de mi familia, en cambio Alonso no me llamó en toda la mañana del sábado, yo le había mandado un par de mensajes contándole lo de Yolanda, pero el teléfono daba fuera de cobertura y no conseguí hablar.

Y puntuales como si nos fuese la vida en ello, a las seis en punto estábamos los tres en el aeropuerto, Dulce y yo nerviosas como dos flanes, y Nico en su nuevo estado, el de pasar por completo del tema. Cuando vimos salir a los pasajeros del vuelo proveniente de Nueva York me faltaban ojos para buscarlo. ¡Por fin, ahí estaba! Él apareció por la puerta, al vernos se le iluminó la cara con una sonrisa. ¡Es que no se podía ser más guapo! Dulce pasó por debajo de la barra de seguridad y corrió a su encuentro.

—¡Papi, papi!

Se agachó con los brazos abiertos y la abrazó con toda su fuerza.

—Cariño mío, me moría por verte. —Levantó los ojos y me miró, yo no sabía cómo recibirlo, se puso en pie llevando a mi niña entre sus brazos y llegó a mi altura—. Hola rubia, estás preciosa. —Sonreí al escucharlo, durante un instante nos quedamos mirándonos, juro que hubiese pagado porque me besara en ese momento, pero me abrazó estrechándome contra su cuerpo—. ¿Y mi pequeño delincuente, dónde está?

Me volví hacia la zona de asientos, estaba sentado, con los brazos cruzados y de “morros”. Él le indicó con su dedo para que se acercara, Nico lo hizo sin cambiar su expresión.

—¿No me das un beso?

El niño extendió su mano, ofreciéndosela en modo de saludo y él la apretó.

Hice un gesto con la cara, no estaba del todo mal para un primer acercamiento, ¿qué le íbamos a hacer? Yo también hubiera dado cualquier cosa por un beso suyo y no lo tuve, Nick no estaba recibiendo nada más que

lo que se empeñaba en sembrar.

Fuimos hasta mi casa, nada más llegar vi aparcado el coche de Alonso en la puerta. ¡Problemas seguro! Antes de entrar le avisé:

—Escúchame, Alonso está dentro. Está un poquito “susceptible” con tu visita, no seas borde con él por favor, ni seas sarcástico, te conozco y sé lo malintencionados que pueden ser tus comentarios.

A él pareció hacerle gracia la situación y sonriendo me preguntó:

—¿No me digas que tu novio tiene celos de mí?

—No seas engreído, los tiene por mí, que no es lo mismo.

—¿Y qué hace aquí? ¿Ya estáis viviendo juntos?

Negué con la cabeza, Carla venía hacia nosotros y no quise seguir hablando, le presenté a Nick e inmediatamente Alonso llegó detrás de ella. Al verme, me pasó el brazo por la cintura atrayéndome hacia él y me besó.

—Disculpa que no contestara tus llamadas, me dejé el móvil en el coche y me quedé sin batería.

Me gustó el modo que marcó sus límites delante de Nick, así estilo “¡esta hembra es mía!”. Yo misma me reí y le contesté:

—No importa, solo era para decirte que todo estaba bien, recuerdas a Nick, ¿verdad?

—Claro, de la noche del desfile. —Ambos se dieron la mano, en un pequeño duelo de miradas y unos saludos formales.

Dulce lo cogió de la mano y le dijo:

—¡Papi ven, te voy a enseñar tu habitación, está al lado de la mía!

—De acuerdo cariño, vamos.

Mientras ellos subían al dormitorio busqué a Nico, le había perdido la pista y me asomé al jardín. Estaba sentado, quieto y lo más extraño, sin ningún “aparatito” en sus manos, le pedí a Alonso un momento para poder hablar con mi hijo y me lo concedió.

Llegué hasta él, me senté a su lado y peiné su flequillo.

—Hola, has estado muy callado durante todo el viaje, de hecho, llevas en silencio mucho más tiempo del que me gustaría y voy echando de menos un montón tu voz, aunque sea para protestar.

Él, sin levantar los ojos, con la voz muy baja me contestó:

—Mamá, ¿sabes que pensé muchas veces cómo sería que mi papá viviera con nosotros?, quería que me llevase a los entrenamientos de fútbol, como hacen otros padres, o al colegio, pero ahora preferiría que siguiésemos como antes, solo nosotros tres, han pasado tantas cosas, no sé si Nick es el padre

que yo me imaginaba y Alonso no me gusta nada, habla tan raro que la mitad de las veces no lo entiendo.

—Cariño, ¿por qué no les das una oportunidad? Nick se tiene que acostumbrar a su nuevo papel de padre, y aunque no viva en casa y no pueda hacer contigo todas esas cosas que te gustaría, sé que os quiere mucho, ¿crees si no que haría un viaje tan largo, solo por no verte enfadado con él? Y Alonso, es verdad que me gusta mucho y lo paso muy bien con él, además sé que sería muy bueno con vosotros, pero nadie ha dicho que vayamos a vivir juntos, llevamos muy poco tiempo saliendo y la vida puede dar muchas vueltas, tendremos que darle también algo más de tiempo para ver si los cuatro encajamos. Quiero que dejes atrás tu enfado de una vez y vuelvas a reírte, como sigas creciendo tan mal humorado vas a terminar pareciéndote a los vampiros de esas películas que le gustan a Dulce, siempre lúgubres y amargados.

Sonrió al escucharme y no me nació nada más que abrazarlo, si es que apenas era un bebé, pero era tan inteligente que comprendía mucho más de lo que debiera un niño de su edad.

—Déjame que te coja y te dé un achuchón gigante, de esos que a mí me gustan. —Sorprendentemente para mí se subió en mi regazo, yo comencé a abrazarlo y a besarlo mientras él se reía intentando zafarse entre juegos de mí. Levanté los ojos al sentirme observada, vi cómo Nick nos miraba desde la ventana de su dormitorio. (A ese sí que lo hubiese achuchado hasta estrujarlo).

La tarde fue tranquila, merendamos los cinco juntos, me hubiese gustado que Alonso nos dejara ese tiempo a solas y ese primer gesto de “machito” dejó pronto de gustarme cuando pareció que en todo momento quería dejarle claro a Nick quién estaba conmigo, aunque él parecía haber venido bastante relajado y pasaba por completo de las agobiantes y continuas muestras de amor de mi nuevo novio. Después de un buen rato charlando, los niños jugaban en el jardín, mientras, los tres nos tomábamos una copa, fue entonces cuando Alonso me dijo:

—Raquel, ¿por qué no vas ya a arreglarte? Son casi las ocho y tenemos reserva en “*Lafayette*”. Sabes lo difícil que es conseguirla.

¡Se me había olvidado por completo!

—Alonso, ¿cómo nos vamos a ir estando aquí Nick?

—No creo que le importe, ¿verdad? —dijo mirándolo—. Al fin y al cabo, él vino para estar con los niños.

Pero yo me moría por seguir en su compañía y supongo que sin pensar en los sentimientos de Alonso le pregunté:

—¿Y por qué no vienes con nosotros? A tus amigos no les importará, ¿verdad, Alonso?

—Te lo agradezco Raquel, pero por mí no tengáis problemas, estoy muy cansado del viaje, salid vosotros, así yo disfrutaré esta noche de mis hijos.

Alonso levantó la mirada al escucharlo hablar, en cambio, yo no caí en el tono con el que le había contestado, ese “mis hijos” repateó de un modo que ni imaginé a mi novio, pero yo seguía en mi mundo y algo decepcionada por su respuesta, me levanté y me resigné a pasar esa primera noche sin su compañía.

—Bueno, siendo así voy a arreglarme, enseguida vuelvo.

Nicolas

Vi alejarse a Raquel hacia el interior de la casa, jamás pensé que podría sujetarme de ese modo, desde que llegué y la vi, mi primer impulso fue besarla, pero ella me había advertido de lo que le gustaba ese hombre, cosa que desde luego no comprendía porque, no es que él no tuviera buenas “hechuras” (como ellos dirían), pero me parecía más un petulante que otra cosa, y cada vez que la abrazaba y la besaba me repateaba el hígado, era absurdo ese comportamiento delante de los niños y tampoco me pareció que ella estuviera tan entusiasmada como me había dicho, o por lo menos esa impresión era la que me daba.

—Nick, ¿cuánto tiempo tiene usted pensado quedarse?

—No lo sé, depende de cómo marche el negocio por el que he venido, unos días, una semana a lo sumo, tengo algunas reuniones muy importantes pendientes y no me puedo demorar mucho.

—Es que me gustaría que aclarásemos algunas cosas desde el principio. — Adelanté mi cuerpo para escucharlo bien, me estaba tocando bastante los..., bueno, que me estaba cansando y no quería perderme un detalle—. Raquel me ha asegurado que entre ustedes ya no existe nada que los una, que no sea compartir la paternidad de sus hijos, pero yo no lo creo así, lo he observado desde que ha llegado y he visto cómo la mira, por mucho que ella se empeñe

en decirme que usted está enamorado de otra mujer, no puede disimular en absoluto lo que siente por ella.

—¡Ahh, se las da usted de observador! ¿No es así?

—No puede imaginarse cuánto. Le advierto que quiero casarme con esa mujer, poco a poco, sus hijos me aceptarán y sé que ella también lo hará, así que esta semana me gustaría proponerle matrimonio.

—¿Y a mí para qué me lo cuenta? ¿Acaso quiere mi aprobación?

—No. Se lo cuento para que no intente nada, sé que soy lo que más le conviene a ella y a su trabajo. En cambio, usted no hace nada más que hacer inestable toda su vida.

¡Ya estaba bien, esta vez sí que me había tocado los cojones!

—¡No creo que nos hayamos conocido el tiempo suficiente como para que usted sepa cuál es mi situación en la vida de Raquel! ¡Pero sí le voy a decir una cosa, yo no necesito más para saber que no es tan conveniente para su vida como usted se cree, y yo sí puedo asegurarle que tengo agudeza suficiente para conocer a las personas con solo mirarlas! Ahora, si me permite, me voy a dar una ducha y a disfrutar de esta noche con mis hijos.

Subí los escalones de dos en dos, ¡¿qué se había creído el estúpido ese para decirme si yo le convenía o no a mi mujer?! Yo mismo me detuve al final de la escalera, en mis propios pensamientos había llamado a Raquel, mi mujer, aunque no sabría si alguna vez sería capaz de llamarla así en voz alta, pero desde luego, ese era el modo en que la sentía y ese estúpido quería hacerla suya.

—¿De verdad no te molesta que salga esta noche? —Se detuvo frente a mí, quizás yo no sabría describir la forma de su vestido o del estilo que era, como su amigo lo haría, pero el verde le sentaba de muerte y el modo en que aquella tela se ceñía a su cuerpo, hacía volar hasta el infinito mi imaginación. Me entraron muchísimas ganas de decirle que sí, que me molestaba horrores que saliese con ese tío, pero solo acerté a hacerle un gesto de negación con mi cabeza. Estaba aún más bonita que la primera vez que la vi en medio de aquella pista llena de gente, donde la única que brillaba para mí era ella. Continuó hablándome, sacándome por completo de mis pensamientos—. Alonso había quedado con unos clientes que acaban de llegar de París, lleva planeando esta cena desde hace tiempo para agasajarlos, pero si te incomoda, de verdad, no me importa quedarme.

—No, mujer, cómo iba a molestarte, tienes tu propia vida, no soy nadie en ella para venir a cambiar tus planes.

Escuchamos cómo el dichoso “tipejo” la llamaba desde la planta de abajo.

—¡Raquel, ya vamos tarde!

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, deteniendo durante unos instantes su piel con mi piel. Respiré su aroma, no pude por más que acariciar sus brazos. Al separarse nos miramos, volvimos a escuchar a Castro llamarla, entonces bajó su mirada y me dijo:

—Carla y la señora Purlot os prepararán la cena, no te preocupes por nada, ellas se encargarán de los niños, tú descansa, ¿de acuerdo? —Bajó un par de escalones y se volvió—. Nick, me hace muy feliz tenerte en casa.

—Y a mí estar con vosotros.

¡Pero por qué tenía que seguir siendo tan estúpido! Yo sabía que ella era la única mujer del mundo a la que podría querer de ese modo, fue así desde la primera vez y siempre sería así por el resto de mi vida.

La cena con los niños fue “agradable”, podíamos decir. Dulce no paraba de hablar y de contarme sus cosas, pero Nico apenas levantó la cabeza del plato, moviendo su comida de un lado a otro y yéndose a la cama apenas sin probar bocado. Me encantó volver a hacer el ritual de Dulce al acostarse, y hasta me pidió que le contase uno de sus cuentos preferidos, lo cual hice encantando acostado a su lado. Al pasar por la habitación de Nico me asomé para darle las buenas noches, pero él en ese instante apagó la luz, dejándome con la palabra en la boca. Así que, en vista que no había mucho más que hacer, decidí acostarme, pero el sueño me había abandonado por completo, miraba una y otra vez el reloj, pero ella no llegaba, ¿pasaría la noche con él? ¡Por fin la escuché de vuelta a casa sobre la una de la madrugada! La duda se apoderó de nuevo de mí, ¿subiría acompañándola? No, parecía que no, porque unos minutos más tarde su coche volvía a ponerse en marcha y se iba. Estaba loco de celos y rabia, quería meterla en mi cama y que no saliese de allí jamás, escuché sus pasos y justo delante de mi puerta se detuvo, igual que lo hizo aquella noche en el hotel de Hawái, recé para que la abriese, pero volví a escuchar cómo seguía andando hasta su habitación.

Era domingo, el trinar de los pájaros y ese silencio me hizo recordar las mañanas en mi casa de Nueva Jersey, abrí los ojos, escuché sus voces hablando abajo y ese olor tan a ellos me hizo sentir bien, hacía tiempo que no me encontraba de ese modo.

Tocaron a mi puerta, levanté un poco la cabeza, pero no entró nadie.

—¿Sí?

—Papi, ¿puedo pasar?

—¡Claro, princesa, ven! ¿Qué haces tan pronto levantada y vestida de ese modo?

La niña se subió en mi cama, gateando llegó a mi altura y me dio un beso en la mejilla.

—No es tan pronto, mamá dijo que te despertara, son casi las diez de la mañana. —Acostumbrado como estaba a levantarme cada día con el sol, me pareció mentira haber dormido hasta tan tarde—. ¿Sabes, papi?, este es el uniforme del equipo de fútbol de Nico, hoy juegan a las once. ¿Quieres venir con nosotros?

—¿Quiénes irán?

—Creo que nosotros nada más, a nana no le gusta el fútbol.

Sonreí al escucharla.

—No, me refiero si Castro os acompañará.

La niña poniendo cara de no gustarle la idea me contestó:

—¿Alonso? No creo, porque allí hay mucho jaleo y cuando estamos con él siempre nos dice —Dulce puso voz de algo parecido a un hombre—: ¡Niños, disfrutad del silencio y de la relajación! Con esa voz tan rara que tiene.

—No te gusta mucho, ¿no?

—Yo no le he dicho nada a mamá, pero me gusta regulín.

—¡Vamos arriba, muñeca, que a mí, sí me gusta todo ese jaleo!

—¡Bien! Te espero abajo, le voy a decir a mamá que vienes y que te prepare el desayuno.

Bajé casi en una carrera, cuando llegué, Nico estaba sentado con la bolsa de deporte en sus manos y realmente con cara de pocos amigos.

—¡Ahora tenemos que esperarte! Si llego tarde para calentar, no me dejarán jugar hasta la segunda parte.

—No, no me tenéis que esperar, ya tomaré allí algún café o algo, ¡venga, vámonos!

—¡Mamá, Nick ya está! ¡Ahora faltas tú!

Raquel salía de la cocina cerrando un vaso térmico. Miró a su hijo y resoplando me dijo:

—Toma, sabía que don malhumorado pondría alguna pega.

Sonreí al verla, di un sorbo al café, que estaba *justo a mi gusto* y le di un beso en la mejilla. Ella me miró, sin dejar de sonreírme me dijo:

—¿Y esto?

—Eso por estar tan bonita desde por la mañana y por acordarte, después de tanto tiempo, de cómo me gusta el café.

Mirándome de esa forma pícaro que lo hacía cuando quería dar un doble significado a algo, me contestó:

—¿De verdad crees que se me podían haber olvidado las cosas que más te gustan?

Ella me miró retándome, contoneándose de una forma sensual al pasar delante de mí. Me entró ganas de estrujarla contra mi cuerpo, pero no tuve más remedio que contenerme de nuevo.

Ya todos montados en el coche camino al campo de fútbol, yo la miraba embelesado mientras Raquel conducía y me contaba cosas sobre la semana que tendrían los niños.

—Si tienes tiempo entre reunión y reunión puedes acompañarnos, ¿sabes?, son las fiestas de aniversario del colegio de los niños, están organizando muchos actos. Dulce y Nico actúan mañana en una función de teatro, y para el viernes estamos preparando un desfile de moda, lo recaudado será con fines benéficos y colaboran padres y alumnos.

—¡Papi, ¿quieres salir en el desfile conmigo?! ¡Mamá te puede preparar uno de sus trajes y así puedo presumir de papá delante de todas esas tontas que me decían esas cosas tan feas!

—Lo intentaré, cariño, no sé cuántos días podré quedarme, pero te prometo que mañana sí asistiré a veros al teatro, solo decirme la hora y allí estaré.

Llegamos al campo de fútbol. Nico, antes de entrar besó a su madre, los dos nos quedamos mirándonos, me puse a su altura, por si quería darme otro a mí:

—¡Suerte, campeón!

Él asintió con la cabeza, pero no dijo, ni hizo nada más, lo vi alejarse y sin dejar de mirarlo le dije a Raquel:

—Me mata ese comportamiento que tiene conmigo.

Ella se dio la vuelta, salió hacia las gradas del campo, agitando las dos manos en alto, y casi gritó:

—¿A quién se parecerá Señor, a quién?!

Agaché la cabeza, sin poder contener la risa.

Comenzó el partido, no había estado más nervioso en toda mi vida, era incapaz de estar sentado y como uno de esos *hooligans* me puse a gritar a

cada falta o a cada cosa que hacían.

Raquel, muerta de risa, intentaba calmarme:

—¡Tranquilízate un poco, vas a poner nervioso a Nico! Él no está acostumbrado a que le den tantas instrucciones.

—¡Es que no puedo, no sé por qué no ataca!

Volví a indicarle, pero el niño me ignoraba por completo.

—¡Nico adelántate! ¡Corre, corre, ahora!

Terminó la primera parte, cuando vi que el pequeño venía como una locomotora hacia mí me senté al lado de Raquel, creo que temiendo cuál podía ser su reacción.

—¡Mamá, dile a este hombre que como vuelva a decirme una vez más lo que tengo que hacer se va a enterar!

Se dio media vuelta y se largó de nuevo.

Raquel me miró y me dijo:

—¡Te lo advertí, no te quejes porque te lo había advertido!

Comenzó de nuevo el partido y por más que intenté estar sentado me fue imposible, empecé despacio, me levanté, di unos paseos, pero después de unos increíbles regates robando el balón, no pude más y le grité:

—¡Nico, ahora, ahora, corre a portería!

El niño se detuvo en mitad del campo, paró la pelota y mirándome fijamente le pegó una patada al balón... Vi, cómo un proyectil coreano se dirigía directamente hacia mi cara y antes de poder esquivarlo, recibí tal clase de chupinazo que me sentó de culo.

Creo que hasta perdí por unos segundos el conocimiento, abrí los ojos y Raquel estaba a mi lado, sin poder parar de reírse la “muy condenada”, a la única que pareció preocuparle mi desvanecimiento fue a Dulce, que comenzó a darme besos por toda la cara, sin parar de acariciarme y preguntándome si estaba bien.

El árbitro expulsó a Nico, y a mí me tuvieron que llevar a la enfermería para ponerme una bolsa de frío en la cara.

Me tumbé en unos de los bancos con la bolsa, mientras el médico que me reconoció le decía a Raquel su diagnóstico:

—No es nada, quizás se le inflame un poco la nariz, pero no creo que llegue a nada más, de todos modos, obsérvele, si ve que tiene mareos o pierde el conocimiento vayan de inmediato al hospital.

Dulce, muy al contrario, seguía preocupada, estaba a mi derecha acariciándome el pelo sin dejar de darme besos, Raquel se puso de rodillas al

otro lado sin parar de sonreír, la miré y volví a taparme la cara con la bolsa de hielo, estaba bastante mal, pero era mi orgullo el que estaba realmente herido.

—Papi, ¿a que con mis besitos no te duele tanto?

—Claro, cariño, tus besitos me quitan todo el dolor.

—Mami, tú eres más grande que yo, ¿por qué no le das un beso grandote y así se pondrá antes bueno?

Bajé la bolsa para poder verla, la idea no era del todo mala, pero ella le contestó a su hija:

—Es que a tu papá solo le gustan tus besitos.

Si ella supiese siquiera cuánto deseaba besarla, así que vi mi oportunidad.

—Di que es mentira, Dulce, lo que le pasa a tu mamá es que no quiere darme uno grande, grande, para que me pueda poner bueno. —Haciendo mucho teatro me quejé a puro lamento. Dulce me miraba con la preocupación marcada en su cara.

—¡Mami, ¿pero no ves cuánto le duele?! ¡Dale uno grandote, grandote, por favor!

La miré, ella se acercó a mí y me preguntó:

—¿Uno grande, grande?

Le contesté:

—Es que me duele mucho, mucho.

Me miró a los ojos y por fin me besó, sentí sus labios sobre los míos, los mordí con suavidad, los deseaba con locura, ojalá no hubiese estado Dulce allí, me la habría comido entera. Ese beso me devolvió la vida, estaba loco por sentirla, ya no me importaba tanto que me hubiese ocultado lo de los niños, esos críos me daban ganas de luchar por todo lo que creía, y quería recuperarlos costase lo que costase, la voz de mi niña nos interrumpió:

—¡Papi, papi, ¿estás mejor?!

Ella se separó de mis labios y sin dejar de mirarnos le contesté:

—Solo un poco, si convencieras a mamá de que me diese otro, seguro que me ponía bien.

Raquel me dio un pequeño manotazo en el hombro y me dijo:

—¡Venga arriba, sinvergüenza, que ya estás bueno, me parece que vienes tú muy mimoso y un poco cuentista, empiezo a ver de quién ha sacado tu hija sus dotes interpretativas!

Me reí al escucharla, mientras me ayudaban las dos a incorporarme, me senté en el banquillo para poder ponerme en pie, en ese momento vimos entrar a Nico. Dulce se fue directa hacia él:

—¡Mira lo que le has hecho a papá! ¿Te parece bien?

Él llegó a nuestra altura. Me había enfrentado a verdaderos capos de la mafia, a algunos de los peores criminales de bandas, pero juro que me dio pavor ver venir hacia mí a aquel personaje de algo más de un metro. No sabía realmente cómo reaccionaría, aunque para mi asombro me sorprendió gratamente su comportamiento:

—¡Por favor, perdóname! No quería hacerte daño. —Me enterneció ver su cara de preocupación.

—Sé que no querías hacerlo.

La niña con sus brazos puestos en jarra, seguía regañándole:

—¡Tienes que darle un beso para que te perdone y se ponga bueno! Mamá y yo ya se lo hemos dado, pero todavía no está bien del todo.

Se acercó a mí, y sabiendo el sacrificio que suponía para él nuestro acercamiento, me puse a su altura y le dije:

—Si no quieres, no tienes por qué hacerlo. —Sin esperarlo me abrazó con fuerza fundiéndose conmigo. ¡Hubiesen merecido la pena cien balonazos solo por haber vivido ese momento! Tuve que aclarar mi garganta para poder seguir hablando, pero cuando pude hacerlo le pregunté—: ¿Tienes que volver al partido?

—No, me han expulsado.

—¿Qué os parece si aprovechamos el resto de la mañana y me enseñáis vuestra ciudad?

Raquel miró a los niños y les preguntó:

—¿Creéis que no os dará mucha vergüenza salir a pasear con “*Miliki*”?

Los niños comenzaron a reírse, mientras salían de la enfermería, pero yo no sabía de qué me hablaban.

—¿Quién es *Miliki*? ¡Oye, no se os ocurra reiros de mí, eh!

Pasamos un día maravilloso, comimos fuera, paseamos por *El Retiro*, *el Palacio Real*. Ya había estado en otras ocasiones en Madrid, pero nunca me había parecido tan bonito que cuando Raquel se agarró a mi brazo y paseamos en silencio viendo cómo los niños corrían delante de nosotros.

Después de comer estábamos algo cansados y decidimos volver a casa, durante todo el día había estado viendo cómo su teléfono no dejaba de sonar, no lo había cogido hasta que se dio por vencida y al final decidió a hacerlo, aunque lejos de donde pudiese oírla, me temía que cuando llegásemos, allí estaría esperándola de nuevo el tal Castro. Pero no fue así, la casa estaba vacía, ni siquiera se encontraba la niñera. Los niños fueron directos al salón y

ella me preguntó:

—¿Te apetece tomar un café?

—Sí, ¿quieres que te ayude?

—No, descansa un poco, voy a cambiarme y ahora nos lo tomamos juntos.

Al ver cómo cada uno se dirigían de un lado a otro dentro de su casa, sentí que estaba fuera de lugar, no sabía bien si debía de comportarme como un invitado, esperando que me indicaran qué hacer o dónde ponerme, al fin y al cabo, aquella no era mi casa y no sabía cuál era realmente mi papel. Llegué al salón, los niños habían puesto la televisión, Dulce me llamó:

—¡Ven, papi, siéntate a mi lado! —¡Bueno ya era algo! Le hice caso y me senté en el sofá a su lado, ella se acercó a mí y se apoyó en mi pecho, me gustó su gesto y la besé en su cabecita—. ¿Te gusta esta película?

—¿Cuál es, Dulce?

—La de *Frozen*, ¿no la has visto? A mí me encanta.

Nico nos interrumpió:

—¡Claro, por eso no la pone nada más que un millón de veces! Yo estoy harto de verla.

Raquel entró en el salón vestida con un cómodo pantalón de algodón, una camiseta y en calcetines, con una bandeja entre sus manos con café y unos dulces. Acostumbrado como estaba a verla siempre impecable me agradó ver cómo se desenvolvía en su casa.

—¡Haya paz! Hoy es papá quien decide lo que se ve en la tele, ¿de acuerdo?

¡Papá, en un momento había dejado de ser un invitado en su casa y me hizo sentir uno más de su familia!

—No suelo ver mucho la tele y menos dibujos, pero si queréis vemos esta peli y la siguiente la eliges tú, ¿de acuerdo, Nico?

El niño asintió sin demasiadas ganas, pero se sentó en la alfombra y se puso a jugar con unos coches. Raquel lo hizo a mi lado derecho, la observé mientras destapaba un tubito de crema.

—Deja que te ponga un poco de esto en la nariz, ya verás cómo te baja enseguida la inflamación de la cara.

Volví mi cara, ella se puso un poco de crema en sus dedos y mirándome sonrió.

—Mira que es bruto tu hijo, menudo pelotazo te ha dado.

Nico me miró y sonrió, también me nació una sonrisa al ver su cara de pícaro, levanté los ojos y busqué los de Raquel.

—Gracias, ya apenas me duele. —Ella levantó su mirada y nos quedamos mirándonos durante unos segundos, estaba loco por besarla, abrazarla, decirle cuánto la quería y que no le volviese a coger nunca más el teléfono a aquel tipo, que este era nuestro estado ideal para vivir. Pero teníamos tantas barreras que nos separaban, que ninguno de los dos nos atrevíamos a replantearnos que aquel era un maravilloso modo de vida y como dos amigos pasamos el resto de la tarde sentados juntos, nos dedicamos a contarnos nuestras cosas del día a día, aunque sería un hipócrita si no reconociera que había algo en nuestras miradas y sonrisas que me hacía sentir que nos deseábamos con todas nuestras fuerzas. Por primera vez desde que todo aquello había salido a la luz, sentí que había sido injusto con ella, y ahora había perdido la posibilidad de tener esa vida, porque su amor ahora era para otro.

El lunes a las siete sonó mi despertador, había quedado bien temprano con mr. Donahue, mi “cliente imposible”, este hombre era ya algo mayor, teniendo en su haber innumerables empresas alrededor del mundo con contratos millonarios en cada una de ellas, pero por motivos de salud de su esposa se había venido a vivir a España, mi bufete había trabajado para él desde su fundación prácticamente, pero unas desavenencias con uno de los socios fundadores, y la distancia que nos separaban, le hizo tomar la decisión de retirar su cuenta y buscar otra empresa más cercana y afín a su modo de trabajar. Él tenía la decisión tomada, mi visita no fue nada más que un último coletazo de mi empresa por mantenerlo a la desesperada, y aun sabiéndolo lo aproveché como la única oportunidad que tendría en algún tiempo para poder viajar a Madrid.

Me arreglé lo suficiente para la reunión y bajé hasta la cocina para prepararme un café, al entrar vi a la señora Purlot, la nana como le decía Raquel y los niños.

—Buenos días.

—Buenos días, disculpe, no sabía a qué hora se levantaría y no tengo preparado aún el desayuno, solo puse un poco de café.

—Con eso es suficiente, no suelo comer mucho a esta hora y ahora tengo un desayuno de trabajo. ¿Y Raquel y los niños, no se han levantado todavía?

—Ella seguro que sí, debe de estar terminando de arreglarse, un poco más tarde levantaré a los pequeños, pero ¿qué le ha pasado en la cara? La tiene un poco hinchada.

Sonreí al recordar la escena del día anterior y le contesté:

—Los gajes de ser un padre primerizo.

—¿Nico?

Asentí con la cabeza.

—Lo calenté demasiado y me pegó un balonazo.

—Ese niño tiene un genio del demonio, siempre se lo digo a Raquel, como lo deje de la mano no va a poder con él. Pero, aunque ella no lo diga, es su ojito derecho.

—¿Quién es mi ojito derecho, nana?

—¡Pues quién iba a ser, el mimado de ese demonio que tienes por hijo! Siempre ha sido tu consentido.

Me volví al escucharla y es que no se podía ser más bonita, ella llegó a mi altura, tomó mi taza y le dio un sorbo.

—¡Culpable! Él ha sido lo que más he deseado en el mundo, por eso no me ha importado consentirlo todo lo que he podido. ¿Os parece mal?

Entonces le contesté:

—No, siempre que eso no te haya llevado a malcriarlo.

—¡Eso mismo llevo yo diciéndole durante ocho años!

No le gustó demasiado nuestra respuesta, así que cambió de inmediato de tema. Me pasó la taza, suavemente pasó sus dedos por mi nariz y me preguntó:

—¿Y tú, has dormido bien? ¿Te duele mucho la cara?

Quise decirle que no, que había estado a punto de ir a su dormitorio una decena de veces, pero me contuve y le contesté:

—Sí, he dormido bien y no, apenas me duele.

—Me alegro. ¡Bueno, me voy para el trabajo! ¿Quieres que te acerque a algún lado?

—Pensaba coger un taxi, quiero ir a alquilar un coche, para poder moverme sin tener que molestarte.

Raquel volvió a beber de mi taza, mirándome por encima de ella me dijo:

—¿Por qué no te llevas el mío? Yo no volveré a necesitarlo hasta la vuelta, los niños comen en el colegio, ¿recuerdas lo de la función de teatro que te comenté?, podemos vernos allí sobre las seis si tú ya has terminado.

—Me parece bien, aunque no quisiera causarte problemas.

—Tú nunca me los has causado, al contrario.

Durante un instante nos miramos a los ojos, pero un carraspeo de su nana nos volvió a la realidad.

Ella cogió su bolso y con una sonrisa me dijo:

—¡Entonces, vamos!

Salimos juntos hacia nuestros trabajos, le pedí las llaves del coche para conducir yo, aunque a ella no le hizo demasiada gracia, pero prefería hacerlo para conocer bien cómo moverme por la ciudad.

—Raquel, ¿por qué no me grabas en el ordenador de a bordo la dirección del colegio de los niños para saber cómo llegar?

Ella lo hizo mientras yo seguía conduciendo, cuando terminó sonrió, la miré un segundo y le pregunté:

—¿Qué?

—Nada, me gusta verte en mi casa y me gusta verte conduciendo mi coche.

Sonreí al escucharla, pero mi enorme boca no pudo quedarse cerrada.

—¡Hombre esta *Chrysler Grand Voyager* no está nada mal tratándose de un monovolumen!, aunque por lo visto a ti te gusta más que otros sean los que conduzcan tu vida.

—¿A qué te refieres?

—Al idiota de tu “amiguito” ese sí parece saber bien qué es lo mejor para ti y para tu vida, ¿no es así?

Comentario que como debí haber intuido, no fue para nada de su agrado.

—¡Te juro que no te entiendo! Me despides hace un par de meses, diciendo que tienes tu vida planeada con otra mujer, has estado todo este tiempo hablando exclusiva y únicamente de los niños, me excluyes de todo lo que pueda significar un nosotros. ¡Piensa! ¡Por qué voy a tener que decirte exactamente lo mismo que tú me dijiste aquella tarde en tu habitación! Ahora que vuelvo a tener algo parecido a una relación, parece que te molesta.

—¡No me molesta! ¡Simplemente no me gusta ese tío! Al fin y al cabo, si estas con él, mis hijos van a estar con él y no me gusta cómo los trata.

—¡Pero ¿qué sabes tú de cómo los trata?! Está intentando congeniar con Nico, algo, que como tú mismo has podido comprobar, no es nada fácil y a Dulce la trata con respeto. ¡Además, Nicolás Harrison, a quién le tiene que gustar es a mí, no a ti!

Detuve el coche frente a las puertas de su empresa y se bajó, quedamos en volver a vernos a las seis en el colegio, y nos despedimos con un escueto:

—¡Hasta luego!

Es que yo era un idiota, sin darme cuenta estaba sufriendo, desde que la vi hablando con Castro, el día del desfile, un continuo ataque de celos me había entrado; estaba acostumbrado a ver a Loren en anuncios, publicidad, fiestas y

toda clase de eventos con tíos de todo tipo, de esos que las mujeres dicen que “quitan el hipo” y ni una sola vez había sentido esos celos que me corroían por dentro. Con ella todo era diferente, era consciente que me había pasado desde que llegué retándome con cualquier hombre que la mirara, pero todos esos berrinches tenían un claro motivo y era porque me moría por volver a tenerla en mi cama.

Raquel

¡Este hombre me estaba volviendo loca! Vi cómo se marchaba en mi coche, tenía una importante reunión y me dejó en mi trabajo. ¡Claro que después de echarme un buen rapapolvo sin venir a qué! Yo también tenía el día muy ocupado, no quería perderme la función del colegio y tenía que terminar con todo el trabajo antes de irme. Las continuas llamadas y correos de Alonso con referencia a la conversación que tuvimos la noche del sábado, no me ayudaban mucho tampoco, el domingo quise que lo disfrutáramos solo los cuatro y cuando hablé con él por la noche para explicárselo le cayó como una patada, pero lo peor de todo era no poder pegar ojo, el saberlo tan cerca de mi dormitorio me estaba matando, quise ir a su cuarto un millón de veces con cualquier excusa, pero que me rechazara de nuevo habría acabado con toda mi autoestima, no quería que supiese lo desesperada que estaba por él y menos a dos meses de su boda con Loren. Di un suspiro y entré, todavía no había llegado nadie, pero me puse manos a la obra con todos mis pendientes.

El día fue estresante, no faltó ninguna de mis compañeras, hasta Yolanda que llevaba dos semanas de baja, se plantó con barriga y todo para preguntarme cómo habían ido las cosas, yo les conté que igual que siempre, pero en el fondo sentía que... igual, igual, no volvía. Parecía haber cambiado bastante su actitud conmigo, si no, ¿a qué venía ese comportamiento parecido a celos?, y, ¿a qué había venido lo del beso del día anterior? Todas esas miraditas de aquella maravillosa tarde en casa... ¡y el beso me lo pidió él!, eso estaba claro.

Llegada la hora, Yolanda y yo nos fuimos juntas, su hijo iba al mismo colegio, según ella se moría de ganas por acompañarme para ver la función de los niños.

Recogí a Nico y a Dulce y junto con los demás padres y madres esperábamos en la puerta del colegio hasta que abriesen el auditorio para entrar. Dulce estaba muy nerviosa esperando a su padre.

—¡Mami, ¿crees que papá podrá venir a vernos?!

—No lo sé, cariño, dijo que lo iba a intentar, no sabemos cuánto habrá durado la reunión.

Varias madres de algunos compañeros de clase de los niños estaban a mi

lado y una de ellas me preguntó:

—¿Papá? Raquel, no sabía que el padre de tus hijos estuviese aquí.

—¡Pues ya ves, Julia! ¡Qué despistada soy! ¡Se me había olvidado informarte!

—No seas sarcástica, nunca nos habías hablado de él, sabes que todos creíamos que habías concebido por inseminación.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos, Julia? ¿Acaso me has escuchado decir eso alguna vez? Es solo una de esas “leyendas urbanas” que alguna sabionda dejó caer. —Con las ganas que la tenía por los rumores que ella y cuatro como ella habían difundido y les habían hecho pasar tan malos ratos a mis hijos. Estaba a punto de estallar cuando escuché a Dulce gritando a la vez que salía corriendo:

—¡Papi, papi, has venido!

Los ojos de medio colegio se volvieron hacia quien la niña llamaba. Yolanda me dio un codazo y sin parar de sonreír me dijo:

—¡Ahí tienes a tu Chyanne de ojos azules!

Yo no sé si fue mi imaginación, pero lo vi salir del coche a cámara lenta y con música de fondo de George Michael. Vestido con aquel impecable traje oscuro y camisa clara, unas espectaculares gafas de sol y para rematar esos andares que lo hacían irresistible. Todos los murmullos los sentía como muy lejos, pero pude escuchar con claridad cómo Julia exclamaba:

—¡Madre del amor hermoso! ¿Ese es el padre de tus hijos? ¡Con razón lo tenías tan oculto!

A mí solo me salió como respuesta, la que siempre daba Dulce:

—¡Ajá!

Besó a la pequeña, llegando hasta nosotras con ella de su mano, acarició la cara de Nico, él le devolvió una sonrisa, a mí me dio un beso en la mejilla y saludó cariñosamente a Yolanda:

—¡Mírate, pero si estás preciosa!

—¡Déjate de tonterías, estoy enorme!

—Pero eso no quita lo bonita que se te ve.

Ella se sonrojó al escucharlo.

Tenía la necesidad de acercarme a él, para que no les quedara duda alguna a todas aquellas “amigas” de que ese espectacular hombre estaba conmigo. Me acerqué lo suficiente a su cuerpo y mientras ponía bien la solapa de su chaqueta le pregunté:

—¿Han ido bien las reuniones?

Pero el plan me salió regular, no parecía venir del mejor humor del mundo y apenas me prestó atención:

—Ni sí, ni no. He podido hablar con algunos de sus contables y uno de sus directores, pero tengo un cabreo increíble, no he conseguido llegar a él. Creo que voy a tener que pedirte un favor.

Lo miré interesada, ¿en qué podría serle yo útil? Iba a empezar a contarme, cuando una voz muy conocida para mí nos interrumpió:

—Hola, ¿habéis guardado un sitio para el tito Diego?

Nos volvimos al escuchar su voz. Me alegré muchísimo al ver a mi mejor amigo, con el que hacía semanas solo había hablado por teléfono.

—¡Pero ¿se puede saber qué haces tú aquí?!

Los niños se lanzaron al verlo, abrazándolo, él con los dos en brazos llegó hasta nosotros zampándome un beso en toda la boca, algo que para nosotros era normal, pero que no me hubiese gustado que lo hiciera delante de Nick, tal y como iban las cosas.

—Nico me lo dijo el mes pasado cuando estuve aquí y no podía perderme a la futura generación de actores de mi familia. —Nick permaneció en silencio mirando la escena, de repente Diego se dio cuenta de quién era—. ¡Tío! ¿Qué haces tú aquí? —Le ofreció la mano como pudo, porque aún llevaba a mis dos “bichitos” en brazos y Nick la apretó.

—Tenía unas reuniones pendientes y aquí me tienes.

Abrieron las puertas, todos pasamos a su interior, los niños se fueron con sus maestras y nosotros a tomar asiento.

Yolanda se sentó en el primer asiento, con su barriga no podía nada más que estar en el pasillo, me senté a su lado, Diego con todo su desparpajo lo hizo al mío, cuando vio cómo Nick lo miraba, se levantó enseguida:

—¡Perdona tío, es la costumbre!

No llevábamos más que un par de minutos, cuando alguien tocó en mi hombro a la vez que me besaban en la mejilla, llamando de ese modo toda mi atención:

—¡Eres la más guapa de toda esta sala! A excepción de ti, claro. ¡Que estás guapa por dos! —le dijo a Yolanda.

—¡Bruno, pero si me dijiste que no ibas a poder venir!

Me levanté y los dos nos fundimos en un abrazo.

He cambiado unas guardias y al final he podido arreglarlo, no podía

perderme a mi niña, ella no me lo hubiese perdonado. —Al ver cómo Nick se volvió a mirarnos, me dijo en voz baja—. ¿Este es tu famoso Alonso?

Me pegué a su oído y le dije:

—Este es mi famoso Nicolás.

Él me miró con la boca desencajada y haciéndome señas con los ojos.

—Nick, mira él es Bruno. —Yo le había hablado de la relación que había mantenido con él, pero el saludo de ambos hombres fue mucho más seco y frío de lo que me hubiese gustado para unas personas tan importantes en mi vida.

Volvimos a tomar asiento, el malestar que traía Nick de su reunión parecía haber ido a más con las inesperadas visitas de mis amigos, cosa que se agravaba aún más debido al nerviosismo que nos estaba produciendo el llanto de un crío que teníamos delante.

—Solo nos falta tu novio, y ya tendríamos aquí a toda tu corte.

Me cabreó bastante su actitud y le contesté:

—Si hubiese tenido que venir toda mi corte, faltaban sillas en el auditorio para todos.

Me miró fulminándome con los ojos. Bruno me tocó en el hombro y me preguntó:

—¿Le hiciste las pruebas a Nico de la alergia?

—Sí, sigue sin salirle nada, el médico dice que solo es una pequeña intolerancia a algunos alimentos.

Comenzamos a hablar sobre los niños, Diego entró en la conversación, mientras Nick seguía callado mirando hacia el frente sin decir nada. Así que creí conveniente dejar el tema, no estaba acertando con nada esa tarde.

El niño de delante comenzó con su berrinche bien en firme, sus padres no tenían forma de calmarlo, le hablé a Nick intentando hacerme la graciosa:

—¿Ves? No tenías por qué haberte enfadado tanto conmigo, solo te he ahorrado mucho de esto.

Y como si hubiese encendido la mecha de un enorme barril de pólvora, él me miró lleno de rabia y estalló. Creo que dejó salir todo lo que le había estado amargando durante todo ese tiempo:

—¡No, Raquel, no lo entiendes! ¡Precisamente por esto es por lo que estoy tan cabreado contigo, porque no me lo has ahorrado, me lo has quitado! ¡Nunca he calmado a mis hijos de pequeños, no los he visto nacer como ellos lo hicieron! —dijo señalando a Bruno—. ¡O empezar a caminar, o a hablar y para colmo me siento como un idiota, cualquiera en tu vida sabe más de ellos

que yo! ¡Ha sido una mala idea venir!

Se puso de pie con la intención de irse, temí por un instante que mis amigos salieran en mi defensa y se terminara de liar delante de todo el colegio, pero afortunadamente se contuvieron, yo lo cogí del brazo y reteniendo mis lágrimas por el modo y el desprecio con el que me había hablado le dije:

—¡No te vayas Nick, por favor! No lo hagas por mí, sino por ellos, no les importaba que nadie de los que esta tarde hemos venido a verles estuviésemos aquí, solo querían que fueses tú quién estuviera.

Me miró, lo dudó durante un instante y se sentó de nuevo, esperamos en silencio que comenzara el espectáculo del escenario, porque el de las gradas ya lo habíamos dado nosotros.

La función era *Peter Pan* y mi guapísimo moreno era el protagonista, a él no le hacía mucha gracia lo de ponerse las dichosas mallas, pero era tan terriblemente presumido que cuando se vio guapo con el disfraz completo aceptó seguir adelante. Lo hacía francamente bien, el estar delante del público era algo innato en él, desde que había empezado a andar había salido en mis desfiles y no le daba miedo o vergüenza en absoluto. Pero las exclamaciones llegaron cuando aparecieron las sirenas, mi muñequita estaba sentada en una piedra al lado de una catarata pintada en el decorado, todas cantaban una canción, y por desgracia, o por “suerte”, no se lograba identificar su voz. A pesar del mal rato que me había llevado, no había podido dejar de sonreír desde que había empezado la función, y mi asombro fue monumental cuando sentí cómo Nick cogía mi mano y la apretaba con fuerza.

—Está preciosa, ¿verdad? —Estaba completamente reacia a volver a hablarle después de la que me había liado, así que asentí con la cabeza—. ¿Me podrás perdonar? —Lo miré, en verdad no sabía qué hacer, pero mis sentimientos lo hicieron por mí y una estúpida lágrima rodó por mi cara—. No llores, te lo ruego, soy un idiota, he pagado todo mi malestar contigo. —Llevó mi mano a sus labios y la besó, aunque hice el intento de soltarme para que no lo hiciera, él no me dejó—. Por favor, perdóname te lo ruego, soy un estúpido.

Y lejos de soltar su mano tal y como debía haber hecho, quise tragarme mi orgullo y ponerme en su lugar e intenté comprender cómo se sentía.

—Me va a costar perdonarte el haberme hablado en el modo en el que lo has hecho delante de todos, pero si esto ha servido para que por fin pusieses las cosas claras y hayas sacado fuera todo lo que sientes, bienvenido sea. ¡Pero escúchame, la próxima vez piénsatelo bien antes de saltar de ese modo, porque te aseguro que será la última vez que lo hagas, yo no soy ninguna de tus “Loren”, a mí te dirigirás siempre con educación!

No me contestó, él sabía perfectamente que no había hecho bien, igual que le pasaba a Nico con sus arranques, era indudable de dónde había sacado mi hijo su genio, pero él no era ningún niño para permitirle ningún margen a la hora de dirigirse a mí en el modo en el que lo hizo y por mucho que quisiese a ese hombre, no le iba a permitir, ni a él ni a nadie, hablarme ni tratarme despectivamente. Él apretó con fuerza mi mano y volvió a mirar el espectáculo. Así estuvimos los dos, agarrados de nuestras manos sin separarlas hasta que tuvimos que hacerlo para poder aplaudir.

A la salida, podía sentir la mirada de todos sobre mí, sabía que el espectáculo que habíamos dado dentro daría que hablar durante muchos días. Bruno y Diego estaban juntos y para mi disgusto algo apartado de nosotros, cuando Dulce salió, ellos la abrazaron y felicitaron. La niña estaba feliz, pero a pesar del enorme cariño que les procesaba con su mirada, nos buscó a nosotros. La pequeña se había enamorado por completo de su padre nada más conocerlo y era indudable que ese amor era recíproco. A pesar de no parecerse apenas físicamente, él supo que era suya porque había sentido que los unía un lazo de amor y sangre desde el primer momento. Él se agachó para esperarla y ella corrió a sus brazos.

—¿Te ha gustado, papi? ¿Te gustó como canté? —dijo acariciando su pelo.

Él me miró, era obvio que mi niña podía hacer muchas cosas en la vida, pero la música no sería su camino.

—¡Claro mi cielo, se te veía preciosa!

En cuanto vimos salir a Nico comenzamos a aplaudirle, el muy sinvergüenza hizo una reverencia, como si se tratase de un gran artista y empezó a saludar a un lado y a otro.

—¡Bruno, Diego! Tíos, vendréis a casa, ¿verdad? Mamá me había prometido que haría una cena, se lo he dicho a alguno de mis amigos. —Y sin esperármelo se volvió hacia su padre y le preguntó—: ¿No te importa, verdad papá?

Era verdad que yo le había prometido hacerle una pequeña “fiesta” si

accedía a hacer la obra de teatro, pero eso fue antes de saber que Nick vendría, lo miré sin saber cuál iba a ser su respuesta después de la “conversación” que habíamos mantenido dentro, él lo miró lanzándole una sonrisa y le contestó:

—Si tu madre no tiene ningún inconveniente, me gustaría mucho poder conocer a tus amigos.

—¡Ya verás cómo te gustan!

El niño salió corriendo en busca de sus amigos, Nick sin dirigirse a mí se acercó hasta Bruno y Diego que seguían algo apartado de nosotros:

—Vais a venir, ¿no es así? Tengo que pedir os disculpas a vosotros también por mi comportamiento, me gustaría poder explicar os los motivos, pero serían solo excusas. —Al ver que los dos guardaron silencio, continuó diciéndoles—. Sé lo importantes que ambos sois para ellos. Os lo ruego, aceptar mis disculpas, bastante mal me siento con Raquel por el numerito que he montado dentro, para que además los niños se enfaden conmigo si por mi culpa faltáis vosotros a esa cena.

Las disculpas de Nick eran sinceras, afortunadamente ellos aceptaron y todos nos dirigimos hasta casa, quiso conducir él de nuevo, los niños no dejaban de hablar, pero Nick guardaba silencio, en ese momento recordé lo que me dijo en la puerta del auditorio:

—Nick, me dijiste antes de entrar que quizás necesitaras de mi ayuda, ¿a qué te referías?

Él asintió recordando dónde dejamos nuestra conversación.

—Me extraña que todavía quieras saber para qué te necesito, después de lo mal que me he comportado contigo hace un momento.

—Como te he dicho, es mucho mejor saber cuáles son tus sentimientos hacia mí y había mucho rencor en tus palabras, pero, aunque me duela reconocerlo, no puedo reprochártelo.

—Raquel, créeme cuando te digo que he meditado mucho y es verdad que durante un buen periodo de tiempo he sentido ese rencor del que hablas, pero ya no es así, lo de esta tarde ha sido simplemente frustración por esta especie de relación que tenemos y eso se ha agravado con la impotencia que he sentido por mi trabajo. No he conseguido nada con mi cliente, aunque en una de las reuniones que he tenido, uno de los contables era un viejo amigo mío y tuyo. Fue el tío que me llevó la noche que te conocí a la sala de fiestas.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí, y “casualmente” salió el tema de tu persona, me dijo que tú conoces

muy bien a mi cliente.

—¿Yo? ¿Cómo se llama?

—Donahue, Ben Donahue.

—¡Claro que lo conozco! Además, desde niña. Mis padres eran muy buenos amigos, su esposa es un encanto, es una pena, porque ella está muy delicada de salud.

—Eso me han dicho. Él se ha negado a recibir a cualquier representante de mi bufete por una disputa que ha tenido con uno de los socios, si de algún modo pudiera llegar a hablar con él y exponerle las nuevas condiciones, quizás se plantease seguir con nosotros.

—Con él no tengo tanta confianza, siempre me echó hacia atrás su presencia, pero con ella tengo mucho contacto, le hago toda su ropa, ¿estaría bien que intentara conseguir tener una cena con ellos?

—Te lo agradecería sin duda alguna.

Lo miré.

—¿Cuánto me lo agradecerías?

Apartó un segundo los ojos de la carretera, sonriéndome me contestó:

—Consígueme esa cita y podrás pedirme lo que quieras.

A través del ordenador del coche, marqué el teléfono y le pedí a los niños que guardasen silencio para que ambos pudiésemos escuchar por los altavoces, aunque no me hicieron ningún caso y seguían con sus juegos:

📞 ¿Doris? Soy Raquel, ¿cómo te encuentras?

📞 Hola, cariño, estoy algo mejor, pero muy aburrida, todos se empeñan en que descanse y la verdad no sé de qué.

📞 Necesito contarte algo, ¿estás sola?

📞 Sí, dime, ¿qué ocurre?

📞 Nada en particular, pero quiero pedirte un favor, es un poquito comprometedor, te lo voy a explicar y si tú ves que no quieres hacerlo lo comprenderé.

📞 ¡Cuéntame hija, me estás poniendo nerviosa!

📞 Mira, mi pareja lleva tiempo intentando tener una reunión con Ben, pero sabes lo difícil que es llegar a él. He pensado que mañana podíamos ir a cenar y casualmente encontrarnos y facilitarles su encuentro.

📞 ¡Espera, espera, rebobina, lo del final me parece bien!, ¿pero me has dicho tu pareja?

Nick estaba escuchándonos y sonrió:

☑ Sí, Doris, estoy aquí, con el padre de mis hijos y de verdad necesita esa reunión, si no, no te pondría en ese compromiso.

☑ Cariño, aunque solo fuese por conocer a ese hombre, te preparo todas las trampas que quieras con mi marido.

Nos reímos al escucharla.

☑ De acuerdo, entonces nos vemos mañana para cenar en *Tras-Os-Montes*, sé que es el preferido de tu marido. ¿A las ocho está bien?

☑ ¡Perfecto, nos vemos mañana!

☑ Un beso y gracias Doris.

☑ Gracias a ti, cariño, estoy tan aburrida que todo esto me parece casi una aventura.

☑ Adiós, querida.

—¿Ya puedo pedir?

—No, hasta que no tenga esa cita, no puedes.

La tarde-noche fue maravillosa, buenos amigos, cervezas, buen vino, pizzas y muchas sonrisas. Parecía que después de desahogarse, Nick hizo un cambio de actitud total, comenzó a hablar con los chicos como si de viejos amigos se tratasen, participó en todo lo que pudo ayudándome a preparar las cosas para la cena, durante un rato pensé en la posibilidad de que aquella noche pudiese surgir algo entre nosotros. ¡Pero mi hijo tuvo la feliz idea que sus tres amigos se quedarán a dormir y si hubo alguna ocasión desde luego se esfumaba por segundos!

Estaba terminando de preparar las camas en el cuarto de Nico con Carla cuando desde la ventana vi sentados a los tres hombres que de un modo u otro habían marcado los momentos de mi vida. Me intrigó mucho su conversación y, como quien no quiere la cosa, me entretuve arreglando... la cortina.

—... Bruno me dijeron los niños que ahora no vives en Madrid.

—Sí, es verdad, después de la ruptura con Raquel necesité poner tierra de por medio, me propusieron pasar a ser guardaespaldas de algunos dirigentes políticos, y así sigo, viajando de un lado a otro, me gusta bastante vivir de ese modo, no me deja mucho tiempo para pensar.

—Pero vosotros parecéis llevaros muy bien y por lo que he visto, los niños te adoran.

—Nunca nos hemos llevado mal, pero Raquel no me veía con los mismos ojos con los que yo la miraba a ella.

—No te entiendo.

Entonces Diego, con la poca vergüenza que lo caracterizaba y algo resentido aún por lo ocurrido aquella tarde, entró en la conversación:

—¡Pues yo te lo puedo explicar bien clarito! Fue por tu culpa “imbécil”, ella nunca ha dejado de pensar en ti, por eso los demás jamás tuvimos una oportunidad.

—Estás equivocado, no puede ser. Si eso fuese verdad, ¿por qué me alejó entonces de su vida? Ella sabía que yo quería intentarlo, pero de la noche a la mañana desapareció, sin darme un motivo, simplemente me apartó y punto, alguien que ama a otra persona no actúa de ese modo. Yo siempre he sabido que ella nunca me quiso, os va a sonar raro, pero sé que al principio solo me utilizó para su propósito de ser madre, y ahora soy una mera pieza de caza para su entretenimiento, nada más.

—¡Va a ser verdad que no la has comprendido! Como supongo que ambos sabéis, Raquel antes de estar con vosotros solo tuvo una relación seria, con un tal Álvaro... no sé qué, ya no lo recuerdo, después de la muerte de su padre estaba totalmente abatida y se aferró a él haciéndose todas las ilusiones del mundo, a pesar de que todos le dijimos que era un capullo estirado, que además se tiraba a todo lo que se meneaba, pero ella no nos escuchó. Imaginad el panorama, su padre era todo su mundo, su madre siempre fuera y el tal Álvaro decepcionándola una y otra vez, por eso creo que lo de tener un hijo sola casi se volvió una obsesión, entró en un bucle en el que no podía confiar en nadie más... Pero sus planes no salieron del todo bien, después del nacimiento de tu hijo, el parecido del niño contigo era increíble, así que por más que intentaba olvidarte le fue imposible, ya el remate fue volver a quedarse embarazada justo cuando supo que no querías tener hijos. Ella se asustó, así sin más, no le des más vueltas, solo ocurrió eso, tuvo miedo. Esa mujer fuerte que veis hoy no era más que una niña muerta de miedo pensando que el mundo la había decepcionado y ella había decepcionado a todos y sobre todo a ti. Así que salió huyendo lo más lejos posible, ese fue el único motivo por el que no continuó con vuestra relación. ¡Entonces!, como por arte de magia, apareció el galante caballero que la rescató, Bruno entró en su vida, apartándome por completo otra vez a mí de mis pocas posibilidades, todo sea dicho de paso, amigo —le dijo a su compañero de penas, dándole un manotazo en el hombro—, aunque afortunadamente sacándola a ella de un

plumazo de la tristeza que se había instaurado en aquel momento de su vida.

—¡Desafortunadamente, sin conseguir nada más! Como puedes ver, estaba loco por Raquel y por los críos, pero tú estabas siempre en medio de los dos, mis celos y tu recuerdo no nos dejó salir adelante.

Nick dio un sorbo a su cerveza sin querer seguir hablando, pero Diego continuó:

—Ahora ya nada de eso importa, ella sale de nuevo con otro “estirado” y... mírate, tú a punto de casarte con otra, todo lo que lleváis pasado no ha servido de nada. ¡Hablando de la otra! ¿Cómo que no has traído a esa alucinante novia que tienes? Tío, tienes que conocerla, es impresionante.

Bruno dio un trago a su cerveza y le preguntó a Nick:

—¿Qué ocurre, te da miedo salir con ella por la calle, por si el resto de los mortales te la pudiésemos robar?

Él hizo el amago de una sonrisa.

—No, solo es que no estamos pasando nuestro mejor momento, aunque tampoco os vayáis a creer que es oro todo lo que reluce en una “diosa” como ella.

Diego volvió a intervenir:

—¡Hombre, madame Curie, no es que sea la muchacha, pero esa candidez suya tenía su puntillo!

Nick sonrió al escucharlo:

—No me refiero a eso, sino que una persona continuamente acostumbrada a que se cumplan todos sus caprichos, muchas veces no sabe distinguir dónde termina la ficción y dónde empieza la realidad, ella cree que fuera de los focos todo debe de seguir siendo a su gusto.

—¡Te juro Bruno, que esa mujer está para darle todos los gustos que pidiese!

Los tres se rieron, Nick intentó explicarles:

—Es un conjunto de todo, que llegado el momento deja de parecerse esa mujer alucinante que aparecen en las revistas y no ves nada más que a la niña mimada que requiere toda tu atención y eso a veces cansa...

¡Se había peleado con Loren! No lo había dicho con claridad, pero se podía leer entre líneas. ¿Sería posible que ya no se casara? Le pasé las almohadas a Carla y bajé corriendo las escaleras de dos en dos. Llegué al jardín, me recompuse el vestido y el pelo antes de salir y con toda la naturalidad del

mundo y me dirigí hacia ellos:

—¡Ya estoy aquí!, al final se quedan los tres, menos mal que mañana tienen entrenamiento a primera hora y sus madres les esperarán allí para darles sus uniformes.

Me senté en el reposabrazos de la silla de Diego, él me abrazó por la cintura; como los tres guardaron silencio, les dije:

—No me gusta nada esto, ¿no estaríais hablando de mí?

Diego me besó en el brazo.

—¡Pues claro! ¿Qué mejor tema? Y aunque sabes que tú siempre eres mi preferido, ya va siendo hora de que nos vayamos, mañana salgo temprano para seguir con el rodaje. Bruno, ¿te quedas en mi casa esta noche?

Como siempre que venían a casa nos quedábamos justos hablando hasta el amanecer, me dio un poco de pena que se marchasen.

—No os vayáis, si queréis, la habitación de mi madre está libre.

Bruno vino hasta mí y me dio un beso en la mejilla:

—¡Por favor, pasar la noche en el santuario de la gran diva, no gracias! Prefiero pasarla con Diego, aunque al ritmo que va, está a un solo paso de parecerse a tu madre.

Los dos se despidieron entre bromas, al final me alegré, porque bastante teníamos ya con los niños del “*mundo perdido*”.

Nick y yo nos quedamos recogiendo un poco, ya era tarde, pero todavía se escuchaban las risas de los críos en el dormitorio, él entró en la cocina, mientras yo guardaba las cosas en el lavavajillas, dejó las copas a mi lado y me rodeó con sus brazos, hablándome al oído muy pegado a mi cara:

—¿Le sentaría muy mal a tu novio que pasásemos esta noche juntos?

Sentí un escalofrío que recorrió todos los poros de mi piel, tanto tiempo lejos el uno del otro y seguía sintiendo lo mismo por él que el primer día. Sonreí y sin volverme, desde la misma posición que estaba, le contesté:

—No creo que le haga mucha gracia, pero quizás deberíamos preguntárselo a tu novia a ver qué le parece a ella.

Aún sin mirarlo, sentí cómo sonreía, pero el muy sinvergüenza se resistía a contarme lo que de verdad había sucedido en su relación con ella. Y sin mediar más palabras, su mano comenzó a recorrer mi cintura.

—¿Sabes que he estado a punto de ir a tu dormitorio estas noches?

Cerré los ojos al sentir sus labios rozando mi mejilla.

—¿Y por qué no lo hiciste? Si me hubieses rogado un poco, quizás te hubiese dejado entrar.

—Solo quise obedecerte, me dijiste que me mantuviera alejado de ti, pero ya no quiero seguir haciéndolo más.

¿Y ese cambio de actitud?! ¿Habría servido de algo la conversación que habían mantenido los tres aquella tarde?! Así que no quise tentar mi suerte y le seguí el juego:

—Yo también quise ir al tuyo, no podía dormir pensando que estabas tan cerca de mi cama.

Paseó su mano por mis caderas, bajándolas hasta mis muslos, mientras comenzaba a besarme en el cuello.

—Te deseo mucho, no puedes ni imaginarte cuánto. —Levantó mi falda, hasta llegar al filo del encaje de mis medias. ¡No podía creerlo, mi sueño volvía a hacerse realidad! Me fallaron las fuerzas y me apoyé en él, mientras seguía escuchando el sonido de su voz tan cerca de mí—. Me vuelves loco, quiero estar contigo, ya.

Me volví, sin poder dejar de mirar sus labios.

—No hay nada en el mundo que desee más. Pero Nick, ¿y este cambio de actitud?

—Quizás me he dado cuenta de que algunas cosas tienen sus motivos. —Apartó un mechón de mi cabello y comenzó a besarme el cuello—. ¡Anda, déjame dormir contigo esta noche!

Escuché a los niños hablar en voz alta entre juegos.

—¿Estás seguro? Esta noche no sé si sería una buena idea.

Sus manos no se estaban quietas, acariciaba mi figura, llevó sus manos hasta mi culo acercándome con fuerza a él.

—Lo sé, pero me muero por sentirte. —Se acercó a mis labios rozándome con los suyos...

—¡Mami, los niños no me dejan dormir!

Los dos nos separamos buscando la vocecita que nos hablaba. (Qué inoportuna se estaba volviendo la niña).

—¿Qué te ocurre, cielo?

—¡Que los niños están corriendo por el pasillo y no dejan de gritar! ¿Puedo dormir contigo?

Lo miré, él dio un suspiro de resignación.

—¡Ese parece ser el deseo de todos esta noche! —Nick me sonrió, miré a la pequeña y le contesté—: Claro, mi vida, ve a mi dormitorio, ya voy yo.

—Papi, ¿tú vas a dormir con nosotras? Siempre que duermo en casa de Rosita sus papás duermen juntos.

—Ya, cariño, pero esta noche yo no podría pegar ojo, mejor voy a darme una ducha con el agua muy fría.

Ella con su vocecita algo preocupada le preguntó:

—¿Es que tienes calor?

—Mucho, cariño, tengo mucho calor.

Me reí al escucharlo, él cogió en brazos a la pequeña.

—Venga, cielo, te llevo a la cama mientras mamá termina.

Cuando salieron de la cocina, me apoyé en la encimera, teniendo que tomar fuerzas para respirar, se me había removido todo por dentro. Me volvía loca, no podía disimularlo y tampoco quería hacerlo.

Nicolas

¡Qué noche más horrible! Mi cabeza era un verdadero hervidero de cosas, entre todo lo que los niños tardaron en dormirse, que fue una eternidad. La llamada a deshora de Loren pidiéndome disculpas y queriendo retractarse de algunas cosas que me había dicho, me juró un millón de veces que me quería y que estaba dispuesta a arreglarlo todo para seguir con nuestra relación. Volaba desde mis problemas de faldas hasta los del trabajo, no sabía qué opinaría de mí el cliente que vine a ver, la trampa que le había organizado para poder tener esa dichosa reunión no me hacía ninguna gracia y de ahí volvía al punto de partida donde no podía alejar de mí el pensamiento de que ella también quería estar conmigo. ¡Todo eso me iba a terminar desquiciando, tenía que poner orden en mi vida desde ya!

Ya había amanecido, no tenía más ganas de seguir acostado dando vueltas y más vueltas, y bajé a correr, necesitaba tomar el aire, al momento de abrir la puerta de la calle, alguien la abrió por mí. Raquel ya volvía de correr.

—¡Ah! Me has asustado. ¿Qué haces levantado tan temprano? ¿Hoy también tienes alguna reunión?

—¡Buenos días, a ti también! Tengo un desayuno con mi amigo, el contable, ¿recuerdas? Hemos quedado sobre las diez, pero me he levantado porque no podía seguir dando vueltas, podías haberme avisado y hubiésemos ido a correr juntos.

—La próxima vez será. Cuéntame, ¿no te dejaron dormir los niños a ti

tampoco?

—Ni esos pequeños monstruitos, ni tú.

—¿Yo? No recuerdo haber hecho nada que te haya podido quitar el sueño.

—¿Estás segura?

Me acerqué a ella con ganas de comérmela allí mismo. Pero ella puso su mano entre los dos.

—Ni se te ocurra acercarte ahora a mí, como lo hagas, sé que no lo vas a volver a intentar nunca más.

Me reí al escucharla, obviamente venía acalorada y su coquetería le impedía que la tocara.

—Te juro que no me importa que estés sudada, al contrario, me muero por tenerte sudando entre mis brazos.

Ella dio una carcajada y entró.

—¡Menos lobos, caperucita!

—Te digo la verdad, aunque sigo sin saber si a tu “amigo” le gustará la idea.

—Pues si quieres puedes preguntárselo mañana, he quedado con él para cenar, aunque casi mejor se lo podías comentar a tu “prometida”, yo también sigo sin saber si a ella le hará la misma gracia que a él que hayas vuelto tan provocador conmigo, aunque solo sea de boquilla. —Me reí al escucharla, me gustaba lo sagaz que era verbalmente. Ella cogió una toalla y un botellín de agua—. Necesito pedirte un par de favores.

—Dime.

—La señora Purlot está un poco pachucha y no puede venir a ayudarme con los niños. Yo tengo una reunión a primera hora. Por favor, ¿los puedes llevar tú hoy al colegio? Carla tiene que ir con ella al médico y no están en casa.

—Sin problema, hasta las diez no tengo nada que hacer, ¿y el otro?

—Es por lo de la cena de mañana.

—¿Sigues pensando en asistir a esa cena con Castro?

—Dame un solo motivo y no iré.

No pude contestarle, Loren y yo teníamos tantos planes juntos, mi destino estaba aún por concretar muy lejos de allí. Si ahora le decía a ella que dejase a ese hombre, nos estaría impidiendo a los dos retomar nuestras vidas. Ella cambió su tono de broma al ver mi aptitud y continuó:

—¡Bien! Siendo así seguiré con mis planes. Si nana sigue mala, Carla tendrá que ir con Dulce a sus clases de baile y Nico tiene un cumpleaños, yo

le dejaría allí por la tarde, ¿tú podrías recogerlo más tarde?

—Me pregunto, ¿cómo te la habrás apañado sin mí?

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Con mucho trabajo y echándote mucho de menos, no puedes hacerte ni una idea.

Sonreí, la miré mientras subía las escaleras, decidí salir a correr o subiría detrás sin importarme la “piara” de niños que teníamos en casa, toda la tontería de “amigos” y con ello, todos mis planes de futuro.

¿Quién me lo iba a decir a mí hace seis meses? Tenía todo lo que cualquier hombre necesitaba para ser feliz y hoy me veía montado en un monovolumen lleno de niños preparados para ir al cole. Además, sin entender bien por qué, toda esa situación me hacía sentir el ser más afortunado sobre la tierra.

Al llegar, dejé a Dulce en la entrada del colegio, despidiéndonos como si no volviésemos a vernos en un millón de años, me besó, me abrazó, cuando pasó una compañera le dijo que yo era su papi. Y es que esa pequeñina había logrado lo que pocas mujeres en el mundo, que me enamorara por completo de ella nada más verla. Luego acompañé a Nico y a sus “tres mosqueteros”, hasta el gimnasio.

Los amigos de Nico entraron corriendo, pero él se detuvo en la misma escalera.

—¿Qué sucede?

—Está ahí ese idiota de Matías.

—¿Y qué pasa con él?

—Seguro que hoy tiene algo nuevo para meterse conmigo.

Pensé en el espectáculo que yo mismo había provocado la tarde anterior, y la posibilidad de que aquello le salpicara a mi hijo, entonces quise infundirle un valor que ni yo tenía a causa de lo incómodo que aquella situación me provocaba.

—Nico, no puedes hacer caso a cada estúpido que te cruces en la vida, vamos, simplemente ignóralo. —El niño seguía reacio a entrar, lo miré y le pregunté—: ¿Te acompañó hasta la puerta?

Él asintió con la cabeza. Dispuesto a enfrentarme a cualquier matón de medio pelo por mi hijo me llené de valor. Noté cómo él me cogía de la mano, la apreté con fuerza, los dos comenzamos a subir. Había algunas madres en la entrada y al llegar hasta ellas escuché cómo varias hablaban, comprendí de

inmediato que su conversación era sobre Raquel.

—... No sé a quién quiere engañar ahora, presentándose aquí con un “supuesto” padre de sus hijos. Si es verdad, ¿dónde lo ha tenido escondido durante todo este tiempo?

—Lo mismo también lo tiene engañado, porque hay que tener cara para presentarse con todos sus queridos.

—¿Escuchasteis cómo discutían delante de todo el mundo? Pasé una vergüenza ajena horrible...

No pude aguantarme más e intervine en la conversación:

—¡Las que dan vergüenza escuchar es a ustedes, pandilla de viejas chismosas! No sois nada más que una deslenguadas, envidiosas y lo peor de esto es que habláis sin saber y delante de vuestros hijos, que tienen la exquisita educación que les estáis dando. Al menos ellos tienen la excusa de que son unos niños y no saben el daño que hacen. ¡Escúchenme bien señoras, lo voy a repetir una sola vez! Si mis hijos vuelven a traerme una queja de que alguno de sus bien criados niños les ha vuelto a hacer *bullying*, les voy a poner tal querrela que van a tener que vender hasta sus bragas para pagar a mi mujer. ¿Me han comprendido ustedes? —Ellas asintieron en silencio con el solo movimiento de sus cabezas—. ¡Pues, buenos días!

Nico y yo pasamos dentro, no quería ni mirarlo, seguro que lo había avergonzado aún más delante de todos, sentí cómo tiraba de la manga de mi chaqueta y lo miré.

—Ven, agáchate. —Pensé que me iba a dar un puñetazo, sabía que me lo había ganado, me puse a su altura, pero él me rodeó con sus brazos apretándose contra mi cuerpo. Cuando me abrazó de aquel modo, creí que me echaría a llorar allí mismo, me dio un enorme beso y me dijo—: Papá, te quiero muchísimo, gracias por no hacerte caso a ti mismo y no ignorarlas.

Ahogado por las lágrimas conseguí responderle:

—Y yo a ti, cariño, aunque tú sí tienes que hacerlo, yo soy un bocazas.

—Por eso mamá siempre me dice que me parezco tanto a ti.

Los dos sonreímos, me costó mucho trabajo dejarlo irse de mis brazos, una vez que lo hizo, me quedé parado viendo cómo se marchaba corriendo hacia su clase.

Conduciendo hacia mi reunión, pensé lo difícil que iba a ser volver a mi vida sin ellos y la de pequeños detalles de las tuyas que iba a seguir perdiéndome. Me había costado mucho retomar mi día a día cuando se marcharon, tanto como la monumental pelea con Loren por no transigir ella en querer que siguiese manteniendo relación con mis hijos, discusión que por fin parecía haber llegado a su fin en nuestra conversación de esa misma noche. Mientras conducía, mis propios pensamientos me traicionaban, sentía paz por haber llegado a un entendimiento con mi novia y de pronto caía en la cuenta en lo estratégica que había sido la cita de Castro. ¡Mierda, ni en mi propia mente me aclaraba! Me ponía de los nervios con solo pensar en Raquel y ese tío, y por otro lado, seguía haciéndole promesas a Loren. Seguro que sería en aquella cena de la que ella me había hablado por la mañana, donde ese tipo había planeado proponerle matrimonio y entonces sí que los perdería para siempre. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? ¿Por qué era incapaz de aclarar lo que sentía y lo que quería? Yo no podía abandonar en estos momentos mi carrera, mi mundo. Estaba casi a punto de lograrlo todo, si lograrse cerrar aquel contrato supondría un ascenso enorme, sin contar con las oportunidades que se me estaban brindando en el mundo de la política.

Al final conseguí volver a concentrarme en mi trabajo y el día fue mucho más fructífero de lo que había pensado, mi amigo había conseguido darle los documentos que le entregué al vicepresidente de la empresa y sobre las cinco de la tarde pude reunirme con él, no me dio ninguna respuesta en firme, pero ya era un primer paso. Tenía todas las esperanzas puestas en la cena de esa noche, aunque no sabía si llegaría a escucharme siquiera cuando se enterara de quién era.

Llegué a casa de Raquel pasada las siete de la tarde, habíamos quedado a las ocho y entré a toda prisa.

Los niños estaban sentados en el salón terminando de hacer sus tareas, Dulce vino corriendo hacia mí con un folio en sus manos.

—¡Mira papi, he hecho este dibujo de los dos juntos!

Apenas la hice caso, sabía lo enfadada que estaría su madre conmigo.

—Es precioso, me lo voy a guardar aquí en la chaqueta para verlo bien luego, ¿de acuerdo?

—¡Ajá! —Le di un beso y miré a Nico.

—¿Mamá está arriba?

—Sí, se está arreglando y ha preguntado varias veces si ya habías llegado, luego dijo algo que me ha prohibido repetirte.

—¡Mejor así! —Me imaginé lo que habría dicho de mí, después de casi haberla obligado a hacerle aquella encerrona a sus amigos.

Subí como las balas, directamente me metí en el baño para darme una ducha rápida, no había cogido la ropa limpia y tomé una de las toallas rodeándome la cintura con ella para ir a mi dormitorio. Justo al salir hacia el pasillo me topé con ella.

—¿Todavía estás así? ¡Ya es imposible que lleguemos!

Me quedé parado, era la mujer más bonita que había visto en mi vida y a pesar de que yo era el más interesado en llegar a tiempo a esa cena me detuve al verla.

—Estás preciosa.

Ella se contuvo, no quería sonreír al ver mi expresión, pero me contestó:

—Tú tampoco estás nada mal así.

Le lancé una sonrisa, me di la vuelta para entrar en el dormitorio, cuando sentí una palmetada en todo el culo.

—¡Raquel!

—Lo siento, no pude aguantarme, es que estás para achucharte.

Bien sabe Dios que me sujeté por la importancia de aquella reunión, aunque me costó bastante ponerme mis bóxers en esa ocasión con solo recordar lo bonita que estaba.

Me vestí lo más rápido que pude y bajé, los niños estaban en la misma puerta esperándome:

—¡Papi, estás guapísimo!

—Gracias, preciosa, ¿y mamá? —Escuché cómo tocaban el claxon del coche—. ¿Me está esperando, verdad?

—Corre, porque lleva un cabreo...

—¡Nico, esa boca!

—¡Tú, sal ya!, que eso no es nada para lo que ella iba diciendo cuando fue a por el coche.

Al salir busqué el monovolumen, pero las luces de un impresionante *Porsche 911 GT2 RS*, llamaron toda mi atención.

—¡Guau! ¡Menudo cochazo!

—¡Sube de una vez! No vamos a llegar.

—Déjame que yo conduzca.

—¡De eso nada, si no, no llegaríamos nunca! ¡O subes de una vez o me bajo!

Tuve que callarme y hacerle caso, al ponerme el cinturón, miré sus zapatos

con unos tacones de vértigo.

—¡Nos vas a matar!

Me sonrió y arrancó quemando neumático.

—¡Calla ya, cobarde!

—¿Y este coche? Te creía la típica mujer sensata.

—¿Crees que porque tengo la cabeza bien poblada no me gustan los caprichos y pasármelo bien? Precisamente por eso mismo, sé quién y qué me conviene mejor que nadie.

Era única, ella podría desenvolverse perfectamente sola en cualquier situación de su vida, en ese mismo momento comprendí la decisión que había tomado con respecto a su maternidad, hizo simplemente lo de siempre, tomó una decisión y punto.

Llegamos al restaurante, preguntó por los Donahue, pero para nuestra tranquilidad aún no habían llegado; para que todo pareciese más casual decidimos esperarlos tomando algo en la barra.

En cuanto dio el primer sorbo a su copa de vino me miró por encima de ella, yo sonreí, sabía que me estaba interrogando con solo mirarme.

—¿Qué?

—¿Que si ya te vas a decidir a contarme qué ha pasado con Loren y contigo?

—¿Por qué crees que ha sucedido algo?

—¡Nick, no soy idiota!

—Lo sé preciosa, eso lo sé.

—Además, tú no eres la clase de hombre que tontearía conmigo como lo has hecho estos días si siguieses con ella, pude comprobarlo en mis propias carnes. —Seguí guardando silencio, después de mi última conversación con Loren no tenía demasiado claro si podía seguir adelante con ella—. ¡¿Y bien?!

Me vi entre la espada y la pared, no quería contarle nada, me gustaba verla un poco celosa.

—Es verdad que nos habíamos decidido darnos un tiempo. Tuvimos algunos días bastante malos después de vuestra visita, la llevé a conocer a mis padres, porque entre muchas de sus quejas estaba que vosotros los conocíais y ella no. ¡Pésima idea! No llevábamos ni media hora allí cuando salió el tema de la boda, a mi madre se le ocurrió la feliz ocurrencia de que los niños tenían que asistir a algo tan importante. No puedes ni imaginarte la que le lio, ella, que parece todo dulzura y buenas maneras, cuando abrió la

boca no hubo forma humana de calmarla. Mi madre que tampoco es muda, no se calló y el resto puedes imaginártelo.

Ella no podía disimular la sonrisa, la cogí por la cintura y la acerqué a mí con fuerza.

—No seas mala, ¿te alegras, verdad?

—No puedes imaginar cuánto.

La miré, sus ojos eran tan bonitos y su boca tan apetecible, que se me fue por completo de la mente mi actual situación con Loren y no le confesé que al final había conseguido llegar a un entendimiento con ella.

—¡Raquel, cariño! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Miramos hacia quien hablaba, sin duda era la pareja que estábamos esperando, y a pesar de todo me dio coraje que hubiesen llegado justo en ese momento.

—¡Doris, qué alegría! —Las dos mujeres se abrazaron—. ¡Ben, tú también estás estupendo! —Él la saludó muy cordial, pero educadamente.

—Tú sí que estás preciosa, qué casualidad encontrarnos aquí, ¿después de cuánto, Raquel? Por lo menos un año sin vernos.

Ella notó que algo no iba bien y simplemente pasó a presentarme:

—¡Quiero presentaros a Nicolás Harrison!

—Nick, ellos son Ben y Doris, unos de los mejores amigos de mis padres y míos también, por supuesto.

Yo no soy hombre de medias tintas y me pareció tan ridícula aquella situación, que enseguida puse las cartas sobre la mesa.

—Señor Donahue, discúlpeme a mí y sobre todo disculpe a mis dos cómplices, soy del bufete de abogados de *Golden & Marlen*, llevo casi un mes intentando ponerme en contacto con usted y ya a la desesperada he echado mano de la amistad que le une a Raquel. Le repito, ante todo perdón por esta encerrona, soy al primero al que no le gustan para nada estas tonterías, pero ya le digo que no encontré otro modo de llegar a usted, me hubiese gustado poder explicarle todas las modificaciones que podemos hacer en nuestro contrato en su despacho para que no tenga que dejarnos. Con esta cita solo pretendía que me conociese, pero si no desea cenar con nosotros esta noche lo comprenderé, sé que no es ni el sitio ni el lugar apropiado para hablar de negocios.

Su silencio duró unos segundos, pero a mí se me hicieron interminables.

—Bueno, muchacho, ya me pareció extraño que un martes por la noche a mi querida “traidora” le apeteciese salir, que además tuviese reserva, ¡y sobre todo en mi restaurante preferido! Todo me pareció muy sospechoso. Mi gente me pasó sus informes y he indagado algo, al verlo junto a Raquel supe enseguida quién era, pero la curiosidad me quiso llevar a saber hasta dónde llegaría usted. —Miré a las dos mujeres, aquel hombre imponía de verdad, ellas estaban algo avergonzadas sin querer mirarlo, entonces nos sorprendió—. No debía por la traición de los tres, pero ya que estamos aquí, no me gustaría irme sin probar el magnífico solomillo de ternera de la casa.

Algo extrañado por su reacción lo miré.

—Entonces, ¿pasamos?

—Pasemos, pero que sepáis las dos que estáis castigadas sin postre por traidoras. —Me pasó el brazo por el hombro y me dijo—: ¡A usted ya veré qué castigo le impongo cuando termine de escuchar lo que tiene que contarme!

Raquel

No solían ser muchas las cosas que a estas alturas de mi vida me impresionaran en un hombre, pero ver la desenvoltura que Nick tenía hablando sobre su proposición de trabajo a Ben, la franqueza que tuvo con él arriesgándose a que directamente lo despidiera sin escucharlo, aun sabiendo lo que se jugaba, y... y qué más contar, si todo en él me gustaba. Doris intentaba sacar algún tema de conversación entre nosotras, al fin y al cabo, ellos hablaban de negocios que a nosotras nos importaban poco, pero yo me sentía hechizada por él, me miraba cuando sonreía y lo único que yo deseaba es que todos se fuesen de allí, rompiera mi preciosísimo vestido azul noche, dicho sea de paso, y me tomara de una jodida vez, al paso que íbamos se me iba a escapar “vivo” y desde luego ese no era el plan. Doris dio un pequeño golpe en la mesa, llamando la atención de todos de pronto.

—¡Bueno, ya está bien de hablar de negocios! ¿Sabéis cuánto tiempo hacía que no me apetecía salir? Así que vamos a hacer un brindis y ya seguiréis mañana hablando, ¿de acuerdo?

Ben cogió la mano de Doris y la apretó.

—Tienes toda la razón, cariño, este hombre sabe de lo que habla y de vez en cuando me gusta estar con personas inteligentes. ¡Pero hasta aquí hemos

llegado! Estamos en la compañía de las dos mujeres más guapas del restaurante y no quiero perder ni un minuto más ignorándolas. Mañana, si te parece bien, nos podemos reunir en mi despacho y discutir esos puntos que no terminan de gustarme. Ahora dime, cielo, ¿por quién hacemos ese brindis?

—¡Por quién no, cariño, es por qué! Quiero hacer este brindis por la vida, porque la que nos quede sea la mejor que viviremos y por la que hemos vivido, que ha sido la mejor posible vivida, sobre todo por haberlo hecho a tu lado, amor.

Ben besó su mano, luego todos juntamos nuestras copas y brindamos por esa vida, vivida y por vivir. Y nuestros ojos se buscaron, habían sido tan pocos los momentos que nosotros habíamos compartidos juntos, que me emocioné solo con ver el amor que había entre ellos y que nosotros habíamos perdido.

Terminábamos la noche con la mejor de las veladas, todo fue agradable, entre risas y recuerdos, Doris me preguntó por los niños.

—¡Oh, están preciosos! Nico está hecho todo un rompecorazones y si vieses a Dulce, está divina.

Nick sacó su teléfono y le mostró lleno de orgullo algunas fotos de ellos.

—¡Mira, esta me encanta, fue cuando montamos en mi barco!

—¡Están preciosos! ¿Puedo? —preguntó Doris por si podía seguir pasando la foto para ver otras.

—¡Claro! Creo que todas las que tengo son de ellos.

Doris comenzó a pasarlas y con cada una daba una exclamación.

—Es increíble lo que Nico se parece a usted, ¿verdad?

Él sonrió.

—Sí. Y no solo físicamente, es clavado a mí en muchos aspectos.

—¡Oh! ¡Raquel, en esta estás preciosa!

Miré a Nick, me sorprendió mucho.

—Déjame ver. —Tenía una foto mía mirando a los niños embobada, no me había dado ni cuenta de que me la había hecho, lo miré, él un poco avergonzado agachó los ojos, cogí su mano apretándola con fuerza, e hizo lo mismo que antes Ben con Doris, la llevó a sus labios y la besó.

—Doris, cariño, creo que ya es hora de retirarnos, los tortolitos querrán estar solos a esta hora y no con un par de viejos como nosotros.

—No, por favor, Ben, lo estamos pasando muy bien —le dije con algo de pena, pero su mujer insistió:

—Mi esposo tiene razón, normalmente a esta hora ya llevamos tiempo

durmiendo. ¡Los españoles y sus horarios, es a lo único que no termino de acostumbrarme!

Nick insistió en pagar y al final los cuatro salimos del restaurante, mientras los acompañábamos hasta el coche, escuché cómo ellos dos hablaban:

—De acuerdo, entonces te espero mañana en mi despacho, ¿a las diez te parece bien? No se lo digas a mi mujer, pero a mí me encanta el horario de los españoles, eso de levantarse de madrugada para empezar a trabajar y dormir tan temprano como si fuésemos niños, no puede ser bueno para nadie.

Él sonrió y le contestó:

—Tiene razón, a eso también podría acostumbrarme yo.

—Nick, es verdad que necesito a los mejores abogados a mi lado, ¿por qué no te olvidas del bufete y trabajas para mis empresas en exclusiva? Quiero retirarme, pero necesito gente como tú para poder hacerlo, te garantizo un puesto genial.

—Me halaga usted, señor, pero estoy a punto de ser socio, si consigo esta cuenta será cuestión de nada.

—No hemos hablado de dinero, aún.

—No es por dinero y si ha empezado a conocerme usted lo sabe, es cuestión de amor propio, el siguiente paso será postularme para ser juez y de ahí en adelante mi carrera irá lanzada hacia el senado.

—Permíteme el consejo de un perro viejo, aunque no lo desees escuchar. Llevo toda la vida trabajando, cuando me he querido dar cuenta, mi esposa, el ser que más he amado en el mundo, está enferma, mis hijos, uno en Tokio y el otro en Filadelfia, muchas veces me pregunto, ¿de qué me sirve ahora todo lo que he ganado si apenas nos queda tiempo para disfrutarlo? Piénsalo muchacho, es verdad que el orgullo de un hombre es lo que le da significado a muchas cosas en su vida, pero el tiempo que perdemos sin disfrutar con los nuestros, ese no nos lo devuelve nadie.

—De acuerdo, señor, lo pensaré.

Nosotras ya nos estábamos despidiendo cuando ellos también lo hicieron, los vimos montarse en su coche y al verlos alejarse nos miramos. Realmente era la primera vez en todo el tiempo desde que nos volvimos a encontrar que estábamos los dos solos, sin mediar palabra, comenzamos a andar.

—¿Recuerdas dónde dejamos el coche? —Me eché a reír, el vino se me había subido bastante a la cabeza—. ¡Oye tú estás bastante tomada, ¿no te parece?!

—¿Yo? ¿Y tú qué me dices? Has bebido exactamente lo mismo.

—Sí, pero los hombres asimilamos de diferente forma el alcohol.

Sin poder dejar de reírme le contesté entre bromas:

—¡Eso es machismo puro y duro, solo lo decís cuando sabes que no tenéis escapatoria! —Los dos comenzamos con las bromas, pero se me ocurrió una solución, que “quizás” ya tenía pensada de antes—. ¿Qué tal si dejamos el coche donde quiera que esté y dormimos mejor en mi apartamento esta noche?

Se detuvo y me miró sonriendo.

—No deja usted de sorprenderme, señorita Lebrón. ¿No me diga que tiene un apartamento de soltera por aquí cerca para sus escapaditas?

—Es pequeñito, pero tiene una cama enorme.

—¿Está muy lejos?

—¡Pero qué casualidad! Si este es el portal de mi casa.

Alzó la cabeza, mirando el enorme edificio de apartamentos que teníamos frente a nosotros.

—Qué casualidad, ¿verdad?

—¡Sí, solo casualidad!

Entramos y subimos en el ascensor, él se quedó en un rincón y yo en el otro, si no se acercaba a mí tendría que ser yo quien diese el primer paso, un poco llevada por el vino, un poco por todo el deseo que me nacía por él.

—¿No te dan un poco de morbo los ascensores?

—No demasiado.

¡Uf!, resoplé un mechón de pelo que me caía hacia la cara. Me acerqué más, hasta apoyarme en su cuerpo.

—¡Pues a mí me ponen un montón!

Él retiró el pelo de mi cara y lo puso detrás de mi oreja. Cerré los ojos esperando que me besara, pero en respuesta me preguntó:

—¿No estarás intentando robarme un beso?

Los abrí de golpe al escuchar su pregunta, intenté calmarme, acaricié su cara y suavizando mi voz le contesté:

—No quiero robarte nada, quiero que tú me lo des todo.

De pronto el ascensor se detuvo, me hizo una galante señal con su mano para que pasase delante de él y salí resignadamente sin haber conseguido nada. Llegamos hasta mi casa; cuando entramos, dejé las llaves sobre el mueble de la entrada, mientras él cerró la puerta tras de sí. Lo miré, no quise darle a la luz, la que entraba por la ventana era suficiente para ese momento

que había recreado tantas veces en mi cabeza.

—Raquel, no quiero que te confundas, en cuanto este negocio termine volveré a Nueva York.

—Lo sé, ¿acaso me has escuchado pedirte que no lo hagas? Pero me dijiste que me concederías un deseo y yo quiero pasar esta noche contigo. — Me acerqué a él, aunque no pareció estar muy dispuesto a cumplir mis deseos.

—Raquel, seamos sensatos, existe Loren y Castro, sé que él quiere pedirte en matrimonio.

—Excusas. —Besé sus labios.

Titubeó un momento y me susurró:

—Mi trabajo, sabes lo imp...

No le dejé terminar de hablar.

—Otra excusa... —Que acompañé con otro beso, bajando mis manos hasta la hebilla de su cinturón.

Saboreó mi beso, paseando sus manos por mis brazos.

—No... no tengo preservativos.

—No te preocupes por eso, yo tengo puesto el *diu*.

Y como si el mismo demonio estuviese intentando tentarlo, me separó de su cuerpo, soltó una carcajada y lleno de ironía me contestó:

—¡Ah, no, amiga, no vuelvo a caer en una trampa tan trillada como esa!

—¡Te estoy diciendo la verdad! —Me miró intentando averiguar en mis ojos si lo estaba engañando de nuevo, pero me enfadó su actitud, lo miré, sintiéndome de nuevo rechazada por él—. ¿Entonces es verdad? ¿Ya no queda nada entre nosotros, yo no te gusto como mujer? Ya no me deseas, ¿no es así?

Me empujó contra la pared, dejándome atrapada por su cuerpo, pasó su mano por mi figura y me musitó cerca de los labios:

—Si te deseara más habría reventado en mil pedazos. Por mí te habría follado desde que te vi en el aeropuerto, me estoy volviendo loco por estar contigo, pero quiero que tengas las cosas claras.

Acaricié su cara ahogada por el deseo.

—Nunca las he tenido más claras.

Sentí cómo sus manos presionaban mis caderas, miré sus labios tan cerca de los míos y cómo el calor me inundaba por completo.

—Te quiero Raquel, pero...

—No quiero que esta noche haya peros, yo también te quiero con locura,

como jamás podré querer a nadie, y esta noche es lo único que nos debe importar, ven. —Cogí su mano y lo llevé hasta mi dormitorio—. Esta noche no existe el mundo, ni las prisas, ni los problemas que puedan surgir. Quiero retener en mi mente cada uno de tus besos como si fuesen los últimos que me volverás a dar, deseo por encima de todas las cosas verte en mi cama. —Le di la espalda y él bajó la cremallera de mi vestido, besando cada trozo de mi piel que quedó al descubierto, lo deslizó por mis brazos hasta que cayó al suelo, cuando sentí sus besos en mi cuello, cerré los ojos, lo deseaba tanto, que sentía cómo mi cuerpo se preparaba para él.

Lo escuché decirme al oído:

—Raquel, dime otra vez que me quieres, quiero volver a escucharlo.

Atrapé su cara rozándola con la mía.

—Quererte es poco, te amo más que a nada en el mundo.

—Mi vida, me moría por tenerte así.

Y como las comparaciones son odiosas, a mi cabeza no vino otra cosa que pensar que él había estado con aquella perfecta mujer, algo avergonzada por mi cuerpo le dije:

—Nick, yo... yo, mi cuerpo... cariño, yo no soy ella.

Me abrazó con fuerza y me dijo:

—Eres totalmente perfecta para mí.

Nos terminamos de quitar la ropa y nos acostamos frente a frente, nuestros besos eran húmedos y lentos, nuestro deseo pausado, deseaba saborearme tanto como yo a él, comenzamos una danza de amor y de caricias, sus labios recorriendo mi cuerpo, era como un sueño hecho realidad, volver a tenerlo entre mis brazos, podía morirme en ese momento y no me hubiese importado. Era tan fuerte y dulce como lo recordaba, *justo como a mí me gustaba*, tenía que tocarlo entero, quería besar cada trozo de su piel, agarré con fuerza las curvas de sus nalgas, clavando mis besos en sus hombros, mordiéndolo con calor, sintiendo cómo su cuerpo se acomodaba al mío, levanté mis caderas para recibirlo por completo dentro de mí, el sonido de su garganta saboreando ese momento de placer, me hizo llegar a gemir desde el fondo de mi pecho. Pero su empeño en recorrerme entera hizo que saliese de nuevo, buscando todos mis puntos de placer con sus manos, al sentir cómo acariciaba mi sexo, no podía dejar de acompañar mis movimientos a los de sus manos.

—Así, mi vida, demuéstreme cuánto te gusta, quiero beberme cada uno de tus gemidos, me encanta sentir que recibes todo el placer que deseas.

Sus palabras me enloquecían y simplemente me excitaban aún más de lo

que ya estaba.

—Cariño, eres lo que necesito, esta noche eres totalmente mío. —Bajé mi mano buscando su sexo, quería volver a tenerlo dentro de mí y lo apreté con fuerza.

—¡Hazlo! —me dijo él—. Méteme en ti.

¡¿Cómo se podía estar tan excitada y soportarlo?! Todo él era mi locura. Era tanta la fuerza con la que me poseía, que noté cómo los espasmos de mi vagina tenían vida propia, no podía controlarme, ni siquiera esperarlo, la conciencia ya no era mía, pero no era suficiente, aún pude sentir más cuando atrapó mi pezón con sus dientes, dándome ese punto de dolor que me llevó mucho más lejos del éxtasis, y mi cuerpo lo recibió entero cuando se derramó en mí, ese momento me llevó a gritar de puro placer, sus besos ahogaban mis gritos y su lengua acariciando mis labios me devolvió la serenidad durante unos segundos, el tiempo justo que necesité para darme cuenta que aquello estaba ocurriendo de verdad y que mi imaginación no me había jugado otra mala pasada.

El resto de la noche fue dulce, nuestros besos apacibles, sus manos y su cuerpo, deseo, nos amábamos una y otra vez como si después de aquella noche se fuese a terminar el mundo.

—Buenos días, dormilona.

—¡Umm! ¿Qué hora es?

—Tarde, doña... “yo duermo muy poco”.

Me levanté sobresaltada.

—¿Tarde? ¿Cómo de tarde? ¡Tengo una reunión muy importante a las nueve y media!

—¡Ven aquí! No lo es tanto, pero no quería que siguieses durmiendo.

Me cogió y me atrapó entre su cuerpo, pude levantar la cabeza y miré el reloj, apenas pasaban unos minutos de las siete, tarde desde luego para la hora que yo me levantaba, pero hasta la reunión no tenía prisa.

—¡Bobo, estoy muy cansada!

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Porque yo sé de alguien a quien no había forma de saciar anoche.

Me reí al escucharlo y acariciando su pelo le dije en broma:

—¡Oh, pobrecito! Los años, ¿verdad? Ya se van notando. —Los dos comenzamos con las bromas y los besos de nuevo, hasta que mi estúpida

mente hizo que mi boca hablara—: Cariño, ¿te imaginas lo bonito que sería despertarnos así juntos el resto de nuestra vida?

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Raquel, sabes que me tengo que ir, te lo advertí anoche.

—Lo sé, lo sé, perdóname. Solo imaginaba lo maravilloso que sería, pero sé que no te quedarás con nosotros.

A él se le terminaron las ganas de juegos, aun sin bajarse de mi cuerpo, me dijo:

—Raquel, yo no puedo renunciar a todo por lo que tanto he luchado, tú tienes toda tu vida aquí, sé que Castro quiere pedirte en matrimonio, se me parte el alma, pero si sabes que ese hombre es lo que te conviene, debes aceptarlo.

No pude soportar que él me dijese esas palabras, intenté retener las lágrimas y ahogada le contesté:

—¡No me digas eso, por favor, significaría que vas a salir por completo de mi vida y no podría soportarlo!

—Y tengo que hacerlo, tengo que salir de ella, porque sería un egoísta si pretendiese que me esperaras por el resto de tus días, no soy lo que te conviene. Cuando me lo explicaste hace años no podía comprenderte, pero ahora sé que tenías razón, no puedo obligarte a que estés expensa a mis visitas, si consigo la meta que me he propuesto, mi trabajo será cada vez más duro y tendré menos tiempo para poder viajar.

—¡Déjame levantarme Nick, me estás ahogando!

—No, Raquel, espera, quiero tenerte así hasta que me digas que me comprendes y sabes por qué lo hago. —Intenté zafarme de su cuerpo, pero me faltaban fuerzas, no quería mirarlo a los ojos, ni contestarle. No me importaban sus razones, lo quería y me dolía de una forma horrible escuchar sus palabras—. ¡Contéstame, dime que lo harás!

De pronto, mi rabia y la frustración que me había provocado me llevó a gritarle:

—¡Sí, Nick, si eso es lo que quieres lo haré, seré de otro hombre, no pienso, ni quiero esperarte! Esta noche no ha significado nada, y eres totalmente libre para volver con ella y con tu perfecto mundo. ¡Lo que tienes que hacer es olvidar que estos meses han pasado y que nosotros existimos! ¡De todos modos, tú no nos has podido llegar a querer lo suficiente como para cambiar tus lujos, tu maravillosa carrera y tus modelos, por el cariño de una mujer insignificante y unos niños!

—¿Cómo puedes decirme eso?! ¡Yo daría mi vida por ellos... por ti!

Mis palabras aflojaron sus fuerzas y pude salir de la cama, me detuve y mirándolo llena de reproche le contesté:

—¿Estás seguro de lo que dices? Piensa bien tus palabras, porque no creo que fueses capaz de dejar nada de lo que tienes atrás.

Entré en el baño y eché el pestillo para que él no pudiese seguirme, me duché con el agua muy caliente, con fuerza y rabia para intentar quitar su aroma de mi piel.

Al salir lo vi, estaba mirando por la ventana, llevaba puesto solo su pantalón, hacía una mañana radiante, pero a mí me molestó hasta la luz. Entré en el dormitorio, abrí de mala manera las puertas del armario y busqué alguna de la ropa que guardaba en el armario, comencé a vestirme deprisa, él entró detrás de mí. El tono de su voz y de su cuerpo se habían relajado, muy al contrario de como yo me sentía.

—No te vayas así, no podemos dejar esta conversación a medias.

—¡Yo sí, yo sí puedo dejarla así! ¡Es más, quiero que se quede así! ¡No pienso suplicarte una vez más! ¡Hasta aquí he llegado! ¡Toma las llaves, ahí están las de casa y las de mi coche, recuerda que sobre las ocho hay que recoger a Nico, aquí te dejo una tarjeta con la dirección! Yo tengo una cita y puede que sea la más importante de mi vida y seguramente un alivio para la tuya.

Al pasar por su lado me cogió del brazo.

—¡Bien, vamos a hacerlo a tu manera! Si de verdad me quieres tanto como dices, no te lo pienses más, vente conmigo, estoy dispuesto a olvidar a Loren y tu engaño e intentarlo, tú sabes que a pesar de todo te quiero, que nunca he dejado de hacerlo.

Miré su mano que con fuerza no me dejaba ir, alcé la mirada y retándolo le contesté:

—Pues no es lo que acabas de demostrarme, así que no te molestes en “intentar” nada, la opción que me diste hace un rato con Castro no era mala, de ese modo no tengo que moverme de mi casa, ni tendré que estar sintiéndome continuamente como la mala persona que me quieres hacer parecer, no pienso pedirte una sola vez más perdón. ¡Entérate, no me arrepiento en absoluto de haberlo hecho, quizás de lo único que llegue a arrepentirme es de haber tenido a mis hijos contigo!

Salí de allí dando un portazo.

¿Cómo podía decirme lo que yo debía o no debía hacer? ¿A estas alturas

no se había dado cuenta de que no necesitaba a nadie que me dijera qué era lo mejor o lo peor para mí? Estaba llena de rabia, cuando hace años le dije aquella horrible frase de que *él no era lo que necesitaba*, era porque no lo quería, si ahora él me la repetía, era porque en el fondo, no sentía nada por mí.

—Antes de ponerme a trabajar llamé a casa para ver cómo estaban los niños, nani seguía enferma y Carla se estaba ocupando de ellos como cada mañana, estaba de tan mal humor que ni siquiera le pedí que me pasara con ellos, a lo largo del día fue tres cuartos de lo mismo, no tuve ánimos para mi reunión, e hice que Lola se entrevistara personalmente con los clientes que querían contratarnos para hacer el vestuario para una película de época, yo no me sentía con fuerzas para hacerlo. Sobre la una recibí varios mensajes de Nick pidiéndome que comiésemos juntos, como no contesté me llamó un par de veces. Cansada de su insistencia descolgué de muy malas ganas:

📍 ¡¿Se puede saber qué narices quieres?!

📍 Quiero verte y que no me hables de ese modo.

📍 ¿Me vas a decir qué quieres o cuelgo?

📍 Necesitamos hablar, no me lo puedo creer, pero he conseguido la cuenta y tenemos que aclarar nuestra situación.

📍 ¡Nuestra situación la has dejado más que hablada esta mañana, y si tu urgencia es para decirme que te vas, ahórrate la despedida!

📍 ¡Ya está bien, Raquel! No te comportes tú también como una niña mal criada, sabías lo que había, nunca te mentí.

Guardé silencio y respiré, al fin y al cabo, tenía razón, por muchas ilusiones que me hubiese hecho, nunca me había engañado, ni me había dado esperanzas en modo alguno de que nuestra relación fuese a terminar como yo quería.

📍 ¿Sabes lo peor de todo esto? Es que tienes razón, tú has dejado las cosas bien claras desde el principio, he sido una estúpida haciéndome unas ilusiones a la que tú no me habías dado pie, no te preocupes más, esta escena no volverá a repetirse jamás, no puedo obligarte a hacer algo que yo misma no haría.

El tono de su voz se suavizó.

📍 Pero no puedo dejar de pensar en nosotros, ¿por qué no habría de funcionar? Raquel, vamos a comer juntos y hablamos sobre la propuesta que te hice esta mañana, podemos buscar la manera de que esto funcione.

🔊 Nick, estoy muy cansada, no quiero volver a empezar con lo mismo de nuevo, creo que está todo más que hablado. ¿Te vas a ir hoy?

🔊 No, mañana.

🔊 Mejor, así te podrás despedir de los niños. Tengo que dejarte, hay muchas cosas pendientes por hacer, ya nos veremos.

Colgué el teléfono sin darle tiempo a decirme nada más. Toda la ira y la rabia se esfumaron dejándome totalmente abatida, me recosté en mi sillón, apoyando la cabeza como si me pesara un quintal y cerré los ojos para evitar ponerme a llorar.

¿Y si me diese por vencida y nos fuésemos con él sin más, tal y como me había vuelto a proponer aquella mañana? Pero no era así como yo quería que surgieran las cosas, aquello no podía ser para él un ultimátum, tenía que desearlo de verdad, si no, a los dos días se arrepentiría de todo, serían muchos los cambios que aquello supondría en su vida y Nicolás Harrison no estaba convencido de que eso era lo que necesitaba, estaba segura.

Sobre las cinco fui a recoger a Nico y lo llevé al cumpleaños de su amigo. Llegué a casa, me sentía tan cansada... Carla estaba con Dulce en las clases de ballet, lo agradecí y me recosté un poco en la cama.

Casi me había quedado dormida, cuando sentí cómo me besaban en el brazo y esos besos subían hasta mi cuello, no me hizo falta abrir los ojos, era su olor.

—Ni se te ocurra seguir. —Él no me hizo caso y siguió con sus besos hasta llegar a mis labios, besos a los que no respondí, aunque sus manos siguieron acariciándome—. Te lo digo en serio, no quiero que sigas.

Su voz sonó suave, lo acompañó con otro beso en mi hombro:

—¿No se te ha pasado el enfado?

Me di la vuelta y lo miré.

—No estoy enfadada contigo, lo estoy conmigo.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes, él acarició mi cara.

—He pensado bien lo que te dije esta mañana, no quiero que aceptes la proposición de Castro, deseo de corazón que lo intentemos. Te quiero muchísimo, Raquel, no puedes imaginarte cuánto, y adoro a los niños, pero...

—Quise interrumpirlo, no quería más peros ni excusas, él puso su dedo en mis labios y me lo impidió—. Intenta escucharme por una vez, sin interrumpirme. —Suspiré y le hice caso, cuando vio que de nuevo dominaba la situación continuó—: Pero tienes que reconocer lo importante que es para

mí, mi trabajo. Me acaban de llamar del bufete, Ben ha puesto una condición inamovible para conseguir su cuenta, y es que sea yo el único que maneje sus negocios, en reconocimiento han decidido hacerme socio.

—Normal, ahora es cuando a ellos les convienen no perderte. —Agachó su cabeza al escucharme a modo de resignación, yo aproveché para levantarme, abrí el armario y busqué algo para ponerme esa noche para mí cita. Él volvió a mirarme y por fin logré que me escuchara—: ¿Cuánto tiempo llevas detrás de ese dichoso puesto? Si no recuerdo mal, hace años me dijiste que era cuestión de nada, cuatro o cinco lo máximo, y has tenido que conseguir una cuenta millonaria para que te presten alguna atención. ¡Es genial ver cuánto confían en ti tus “socios”! —Dejé el vestido que me iba a poner a su lado y cogí la ropa interior limpia para entrar a bañarme, él agarró mi mano:

—No conseguí el puesto antes porque perdí una importantísima cuenta para el bufete, pero aquello ya ha quedado atrás, el siguiente paso en mi carrera es para juez, incluso se han puesto en contacto conmigo para que me presente como candidato para senador, ¿sabes lo que todo eso significa, Raquel?

—Sí, Nick, única y exclusivamente dinero, mucho dinero. Eso es todo lo que significa. ¡Pues que te aproveche!

—¡Parece mentira que seas tú precisamente quien me eche en cara que solo me muevo por interés! ¡Tú, mejor que nadie sabes que no es solo por dinero, es por una posición, una carrera, un nombre! Y todo eso quiero tenerlo, pero con vosotros a mi lado. ¡No seas más cabezota, tu intransigencia me desespera! ¿Por qué tengo que ser yo quien renuncie a todo y tener que quedarme aquí para poder teneros? ¡Tú también podrías hacerlo, quiero que nos casemos, que vivamos los cuatro juntos! ¡Sabes de sobra que tu trabajo no es excusa, no te hace falta para vivir, y que, si quisieses seguir haciéndolo, allí no tendrías ningún problema!

Aparté mi mano y me acerqué a su cara.

—¡Es que no te enteras, es increíble que seas tan listo para algunas cosas y tan tonto para otras! ¿Acaso me has escuchado pedirte ¡una sola vez! en estos nueve años que dejes tu trabajo por mí? ¡Ni una, no te lo he pedido nunca! ¡En cambio, en cada uno de tus planes estaba que yo lo dejara todo para seguirte! Piénsalo, haz un poquita de memoria y recuerda todas las veces que hemos tenido esta conversación, nunca has estado dispuesto a dejar nada por mí. —Tomé aire, apreté mis ojos intentando calmarme y bajando el tono de

mi voz, quise no volver a parecer una histérica—. Ahora, haz el favor de salir, tengo que arreglarme, en poco tiempo llegará Alonso para recogerme.

—¿Entonces lo que te he dicho no ha servido de nada? ¿Asistirás a esa cena?

—Por supuesto, por una vez voy a hacerte caso y seguiré tus consejos, como tú me has pedido. He pensado muy seriamente que es lo mejor para mi vida y ya he tomado mi decisión.

Me metí en el baño y respiré, no quise pensar más en la situación que nos estaba volviendo locos. Pero ¿qué era lo que quería? ¿Que cerrara mi boca con un esparadrapo y que lo siguiera sin rechistar! ¡No se había parado ni una sola vez a pensar qué era lo que yo quería, si no lo que él necesitaba! ¡Nunca se le había ocurrido preguntarme! ¡Eso no era justo y parecía que él no podía entenderlo!

Me arreglé con esmero, quería que se muriese de rabia al verme vestida para otro.

Sonó el timbre de la puerta, supuse que era Alonso, escuché cómo la abrían y a continuación unos saludos. Salí del dormitorio y desde el principio de la escalera lo saludé:

—¡Tan puntual como siempre!

Era una digna hija de mi madre, y cuando supe que tenía toda la atención de los dos, bajé las escaleras.

—*¡Ah, Rachel, você é a mulher mais bonita que eu sei!* ¡Oh, Raquel, eres la mujer más hermosa que conozco!

—Gracias Alonso, tú siempre tan galante. —Me acerqué a Nick, le di un beso en la mejilla—. No te olvides de recoger a Nico a las ocho, a mí no me esperes levantado, no sé cuándo volveré. —Me acerqué a Alonso le di un beso y me cogí de su brazo—. ¿Nos vamos?

Nicolas

¡¿Pero por qué tenía que ser tan idiota?! ¡Es que no daba dos seguidas! Desde mi conversación con Loren me había sentido tan confundido, incluso tuve mis dudas cuando Raquel y yo nos encontramos a solas, me asustó pensar en todo a lo que tendría que renunciar si daba ese paso, pero cuando la sentí tan

cerca volví a perder la cabeza. A lo largo de ese día me había arrepentido un millón de veces de haberle hablado del modo en que lo hice por la mañana, lo había pasado entero pensando en ella, en lo maravillosa que había sido nuestra noche juntos y ahora mi estupidez me había hecho arrojarla a los brazos de aquel hombre por propia decisión, en la vida me había sentido tan gilipollas, bien que ella no había hecho lo correcto en ocultarme lo de los críos, pero no podía vivir toda la vida convenciéndome a mí mismo de que no la podría perdonar, porque era mentira, mi rechazo era por razones mucho más egoístas. Aquella noche fue tan maravillosa como todas las que habíamos pasado juntos y acababa de decirle que lo aceptara, que se casara con él. ¡Mierda, ¿es que me había vuelto loco?! ¿Por qué no la detuve cuando la vi tan preciosa bajando esas escaleras?

No me había movido aún del hall, cuando sentí cómo intentaban abrir la puerta, pensé que era ella, que lo había mandado a hacer puñetas y volvía conmigo. Pero no, cuando se abrió vi a mi pequeña princesa con su traje rosa de ballet, desde luego era una preciosa visión ver su cara cómo se iluminaba al verme, me agaché y ella corrió a mis brazos.

—¡Papi, hoy me ha salido superbien!

La cogí en brazos y la besé.

—¿No me digas cariño?

—¡La señorita Clara me ha dicho que lo hago muy, muy, pero que muy bien!

Acaricié su carita estrechándola contra mi cuerpo, no quería perderlos y al día siguiente tenía que marcharme y dejarlos. La miré y le pregunté:

—Cielo, tengo que ir a recoger a Nico, ¿quieres venir conmigo? He visto la barbacoa que tenéis en el jardín. ¿Qué te parece si vamos a comprar algo rico y lo preparamos los tres juntos?

—¡Vale! Mamá nunca la enciende, solo lo hace Herman cuando viene con la abuela, a él le encanta.

La niñera había entrado y desde la misma puerta le dije:

—Carla, me llevo a Dulce, voy a recoger a Nico de su fiesta, dentro de un rato estamos aquí. ¡No nos prepare nada para cenar yo me encargo esta noche!

Se asomó desde la cocina y me contestó:

—¡De acuerdo, señor Harrison!

Monté a Dulce en el coche y fuimos hasta el local donde celebraban la fiesta del amigo de mi hijo, pero mi cabeza estaba muy lejos de allí.

¿Aceptaría su proposición y ya está? ¿Se acabaría todo lo nuestro esa misma noche? Entramos a recoger a Nico y de allí al supermercado a comprar, como en las otras ocasiones que habíamos ido juntos, cada uno de ellos iban por libre, Dulce llegó cargada de chucherías. Estaba apoyado en el carrito mirándola, me sentía tan abatido que solo llegué a preguntarle:

—¿Mamá te deja comer todo eso?

—¡Ajá!

La miré bastante escéptico:

—Si tú lo dices.

Cuando acabamos, cargamos las bolsas con la compra y de nuevo a ponernos en marcha. Acomodé a mi pequeña, que se negó a dejar la bolsa de sus chuches detrás y cuando le estaba poniendo el cinturón de seguridad de su silla a Nico, el niño me preguntó:

—¿Qué te pasa papá?

Le sonreí, mientras intentaba hacerme con aquel endiablado cierre.

—Nada, ¿por qué?

—Porque tienes la misma cara que mamá cuando la llama el director de mi colegio.

Se me escapó una carcajada al escucharlo, lo miré y acaricié su cara.

—¿Tan mala cara se le pone a ella?

—Sí, hace así con la cara y me mira con los ojos chiquitos como si lanzaran rayos.

No pude aguantar la risa, Dulce estaba al lado poniendo la misma cara que su hermano y realmente lo hacían bien.

—Pues estoy así, porque por culpa de mi boca ella hoy me ha mirado de ese modo a mí también.

—Nico y yo la convencemos para que ya no esté enfadada dándole muchos achuchones y besitos, ¿has probado a hacerlo tú?

—¡Créeme, Dulce! Lo he intentado, pero no ha servido de nada.

Nico me preguntó:

—¿Qué le dijiste para que se enfadara tanto?

—Le dije que se casara con Alonso.

Los ojos de los niños se abrieron de una manera que me hicieron reír de nuevo, Dulce se puso su manita en la boca y Nico me dijo:

—¿De verdad quieres que mamá se case con ese tío?

—No, lo que de verdad quiero es que lo haga conmigo, pero ya sabes, nuestra enorme...

—¡Bocaza! —dijo Nico.

—¡Eso mismo! Y ahora él la ha llevado a su restaurante preferido para pedirle que se case. ¡Ojalá supiese cuál es, iría ahora mismo y la sacaría de allí antes de que él se lo pidiera!

—¡Yo sé dónde está mami! La escuché cuando hablaba con Alonso —nos dijo Dulce, mientras se metía un regaliz en la boca, dejándonos a los dos pendientes a ella, Nico no aguantó y le gritó:

—¡Dilo, boba! ¿Dónde está mamá?

—Es que tiene un nombre muy raro, es donde fuimos con “abueli” a comer esos postres de chocolate ¡tannnn ricos! ¿Zalacín? ¿Zaladin?

En el buscador de mi teléfono escribí las primeras letras y de pronto encontré *Zalacain*.

—¡*Zalacain*! ¿Se llama así?

—Yo creo que sí —dijo Nico—. Pero conociendo a mamá, como entres diciendo que no se case con ese tipo, ya verás cómo se casa.

Y tenía razón, con el enfado que tenía me arrepentiría si entraba como un elefante en una cacharrería. Miré la bolsa de chuches y le pregunté a Nico:

—¿Te pones muy, muy malo cuando comes cacahuetes?

Nico sonrió y con esa cara de pillo que tenía me respondió:

—Lo suficiente para saltarme las clases que me dé la gana, pero mamá me ha puesto en la mochila la pastilla por si comía en la fiesta algo que lo llevara sin darme cuenta.

—¡Mejor! Dulce, déjame ver las chuches. —Encontramos unas chokolatinas con cacahuetes. Lo miré con miedo—. ¡Nico, no me atrevo!

—¡Trae, tonto!, si todo es un rollo para no ir al cole cuando hay exámenes, ¡pero como se lo digas a mamá, te enteras! No sabes lo malo que me puedo llegar a poner si lo haces.

Le di la chokolatina.

—¡Palabra, por mi bien no le diré nada!

En el navegador del coche metí la dirección, llegamos hasta la puerta. Paré y desde el ventanal que daba a la calle la vi sentada con él, era preciosa, pero ¿y si me equivocaba y su felicidad estaba al lado de aquel hombre? Sin mirar hacia atrás les pregunté a los niños:

—¡Ahí están! ¿Qué hacemos?

—¡Lo que sea rápido!, me he terminado de comer la chokolatina y voy a ponerme a “potar” de un momento a otro.

Cogí a los dos niños en brazos, entré corriendo en el restaurante, al

escuchar la primera arcada de Nico, cogí el paraguero de la entrada y se lo di a mi hijo.

Escuché como el maître me llamaba la atención, pero no era momento de formalidades.

—¡Raquel, Nico ha comido algo que le ha sentado mal! —El niño dio una arcada que puso a medio restaurante en pie. Ella me miró sin entender qué estaba pasando—. ¡Raquel!

—¿Y... la pastilla? ¡Le puse su medicina en la mochila!

—¡Yo no he visto nada! ¿A qué hospital lo llevo? —El niño volvió a vomitar, yo la miré y le pregunté angustiado—: ¡¿Qué hago?!

Ella se puso en pie, cogió a Dulce en brazos y salió corriendo delante de mí.

—¡Lo siento Alonso, te llamo! Vamos a la Paz, Nick, ¡corre!

En cuanto llegamos a urgencias, pasaron al niño para ponerle un antihistamínico y suero para evitar la deshidratación, yo me quedé con la pequeña en la sala de espera, ¡menuda mala idea había tenido! ¡Raquel me iba a matar!

Cuando la vi aparecer, casi me pongo a llorar.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

—Sí, cálmate, ahora se ha quedado dormido, me ha dicho el médico que solo lo tendrán una hora en observación y luego nos podremos marchar.

Me abracé a ella, el dolor era insoportable, pensar que le había podido ocurrir algo me estaba matando.

—¡Raquel ha sido culpa mía! ¡Yo hice que se comiese esa asquerosa chocolatina para evitar que le dijese que sí a Castro y... y míralo, ahora está ingresado!

Su cara se transformó exactamente igual a la que antes habían puesto los niños.

—Ahora voy con mi hijo, cuando vuelva vamos a hablar tú y yo muy seriamente.

Me senté de nuevo, Dulce se subió en mis rodillas y acariciándome la cara me dijo:

—¡Uy, estaba muuuuy enfadada, ha puesto los ojos así, así!

La miré, tenía sus ojos casi cerrados con la cara muy arrugada, entonces le dije:

—Los tenía muy cerrados, ¿verdad?

—¡Ajá! Mucho, mucho.

Al cabo de una hora los vi salir por la puerta, el pobre Nico iba blanco como la pared, y la cara de Raquel... bueno, cuando me miró no era algo descriptible. Abracé a mi pequeño y él cerca de mi oído me preguntó:

—¿Lo hemos conseguido?

En la misma posición que estábamos le susurré:

—No tengo ni idea, no he podido hablar a solas con ella.

Llegamos a casa los cuatro subidos en el coche, totalmente en silencio, solamente se rompió cuando Raquel llamó a la niñera para decirle lo que había sucedido y que por favor se marchara a su casa. Al llegar comencé a sacar las bolsas, la niña debió de intuir la mala atmósfera que había porque me dijo:

—Papi, ¿ya no vamos a hacer la barbacoa?

—No, nena, Nico no se encuentra bien y a mí se me ha quitado el hambre.

Raquel cogió de la mano a la niña y la llevó hacia la cocina.

—Ven, cariño, te prepararé algo de cenar antes de que a tu padre se le ocurra intoxicarte a ti también.

¡Tiraba a dar!

Acompañé a Nico a su dormitorio.

—¿Quieres darte un baño antes de acostarte?, así dormirás algo mejor.

Asintió y entré para ayudarlo a desvestirse.

—Nico, hijo, lo siento mucho, ¿por qué no me dijiste que te ponías tan mal?

—¡No ha sido para tanto, le he puesto un poco de teatro! ¿Viste la cara de los del restaurante cuando vomité allí en medio? —No quería hacerlo, pero me era imposible aguantar la risa—. ¿Sabes? Cada vez me gusta más la idea de tenerte por aquí.

Saqué la camiseta por su cabeza, intentando ganar un poco de tiempo, al quitársela miré su cara, puse bien su pelo y lo abracé:

—Nico, tengo que marcharme mañana.

Él, sin separarse de mis brazos, me contestó:

—¿Ya no volveré a verte?

—¡Sí, claro que sí! Yo vendré cada vez que pueda, he pensado en compraros un dormitorio con dos camas, para que me visitéis siempre que queráis. Tu abuela se volverá loca de alegría si os puede tener con ella una

temporada.

Él se separó de mí y como si lo hubiese comprendido, dio por cerrado el tema. Fue a desabrocharse los pantalones y me miró.

—¡Tío, un poco de intimidad, que ya tengo una edad!

—De acuerdo, lo que usted desee míster Nicolás.

Bajé hasta la cocina, Raquel se había quitado sus zapatos y andaba descalza por la cocina, aunque enfundada aún en aquel precioso vestido, tan verde como sus ojos. Dulce estaba comiéndose un sándwich y un vaso de leche, al verme me preguntó:

—¿Quieres un poquito papi?

—No, cariño, comételo tú mejor. Dulce, tengo que contarte una cosa, creo que mamá no te lo ha dicho. —Raquel se detuvo, cogió una manzana y la mordió mientras esperaba que yo hablara—. No, veo que no te ha dicho nada. —Me apoyé en la encimera para estar a su altura y le dije—: Nena, mañana tengo que volver a mi casa de América.

—¿Pero estarás aquí el viernes para el desfile? Me gustaría mucho salir contigo.

—No, mi vida, tengo mucho trabajo y no podré volver para el viernes.

Sus ojos se volvieron cristalinos y con sus dos manitas cogió mi cara.

—¡Papaíto, pero yo no quiero que te vayas!

La niña parecía una verdadera dama de la comedia, haciendo aspavientos con sus manos, mientras las lágrimas de pronto caían a borbotones. Miré a Raquel pidiéndole ayuda, pero ella seguía quieta en la misma postura chulesca, comiéndose aquella manzana.

—No llores, cariño, en cuanto os den las vacaciones os podéis venir a casa todo el tiempo que queráis los dos.

—¡No, papi, tenemos que estar todos, mamá también!

Escuché el sonido de otro bocado a la dichosa manzana, que me retumbó dentro de los oídos.

—Dulce, no puede ser, te juro que eso sería lo que yo quisiera, pero mamá tiene aquí su trabajo y yo allí.

—¿Y por qué no puedes hacerlo aquí con nosotros? ¡El papá de Rosita nunca se va, siempre está con ella!

Me estaba viendo cada vez más agobiado y empezando a odiar al papá de Rosita, cuando Raquel intervino, cogió a la pequeña en brazos y el vaso de leche en su otra mano.

—¡Ya está, madame Butterfly! Venga, vamos al baño, cuando quieres algo

que no puedes tener, ¿qué te digo siempre que decía el abuelo?

Ella, después de dar un largo sollozo le respondió:

—“*Cosas imposibles es mejor olvidarlas que quererlas*”... ¡y ya está!

—Pues eso, mi vida, si no puede ser, no es. Vamos a quitarte estas mallas y a ponerte limpita para soñar con los angelitos. —Se detuvo y sin mirarme me dijo—: Nick, súbele a Nico la manzanilla y... por favor, no se te ocurra ponerle nada dentro, te agradecería mucho que mis hijos siguiesen vivos cuando te marches.

Me sentía totalmente abatido, pero ella tenía razón, los niños todavía necesitaban nuestra atención. Subí hasta su dormitorio, él ya estaba poniéndose su pijama, lo terminé de ayudar, lo arropé y le di su manzanilla.

—Mira qué mala cara tienes. Nico, por favor, perdóname por haberte hecho hacer esta tontería, si supieras lo mal que me he sentido al verte tan malito.

—No seas tonto, si no ha sido nada, de verdad, me ha gustado que hayamos hecho esta gamberrada juntos.

—Y a mí, aunque tu madre no me perdonará en la vida que haya intentado intoxicarte. —Él comenzó a reírse, yo acaricié su cara, continué diciéndole —: Nico, he pensado que el próximo curso podías venir a estudiar a Nueva York, sería estupendo tenerte allí.

Le dio un largo sorbo a su infusión y me contestó:

—¿Y dejar a mamá y a Dulce? ¿Quién las cuidará entonces si no vas a quedarte aquí?

Me quedé mirándolo, realmente él había demostrado sentirse en todo momento responsable de esa familia mucho más que yo.

—Tienes razón, tú les haces mucha falta, me quedo mucho más tranquilo sabiendo que estás pendiente de ellas, pero no puedes seguir metiéndote en problemas, prométeme que vas a intentar contenerte, seguro que eso le quitaría muchos problemas a mamá y si alguna vez se te pasa por la cabeza la posibilidad de verte, sabes que cuentas conmigo.

—Sí, papá.

Papá, ¿cómo podía gustarme tanto escucharlos llamarme de ese modo? Le di un beso y apagué la luz, antes de salir le pregunté:

—¿No vas a rezar esta noche?

—Es mi colega, Él ya sabe por qué le doy las gracias.

Sonreí y me marché. Al pasar por la habitación de Dulce la escuché rezando entre sollozos.

—... Y cuídalo mucho, que va a estar muy, muy solito tan lejos de nosotros. Amén.

Entré y la besé, la pequeña me abrazó dándome un enorme y sonoro beso, que me recordó a los de mi madre.

—Hasta mañana, papaíto.

—¡Que descanses, cielo!

—¡Hasta mañana, mami!

—Felices sueños, mi vida.

Salimos de su habitación, cogí su brazo ya resignado.

—Hablemos, por favor, déjame explicarte lo que ha pasado.

Ella dio un largo suspiro y me preguntó:

—¿A qué hora te vas mañana?

—El vuelo sale a la una.

—¿Por qué no lo dejamos? Mejor hablamos mañana, estoy cansada, no puedo volver a enfadarme otra vez, no podría resistirlo.

Bajó las escaleras dejándome de nuevo sin aclarar nada. Entonces decidí irme a mi habitación, apenas era algo más de las once y aunque estaba agotado no tenía sueño, me asomé a la ventana al escuchar un ruido que llamó mi atención.

Raquel estaba en el jardín, dentro del jacuzzi, tomando una copa de vino. ¡¿Se podía tener más cara?! ¡Yo aquí atormentándome y la muy... tomando un baño!

Bajé, llegué a su lado sin hacer ruido, ella estaba con los ojos cerrados, totalmente relajada. Me puse cerca de su oído y le dije:

—¡Muy bonito! Tú aquí bien relajadita, mientras me dejas a mí reconcomerme por dentro con todo el cargo de conciencia. ¿Cómo te sientes sabiendo que he demostrado que soy el peor padre del mundo?

Sin moverse y sin abrir siquiera sus ojos me respondió:

—¡Bien! ¡No puedes ni imaginar lo bien que me siento!

Miré un aparato que tenía a su lado y le pregunté:

—¿Qué es eso?

Ella lo miró y respondió:

—Un interfono, por si los niños me llaman, no se puede dejar de ser una supermami nunca, hay que serlo a tiempo completo.

Sonreí al escuchar su respuesta, comencé a quitarme la ropa, pero ella

reaccionó enseguida.

—¿No se te estará pasando por la cabeza meterte conmigo?!

—Mira, Raquel, no hay modo de hablar contigo y si lo tengo que hacer aquí dentro no pienso moverme hasta que no quede todo claro entre nosotros.

—¿Nick, no me he puesto bañador! ¡Vete!

—¿Ah! ¿Es que tienes algo nuevo que no te haya visto? ¡Te recuerdo que tenemos dos hijos y que ayer mismo follamos durante toda la noche!

Me miró como si lo que estuviese diciéndole fuese lo más barriobajero del mundo:

—¿Oh, por favor, no seas ordinario!

Me reí al ver lo esnob que se había vuelto de pronto, así que pensé darle algo más de caña:

—Pues anoche no te parecía tan ordinario, cuando te metía la lengua en...

—¡¡Como sigas en ese plan me voy ahora mismo!!

—¿Ven aquí, fiera! ¿Me vas a decir que ahora te vas a volver una remilgada conmigo? —Prácticamente la cogí en volandas antes de que pudiera salir, caímos los dos y con mucho esfuerzo pude sentarla a horcajadas sobre mí—. Ahora me vas a contar qué ha sucedido con Alonso, ¿llegué a tiempo o ya te había pedido en matrimonio?

Sorprendentemente, porque pensé que seguiría muy enfadada conmigo, noté cómo ella se movió estratégicamente sobre mí, atrapándome por completo bajo sus piernas, acercó sus labios a los míos, rozándolos con cada una de sus palabras y me habló como si fuesen caricias:

—¿Olvídate, ese va a ser tu castigo por haber intentado envenenar a mi hijo! No te lo voy a decir hasta que no estés bien lejos, para que no puedas hacer nada.

Levanté las caderas buscando acomodar nuestros sexos. Sin separar mis labios de los de ella le dije:

—¿Nuestro, he intentado envenenar, a nuestro hijo!

No pudo ocultar una sonrisa en sus preciosos labios, los rocé con mis dedos sin dejar de mirarlos.

—¿Sabes qué ha sido una de las cosas que más me ha dolido de la discusión de esta mañana?

Ella me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Qué ha sido?

—Que me dijese que te arrepentías de haber tenido tus hijos conmigo.

Ella suspiró, levantando su mirada, me contestó:

—Me has puesto las cosas muy difíciles, sabía que no sería fácil para ti, pero todo esto está agotando mis fuerzas. Yo solo quise ser madre, sin más complicaciones, sin querer hacer daño, ni implicar a nadie con mi decisión.

Atrapé sus caderas y como si nuestros sexos estuviesen diseñados exclusivamente el uno para el otro, encajamos sin ninguna dificultad. Cerré los ojos al sentirme tan dentro de ella. Me volvía loco el deseo que sentía por esa mujer, la forma en que ella se me entregaba por completo, siempre la sentía totalmente mía cuando estábamos juntos. Haciendo un esfuerzo, porque sentía cómo la sangre me bullía, pude retomar el tema que me había llevado hasta allí:

—Le has dicho que no, si no, no lo estarías haciendo ahora conmigo.

Sus movimientos sobre mí eran suaves, aunque cada vez que apretaba su vagina aprisionándome, impedían seguir hablándole. Escuché su voz entrecortada, musitándome al oído:

—No me conoces lo suficiente, lo hice contigo la primera noche que salimos, no sabes qué criterio tengo en el sexo. Quizás me acueste con todos los hombres que me gusten.

La cogí de la nuca, tirando de su pelo, clavándome por completo en ella con rabia.

—¡Dime que eso es mentira, que ellos no te han follado nunca de esta manera! —Ella gimió de placer, gocé con ese momento, pero los celos me ganaban, ¿le habría dicho que sí y a pesar de eso había accedido a tener sexo conmigo? Atrapé su pezón con mi boca saboreándolo, volví a mirarla, ella tenía sus ojos cerrados, se la veía tan bonita, acaricié su cuerpo—. ¡Dímelo, Raquel! ¿Te casarás con él? —arecía no escucharme, sus movimientos fueron cada vez más rápidos y por segundos me estaba preparando para ella—. Cariño, espera, espera un poco.

—No. Te deseo ahora, estoy lista para ti.

Arqueó su espalda, la atrapé con fuerza y me vacié por completo en ella. La escuché gemir y gritar mi nombre, intenté acompasar mi respiración a sus movimientos. Después de unos segundos ella apoyó su cara en la mía y la escuché cómo apenas con un hilo de voz me decía:

—Te quiero, amor mío, te quiero.

Separé su cara, besé sus labios y sin separarlos le contesté desde el fondo de mi corazón porque ya no existía rencor, ni rabia:

—Y yo a ti, eres mi vida, jamás he amado a nadie como te amo a ti.

Subimos a su dormitorio y nos duchamos juntos, no podía apartar mis manos de su cuerpo, solo pensar que al día siguiente nos separarían miles de kilómetros me estaba atormentando, quería recordar cada segundo que pasábamos juntos, nuestros te quiero y nuestros besos se mezclaban con las caricias y la necesidad de rozar nuestros cuerpos una y otra vez.

Cuando nos fuimos a su cama vi cómo buscaba un camisón de su cajón.

—No te lo pongas, quiero sentirte desnuda a mi lado.

—Eso no va a ser posible, y tú también deberías ponerte algo. —Miró el reloj de su mesita y continuó—: Y deberías hacerlo rápido.

Me reí al escucharla, le pregunté:

—¿Y qué pasa para que tengamos que vestirnos con tanta prisa?

—Pues que dentro de nada tendremos visita, hazme caso y ve a ponerte algo si quieres dormir conmigo.

Me levanté y la abracé por la cintura.

—¿Estás segura que quieres que me vista?

De pronto escuché unos pasos, me escondí detrás de ella. Dulce apenas sin abrir los ojos se subió a su cama, desde allí nos miró y dijo:

—¡Hola, papi!

—Hola, cariño.

Y... ¡se quedó dormida!

—¡Pero, bueno, ¿esto es así siempre?!

—No, ya verás, si mejora.

Cogí una toalla, me la puse en la cintura para ir a mi dormitorio a vestirme y por el pasillo me crucé con Nico, totalmente dormido me preguntó:

—¿A dónde vas, papá?

—A... la cama. ¿Y tú?

No me contestó, me di la vuelta y vi como él también se subía, los dos estaban acostados en la cama de su madre, le hice señas a Raquel para que viniese, ella sin dejar de sonreír se acercó a mí.

—¿Y esto?

—Es una costumbre que tienen, espero que se les quite la manía alguna vez.

Casi me faltó ponerme a patalear cuando vi todos mis planes truncados para el resto de la noche.

—¡Pero yo quiero dormir contigo! —dije como un niño al que le quitan su capricho.

Ella cogió mi mano, regañándome para que bajara la voz y salimos de la habitación.

—¡No sé qué os ha dado a todos con mi cama, hay más en esta casa, bobo!

... Y volvimos a pasar una noche para el recuerdo los dos juntos. ¡Pero en mi dormitorio!

Miré el reloj, ya iba siendo hora de empezar a prepararme. A mi lado la vi a ella dormida plácidamente, aparté un mechón de su cabello, pude ver su rostro. Ya no era para nada la muchacha que conocí aquella noche, pero el tiempo la había compensado con una belleza serena, sus elegantes gestos y esa distinción al andar la adornaban aún más. Durante unos momentos pensé si nuestra relación habría tenido algún futuro si lo hubiésemos intentado hace años. Por aquel entonces ya estaba bastante enganchado a ella, pero con lo inestable que yo era, quizás no habría sido nada más que otra más de mis cortas relaciones. ¿Hubiésemos vuelto a ver unidas nuestras vidas al no ser por nuestros hijos? Destapé un poco su cuerpo, seguía siendo tan bonito como siempre, no hacía ni un mes había tenido en mi cama a una de las mejores Tops de la moda, pero no habría cambiado ni uno solo de los pocos días pasados con ellos por todos los vividos con Loren, sonreí al recordar cómo se sonrojó al verse desnuda delante de mí, mientras me decía que su cuerpo no era el de Loren, claro que no, ella había albergado en su vientre a los dos seres más maravillosos del mundo, nunca podría ser como el de ella, en el suyo había vida marcada a dolor en su piel. No quise despertarla, volví a taparla y besé su hombro desnudo, era algo indescriptible para mí tenerla en mi cama.

Escuché cómo alguien andaba por la casa, quizás serían los niños preparándose para el colegio, yo quería pasar esas últimas horas con ellos, busqué mis pantalones para salir al pasillo, pero a quien encontré fue a Carla, la niñera de los críos.

—¡Buenos días, señor Harrison! ¿Lo he despertado?

—Buenos días, Carla. No, ya llevo un rato despierto.

—¡Bien! ¡Vengo de las habitaciones de los niños, se ve que esta noche han estado otra vez de “mudanzas”!

—No se equivoca, los dos están en la habitación de Raquel.

—Le he dicho mil veces a su... bueno, a la señora, que no debería dejarlos, pero entre nosotros, creo que no se lo impide porque disfruta durmiendo con ellos más que los pequeños. —Sonreí al escucharla, sabía que era cierto, era tan feliz con sus hijos, que disfrutaba con tan solo tenerlos a su

lado—. ¡Voy a levantar a los niños para el cole, que con tanta cháchara al final vamos a llegar tarde!

—Carla, déjelos. Me voy dentro de un rato y me gustaría que me acompañaran al aeropuerto. —Al ver la cara que puso, continué con una pequeña mentira—: Ya lo hablé ayer con Raquel y le pareció bien.

—¡Ah, siendo así! ¿Quiere que prepare el desayuno?

—Sí, aunque me gustaría tomarlo con ellos.

—Hace un día precioso, ¿qué le parece si preparo algo bien rico y lo toman en el jardín?... ¿La señora ya se fue a su trabajo?

—No, ella también está aquí.

—Pues es rarísimo, normalmente antes de la siete ya está en camino.

Sonreí recordando la noche que habíamos pasado y le contesté:

—Está un poco cansada.

—Bien, entonces voy a prepararles uno de lujo para los cuatro.

La despedí con una sonrisa, pero totalmente ausente, me quedé pensando un instante recordando la tarde del desfile en Nueva York, cuando ella no supo cómo presentarme a Alonso y lo mal que me sentó cuando lo hizo simplemente como *el “padre de sus hijos”*. Ahora Carla tampoco supo decirme qué era ella para mí.

Fui a la habitación de Raquel donde aún dormían los niños, observé a Nico, ¿cómo podía ser tan parecido a mí? Yo mismo tenía algunas fotos de pequeño en las que era totalmente exacto, vi cómo mi pequeña se movía y me acosté a su lado, frente a su carita, no podía dejar de mirarla, parecía mentira que en algo tan perfecto hubiese tenido yo algo que ver, ella abrió sus ojitos; al mirarme, sonrió.

—Buenos días, cariño.

—Hola, papi.

—¿Dormiste bien?

—¡Ajá!

—He tenido una idea, ¿qué te parece si hoy no vais al cole, así podemos desayunar juntos los cuatro y luego me acompañáis para despedirnos en el aeropuerto?

—¡Síííí!

Le di un beso en la puntita de la nariz y de pronto sentí cómo Nico se subió encima de mí.

—¡Es la mejor idea que has tenido desde que llegaste!

—¡Ah, sí! ¡¿Eso te parece?!

Lo cogí, levantándolo por encima de mi cuerpo en el aire, dejándolo caer a un lado de la cama, comenzamos entonces una lucha “mortal” entre los tres.

—¡Bueno, ¿y esto?! ¿Es que hoy no hay colegio?

—¡No! ¡Papi quiere que desayunemos juntos! ¡Por fi, mami, por fi, déjanos!

La miré y le hice señas con la cara, pidiéndole que los dejara. Ella lo pensó un momento y entonces resignadamente nos respondió:

—¡Vaaale!

Los niños empezaron a aplaudir, yo di unas palmadas en el colchón para que se acostara con nosotros. Ella sonriendo lo hizo a nuestro lado.

—¡Esperad, quiero una foto de este momento! —Cogí el móvil, los niños acercaron sus caras a la de los dos—. ¡Un segundo... un segundo... ahora! ¡Mirad estamos guapísimos los cuatro!

Al ver la foto, Raquel me dijo:

—¡Bórrala, he salido horrible! ¡Mira qué pelos!

Cogí su cara y le di un beso en los labios desde el fondo de mi corazón.

—Eso es imposible, eres la persona más bonita del mundo.

Nico empezó a protestar:

—¡Jo, tío, no hagas eso, es mi madre!

En ese instante tuve bien claro que éramos el uno del otro y sin dejar de mirar a Raquel le contesté:

—Y mi mujer.

Ella me abrazó con fuerza, pero los niños se subieron otra vez encima de nosotros, comenzando de nuevo con el juego.

Intentaba que los minutos pasaran a cámara lenta, desayunamos juntos en el jardín, pero el tiempo es cruel y por más que lo retrasé, no tuve más remedio que subir a preparar la maleta, sopesaba una y otra vez la idea de quedarme, pero sería echar todo mi trabajo a la basura, habían sido años y años para ahora abandonarlo todo. Quería a mi familia, pero me había costado tanto llegar a donde estaba, y si por fin conseguía que Raquel me dijera de una vez que no había aceptado la proposición de Alonso, yo terminaría la mía con Loren, y me iría tranquilo sabiendo que ellos estarían aquí esperándome.

—Papi, ¿me veo guapa?

Miré hacia la entrada del dormitorio y vi a Dulce vestida con un precioso

vestido rosa.

—Mamá me ha dejado ponérmelo, es mi favorito de todos, todos, ¡te lo digo de verdad! Me lo he puesto porque quiero que cuando te acuerdes de mí digas lo mismo que siempre dices de mami.

Me senté en la cama, ella se acercó acomodando su cuerpo al mío, me pasó su bracito por mi cuello.

—¿Y qué es eso que digo de tu mamá?

—¡Papi, ¿no te acuerdas?! Siempre que hablas de ella, dices que es la más bonita del mundo.

Sonreí y la abracé:

—No me has entendido bien, ella es la más guapa de todas las mamás del mundo y tú eres la más bonita de todas las hijas del universo.

Ella me abrazó fuerte y me dijo:

—Te quiero mucho, papi, aunque no estés con nosotros, te prometo que siempre, siempre, siempre, voy a quererte.

Sin poder dejar de acariciarla, le contesté casi doliéndome mis palabras:

—Y yo a ti, mi vida, me siento el hombre más afortunado del mundo sabiéndolo.

Ella se tapó la boquita con su mano mientras no dejaba de reírse.

—Pero ¿cómo no iba a quererte? ¡Si eres mi papá!

La abracé con todas mis fuerzas, mientras le decía cuánto la quería.

Bajé con Dulce de una mano y mi maleta de la otra, escuché a Nico jugar con la pelota en el jardín, y me asomé:

—Hijo, ¿estás listo?

El niño no me contestó. (¡Malo!) Así que me puse a la altura de Dulce:

—Cariño, ¿por qué no le dices a mami que ya estoy listo? No podemos tardar en salir, si no, no llegaré a tiempo.

La niña me obedeció y salió corriendo mientras llamaba a su madre, metí mis manos en los bolsillos, aquella postura del niño me parecía que no pintaba bien.

—¡Nico!

Siguió dándole patadas a su balón, lanzándolo una y otra vez contra la pared.

—¡Nico! Te estoy llamando, ¿no me escuchas?

—Nick, lo he pensado mejor, yo me quedo aquí, no tengo ganas de estar

dos horas en el aeropuerto esperando que te vayas.

Al rebote de la pelota contra la pared, la atrapé.

—¿Nick? ¿Ya soy Nick, de nuevo? Otra vez te has vuelto a enfadar conmigo, ¿de verdad crees que voy a volver a marcharme y a no poder hablar contigo hasta que nos volvamos a ver? ¿Eso es lo que pretendes?

Hizo un mohín con su boca y me contestó:

—Pues esta vez no ha salido tan mal, ¿si no cuánto habría pasado hasta que nos hubieses visitado? Pero ¿sabes una cosa?, quizás no sea tan mala la idea que te vayas durante mucho tiempo, hace un rato me acordé de lo triste que estuvo mi mamá cuando volvimos del viaje, ahora no hace más que reír y sé que cuando te vayas otra vez se va a quedar mal, así que creo que lo mejor será que no vuelvas.

Me agaché y agarré sus brazos.

—¿Y qué crees, que yo voy a ser feliz sin poder estar con vosotros, allí tan lejos? Pero no se puede tener todo en la vida, a veces hay que poner delante de lo que más queremos las cosas que más necesitamos. Eres muy pequeño y todavía no puedes entenderme.

Él me miró de una forma fría y me contestó con esa misma frialdad:

—Sí, claro que te comprendo, por eso entiendo que no somos lo que necesitas.

Escuché la voz de Raquel antes de que yo le contestase de nuevo a mi hijo:

—Nico, cariño, ¿recuerdas que no hace tanto te dije que las cosas no son blancas o negras? Pues mira, esta es una de esas que son grises. Créeme, sé que papá nos quiere mucho, pero tiene un trabajo muy importante que hacer, él puede ayudar a mucha gente, ¿sabes?, pero todas esas cosas buenas tiene que hacerlas allí. —Se puso a la altura del niño y continuó—: Te prometo que esta vez no me voy a poner triste, las cosas son muy diferentes ahora y todo va a cambiar, ya lo verás, además, las vacaciones son dentro de nada y podréis volver a veros. —Ahora fue mi estómago el que dio una voltereta completa, ¿qué narices iba a cambiar? Había aceptado a Alonso, estaba seguro, si no, ¿por qué dijo podéis y no podremos volver a vernos?—. No vas a hacer que papá se vaya enfadado contigo de nuevo, ¿no es así? —El niño negó con su cabeza—. ¡Venga, cariño, demuéstreselo! Enséñale que eres un hombrecito y que ya se puede ir tranquilo.

El pequeño se abrazó a mí y yo a él, la miré, era envidiable ver cómo sabía manejarnos a los dos, con el carácter tan difícil que ambos teníamos.

¡Y llegó!, aunque ninguno de los cuatro lo quisiésemos, el momento de separarnos sucedió. Ya estaba parado, esperando mi turno para pasar por el arco de seguridad, sentía que se me partía el alma al verlos a los tres, aunque apenas nos separaban unos metros, ya los veía tan lejos de mí. Sé que Raquel estaba haciendo un esfuerzo por no llorar, pero allí estaba con una sonrisa en sus preciosos labios, la que no pudo dejar el drama fue Dulce, cuando empezó a llamarme me entraron unas ganas locas de mandarlo todo a hacer puñetas, pero su madre supo cómo calmarla y mi pequeño hombretón, simplemente me sonrió cuando con la mano le dije adiós. Pasé, desde dentro los vi marcharse y con ellos se iba todo mi corazón.

¿Cómo me podía sentir tan mal? Quería pensar que les haría falta, pero en casi nueve años no había sido nunca así, Raquel tomó una decisión sin querer implicar a nadie y en el fondo la admiraba, había sido más que suficiente para llevarla a cabo, ¿entonces por qué tenía este horrible sentimiento de que los estaba abandonando a su suerte?

Decidí sentarme a esperar que me avisaran para el embarque. Al hacerlo noté que llevaba algo en el bolsillo de mi chaqueta, metí mi mano y era aquel dibujo que hizo Dulce de nosotros dos cogidos de las manos, todo lleno de corazones y flores; me había pintado muy grande al lado de ella tan pequeña, con un enorme lazo en su pelo y un gatito en la otra. Ya era definitivo, la próxima vez le traería un gato dijese lo que dijese Raquel. Si su madre me tenía totalmente rendido a sus pies, mi pequeña había conseguido ganarme por completo el corazón, lo doblé, guardándolo con sumo cuidado en mi maletín, necesitaba distraerme con algo y cogí mi periódico, cuando de pronto escuché a alguien hablar con un acento que para nada me era indiferente.

—¿Alonso?

El hombre se volvió al escuchar mi voz.

—¡Oh, mister Harrison! ¿Cómo? ¿Al final se va usted hoy?

—Sí, terminé los negocios que había venido a hacer y vuelvo a Nueva York para poder comenzar con el papeleo para la firma de los contratos.

—¡Me sorprende mucho! Raquel no quiso acompañarme a este viaje a París porque dijo que seguramente usted pasaría aquí el fin de semana. Pensábamos que, aunque acabase lo que había venido a hacer seguramente

querría pasar estos días con los niños y le pareció mal dejarlo solo con ellos, pero ahora sabiendo que no se queda no sé si sería bueno dejar este viaje para la próxima semana y que así me pueda acompañar. —Si era una broma, maldita la gracia que me hacía. Me quedé pensando unos segundos, ¿por qué tanta prisa por irme? Es verdad que podía haber aprovechado estos días para estar juntos, otra vez había pensado nada más que en mí y en mi trabajo sin importarme lo que ellos querían o no, escuché la voz de Alonso que me alejó de mis pensamientos—. Aunque, si como dijo Raquel, su único motivo era su trabajo, es lógico que se marche tan pronto.

—Sí, ese era el motivo en un principio, pero ¿me acaba de decir usted que, si Raquel hubiese sabido que yo me iba hoy, hubiesen hecho este viaje los dos juntos?

—Es lo normal.

Me puse de pie y sin poder soportar más la incertidumbre le pregunté:

—Castro, ¿llegó usted a pedirle a Raquel ayer en matrimonio?

Dio una carcajada al escuchar mi pregunta, cosa que me dejó totalmente descolocado.

—¿Ayer? ¡Claro que no, soy un hombre muy práctico y no me gusta perder el tiempo! Se lo pedí el mismo sábado, no quería arriesgarme en absoluto con usted, enseguida me di cuenta que, tras su fachada de indiferencia hacia ella, usted tiene un sentimiento muy fuerte que no puede ocultar.

—¿Y si así fuese? ¿Le importaría?

—Teniendo la respuesta que obtuve el sábado, desde luego que no.

Avancé mi cuerpo y casi tocando mi cara con la suya, le dije:

—¿Sería mucho preguntar, qué respuesta le dio?

—¿Raquel no se lo dijo?

—Si hubiese sido así, no se lo estaría preguntando a usted. —Se rio de nuevo y me contestó...

Raquel

Le había prometido a Nico que no me pondría triste, pero no podía ocultar demasiado mis sentimientos, los continuos sollozos de Dulce y el silencio sepulcral de mi hijo no ayudaban demasiado. Eran ya cerca de la una y media, ya hacía media hora que había despegado su avión, qué diferente iba a

ser mi vida ahora de como la tenía planeada hacía menos de un mes, paré en el supermercado a comprar algo para la comida, con las carreras de por la mañana no le había dicho nada a Carla de que comeríamos allí, casi me entraron ganas de parar y tomar cualquier cosa en algún lugar, pero con el estado en el que nos encontrábamos los tres, sería un fracaso seguro, así que compré algo ligero y punto. Quería llegar a casa para poder sentirme arropada de algún modo, pero ni mi nana ni mi madre estarían allí para darme ánimos ante la decisión que había tomado, otra vez me tocaba a mí ser la fuerte y aparentar que nada había pasado.

Llegamos a casa, no metí el coche ni en el garaje, quería volver en cuanto terminásemos de comer al taller, para ver si así hablando con unos y otros conseguía olvidarme de todo.

De pronto escuché cómo Nico casi gritando me decía:

—¡Mamá, sale humo de detrás de la casa!

—¿Qué dices, hijo?

—¡Que estoy viendo salir humo!

Me asomé aterrada, ¡lo que faltaba era que además se me incendiara mi casa! Pero noté olor a carbón y vi que el humo venía del jardín.

—¡Niños, creo que ha venido la abuela y Herman, me parece que el humo es de la barbacoa y él es el único que la enciende!

Los niños salieron corriendo llamando a mi madre, mira por dónde, por lo menos no me encontraría sola de nuevo.

Al llegar al jardín no pude ver a quién abrazaban mis hijos, quien fuese estaba agachado y los dos tapándolo por completo.

—Herman, creí que estabais en la india, ¿cómo habéis vuelto tan pronto? ¿Y mamá?, no la veo. —Al no ver por allí a mi madre, me asusté un poco—. Herman, ¿ha sucedido algo?

De pronto un escalofrío me recorrió entera, la bolsa que llevaba en mi mano se me desplomó entre los dedos.

¡Dios mío no podía creerlo! No pude retener mis lágrimas y corrí hacia él. ¡Era Nick, parecía increíble, pero era él en carne y hueso, y de nuevo en mi casa!

Nos abrazamos con todas nuestras fuerzas mientras los niños gritaban y saltaban a nuestro alrededor, le toqué su cara intentando pensar que no era un espejismo, él cogió mi mano y la besó. Sin poder dejar de acariciarlo le pregunté:

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Han suspendido el vuelo?

—Lo he suspendido yo, y pienso hacerlo definitivamente. Raquel, no puedo vivir sin vosotros, he estado a punto de subir a ese avión, pero no he podido. Tú has ganado, lo dejo todo, mi familia, mi trabajo, mi casa, prefiero empezar de cero, pero con vosotros a mi lado.

¡No podía creerlo, había vuelto para quedarse!

—¿Qué te ha llevado a tomar esta decisión? Parecías tan convencido de lo que querías hace apenas un par de horas.

—Una conversación interesante me ha hecho cambiar de opinión. — Sonreí esperando que me contase qué tan importante había sido para hacerlo cambiar de ese modo, él comprendió que necesitaba saber qué había ocurrido —. Me encontré con Alonso en el aeropuerto, iba a coger el avión para el viaje que había planeado para vosotros dos. —Mi cara se transformó, continué callada, al final lo había descubierto todo—. Sí, ¡no me pongas esa carita, porque me ha contado que no te había pedido en matrimonio ayer, sino el sábado! Pero que tú le habías contestado que jamás podrías quererlo como me querías a mí. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Sabías que durante todos estos días me habían estado atormentando los celos! Si hubiese sabido que tú estabas dispuesta a olvidar tu perfecto futuro a su lado, yo me había replanteado todo esto desde el principio.

—Todavía no has entendido nada, ¿verdad? Yo no quería que mi decisión influyese en la tuya, por eso no te conté que había rechazado a Alonso. Tú tenías que estar totalmente seguro de lo que querías. Por lo demás, esto nunca ha sido un juego para ver quién era el más fuerte, lo único que he pretendido desde siempre, es que te dieras cuenta de que ni los niños ni yo éramos complementos en tu vida, sino, ¡lo más importante de ella! ¡Por cierto! ¿Has renunciado ya a tu trabajo?

Me miró un poco extrañado, estaba segura de que no entendía nada de lo que le había dicho.

—No, todavía no he llamado, pero te prometo que lo haré en cuanto sea la hora en Nueva York.

—De eso nada, ¿sabes la de gastos que vamos a tener ahora? La mudanza, habrá que comprar una casa, tu apartamento es pequeñísimo para los cuatro, aunque entre tú y yo, no nos vamos a desprender de él por nada del mundo, seguro que le sacaremos un buen partido para nuestras pequeñas escapaditas a solas, además, imagínate: el colegio de los niños, matrículas, uniformes nuevos, libros... hasta que yo me establezca allí, todo nos va a costar una fortuna.

—No te entiendo, Raquel. ¿Qué quieres decir? ¿Estás insinuando que os venís conmigo?

—¡Pues claro!, yo nunca te pedí que lo hicieras tú, ¿acaso me has escuchado pedírtelo en alguna ocasión? Lo que yo intenté hace años es que me dijeras qué era tan importante para ti que no te importaba nada más, pero no lo fui, tu trabajo se antepone a mí y yo no quería ser uno más de tus caros caprichos, de esos que no sabes que lo quieres hasta que lo pierdes, y ahora todo ha sido exactamente igual. Tú tenías que sentir definitivamente que éramos tan importantes para ti que no te importara dejarlo todo por nosotros, y acabas de demostrarme que así es. Aquí lo único que me ata es mi trabajo, y por eso me he dedicado a crear un equipo increíble para que todo fluya sin mi presencia, además, sé que puedo manejar la empresa desde el otro lado del charco, o por lo menos lo voy a intentar ahora que les voy a dar la patada a los McLine, ¿o crees que no me había enterado de tu aventura con los niños de noche por las calles de Brooklyn? —Lo besé en los labios al ver lo anonadado que me escuchaba y continué—: Por nada del mundo querría volver a separar a los niños de ti y de tu familia, y sobre todas las cosas, como te dijo Alonso, porque jamás podré querer a nadie como te quiero a ti.

Se separó de mí totalmente perplejo, se puso sus manos en la cabeza intentando pensar, creí que me gritaría, que ahora sí se marcharía para siempre, se volvió y me dijo:

—¿Se puede ser más retorcida? ¿Más intrigante? Más... —Vino hacia mí y me besó con todas sus fuerzas—. ¿Más bonita y más inteligente? Has sabido cómo era desde siempre, ¿no es así?

—Tenía mucha prisa en formar nuestra familia, pero tú no estabas preparado aún, lo único que he querido ha sido darte el tiempo para que pudieras desearlo tanto como yo.

Los niños salieron de la casa con los platos y los utensilios para poner la mesa, él me abrazó y me dijo:

—¡De acuerdo, tienes razón! Pero ahora sí lo estoy, y me gustaría mucho, “si eso entrara en tus maléficos planes”, que nos casásemos y desearía sobre todo tener otro hijo para poder vivir juntos lo que no tuvimos antes.

Lo besé en los labios y le dije muy cerquita:

—¿Y quién te asegura a ti que no esté ya en camino?

Me separó de él y me preguntó casi tartamudeando:

—¿No habrás sido capaz de volver a hacérmelo otra vez?! ¡Dime que no me has vuelto a engañar!

Sonreí, lo abracé de nuevo y le contesté:

—No, esta vez te dije la verdad, pero estos cacharros fallan continuamente, nunca se sabe.

Sentimos cómo los niños se abrazaban a nuestras piernas, él apartó el pelo de mi cara y me dijo:

—Te quiero, mi vida.

—Y nosotros a ti, no puedes imaginarte cuánto.

FIN

Nota de la autora

¿Será verdad que nuestra vida está escrita, o tendremos que ir reescribiendo cada uno de los renglones de ella, con cada una de nuestras decisiones, ya sean buenas o malas?